

Michella Boffi - Luigi Mezzadri - Francesca Onnis

DON LUIGI MONZA

Un profeta de la caridad

Prefacio del cardenal Carlo María Martini

EDIZIONI SAN PAOLO s.r.l., 1996
Piazza Soncino, 5 - 20092 Cinisello Balsamo (Milano)
Distribuzione: Diffusione San Paolo, s.r.l.
Corso Regina Margherita, 2 - 10153 Torino

A Don Luigi Serenthà

PREFACIO

Quisiera que leyésemos con los ojos vueltos al futuro, al tercer milenio de la era cristiana, esta biografía del siervo de Dios Don Luigi Monza, escrita por Michela Boffi, Luigi Mezzadri y Francesca Onnis. Los tres autores declaran que «han intentado captar la razón del personaje», o sea, Don Luigi Monza, pero se sienten como el artífice que plasmó la estatua de Nuestra Señora de Lourdes, a quien hizo santa Bernadette Soubirous este comentario: «Es hermosa, pero no es ella». Ante los tres autores de la presente obra, yo me creo autorizado a una generosidad mayor: han modelado con sus palabras una imagen que retrata bien el original.

Un amigo inolvidable - Don Luigi Serenthà, fallecido hace ahora diez años (28 de septiembre, 1986) - escribía a propósito de este siervo de Dios: «Quien se topa con la figura y los escritos de Don Luigi, tiene la sensación neta de encontrarse con un hombre que vive en Dios, que de Dios hace depender el significado de la alegría, la consistencia de la vida propia».

Así pues, Don Luigi Monza fue un enamorado de Dios, con las inevitables turbaciones que aquella voz provoca en cada corazón. Cuando leo que el pequeño Luigi respondió con un *no* decidido, al párroco que le preguntaba si, de mayor, querría hacerse sacerdote, pienso en otros tantos niños y jóvenes de la vasta diócesis ambrosiana. A Don Luigi Monza le respaldó un sacerdote, que escrutó el corazón de un muchacho, y osó proponerle la asociación al propio camino de seguimiento. Así, al contemplar la figura de Don Luigi Monza, recapacito sobre lo que escribí en la carta pastoral *Volvamos a empezar desde Dios* ("Ripartiamo da Dio"): «Con nuestra vida y nuestras palabras, hemos de hacer que se entienda, cómo el ejercicio del sacerdocio, la total dedicación de uno a Cristo es, *aun humanamente*, una forma de vida llena y gratificadora» (n. 54). Nos lo atestigua este siervo de Dios.

Su vocación - como escriben los autores de la presente biografía - maduró en el oratorio, al cual «acudía asiduamente (y) en donde se encontraba con *jóvenes y entusiastas sacerdotes*». En sus experiencias de *coadjutor de oratorio* Don Luigi Monza vertió esa pasión educadora que es «pasión por la fe» de niños y jóvenes.

Vocación que maduró también en la familia: gran importancia tuvo, en el camino vocacional de Don Luigi, la valiente respuesta de la madre a la pregunta del hijo: «Tú vas para el Señor». Un valor idéntico al de Ana María Turzer, madre del bendito cardenal Alfredo Ildefonso Schuster, la que animaba a su hijo diciéndole: «No preocuparte de mí: invoca a san José para que te indique la ruta, y síguela libremente». Y pienso en todas las madres que acuden a la obra más prestigiosa de Don Luigi, *Nuestra Familia*, para confiar a ella un fruto de su seno, pero fruto sufriente. Dios las bendiga y sostenga.

Don Luigi no tenía un carácter apacible, sino que se enardecía y apasionaba, cosa que no simplifica precisamente la relación ni motiva un juicio favorable en los demás, o en los superiores mismos. Les acontece aun a los santos. Como ellos, Don Luigi no se resignó, seguro como estaba de que, «al final, siempre se gana, cuando uno quiere el verdadero bien», y así llega a esa síntesis estupenda, que es «la armonía de la caridad». En ésta se

avienen el celo y la paz, la consideración a las personas y la exclusión de críticas malévolas, la prudencia, el discernimiento, el don de concretar. He ahí las raíces del apostolado en Vedano Olona - demasiado fecundo como para que lo tolerase el fascismo -, pero además la innovación cuando, en Saronno, las voces alegres del nuevo oratorio rompen el silencio del santuario. Hay en ello intuición, que muchos entonces estimaron profética: la importancia de un laicado apostólicamente comprometido, «que no dejase de ejercer en el mundo su actividad profesional», y «actuase en la sociedad como los primeros apóstoles cristianos». Se pone de manifiesto la ductilidad, que llevó a sacrificar el proyecto inicial - i. e. dedicarse a la obra de los retiros y la formación espiritual -, para comprometerse en el campo de la caridad hacia los más menesterosos, como eran entonces los menores retrasados. La caridad era lo único importante, como el espíritu de familia que debía animarla. Fue la enseñanza de Don Luigi a sus feligreses y a las Conferencias de San Vicente: con frecuencia recordaba que «el amor de Dios es completo sólo cuando se empareja con el amor del prójimo». Y así hubieron de producirse los frutos más fecundos de su discernimiento, las *Piccole Apostole della Carità*, y *Nuestra Familia*, para que «la caridad tuviera una casa» e «hiciese de casa la caridad» en cada establecimiento. En esa casa, y en toda morada, la caridad encontraría, junto a la *compasión*, (sentimiento tan precioso a quienquiera se haga evangélicamente *prójimo*), la *ciencia*, pues Don Luigi decía una y otra vez que «ciencia y técnica (están) al servicio de la caridad».

Hojeando la biografía de Don Luigi Monza, se nos dirige y vuelve a dirigir la invitación a la alegría, al entusiasmo: «Que con nuestra vida podamos decir al dislocado mundo moderno: observad lo estupendo de vivir en el amor». Don Luigi invoca el Salmo 133, y con ello su invitación al amor arraiga en la Escritura; se remite también al icono de la Iglesia de los Apóstoles. Y así decía a menudo: «Hay que hallar almas capaces de vivir en el amor de los primeros tiempos del cristianismo».

Hace a Don Luigi Monza tanto más actual su insistencia en la invocación de los Hechos de los Apóstoles, pues nuestro XLVII sínodo se inspira en la *ecclesiae primitivae forma* ("forma de la primitiva iglesia"), un paradigma que «presentice a la Iglesia de Milán como activa en la sociedad contemporánea, con ánimo de servirla, humilde y entregada, siendo sal de la tierra ..., grito de alegría en las plazas, y gozoso cántico en las casas de la gente» (*Carta del Sínodo*, n. 11).

Cuando fue el papa Juan Pablo II (1º de mayo, 1992) al establecimiento de *Nuestra Familia* en San Vito *al Tagliamento*, dijo, al final de la visita y fuera de protocolo. «¡Hacer el bien humano y cristiano: cristiano y humano bien, por el que tan presente está Cristo, está tan presente Dios!... Todo el programa de esta escuela se cifra en la educación por la alegría... alegría que, donde hay sufrimiento, no se puede recuperar más que por el amor». Es la misión que Don Luigi Monza les encomendaba con la recomendación: «Quereos tanto como yo os quiero en Cristo». El Señor conceda a las *Piccole Apostole* ser siempre fieles a esta exhortación.

Al tiempo que ve la luz la biografía de un típico sacerdote ambrosiano, como fue Don Luigi Monza, celebra su diócesis el XVI centenario de la muerte de san Ambrosio. Por ello es justísimo concluir con las palabras que le celebran a él, en el himno de vísperas, como *nostrum parentem maximum* ("nuestro padre más grande"). Él decía: «(Cristo) es nuestro tesoro, nuestra vida, nuestra esperanza, nuestra justicia, nuestro pastor y pastor bueno. Él es

nuestra vida»¹. Ninguna otra síntesis retrata el corazón del pastor: *Omnia Christus est nobis* - "Cristo lo es todo para nosotros".

+ Carlo María card. Martini

Milán, 30 de agosto, 1996.

¹ Carta 29, 6:8-10; PL 16, 1100A.

INTRODUCCIÓN

« Desnuda está la tierra,
y el alma aúlla al horizonte pálido
como loba famélica. Qué buscas,
poeta, en el ocaso? »

Los versos de Antonio Machado (*Galerías* LXXIX) ayudan a formular la pregunta que justifica el porqué de esta obra. Cuando nos disponemos a rebasar el umbral del tercer milenio, urge una reflexión sobre el sentido de nuestro tiempo y de la presencia cristiana, bajo la luz del ocaso de este siglo y la del alba del nuevo. Puestos en alto sobre el tiempo, como niños que asisten absortos a un suceso y lo miran desde los hombros del padre, así podemos observar nosotros a alguien que, en el siglo XX, tuvo verdadero don de profecía, descubrió tesoros, propagó valores y defendió al hombre.

Esta reflexión arroja un resultado desconcertante. Forma la compañía de los *grandes* gente distante de los reflectores, que nunca se abonó a las primeras páginas en revistas de papel satinado. Y entre esa gente está a buen seguro Don Luigi Monza.

Qué hizo de importante este humilde sacerdote lombardo, fallecido a los 56 años, que no figuró en el necrologio de periódico alguno - esos que se designan "cocodrilos" -, y que se reservan a personalidades de relevancia? Por el tiempo en que cundían las señales apaciguadoras y las llamadas al orden y a la disciplina - los años '30 del siglo XX -, este clérigo lombardo advirtió que la lisa superficie escondía inquietantes grietas. El mundo se hacía *pagano*, se poblaba de nuevos ídolos, al tiempo que la caridad, el amor gratuito, sin ventajas, desinteresado, cedía el lugar a sus opuestos, el odio, la guerra, el interés, la avidez, la opresión del ser humano. Una sociedad de valores había sido suplantada por otra cuya competitividad no respetaba al hombre en razón de lo que es, sino sólo en la medida de lo que pueda adquirir, arrebatar.

Ahora bien, Don Luigi procuró no caer en el estéril moralismo de la condena, en proclamas de conquista. Cuando decía *penetrar*, inocular en la sociedad la caridad de los primeros cristianos, Don Luigi imaginaba una ciudad sitiada, o más bien puesta en cuarentena por razón de una grave epidemia, así la ciudad de Orán que pinta Camus en "La peste". Pues la caridad no conduce a que el cristiano se ponga a salvo; más bien le induce a que cave un túnel por el cual ir y compartir la suerte de los seres amenazados, los últimos. Fue la opción de Cristo: se hizo el último de los hombres para, con su pequeñez, *penetrar* en el mundo, como *desde abajo*, desde lo hondo; se situó bajo el infeliz Zaqueo, y así pudo penterar en su casa y llevarle la salvación (Lc 19:1-10). Según Don Luigi, la caridad no subyuga, no invade, no vence, no arrolla como un torrente en crecida, sino que cambia desde dentro, es absorbida por ósmosis, cala suavemente como el riego gota a gota. Y así surgió su *obra*.

Qué fue y significó, quién la quiso y a cuántos benefició esa obra, la cual, según Don Monza la vio, dio sentido a su vida? Lo iremos sabiendo a lo largo del presente volumen. Sus tres autores no eligieron una exposición sistemática, pues habría separado del activo *párroco* al *fundador* de "Nuestra Familia"; prefirieron un camino más arduo: el que, por orden cronológico, recorre toda una existencia. Esta elección ha permitido evidenciar tanto mejor el despliegue de una idea, y el avance de un éxodo, desde un temperamento difícil, a través de un desierto de pruebas, hasta escalar las cimas luminosas de las virtudes de fe, esperanza y amor. De este modo intentamos captar el desarrollo de una *santidad* - que tomamos en su

acepción común, y no prejuzgando el juicio de la Iglesia -, santidad inserta en la historia humana, social, política, cultural, espiritual, religiosa.

Se han seguido tres consecuencias. La primera: queda patente que el párroco, el sacerdote ambrosiano, estuvo en el centro de todo. Fue *santo* y fundador por haber sido párroco. La segunda es que no fue un extraño al aire respirado en su tiempo. Por ello es indispensable, para entender a Don Luigi, ponerlo con el contexto de su época, de su cultura. Y esto nos permite delimitar aquello que caduca, que perdió actualidad. En fin, la tercera consecuencia: estamos ante un hombre de frontera. Fue un profeta. Habíale sido confiada una grey, y a ésta le acercó su caridad pastoral; pero llegó además a ovejas que, de hecho, no habría alcanzado la pastoral ordinaria.

En la caridad halló él la señal profética que abate las barreras y borra las diferencias. A hombres y mujeres, él no los dividió en *próximos* y *distantes*. Dio su atención a unas y otros según su nombre y apellido, o su destino, o sus mil problemas, pero como a quienes Dios ama por igual. Los quiso amar como los ama Dios. La indicación más persuasiva de cómo Dios ama y respeta al hombre fue hallada por Don Luigi en el amor hacia los pequeños y necesitados, pues Dios, en su beneplácito, vuelca las humanas jerarquías, discrimina y prefiere a los menores y últimos.

No ha sido fácil escribir esta biografía. Nos hemos atenido a los hechos, y hemos respetado la concretez documental. Sólo hemos dado cabida a aquello que está documentado o se puede documentar¹. Aun así, los tres autores se han esforzado por explicar, por leer en el interior de los hechos, con objeto de captar los móviles ideales, los ocultos tictacs, los inesperados destellos que iluminan el semblante, cuando la persona tiene una idea. Hemos deseado captar las razones del personaje, sin por ello inventar nada.

Lo hemos conseguido? Que el lector sentencie. Al menos lo intentamos. Todo en beneficio del lector. Escribimos esta biografía para quienes no conocieron a Don Luigi; en cuanto a los que le conocieron, los *testigos*, que vieron sus mismos sueños y tuvieron idénticas esperanzas, temores, o advirtieron los peligros, que asistieron temblando al tímido despuntar de la obra, pues bien, hágales indulgentes el recuerdo de su paternal figura. Tal vez digan lo que santa Bernadette Soubirous al mostrársele la imagen de Nuestra Señora, labrada según instrucciones suyas: «Es hermosa, pero no es ella».

En cuanto a nosotros mismos, fue de lo más satisfactorio acercarnos a su persona, seguir sus huellas, leer sus escritos, el intento de comprenderle y reflejarle con honradez, aunque sin jamás rebasar el umbral de su secreto íntimo: las últimas vibraciones de su estar en y con Dios. Al historiador eso le está vedado, y sólo puede captarse desde la altura, en una posición donde todo cobra sentido y coherencia finales para la mirada.

LUIGI MEZZADRI

¹ Los autores han consultado, en la preparación de la presente biografía, diversos archivos y bibliotecas. Mayormente, el material se conserva en el archivo de las *Piccole Apostole*, de Ponte Lambro (abreviatura APL). Este archivo guarda los escritos *del* siervo de Dios (cartas, apuntes de sermones, constituciones etc.), y los que versan *sobre* él (varios fascículos de documentos relativos a su vida, recuerdos, testimonios, aparte de las biografías). Todo ello fue recientemente ordenado y diligentemente contraseñado. Para no dificultar la lectura, los autores han preferido omitir la contraseña archivística, pero se han atenido con rigor al material referido.

Capítulo I

LA FATIGA DE NACER
(1898-1925)*Milán 1898*

1898 fue un año cargado de tensiones sociales. Una crisis económica general, resultado inevitable de la ruinoso empresa colonial en África, la mala cosecha de grano y la dificultad de obtenerlo en el exterior a causa de la guerra entre España y Estados Unidos, provocaron una serie de disturbios populares. Comenzando en el mediodía, tras un encarecimiento ulterior del pan, los desórdenes recorrieron la península, hasta alcanzar las grandes ciudades del norte. Una circular gubernamental, en mayo de 1898, lamentaba el que, por todas partes, las autoridades locales no hicieran más que reclamar la intervención del ejército para restablecer el orden. Se tomaron así medidas preventivas, en especial con ocasión de la fiesta del 1º de mayo. Y no faltó quien quiso ver en aquellos disturbios la responsabilidad, de los socialistas, por supuesto, pero también de los católicos intransigentes, más atentos a las cuestiones sociales.

En Milán comenzaron los desórdenes el 6 de mayo por la tarde, al salir los obreros del establecimiento Pirelli, y tuvieron desde el principio un carácter de protesta política. De hecho, la detención de algunos obreros que distribuían octavillas de los socialistas milaneses en protesta contra la represión, efectiva por toda Italia, provocó manifestaciones populares espontáneas. Indignada ya por la muerte del estudiante Muzio Mussi, que había perecido el día anterior en Pavía durante un choque con las fuerzas del orden, la población se volcó en las plazas. Un grupo formado en gran parte por mujeres y niños increpó a la policía, y se lanzaron piedras contra la *Questura* (oficina central). Una compañía de infantería, enviada para calmar el tumulto, fue recibida con silbidos y pedradas. Una de las piedras hirió a un soldado. «Este hecho - escribía el *Corriere della Sera* - pareció la orden de responder a la fuerza con la fuerza: y la tropa hizo ocho o diez disparos de mosquete...» De ahí que, en el cincuentenario exacto de las *cinco jornadas* de 1848, Milán reerigiera las barricadas. Al día siguiente, apremiado por las informaciones de los moderados locales, que presentaban la ciudad como en poder de los insurrectos, el presidente del consejo, Rudinì, declaró el estado de sitio. El general encargado de restablecer el orden, Fiorenzo Bava Beccaris, actuó como si hubiese peligro de revolución, aunque en realidad no lo había. Efectivamente, la emprendió a cañonazos y disparos de mortero contra la multitud inerme, tomando además a una turba de mendigos junto a un convento por una banda de revolucionarios¹. Hubo un centenar de muertos y numerosos heridos, mientras que el general era condecorado por el rey. Luego se detuvo a muchos socialistas, republicanos y radicales, y se procedió a la disolución de asociaciones y círculos, y a la supresión periódicos.

Después de apaciguada definitivamente la conmoción, comienzan a ser perseguidos los católicos intransigentes. Se suprime *L'Osservatore Cattolico*, y su director, Don Albertario, es detenido bajo acusación de haber propugnado ideas democráticas y

¹ «Entre desgarradores y dolorosos gritos / de una multitud que pedía pan / el feroz monárquico Bava / sació con plomo a los hambrientos». (Canto popular italiano, *Il feroce monarchico Bava*).

socialistas, de combatir la monarquía y fomentar el odio entre las clases. Todas las asociaciones dependientes de la Obra de los Congresos eran disueltas el 27 de mayo, en un claro intento de descabalar el ala social del intransigentismo católico.

Cislago: un pueblo, un pequeño mundo que vive

Es probable que siquiera algunos ecos de estos sucesos llegaran a Cislago, centro menor sito en la elevación milanesa, a mitad de camino entre Milán y Varese. Toda la actividad del pueblo se concentraba por aquellos años en torno a la plaza mayor, que llamaban de la «bomba», porque se iba a ella para hacer provisión de agua. En una hostería de esta plaza se daban cita los hombres, aquí estaba afincado el farmacéutico, y desde aquí se veía la entrada principal al palacio de los Castelbarco, señores de Cislago desde 1716. La apertura de otra hostería en el término de Rizzata, adonde se había trasladado la sede del municipio en 1886, así como las manifestaciones que habían tenido lugar en la plaza adyacente, crearon para los cislagueses un nuevo punto de encuentro.

En cambio, alrededor de la iglesia parroquial, sólo las funciones religiosas aglutinaban a la gente, si bien fue motivo de no pocos cambios la llegada, en 1871, del nuevo párroco, Pietro Erba. Él constituyó la agrupación musical *Santa Cecilia*, una sociedad de socorros mutuos, asociaciones católicas, seguros ganaderos y ligas laborales.

La vida del pueblo discurría al ritmo de las faenas agrícolas, de una religiosidad genuina y de la sencillez campesina. Las condiciones económicas eran precarias, debido al tipo de terreno y a las técnicas de cultivo, no muy avanzadas.

La única riqueza veraz era el trabajo. El trabajo y la pobreza nunca engañan. Sucedió a Don Luigi como en la forja, donde el fuego de la fragua doma y modela los martillos.

La familia Monza

Yendo por las tierras del Crubé, en la primera alquería según se giraba hacia la izquierda, vivían los esposos Pietro y María Monza, que habitaban una estancia del casalicio, propiedad de los Castelbarco. En esta alquería nacieron sus hijos Giuseppe, 6 de julio de 1864, y Carlo. Ambos aprendieron el oficio de labrador transmitido por sus padres, cultivando algunos campos en el contorno, asimismo propiedad de los Castelbarco. Vecino al casalicio, en la alquería llamada del Giubì, vivía Luigia, hija de Ambrogio y Annamaría Monza. Pese a la baja edad de la muchacha, Giuseppe y Luigia se casaron en febrero de 1888. El 29 de octubre del año siguiente su unión fue alegrada por el nacimiento del primer hijo, a quien dieron el nombre de Pietro en honor del abuelo. El 19 de julio de 1891, nacía el segundo, Giuseppe Antonio: la vida de esta joven pareja transcurría como la de muchas familias campesinas de Cislago. Pero el 15 de noviembre de 1892 murió el pequeño Giuseppe, probablemente de difteria. Sin embargo quedó superado el dolor con el nacimiento de una niña, Giuseppina Cristina, el 13 de marzo de 1894. Ésta, como más adelante se verá, dejó la familia a los 19 años para ser Sor Tommasina en las Hermanas de la Caridad de la Inmaculada Concepción de Ivrea. Mas de nuevo, pocos meses después, se hizo sentir el dolor: también Pietro, el primogénico, murió. Los esposos Monza prosiguieron sin desaliento su labor de campesinos, y dos años después, el 6 de junio de 1896, venía al mundo Pietro Carlo.

Luigi: una niñez difícil

Luigi Monza nació el 22 de junio de 1898. Luego apareció muy frágil, por lo que fue bautizado a pocas horas del nacimiento. Su salud no ganó en robustez durante los meses sucesivos, de ahí el ruego materno de que se le administrase la confirmación lo antes posible. Con ocasión, pues, de visitar Cislago el cardenal Ferrari, arzobispo de Milán, el 23 de julio de 1899, fue confirmado el pequeño Luigi, a la escasa edad de trece meses. Si tenía que morir, al menos había recibido en plenitud los dones del Espíritu Santo.

Con los años, empero, el niño se fortaleció, y creció listo y vivaz. La niñez de Luigi transcurrió en la lenta vida campesina de cada día, al ritmo de las estaciones, de la salida y puesta del sol, entre las labores del campo, las fiestas populares, las solemnidades religiosas y una fe sencilla y escueta. Un panorama al que se mira hoy con una pizca de nostalgia, mezclada con cierto romanticismo: diminutos retratos de la vida rural en tintas desleídas. La típica vida campesina del norte de Italia en los albores del '900, con el sucederse de esperanzas y decepciones, gozos y penas, serenidad y preocupación, al amparo de una fe y unos valores que lo llenaban todo y a todo daban sentido.

Pero la reconstrucción de ambientes sociales y acontecimientos históricos no debe malograr, exaltándola o bien rebajándola, aquella realidad; debe más bien permitirnos una inmersión en ella lo más equilibrada posible. Aquí tenemos un maestro en Ermanno Olmi, que con su filme *El árbol de los zuecos* ("L'albero degli zoccoli") supo ofrecer auténticos retazos de vida campesina. No es difícil imaginar en esta línea a toda la familia Monza, haciendo frente día tras día al laboreo de los campos. Todos lo compartían, cada uno según sus años y capacidad.

Los padres de Luigi, devotos ante todo de Nuestra Señora, e inscritos en la Cofradía del Santísimo Sacramento, inculcaron en todos los hijos la asistencia diaria a misa. La madre era muy valiente y estaba llena de una fe que la vida, con sus vicisitudes y alternancias, había templado. Gobernaba la casa, criaba los hijos, ayudaba al marido. Ocupó en toda la vida de Luigi una posición de relevante importancia, y desde el comienzo le demostró predilección a causa de su floja e inestable salud.

A su vez, el sostenimiento de la numerosa familia recaía sobre el padre, que procuraba hacer frente a las dificultades económicas trabajando duramente. En invierno, libre de las tareas agrícolas, se empleaba como tejedor o barbero para hacer que sus cuentas cuadrasen.

En mayo de 1905 Luigi hizo la primera comunión, y frecuentaría en adelante casi a diario la mesa eucarística, movido del ejemplo que le daban sus mismos padres y sus dos hermanos. Era entonces párroco de Cislago Don Enrico Uboldi, y su coadjutor Don Luigi Vismara, que le sucedería en 1915. Éste recordará muchos años después - notar la circunstancia - al pequeño Luigi, y dará el siguiente juicio: «Se advirtió luego en él un temperamento sensible, afectuoso, y una voluntad fuerte y decidida; más bien tímido y reservado, aprendió pronto la lección del sacrificio. Podía comprobarse un continuo progreso en su piedad, cual lo delataba un continente recogido y devoto en la iglesia, aun rodeándole muchachos inquietos y parleros, la frecuencia de la sagrada comunión y el amor al oratorio. Se observó además cómo daba pruebas de notable juiciosidad, y cómo su persona guardaba una compostura que denotaba vigilancia y control sobre sus actos. Tenía horror al mal y procuraba impedirlo entre los compañeros, los cuales manifestaban hacia él

respeto y estima»².

En 1904, cumplidos los seis años, Luigi se matriculó en la primera clase elemental masculina. Tuvo que repetir el segundo curso, 1906/1907. Fue su primera maestra María Voltolina, pero él guardó siempre un recuerdo particular de la maestra de tercero, Sor Vivina Cordero, de las Hermanas de San José Benito de Cottolengo. Esta Hermana, llegada a Cislago en 1905 como maestra de las escuelas comunales, siguió aquí hasta 1946. El modo como ella oraba y hacía orar causó honda impresión en Luigi, quien atribuía a ella el primer chispazo de su vocación sacerdotal.

Centenares de pequeños pasaron por la clase de Sor Vivina, quien aun así nunca olvidará a aquel niño delgado, bueno y tenaz, atento y delicado: «Asistió siempre con asiduidad y amor, y se distinguía por la piedad, la obediencia, el respeto y el estudio. Fui muchas veces testigo de su intervención, cuando surgían desacuerdos o contiendas entre los compañeros: sabía convencer, serenar y apaciguar. Un día me confesó que, de pequeño, siendo monaguillo, le preguntaron: "Quieres ser sacerdote?" Y cómo él, aunque ahogando el deseo ardiente de su corazón, había respondido que no. Luego en casa, al recordarlo, había llorado por su falta de valor»³.

A este respecto contará el propio Don Luigi, en los años de su madurez sacerdotal, que aquella pregunta imprevista le había turbado hondamente, al pensar que pudiera realizarse lo que ansiaba de tiempo atrás⁴.

Concluida la tercera clase, que ponía término a las elementales de la enseñanza primaria, Luigi fue luego destinado a ayudar a su padre en las labores del campo, y encontró después trabajo en una hilandería del pueblo. El hermano mayor, Pietro Carlo, había logrado encontrarlo como zapatero entre los amigos de la familia, y así más tarde la madre consiguió colocar en la misma tienda también a Luigi, quien aprendió el oficio de remendón. Aunque a costa de grandes sacrificios, Luigi fue capaz de asistir en el pueblo a clases nocturnas, un proyecto surgido en beneficio de los jóvenes obreros, que recibían ulterior instrucción técnica y seguían cursos de aritmética e italiano.

En sus momentos libres, el muchacho acudía con asiduidad al oratorio, donde encontraba a «sacerdotes jóvenes y entusiastas», prestos a ayudarle también en el estudio. Precisamente aquí marcó a Don Luigi el ejemplo: su posterior actividad en los oratorios de Vedano, Saronno, San Giovanni, será consecuencia lógica del entusiasmo que había sentido en el pueblo.

Adiós a la niñez

El año 1913 la vida dio un giro. Fallecidos los abuelos, quedaban en casa los padres Giuseppe y Luigia, el pequeño Mario, que había nacido en 1909, Pietro, que trabajaba en Milán como zapatero, y Luigi, que seguía de empleado en la tienda de Cislago.

En el mes de mayo, cuando cogía hojas de morera para los gusanos de seda, Giuseppe padre cayó del árbol y quedó paralítico. El accidente tuvo un influjo no leve en los sentimientos de Luigi, que aun así continuó frecuentando el oratorio y las funciones religiosas. Solitario y reflexivo ya por propia índole, se hizo todavía más taciturno, y parecía entregado a grandes pensamientos que le absorbiesen por entero.

El párroco Don Luigi Vismara intuyó que la turbación interior del muchacho no debía

² Testimonio del referido párroco L. Vismara, *La conquista del sacerdozio*, en *A Don Luigi Monza, Cislago 22-VI-1898 - San Giovanni 29-IX-1945*. (Número único, 1954), Lecco 1954, p. 9.

³ P. Bedont, *Don Luigi Monza, Note biografiche*, Ponte Lambro 1967, p. 18. Todos los estudios que tienen por objeto a Don Luigi refieren el episodio del «no», así p. ej., Vismara, *o. c.*, p. 10.

⁴ En L. Mondini, *Don Luigi Monza a Cislago*, p. 11, escrito mecanografiado en APL.

atribuirse únicamente a las adversidades familiares. Con sus quince años, estaba en realidad meditando la posibilidad de consagrarse al Señor en el sacerdocio. Cuando este deseo se patentizó, el párroco hizo lo posible por que llegara a efectuarse, y desde aquel instante no cesó de estar a su lado todo el decurso de una vida que le reservaba tantas alegrías, pero también sorpresas tan amargas.

La atribulada familia, en situación económica grave, procuraba como podía salvar las temporadas, y el ir Luigi al seminario habría equivalido a un ingreso menos, pero sobre todo sustraería el apoyo moral a la madre, que se las había con un hijo pequeño y un marido inválido. Este estado de cosas desgarraba el alma de Luigi y creaba en él una tensión difícil de sostener. La generosidad y la fe de la madre eliminaron toda dilación. Esta mujer sencilla y fuerte animó al hijo a darse al Señor y no preocuparse, pues el Señor mismo proveería a la familia. En septiembre de 1913 Don Vismara lo enviaba con otros dos paisanos al instituto misionero salesiano de Penango Monferrato, cerca de Asti. Don Luigi recordaba a menudo con gran regocijo la partida del tren, y a la madre de otro chico que le urgía insistente: *Come, come*; mientras decía a Luigi la suya: *Tú vas para el Señor*.

El período de tres años, de septiembre de 1913 a junio de 1916, pasado en el instituto de Penango, dejó una fuerte impronta en la formación intelectual y espiritual de Luigi, que aprendió en la escuela de los salesianos las primeras lecciones del arte de educar.

El párroco continuaba siguiéndole con interés, y así escribía más tarde: «Provisto de un patrimonio escolar apenas superior al tercer curso elemental, dotado de buena inteligencia, pero sobre todo de una voluntad perseverante, fija en el ideal, y merced a un espíritu de sacrificio nada común, pudo hacer en un curso los dos primeros del gimnasio»⁵.

Todos los años pasaba Luigi los meses veraniegos con su familia, pero vuelto a casa al finalizar el curso 1915/1916, halló empeorada la situación familiar. El padre estaba totalmente impedido y no dejaba el lecho; se había llamado al hermano mayor para combatir en el frente oriental italiano (con el estallido de la primera guerra mundial); Giuseppa, la hermana, había entrado en un convento. Para no descargar el peso de la familia sobre las espaldas de la madre, Luigi desistió de volver a Penango. Ni el párroco ni los demás sacerdotes le abandonaron en este trance, sino que siguieron ayundándole en los estudios y dándole lecciones nocturnas. El plan de ingresar en el seminario parecía a aquella sazón tener los cimientos minados.

En el umbral del futuro

En junio de 1916 Luigi cumplía dieciocho años, y Don Vismara entendió que, si el joven deseaba hacerse sacerdote, debía en absoluto reanudar los estudios. Dada la situación familiar, el párroco actuó para que entrase en un seminario de la diócesis, de suerte que continuase cercano a los suyos y no gravase sobre sus economías. Así le consiguió la admisión en el Colegio Villaresi de Monza, donde Luigi comenzaba cuarto de gimnasio el 1º de octubre de 1916.

Luigi fue desde su ingreso *clérigo-prefecto*, posición que le permitía estudiar sin que el presupuesto de la familia se resintiera. El trabajo de los jóvenes prefectos consistía en vigilar a los alumnos, mayoritariamente internos, fuera de las horas de clase. A cada prefecto tocaba una o más clases: dormía en el dormitorio de los muchachos, durante la tarde les ayudaba a hacer cuentas, con ellos jugaba y oraba; pero por la mañana, mientras aquellos asistían a clase, todos los prefectos recibían lecciones según el año que cursaran. Un *profesor* o *maestro de prefectos* tenía encomendada la dirección de sus estudios. Él enseñaba la casi totalidad de las materias, todas las cuales requerían examen. Era, pues, la

⁵ Vismara, o. c., p. 10.

de los prefectos una vida muy dura y exigente, aun cuando, sobre todo por no disponer de tiempo, adquiriesen una cultura más ligera que la de sus compañeros de seminario. Un hecho constituía en todo caso la diferencia esencial entre los seminaristas y los prefectos: éstos, ya en el período de formación, eran integrados a la actividad educadora. Así se leía en un artículo del periódico *La Fiaccola* ("La Antorcha"), del seminario arzobispal de la diócesis de Milán, el año 1927: «El seminario es el invernadero que cobija las candidas flores que han de esparcir su perfume en el pueblo cristiano. El prefecto, una de estas flores, no puede disfrutar de este cobijo providencial y, antes de abrirse, es expuesto a las ráfagas de la vida en un prematuro apostolado⁶...»

A los pocos meses de estar en el colegio, comenzado enero de 1917, llegaba un telegrama del párroco de Cislago reclamando la vuelta del joven Luigi a casa, por el agravamiento en el estado del padre. Luigi retorna a la familia y asiste a los últimos momentos de aquella vida, que se extinguía el 16 de enero de 1917. En una carta a su hermana da la triste nueva: «Te comunico esta noticia con los ojos arrasados en lágrimas y dolorido el corazón. En efecto, no es lo de otras veces, esto que ahora debo decirte. Será algo penoso, pero qué quieres, nos pasan cosas buenas y malas en la vida...

«Sonaban las once en el Colegio de San José, cuando recibo un telegrama del siguiente tenor: "Papá está muy mal, ven luego". Volví a casa sin réplica, y le encontré peor, sí, pero no tanto como imaginaba. Su voz, como también sus sentimientos, daban a entender que no estaba mal. Sin embargo, aumentaba más y más la inflamación, que era la causa de nuestros temores. Le habían administrado todos los auxilios religiosos, incluida la extrema unción. Mamá pasó la noche asistiéndole, y a la mañana siguiente no estaba mal, tanto que decía aún cosas graciosas, con el fin de que siguiéramos alegres, tras los desvelos de la noche, y por si se lo echábamos a mala parte. Pero llegado el atardecer - era el 16 de enero - comenzó a decir, "Lina⁷, no estoy muy bien". Corrí de inmediato a llamar al sacerdote, el cual vino, reconcilió y trajo el viático a nuestro padre. Éste, hecha una breve acción de gracias, dice una vez más, "Estoy mal".

Imagínate con qué temblor, con qué afán, con qué dolor rodeábamos el lecho del enfermo. Todo era suspirar, llorar, rezar, un continuo entrar y salir. Pasados algunos instantes nuestro padre, persuadido de que le esperaba la muerte, alzó la mano trémula y estrechó la de mamá diciendo, "Te saludo, me voy..." Luego, mientras mamá se separaba un poco, acudí yo, le puse una mano en la frente y, con un pañuelo, la otra en la barbilla, le recordé mil cosas espirituales y corporales y, confortado él hasta no temer nada del gran acto que iba a efectuar, noté como un frío que le recorría la frente. Sentí cómo menguaba, y entonces dije llorando, "Mamá, se muere. Oh, padre, oh padre..." Él alzó la vista todavía una vez, y después la bajó para siempre. Nuestro venerado padre suspiró otras tres veces, y murió en mis brazos, entregando a Dios su hermosa alma. No puedo expresarte el dolor de ver arrebatada a mí una prenda que tan cara nos era. De mamá no hablemos: también ella ha manifestado su dolor. Yo, sin embargo, que recibí de Dios esta valentía, la he sabido confortar, de manera que ahora está plenamente resignada. Ésta es una gran desgracia para la familia, pero qué se la va hacer. El Señor nos ha querido privar de un padre, aunque sobrevengan o vayan a sobrevenir tantas y tantas desgracias. Estos momentos que vivimos son muy tristes y muy difíciles. Pero no estamos del todo perdidos. Más bien, querida hermana, si hemos perdido al padre terrestre, lo que nos hace verter lágrimas, tenemos aun así al padre celeste, que es Dios. Procura consolarte como nosotros lo hacemos, pues nuestro padre prometió rogar por nosotros y recompensarnos por las fatigas que su larga enfermedad nos ocasionó, y a mamá de modo especial. Que nuestro contento esté en la

⁶ *La Fiaccola*, año 1, n. 1, 15 de enero, 1927.

⁷ Del diminutivo *Luigina*, la esposa.

confianza y la resignación. Haz tú otro tanto, y un día, felices y alegres, nos reuniremos con él en el cielo. No necesito decirte que ores tú y pidas a otros que oren por él. En nosotros y en mamá no pienses. Dios, que proveyó hasta ahora, proveerá una vez más. Sin embargo, haz alguna excepción y escribe a mamá más a menudo, pues a mí me llamarán a filas, si Dios no me concede una gracia especial, y entonces qué hará mamá sola? Reza siempre por mamá, por mí, por nuestros hermanos Pietro y Mario, y por tío Carlo, que tampoco vivirá mucho»⁸.

Tío Carlo, hermano del padre de Luigi, murió de allí a pocas semanas, dejando en tristes condiciones a la familia.

El mundo conmocionado por la guerra

Entre tanto empeoraba la situación bélica en el frente italiano, y sobrevino a Luigi el temor de ser llamado a filas, lo que implicaba una nueva interrupción de los estudios. En febrero de 1917, se había sometido a la prueba de aptitud militar, juntamente con su clase de 1898, y había sido declarado revisable. Otro tanto aconteció en agosto, y de ahí que en octubre pudiera comenzar quinto de gimnasio en el colegio arzobispal de Saronno.

Ahora bien, el 10 de abril de 1918 Luigi era convocado al servicio de las armas, y esto le obligó a dejar los estudios hasta el 20 de febrero de 1919, fecha en la que se le licenció. Según él mismo escribe en una relación autógrafa, fue «destinado al 65º regimiento de infantería de Cremona», y luego trasladado sucesivamente a Castelleone, Módena, y por fin, con el cese de las hostilidades, a San Benedetto Po en la provincia de Mantua. Luigi desempeñó cargos diversos: declarado "no hábil permanente", prestó servicios militares como telefonista y, finalmente, como adjunto de intendencia.

La experiencia militar en un período tan trágico como el de la primera guerra mundial no parece adquiriera significado particular para el joven que, precisamente por los cargos desempeñados, no estuvo en primera línea de combate ni fue destinado a guarniciones sanitarias u hospitalarias, donde el sufrimiento humano causado por el odio hubiera podido turbarle y dejar en su alma huellas profundas. La única secuela tangible fue, al parecer, que aprendió a fumar puros.

Según el relato autógrafo, pese a la dificultad y a las restricciones del régimen militar, él encontró oportunidades y medios de orar aprovechando las salidas libres. También dedicó algún tiempo al estudio en San Benedetto Po, merced a la amistad trabada con el arcipreste local. El ambiente militar asume, en la imaginación colectiva, contornos inciertos, que deslíen la disciplina férrea en los tonos poco edificantes de ritos goliardescos y "nonnismo" (*nonno* = abuelo). En este cuadro tan poco favorable a las tenues gradaciones de la vida interior, Luigi nunca dejó de encontrar espacios y disfrutar ocasiones para cultivar la oración: una pincelada quizá de rasgos inciertos sobre una tela de colores vívidos y descarados. El ser humano está bien dotado para adaptarse al ambiente que le circunda, pues pone en movimiento estrategias enderezadas a afrontar el cambio, por dramático que sea. De la capacidad de adaptación fluyen la fuerza de la supervivencia y la perspicacia que con ella se alía. La inquietud psicológica y existencial de los soldados, efecto del aislamiento y de la lejanía de sus seres queridos (lo que agravaba la escasa movilidad en la población de aquel tiempo, cuando uno generalmente moría en el pueblo donde había nacido) estimuló la fantasía y la iniciativa de muchos, que idearon arbitrios, cuál más, cuál menos ingenioso, para mantenerse en contacto. También el seminario de Milán, preocupado por sus clérigos del frente (a bulto, en 1915 fueron a la guerra 450 sacerdotes y 350 seminaristas), editó una

⁸ Carta de Luigi Monza a su hermana, Cislago, 10 de enero de 1917, en APL.

hoja, órgano de unión, que diese ánimos e indicase maneras de vivir aquel trágico momento.

En Pascua de 1918, la tímida circular, con nuevo atuendo gráfico, tomó por título *// Nodo* ("El Nudo"): sus características y finalidad quedaban descritas en el subtítulo, *Periódico Epistolar*. Demostrado su éxito, era lógico que ampliase el campo de su difusión y beneficiase a todos los seminaristas que empuñaban las armas. He ahí cómo nació, al lado de *// Nodo*, otro periódico, *La Fiaccola*. Salió por primera vez el 16 de julio de 1916, con la bendición del cardenal Ferrari, y adoptó su forma definitiva el 10 de noviembre del mismo año, puesto bajo la protección del comité de asistencia religiosa a los militares, que presidía monseñor Cavezzoli. A través de esta publicación el cardenal Ferrari se dirigía a todos los sacerdotes y clérigos militares con el propósito de exhortar, formar y animar. Leemos efectivamente en el n. 1 del 10 de noviembre de 1916: «*La Fiaccola* es para ver y hacer ver; y en realidad lo consigue bastante bien para los clérigos. Vemos de hecho a éstos a través de las páginas de *La Fiaccola*: los seguimos en lo posible y al mismo tiempo hacemos que ellos vean algo: buenos consejos, exhortaciones, incentivos para el bien; cosas todas que el clérigo militar puede ver en las páginas de *La Fiaccola*. Se reflejan además en *La Fiaccola*, visibles para todos como gallarda y recíproca incitación al bien, las buenas obras, los actos de virtud, de obediencia, de abnegación, de piedad de los propios clérigos. Y vosotros, queridos nuestros, lo haréis ver con la práctica asidua de las virtudes sacerdotales, no olvidando nunca que, bajo el uniforme militar, sois sacerdotes. En vosotros admirarán el espíritu de humildad, de sumisión, de sacrificio, de caridad, espíritu tan propio del sacerdote; vuestra conducta emitirá el esplendor de la virtud que llaman angélica; y vosotros debéis mostraros ángeles en todo el tenor de una vida intachable y santa. Si alguien pretextara la humana fragilidad, los graves peligros, las frecuentes ocasiones de mal, ninguna de estas cosas negaré; afirmaré empero que basta quererlo: poder decir con el apóstol, "todo lo puedo en Aquel que me da fuerza"»⁹.

Con el fin de la guerra, en noviembre de 1918, la familia Monza confió en ver vueltos del frente a los dos hijos, pero no había noticias seguras de Pietro. Sólo después se supo que, hecho prisionero, lo habían devuelto a Italia en grave estado. Afectado de bronquiopulmonía, e impidiéndole esta dolencia la comunicación con su familia, fue hospitalizado cerca de Riasco. El capellán militar informó a Don Vismara de su muerte, que le sobrevino el 4 de diciembre, este mismo año de 1918.

El oro se depura en el crisol

Entre marzo y junio de 1919 Luigi terminó de estudiar quinto de gimnasio en el colegio arzobispal de Saronno. Lo fragmentario de su formación le habría cerrado el acceso al liceo, pero en el estado de emergencia postbélica, no eran infrecuentes las irregularidades, por lo cual, y para evitar una ulterior dilación a los futuros sacerdotes, benévolamente se hizo la vista gorda, pasando por alto las lagunas de sus estudios. En realidad, la generación que había estado en el frente podía delatar carencias intelectuales, pero había sido fogueada por la adversidad. Todos los que volvieron eran más hombres. Luigi se aplicó al estudio durante las vacaciones veraniegas, superó los exámenes que concluían el gimnasio, y fue admitido al liceo.

Todos cuantos han estudiado a Don Monza señalan el trienio en Saronno como época

⁹ Flp 4:13, "omnia possum in eo qui me confortat". *La Fiaccola*, n. 1, 10 de noviembre, 1916. Información obtenida en *I seminari milanesi e la Grande Guerra*, cf. *Humilitas* (marzo de 1920).

difícil en la vida del jóven, debido a algunas faltas de comprensión por parte de los superiores. Aparte de las rígidas normas, que costaba a los jóvenes prefectos asimilar, así como el ser éstos adultos y tener la personalidad formada, el colegio de Saronno vivió, entre los años 1918 y 1923, momentos bastante complejos y delicados. De hecho se creó una peculiar situación interna, por causa de algunos profesores o vice-rectores con los que tuvo serias dificultades el rector. La lectura del intercambio epistolar entre el rector del colegio de Saronno, Castelli, un carácter fuerte y decidido, y el rector del seminario mayor, De Giorgi, proyecta una situación conflictiva en relación con el profesor Polvara, el vice-rector Modesto Ferré y el vice-rector Luigi Bietti.

Don Giuseppe Polvara enseñó en el colegio de Saronno en 1920 y en 1921, pero fue alejado de él porque quiso iniciar una nueva escuela y asumir su dirección sin haber consultado al rector Castelli. Castelli consideraba incompatibles uno y otro compromiso, y en verano de 1921 escribió dos cartas a monseñor De Giorgi explicando la decepción, el disgusto, y sugiriendo diversas medidas que deberían tomarse.

Don Modesto Ferré, vice-rector desde 1916, fue invitado a dejar el colegio en 1922 por razón de su comportamiento. He aquí cómo lo describe el rector Castelli: «Vuelto de la guerra, se demuestra bastante menos sacerdote que antes: gusta de cantar, y tiene una voz discreta. En cuanto a celo, espíritu de sacrificio e iniciativa, cero absoluto»¹⁰.

Pero el sacerdote que, en aquellos años, acarreó mayores problemas y dificultades al ambiente fue a buen seguro Don Luigi Bietti, vice-rector del colegio de Saronno y profesor hasta 1924¹¹. Activo en la zona de El Varesotto y partícipe de su vida social, el 1º de enero de 1920 entró como militante a todos los efectos en el partido fascista, ejerciendo el cargo de secretario provincial de los balillas y formando parte del directorio fascista de Saronno. Separado del colegio de Saronno por sus ideas, fue capellán de la *Casa de los retornados de las batallas patrias*, de Turate, hasta 1943 cuando, con la caída del fascismo, se adhirió a la República de Salò¹². Pensador y escritor fecundo, publicó muchos artículos en los periódicos de la época, en los cuales exponía su pensamiento político y social; dejó varios escritos filosóficos y ensayos de literatura¹³.

Luigi Bietti estuvo desde el seminario en relación con exponentes del modernismo, el movimiento de renovación religiosa y cultural que cundió en el interior del catolicismo durante los primeros quince años del siglo XX. Se carteoó, de manera particular con dos que figuran entre los mayores representantes del modernismo italiano, Ernesto Buonaiuti y Salvatore Minocchi¹⁴. En junio de 1907, le fue retrasada la colación del diaconado, a causa de estas relaciones. Por instancias del confesor, un compañero suyo, Don Carlo Rossi, le había denunciado como modernista al rector, monseñor Nasoni, porque tenía el retrato de Don Minocchi. En general, los ambientes eclesiásticos mantuvieron una actitud severa y suspicaz hacia quienes se abrían a ideas nuevas. La reacción de la Iglesia frente al modernismo fue de hecho, desde el comienzo, drástica e inflexible: entre 1903 y 1907 se pusieron en el

¹⁰ Carta del rector A. Castelli a monseñor A. De Giorgi, rector mayor de los seminarios milaneses, con fecha 22 de mayo de 1922, en el archivo del seminario arzobispal de Venegono Inf. (VA).

¹¹ Con la interrupción de los tres años de guerra, durante los que había sido capellán militar.

¹² A causa de estas actividades Don Bietti recibió el 1º de mayo de 1945 aviso de demanda del comité nacional de liberación, y fue procesado por colaboracionismo el 28 de junio. Condenado a 8 años y tres meses de prisión (y confiscación de bienes) por el tribunal de vistas extraordinarias de Como, fue amnistiado en anulación del 1º de octubre de 1946.

¹³ *Religione di Mazzini*, Saronno 1911; *Leggendo gli ultimi romanzi di Guido da Verona*, en *Vita e pensiero*, 10 de enero 1915; *Giovanni Bertacchi poeta de la natura*, en *Vita e Pensiero*, 30 de diciembre de 1915; *Per l'onore d'Italia nel primo anniversario della guerra*, Saronno 1916; *Un apostolo dei poveri: il Beato Giuseppe Cottolengo*, en *Vita e Pensiero*, 1917.

¹⁴ Las cartas se conservan en el archivo del Centro para la historia del modernismo, en Urbino.

Índice numerosas obras de modernistas; en 1904 se decretó una visita apostólica para todas las diócesis italianas; en 1906 monseñor Umberto Benigni fundó una sociedad secreta, el *Sodalitium Pianum*, al que incumbía recoger secretamente información sobre los «sospechosos» y transmitirla directamente al papa. En julio de 1907, el decreto *Lamentabili* condenó las proposiciones modernistas relativas a la autoridad del magisterio eclesiástico, a la inspiración de la escritura sagrada, a la objetividad e inmutabilidad de los dogmas, a la divinidad de Cristo y al origen divino de la Iglesia y de los sacramentos. Decreto al que siguió la encíclica *Pascendi*, que definía el modernismo como «la síntesis de todas las herejías» (pues en él confluían todos los errores del pensamiento moderno), y que contenía una serie de severas disposiciones tendentes a reprimir y prevenir toda infiltración del modernismo en el clero. De manera particular, especificaba la encíclica, había que vigilar a los profesores de seminario y de universidad, para alejar a aquellos que introducían teorías nuevas; en adelante sería necesario seleccionar rigurosamente a los ordenandos, ampliar la censura, prohibir las reuniones de sacerdotes y establecer comisiones diocesanas de vigilancia. Durante algunos años se vivió en un clima de sospecha: las comisiones bíblica y del Índice redoblaron su actividad en sentido cada vez más conservador. En 1910, el motu proprio *Sacrorum Antistitum* impuso a todo el clero un juramento especial, antimodernista, que aun no añadiendo nada esencial a disposiciones anteriores de Pío X, constituía un compendio enderezado a desenmascarar a los criptomodernistas. Fueron, pues, separados los profesores sospechosos, prohibidas las obras que daban amplio desarrollo a la crítica histórica, e intensificadas las visitas apostólicas en los seminarios italianos. Ahora bien, precisamente un visitador apostólico fue quien en 1911, hablando de Luigi Bietti, dijo: «es bastante conocido por sus ideas no exactamente ortodoxas ... En su pestilente propaganda se halla como a su salvo, pues le defienden altos superiores»¹⁵.

Considerado así el difícil momento histórico en que actuó Don Bietti, es comprensible que un individuo semejante despertase sospechas y crease dificultades en el ambiente eclesiástico, y mucho más dentro del colegio, donde vivió de quince a dieciséis años. Al comienzo de su permanencia en Saronno, fue objeto de habladurías por su manera de enseñar la literatura italiana, que pareció poco ortodoxa y no en la línea del pensamiento de la Iglesia, sobre todo en el tratamiento de algunos autores como D'Annunzio, Carducci, Tolstoy y Fogazzaro¹⁶. Se estimaba a éste en particular como exponente típico de la cultura modernista, y su novela *El santo*, donde se exponía el programa de reforma para el catolicismo, había sido puesto en el Índice el año 1906.

Por lo que atañe a Don Monza, en una indagación efectuada por Dajelli¹⁷, se alude a cierta situación grave, poco clara, creada en el interior del colegio. De esta situación rehusa suministrar detalles el propio Dajelli, y la describe así: «la primera contrariedad en la vida (i. e. de Don Luigi Monza), a mi entender bastante seria, le sobrevino en el colegio de Saronno, siendo prefecto de los menores. Guiado por el natural sentido de la equidad, reprendió cierta injusticia. Su insistencia en sostener la razón ante los superiores le acarrió - sin que los superiores lo quisieran,- la tacha de insubordinado, y sólo la intervención de su párroco le sacó del difícil trance, que le hubiese ocasionado la suspensión de los estudios. Unos diez años después supo de mí accidentalmente cuál era el fondo del contexto en el que,

¹⁵ L. Bedeschi, *Modernismo a Milano*, Milán 1974, p. 111.

¹⁶ Así lo evidencian algunas cartas en la correspondencia entre Castelli y De Giorgi, conservada en el archivo del seminario arzobispal de Venegono Inferior (VA).

¹⁷ Domenico Dajelli, amigo de Don Luigi Monza en la época de Saronno, ha llevado a cabo una investigación de su vida, en particular sobre el período de Saronno, basándose esencialmente en testimonios y averiguaciones locales. Como escribía en una carta del 28 de mayo de 1982, sus investigaciones fueron realizadas «inmediatamente después de la desaparición de Don Luigi, y durante la preparación del libro de P. Bedont, en los lugares y entre las personas...» Citaremos esta fuente como: D. Dajelli, *Ricerche*, en APL.

inadvertidamente, había acertado con la raíz del mal». Esto haría comprensible la severidad de los juicios emitidos por el rector Castelli sobre Don Luigi.

En otro pasaje de su investigación, Dajelli afirma además que, entre los sacerdotes más adversos a Don Luigi, estaba un tal "Don L. B." Fácilmente se sugiere la referencia a Don Bietti. Encontraremos de nuevo al personaje en relación con las detenciones que efectuaron los fascistas en Vedano y la zona limítrofe.

En cualquier caso, este estado de cosas explica la crisis que turbó el alma del joven Luigi Monza¹⁸. Como pasaba el verano en Cislago, con la familia y bajo la dirección de Don Vismara, éste le ayudó a rehacerse. Efectivamente escribe Bedont: «Fue una vez más su párroco quien lo salvó y lo puso de nuevo sobre sus pies. Sigilosamente, quiso el celoso sacerdote presentarlo al arzobispo, cardenal Ferrari. Tras un breve coloquio, el purpurado tranquilizó al párroco con estas palabras: ese clérigo me ha causado muy buena impresión»¹⁹.

Según lo que refiere Mondini, en vacaciones Luigi tenía por costumbre asistir a la misa de las 5:30, que oía en compañía de la madre. Algunas tardes, y los días festivos, prestaba su ayuda a los otros sacerdotes en las lecciones de catecismo, o bien dedicaba el tiempo a orar en la iglesia. En general ayudaba a la madre en las tareas del campo. Al final del verano se planteó el viejo problema, si iniciar nuevos estudios en el seminario, o bien continuar en el colegio como prefecto. Por consejo de Don Vismara, Luigi decidió continuar como prefecto. El 17 de octubre de 1922, el clérigo Luigi Monza fue, pues, destinado al Colegio Rotondi, de Gorla Minore, a pocos kilómetros de Cislago, donde cursó primero y segundo de teología.

Aquí, pese a su salud precaria, Luigi consiguió trabar con los estudiantes buenas relaciones, y éstas precisamente le depararon disgustos con el vice-rector, provocado todo ello por diferentes visiones de la formación de los jóvenes. Sin embargo, no se piense que Luigi fuera de un carácter particularmente difícil; más bien, semejantes desacuerdos tenían su origen en el método educativo del vice-rector quien, según escribe el rector mismo, gustaba de una "disciplina castrense". La baja edad de los prefectos, y los superiores, que aplicaban con severidad el sistema educativo, condujeron a incomprensiones que, al decir de los documentos, el rector cuidó de decantar, cuando se atuvo al tenor de los juicios de los jóvenes prefectos.

Vuelto a casa para las vacaciones de 1923, habiendo dado fin al primer año de teología, Luigi halló cambiada la situación política de Cislago. El nuevo partido fascista, que pretendía imponerse por doquier, pudo comprobar en los comicios que el electorado era casi unánimemente favorable a la lista católico-popular. De ahí el sucederse en Cislago de conferencias amenazadoras, pronunciadas por algunos fascistas forasteros, si bien el párroco pudo cerciorarse de que «oficialmente no se registran aún inscripciones en el partido; quienes lo hayan hecho permanecen en la oscuridad»²⁰.

El clima de agitación política prosiguió durante todo el invierno de 1924, pero tras las

¹⁸ L. Mondini afirma: «La dirección (i. e. de Castelli) se caracteriza por la corrección en el trato y por la persuasividad, no haciendo pesar la autoridad ... insiste ante los jóvenes en que estudio y obediencia sean expresión del deber y de la convicción. ... Cierta sensación de desengaño en cuanto a la aplicación y conducta de los alumnos preocupa asimismo al clérigo Luigi Monza. Éste quisiera inculcar en los jóvenes un comportamiento más serio y un mayor respeto al deber, justamente por que él mismo abunda en esos sentimientos. Pero en el colegio prevalecen los jóvenes de clase acomodada ... y no siempre se aperciben de que el estudio envuelve sacrificio. ... Esta disposición de su ánimo le hace exigente hacia los estudiantes, lo cual trae como consecuencia el que incurra en discrepancia con los responsables de la dirección del colegio. Muy a su pesar, se ve obligado a ausentarse por algún tiempo. Pero la oportuna palabrita del párroco Vismara, cuya asidua presencia nunca desfallece, y la intervención conciliadora de monseñor Castelli ... disipan las incertidumbres del joven clérigo». Cf. Mondini, o. c., p. 35.

¹⁹ Bedont, o. c., p. 26.

²⁰ Cf. Mondini, o. c., pp. 46.

elecciones de mayo de aquel mismo año, que confirmaron la victoria del Partido Popular en Cislago, comenzaron a multiplicarse las violencias de los fascistas. De algunas entre estas acciones, como el asalto a la cooperativa ambrosiana de consumo, tuvo conocimiento también Luigi, aun estando totalmente absorbido por el estudio²¹.

En octubre de 1924 comenzó el joven Monza su tercer año de teología en el seminario diocesano de *Corso Venezia*, en Milán; pero experimentó un empeoramiento el estado de su salud. De hecho no pudo hacer los exámenes semestrales por haber enfermado. Superados de todas suertes los exámenes finales de tercero, Luigi estudió cuarto en los meses veraniegos de 1925. El arzobispo de Milán, cardenal Eugenio Tosi, pidió y obtuvo del papa Pío XI la anticipación del presbiterado para los clérigos que habían interrumpido los estudios a causa del servicio militar y suplido el cuarto curso con estudios veraniegos. Hubo múltiples motivos para ello, ante todo la edad: muchos eran ya maduros, uno de ellos Luigi, y entre otras razones por la de la guerra, ya en tercero de teología habían rebasado los límites de edad acostumbrados. Estaba luego la dificultad de sujetarse a la rígida disciplina del seminario para los que habían prestado servicio militar en época bélica. En fin, de nuevo a causa de la guerra, habían descendido las vocaciones y ordenaciones, y de hecho eran muchos los clérigos que no habían vuelto al seminario, descontando los caídos en el frente. Recibido el subdianconado el 28 de junio de 1925, y el diaconado el 25 de agosto, fue coferida a Don Luigi la ordenación sacerdotal por el cardenal Tosi, en la capilla del seminario mayor, el 19 de septiembre de aquel mismo año. El joven Monza celebraba al día siguiente su cantamisa en Cislago, donde el párroco Don Vismara y sus coadjutores, sobre todo Don Cazzani, habían preparado un festejo digno del primer joven de la parroquia que emprendiera la ruta del sacerdocio.

Yo estoy contigo, soy tú mismo

El día de la primera misa el pueblo entero hizo fiesta. El misacantano se convirtió desde aquel instante en hijo de todos, y todos se le acercaron para compartir la alegría y la esperanza de aquella primera celebración. Hoy es tal vez difícil entender cómo se vivía y sentía entonces un acontecimiento semejante: el individualismo exacerbado, la pérdida del sentido de lo sagrado, la heroicidad atribuida al éxito y a la notoriedad nos alejan mucho de aquel mundo quizá algo ingenuo, pero sobrio y genuino. Nuestro riesgo como miembros de la sociedad postmoderna es vaciar de significado los sucesos de aquella historia, porque distan mucho de nuestra manera de sentir y percibir la vida. Pero haciéndolo así anulamos una parte de nosotros mismos.

Don Luigi celebró sin duda su primera santa misa "con temor y temblor" (Ef 6:5), contento de haberse ofrecido al Señor, pero al mismo tiempo quién sabe si con aprensión en cuanto al futuro. El párroco, Don Luigi Vismara, siempre solícito por él, y su arrimo en los momentos difíciles, escribió aquel día: «Celebramos hoy con verdadera alegría dos acontecimientos: el XXV aniversario de la fundación de nuestro Círculo de San Miguel, y la primera santa misa de nuestro paisano. Digno el primero de honrosa mención, porque cierra la duración notable de una institución fundada con la aprobación y puesta bajo los auspicios del llorado párroco Erba, de felicísima memoria, la cual ha desempeñado en la parroquia un papel muy importante, ha cuidado la formación cristiana de muchos de nuestros jóvenes, en especial por lo que atañe a los errores y peligros de estos tiempos tan agitados y a las cuestiones sociales, provocadas y agrandadas por las nuevas condiciones de vida.

²¹ Cf. Mondini, o. c., pp. 46s.

«El segundo acontecimiento es motivo de gozo y título de orgullo, porque nos presenta colocado en dignidad muy alta a un hijo de esta parroquia nuestra. Son éstos acontecimientos distintos, pero que se remiten el uno al otro. El Círculo de San Miguel saluda en el neo-sacerdote a un miembro suyo siempre adicto y querido, y el neo-sacerdote agradece el haber obtenido de su asistencia al Círculo un notable aporte a su formación espiritual. Y yo vivo en la memoria este recuerdo: la primera vez que vi y conocí al muchacho que hoy sube al altar por vez primera, fue precisamente en las reuniones del Círculo, cuando recién llegado junto a vosotros, tuve que asumir su animación por encargo del párroco Uboldi. Más, fue allí donde percibí la semilla de vocación sacerdotal que Dios había sembrado, y sentí el deber de cooperar con la divina gracia a su desarrollo y logro. Andad alegres, pues, especialmente vosotros, jóvenes inscritos en el Círculo de San Miguel, y admirad la bondad y la sabiduría de Dios».

Un profundo recogimiento y la devoción de quien está de veras unido a Jesús, fueron las notas que distinguieron la misa de Don Luigi aquel día. Todo su historial delataría ese rasgo distintivo, y de hecho serán muchas las personas que, según pasen los años, se le acercarán, impactadas por su celo.

Con la ordenación sacerdotal concluía el tiempo del seminario y Luigi, en adelante Don Luigi, dejó tras sí la juventud para calar en lo vivo del ministerio. Aquellos años se sucederán entre mil dificultades, ensombreciendo con sus altibajos la meta, que más de una vez pareció alejarse y sumió a Don Luigi en la inquietud y la incertidumbre. Su fuerza de voluntad, su sacrificio y sobre todo su fidelidad al plan de Dios le habían hecho superar las adversidades del seminario y a vencer la tentación de volver atrás, ante la precaria situación de la familia. La brusquedad e impulsividad que, episódicamente, había delatado en los años formativos, semejaban tormentas de verano, que asustan por lo repentino y violento, pero luego se disipan, y dejan ver el azul o aun el arco iris. La lucha por el triunfo de la justicia y la verdad ya le habían atraído los regaños de los superiores. Habérselas con una personalidad de este temple significaba, para el joven sacerdote, sujetarse a intenso laboreo, para adquirir la resistente dulzura propia de los varones de Dios. Y a Don Luigi la vida misma le revelaría pronto como palestra de humildad y sumisión, dejando los episodios de Saronno en mero anticipo de las incomprendiones esparcidas por su camino.

Precisamente esta humildad, experimentada en primera persona, constituirá la base de su espiritualidad y le permitirá adquirir la asbiduría, tal como lo expresa T. S. Eliot en los *Cuatro* cuartetos: «Única sabiduría, en cuya adquisición podemos esperar, es la sabiduría de la humildad».

Pero el Señor sostiene a quien se le confía con todo el corazón, y será en el corazón donde Don Luigi se sentirá afianzar por quien le llamara a este ministerio, tal vez con palabras semejantes a las que Michel Quoist pone en su libro, *Oraciones*: «Hijito, no estás solo, yo estoy contigo, soy tú mismo. Pues necesitaba una humanidad adicional para continuar mi encarnación y mi redención. Te tengo elegido desde la eternidad, estoy necesitado de ti. Necesito tus manos para continuar bendiciendo, necesito tus labios para continuar hablando, necesito tu cuerpo para continuar amando, te necesito a ti para continuar salvando, sigue conmigo, hijo mío»²².

²² El pasaje de Eliot está hacia el final de la composición II de *East Coker*. M. Quoist, *Pregchiere. Preghiera del sacerdote la domenica sera*, Marietti, Turín 1980, 9ª ed., p. 70.

Capítulo II

VEDANO OLONA: LA TORMENTA (1925-1928)

La primera misión

La ordenación, el cantamisa, los festejos entre sus paisanos de Cislago fueron momentos inolvidables. Pero, breves y fugaces como el deseo, pasaron en un instante. De otro lado, importaba a Don Luigi, no la *primera misa*, sino ser sacerdote *para siempre*. En su camino, el día de la ordenación fue punto de llegada, pero más que eso era punto de partida, y trampolín que lo lanzaba al ministerio. Efectivamente, no se había hecho sacerdote para estarse en el seminario, sino para vivir el seguimiento de Cristo en medio de la gente, en la parroquia.

Su primer destino fue la iglesia parroquial de San Mauricio, en Vedano Olona, provincia de Varese, ciudad de la que dista sólo siete kilómetros. Al visitarla hoy, esta pequeña ciudad aparece alegre y ruidosa, cruzada por coches y motos. Domina un fértil valle, por el que fluye el río Olona, a lo largo de cuya orilla izquierda está asentada. Es un espléndido emplazamiento geográfico. Tiene muy desarrollados el comercio y la industria, y son numerosos los establecimientos artesanales de comestibles, o bien de ebanistería y plásticos.

Al comienzo de los años veinte la situación era distinta. Vedano rebasaba apenas las dimensiones de una barriada, en la que no florecía el desarrollo económico. La primera guerra mundial redujo Italia al extremo, y provocó la desestabilización económica y la conmoción social de todo el país. La industria no se afincaba en la provincia de Varese, si bien tras los problemas relativos a la reconversión, la coyuntura internacional favorecía una recuperación económica general. La población de Vedano extraía mayormente de la agricultura el propio sustento: la tierra de aquella comarca es en realidad muy fértil.

Bajo el aspecto religioso, Vedano era un espejo de la entera diócesis ambrosiana. Ostentaba una alta participación en la misa dominical y en la catequesis, y para las mujeres total. La juventud se agrupaba en torno al oratorio. La gente daba expresión a su religiosidad en las diversas ramas de la Acción Católica, la Cofradía del Santísimo Sacramento, las Conferencias de San Vicente. Considerado todo ello bajo el aspecto político, esta entrega era mirada con preocupación por los partidos anticlericales.

El incipiente totalitarismo

Al comienzo de la posguerra se impuso en Vedano el Partido Socialista con una mayoría relativa: en las elecciones políticas de 1919 obtuvo 311 votos, contra 110 del Partido Popular (PPI) y 108 de los liberales¹. Aun siendo, pues, los socialistas los más numerosos y activos, los populares tenían en Vedano la sección local de la Oficina del

¹ Cf. Archivo del ayuntamiento de Vedano Olona, *crtl*^a 83, *crtg* 6, *cl* 2, *fasc* 2, Elecciones 1884-1934.

Trabajo, fundada en 1918, que dirigía Don Giuseppe Perego, *el cura intrigante*² - así llamado a causa de su acción sindical.

La imposición del fascismo en Varese y sus contornos pasó por varias vicisitudes, nada fáciles de reconstruir³. En 1919 se constituyó la *Asociación de ex-combatientes y desmovilizados*, cuyo fundador, Leone Boggio, inició una intensa obra de propaganda patriótica y antisocialista por toda la comarca de El Varesotto. Andando el tiempo, los intercambios entre la referida asociación y los fascios de combate de Milán, de Gallarate y de Como, fueron en aumento, y convirtieron la asociación en expresión concreta de la organización de los fascios, aun siendo una y otros formalmente distintos entre sí.

Las elecciones de noviembre de 1919 significaron una derrota para Mussolini y, para el fascismo, una etapa de detención. De ahí que la actividad propagandística se interrumpiera también en la comarca de Varese. Pero en 1920 el fascismo acusó, a nivel nacional, una nueva afirmación. Dentro de la crisis del socialismo, y con el desplazamiento de la lucha de clases de la ciudad a al campo, el movimiento halló su reafirmación en cuanto instrumento de la reacción agraria y patronal. En los primeros meses de 1921 el fascismo se difundió por todo El Varesotto y en la comarca de Como, hasta que el 2 de febrero fue constituida oficialmente en Varese la sección de Fascios de Combate⁴. En Roma tenía lugar, del 7 al 11 de noviembre de 1921, el congreso fascista, que adoptó la resolución de transformar el movimiento en Partido Nacional Fascista. En 1922 El Varesotto asistió a un florecimiento de organizaciones sindicales fascistas según la línea nacional, que tendía a acentuar la penetración en los ambientes obreros. Los fascistas intentaban infiltrarse por doquier para reclutar más y más adeptos de entre las filas de los trabajadores. Tras la marcha sobre Roma, el 26 de octubre de 1922 y la formación de un gobierno de coalición presidido por Mussolini, el fascismo se aplicó a consolidarse y eliminar toda oposición. Antes de conseguir este objetivo, durante todo 1923, atravesó un período de crisis interna, al igual que los demás partidos. Sólo el Partido Popular parecía mantener la cohesión, según arguye un artículo del periódico *Il Lavoratore Comasco*: «Es (el Partido Popular) el mejor asentado ... Al cobijo de innumerables sacristías mantiene eficiente su ejército. No ha sufrido persecución por parte del fascismo, con el cual nunca se le ha ofrecido ocasión de chocar ...»⁵

Pero gradualmente, la Santa Sede fue tomando distancias en relación al partido de Don Sturzo, como las tomó también gradualmente la pequeña y media burguesía rural. A los métodos y proyectos reformistas de los populares, que en 1919 habían servido para frenar el avance socialista, la burguesía agraria prefirió la acción violenta del fascismo, que prometía restablecer el orden social tradicional.

El Partido Popular inició el movimiento hacia posiciones antifascistas en el IV Congreso, que tuvo por sede Turín, en abril de 1923. En él confirmó Don Sturzo que el programa de los populares era, por sus fines y sus métodos, la antítesis del programa fascista. Mussolini amenazó entonces con desencadenar una campaña anticlerical, mientras simultáneamente hacía varar la reforma escolar de Gentile, muy grata a los católicos. La Santa Sede propuso, pues, a Don Sturzo que dimitiera como secretario del partido por él fundado, si bien ello no impidió un recrudecimiento de la violencia fascista contra los populares, considerados ahora como un obstáculo a la conquista del poder. Esta actitud detonó los primeros choques entre populares y fascistas, aun a nivel local. El clero, sin

² Cf. *Luce*, 5 de enero, 1920.

³ Cf. a este objeto A. Mentasti, *La vita politica varesina negli anni del primo dopoguerra*, en *Tracce*, revista trimestral de historia y cultura de la comarca varesana, n. 1, 1981, IIª parte, pp.3-12.

⁴ Cf. R. De Felice, *Mussolini il rivoluzionario 1883-1920*, Turín 1965, p. 510.

⁵ *Il Lavoratore Comasco*, 1 de septiembre, 1923.

embargo, se mantuvo sustancialmente compacto, compartiendo las vicisitudes asociadas con el Partido Popular.

Las elecciones políticas de abril, 1924, fueron precedidas de una serie de violencias fascistas enderezadas a eliminar toda oposición y hostiles también a las organizaciones católicas. Violencias que condujeron, el 24 de agosto de 1923, al asesinato de Don Giovanni Minzoni⁶. La atmósfera de intimidación, sin embargo, no produjo los efectos deseados, ni advino la victoria decisiva, tan auspiciada por Mussolini. Aun a nivel local las posturas opuestas demostraron ser fuertes y estar arraigadas en la comarca.

Tras el asesinato del Honorable Giacomo Matteotti, el 10 de junio de 1924, los grupos de la oposición se comprometieron a una acción común, aun en las administraciones locales. Ahora bien, el 3 de enero de 1925 pronunciaba Mussolini en la Cámara su célebre discurso, en el que asumía las responsabilidades políticas de los sucesos. El ministro del Interior, Federzoni, comunicó entonces a los prefectos la orden de reprimir las actividades antifascistas⁷. Por El Varesotto cundió una oleada de registros y detenciones, y en la relación remitida al ministerio del Interior se designaba al contorno de Varese como «uno de los más turbulentos y peligrosos para el orden público, (que) precisa ser atentamente vigilado por los responsables de la Seguridad Pública»⁸.

Se vió a la población de la comarca empeñada en una terca oposición, y el Inspector General de Seguridad Pública solicitó la disposición de diversas investigaciones para identificar al mayor número posible de "suversivos". La represión fue dura, sobre todo, en el golpe a objetivos de particular importancia: un ejemplo, el secuestro, decretado por el subprefecto, del primer número de 1925 del periódico católico *Luce*, por publicar artículos que se estimaron antifascistas. La resistencia a tales abusos fue cualquier cosa menos débil, y el fascismo no tuvo la cosa fácil. La represión se exasperó aún en los últimos meses de 1925, y El Varesotto fue escenario de ulteriores detenciones y registros. Entre 1925 y noviembre de 1926 los fascistas secuestraron los tipos de la *Cronaca Prealpina*, de Varese, y los de la *Provincia*, de Como, todavía independientes⁹.

El 31 de octubre de 1926 se produjo en Bolonia el atentado contra Mussolini, atribuido a Anteo Zamboni. Se siguió la deliberación del Consejo de Ministros por la que eran disueltos todos los partidos, todas las asociaciones y organizaciones contrarias al régimen y, anochecido el 8 de noviembre, transmitía el prefecto de Como al subprefecto de Varese una orden del Ministerio del Interior para que fuesen ocupadas todas las sedes de «asociaciones, entidades, partidos políticos, organizaciones en general, que desarrollen actividades opuestas al orden nacional»¹⁰.

El subprefecto respondía al día siguiente con una lista de las organizaciones cuya sede se había ocupado, entre las cuales estaba la cooperativa de construcción de Vedano Olona.

El fascismo, pues, aniquilada la oposición política y social, se encaró a un último obstáculo: la influencia de la Iglesia en el ámbito educativo y social. De modo particular fue el deporte aquel campo en el que más visiblemente se afirmó el control fascista, pues tenía estrecha relación con la educación de la juventud, y se lo consideraba un instrumento para la forja del espíritu y la preparación militar del país. Era por ello natural que el fascismo quisiera adueñarse de él, eliminando de los oratorios parroquiales toda actividad deportiva. Y en

⁶ G. De Rosa, *Il Partito Popolare Italiano*, Bari 1976, pp. 203-268.

⁷ De Rosa, o. c., pp. 203-208.

⁸ «Relación del Inspector General de Seguridad Pública para la región de Lombardía, Luigi Poli, remitida el 24 de enero de 1925 al ministerio del Interior (Dirección General de Seguridad Pública de Varese)». Conservada en el archivo estatal de Como (ASC), estrato 44.

⁹ Datos recogidos en el ASC, estratos 86 y 161.

¹⁰ Mentasti, o. c., p. 11.

Vedano Olona, éste fue justamente el campo donde se produjo el choque entre fascismo e Iglesia.

Don Luigi en Vedano

Acompañado de la madre, quien en adelante permanecerá con él, y de Mario, su hermano menor, con solos dieciséis años, Don Luigi llegó a Vedano Olona según finalizaba septiembre de 1925. Nuevo en esta parroquia, debía suceder a Don Pietro Ermolli, llamado a ejercer otro cargo en Milán.

Era párroco de Vedano Olona Don Pietro De Maddalena quien, habiendo desempeñado varios cargos en seminarios diocesanos, recibió en 1902 del cardenal Ferrari, este nombramiento. Estimado como sacerdote de honda piedad, celo incontestable y viva inteligencia, que no descuidaba cosa alguna para el desarrollo de las numerosas obras parroquiales, Don De Maddalena era particularmente odioso a los fascistas del pueblo y a los jerarcas provinciales, por ser uno de los sacerdotes que se oponían a los valores negativos y aviesos que éstos imponían por la fuerza.

Llegado a Vedano, no pareció Don Monza interesarse por "los problemas de la política", y sí en cambio concentrar su atención en la pastoral, de manera particular la juvenil¹¹. En las visitas pastorales¹², el cardenal Ferrari daba al párroco cuestionarios, según las respuestas a los cuales había surgido una serie de dificultades y problemas nuevos en la acción pastoral: la emigración, el desinterés de muchos padres en cuanto a la educación de sus hijos, el alcoholismo, la blasfemia, los salones de baile. Don Luigi entendía muy bien estos problemas, habiendo vivido la pobreza de su familia, el drama de la guerra, la vida de cuartel, y por estas precisas razones buscaba una nueva modalidad de evangelización¹³.

De estudios realizados y testimonios recogidos sobre el tiempo que Don Luigi pasó en Vedano emerge con claridad su intento de trasminir la fe mediante un trato directo con los jóvenes. Fundamentalmente Don Luigi quería facilitar su encuentro con Cristo testimoniando lo que el Señor había obrado en él. Y esperaba al mismo tiempo que se aperciesen de que cuanto él hacía era mérito de Otro, pues a través de él actuaba el propio Cristo. Como prueba de esta afirmación basta leer los testimonios de los entonces jóvenes, así cuando dicen: «Era algo incontenible. De material no tenía nada, todo se lo dictaba una fuerza interior»¹⁴, o bien, «Era menudo, pero bastaba mirarle a la cara: se veía que era un santo»¹⁵.

El método de Don Luigi no tenía nada de original. Eran la base de todo: el testimonio personal, como forma directa de evangelización; el ejercicio incesante de la caridad, a través de la relación personal con los jóvenes y compartiendo sus indigencias; y la formación de una comunidad capaz de vivir relaciones directas y profundas.

Un continuo contacto personal con los jóvenes, pues, constituía el centro de su obra educativa. Caracterizaba a esta relación, sobre todo, la gran capacidad de acogida y hospitalidad de Don Monza, según lo recuerda por ejemplo la hermana de uno de aquellos jóvenes: «Terminado el ensayo teatral, los llevaba a casa y allí estaban hasta medianoche.

¹¹ Cf. G. Cova, *Don Luigi Monza a Vedano y Olona*, en *Tracce*, n 1, 1989, pp. 5-20.

¹² El cardenal Ferrari efectuó visitas pastorales a Vedano Olona los años 1897, 1901, 1912 y 1917. Los cuestionarios referidos se conservan en el archivo arzobispal de la curia de Milán, y ahora tiene fotocopia de ellos el archivo de la parroquia de San Maurizio, de Vedano.

¹³ Cf. Cova, *o. c.*, pp. 8ss.

¹⁴ Testimonio de L. M., junio de 1987, *ibd.*, p. 8.

¹⁵ Testimonio de C. Bottacini, junio de 1987, *ibd.*, p. 8.

La madre les hacía una especie de torta de harina y cacao. Don Luigi agradaba, porque era un carácter abierto y jovial. La madre, siempre achacosa, se quejaba con gracejo, y entonces decía él en dialecto: "¡Ay mamá, si fueras la madre de Don Bosco, que metía a todos en casa..!"¹⁶.

En todo caso era preocupación fundamental de Don Luigi el crecimiento espiritual de sus jóvenes, un tema apenas glosable, habida cuenta de la reserva propia del trato entre el sacerdote y el joven. Pero de los testimonios emergen indicaciones para entender cómo seguía Don Luigi espiritualmente a sus muchachos. Ante todo insistía en la exigencia de ascesis personal: «Enseñaba a ser severos consigo mismos: la que obtenemos sobre nosotros mismos, decía, he ahí la primera victoria. Requería siempre la pureza: es la primera virtud»¹⁷. Luego, atribuía gran importancia, para el camino espiritual, al recuento diario: «En las reuniones nos preguntaba siempre si habíamos heho lo aconsejado la noche anterior»¹⁸. Por último, pero no menos importante, Don Monza tenía fijado un tiempo semanal de formación privada, impartida en otro sitio, en casa, y que todos los entrevistados recuerdan.

Otro rasgo de Don Luigi fue el de hacerse intérprete de las necesidades de sus feligreses. En primer lugar comprendió lo grande que era la necesidad de compañía y familiaridad de los jóvenes, por lo que se prodigó en la creación o refuerzo de tres importantes grupos: la *schola cantorum*, con el grupo de voces blancas, la filodramática, y la sociedad deportiva *Viribus Unitis*.

Esa capacidad de interpretar las indigencias de sus feligreses se evidencia en otra iniciativa de Don Luigi: las clases de francés. Vedano Olona tenía de hecho su problema principal en la emigración al extranjero a la busca de trabajo, una emigración principalmente dirigida hacia Francia y Suiza¹⁹. Este fue el motivo de que Don Monza pensara en la oferta de cursos de francés que enseñaran a los emigrantes los elementos de una lengua con la cual comunicarse en tierra extraña. Los cursos, por su parte, tuvieron tal éxito, que no pocos se inscribían ya a efectos sencillamente culturales.

Don Ambrogio Trezzi iba con frecuencia a Vedano. Tenía éste por entonces su destino en Venengo Inferior, pero iba a la parroquia de Don Luigi para oír las confesiones de personas sordas en la Pia Casa San Giacomo. Y así fue como se conocieron, trabaron honda amistad, y Don Luigi se puso bajo la dirección espiritual de Don Ambrogio. He aquí cómo recuerda éste a Don Luigi: «Llegar y presentarse él fue una bocanada de verdadero entusiasmo, especialmente en el campo juvenil. Nosotros los sacerdotes de las parroquias vecinas mirábamos con santa envidia a este joven cohermano, que con su extraordinaria actividad, con toda la generosidad de su gran corazón, en pocos meses había sabido crear alrededor de sí tantas simpatías y adhesiones»²⁰.

Pero Don Trezzi no fue el único en dejarnos un testimonio tan entusiástico de la obra de Don Luigi en Vedano. En carmelita Padre Vigilio de Sant' Alberto²¹, destacó en un discurso conmemorativo lo importante que fue para la comunidad de Vedano la presencia de Don Monza: «...A las pocas semanas de estar en el pueblo, el oratorio masculino, bajo su dirección y merced a sus innovaciones, se transformó como por encanto y dobló la cota de asistencia. Ilimitadamente activo, su sistema de educación, sus maneras siempre afables, las palabras que, dichas al desgaire, eran tanto más persuasivas, todo ello terminaba por

¹⁶ Testimonio de A. R., julio de 1987, *ibid.*, p. 8.

¹⁷ *Id.* L. M., junio de 1987, *ibid.*, p. 8.

¹⁸ *Ibid.*

¹⁹ En 1912 emigraron a los referidos países 400 vedanenses, como lo registra el cuestionario correspondiente a la tercera visita pastoral del cardenal Ferrari.

²⁰ Recuerdos de Don Trezzi, en el APL. Trezzi, que fue párroco di Vedano, fallecido antes del proceso, es un testigo ocular.

²¹ Este religioso dio varias veces los santos ejercicios al pueblo.

entusiasmar y convencer. Ningún oratoriano del domingo debía faltar, pues Don Luigi ciertamente conseguiría, según costumbre, seguirle la pista hasta donde estuviera... Constituyó una "compañía filodramática" de jóvenes la cual, en breve espacio alcanzó cohesión tal, que se la citaba como modelo...»

La cárcel

Entre las múltiples actividades parroquiales, la actividad deportiva obtuvo especial éxito. En realidad Don Luigi había creado un equipo de fútbol muy fuerte, el *Viribus Unitis*. Atento a las exigencias de sus jóvenes, y de acuerdo con el párroco, tomó en arriendo una amplia pradera, la que adaptó tan bien, que al poco tiempo ya podía el equipo desarrollar una actividad futbolística regular. Pero, como se indicó antes, por entonces había comenzado la fase de la "fascistización" del Estado y de la sociedad mediante el control de todas las actividades, sobre todo las deportivas.

Y así fue como el 28 de mayo de 1926 los fascistas formaban otro equipo de fútbol, la *Unión Deportiva Vedanense*, no más que para tener en jaque al *Viribus Unitis*. Otra justificación de un segundo equipo no hay, en un ayuntamiento de 3000 habitantes²². Como no fueron muchos los jóvenes adictos al nuevo equipo, los fascistas pasaron a la provocación, y se eslabonaron las acciones de violentas. De estas acciones hizo relación escrita Don De Maddalena y otros testigos²³. Según la referida relación, el 24 de abril de 1927 los fascistas de la *Vedanense* cortaron un poste de su propio campo y echaron la culpa a los católicos, con cuyo pretexto invadieron aquel mismo día el campo del *Viribus Unitis*. Un adicto del equipo del oratorio recuerda: «Llegaron decididos a pegarnos, como después lo hicieron otras noches cuando salíamos de la casa de Don Luigi. Pero en esta ocasión estaba él, que nos protegió diciéndonos: "Quietos! Quietos! Pegadme a mí, pero no toquéis a mis chicos!" Aquella vez no nos tocaron. Fue un milagro!» Y continúa: «Don Luigi recomendó, "Guardad la calma y no reaccionéis, pues no saben lo que hacen"»²⁴.

La noche del 30 de abril, dos jóvenes del oratorio, Giuseppe Castiglione y Giorgio Gonisti, ya con anterioridad objeto de agresión, fueron nuevamente agredidos por los los fascistas. Entonces se agruparon parientes y amigos para organizar una manifestación contra los agresores. Mandado por Don De Maddalena, Don Luigi acudió con el propósito de apaciguar los espíritus, y consiguió que los jóvenes del oratorio se retirasen antes que intervinieran los carabinieri. Su mediación, sin embargo, no impidió que, el 1º de mayo, ocho de entre ellos fueran detenidos y llevados a la cárcel de Varese, si bien se les puso en libertad, sin interrogatorio, al día siguiente. Don Luigi, en cualquier caso, aun cuando defendiera sin titubeos el derecho a la educación y el ejercicio de las libertades fundamentales de la Iglesia y de sus jóvenes, deseaba sobre todo la reconciliación de los ánimos. Hay bastantes que lo atestiguan. Algunos testigos recuerdan cómo invitaba a reaccionar contra aquellos hechos por la oración, y decía: «Manteneos unidos y no os asustéis! Conservad la calma, porque al fin triunfan los buenos»²⁵. Y luego: «Jamás dijo palabrotas contra los fascistas, no nos azuzaba, más bien urgía a soportar, pues el propio

²² El estatuto social de la Unión Deportiva Vedanense está en el archivo de la parroquia de San Maurizio, de Venengo.

²³ El memorial se escribió en la cárcel. Consta de bastantes folios, de puño y letra del párroco de Vedano, que se conservaron mucho tiempo en el archivo privado de Angelo Gambarini, de Vedano Olona. El memorial está ahora en el APL.

²⁴ Testimonio de C. Bottazzini, en Cova, o. c., p. 12.

²⁵ L. M., junio de 1987, en Cova, o. c., p. 13.

Señor fue clavado en cruz ... quería sobre todo reconciliar, invitaba a perdonar»²⁶.

Una vez más de acuerdo con su propio memorial, el 1º de mayo Don De Maddalena había ido a Malnate para la fiesta. Alcanzado a lo largo del trayecto por algunos policías, fue llevado en un camión a Vedano, donde oyó «una excitada diatriba del capitán Pino», el cual llegó a decirle que «no era un sacerdote digno»²⁷. Como el campo de deportes del oratorio se había convertido en causa de violencia, el párroco hizo que lo arasen dos labradores, pero ello no impidió al prefecto disolver por decreto del 6 de mayo el *Viribus Unitis*.

Estos sucesos sacudieron el alma de Don Luigi. Había enojado gravemente al párroco hallar en un rincón del presbiterio el gallardete de la disuelta agrupación deportiva. Exasperado, se dejó decir en público frases hirientes e hizo trizas el hasta de la bandera del *Viribus Unitis*. Don Monza lamentó al instante su gesto, que le hacía aparecer indisciplinado y rebelde, y escribió a Don De Maddalena una carta pidiendo excusas: «Reverendísimo Señor Párroco: Me compadezco a mí mismo, viéndome tan malo y rebelde a toda disciplina. Y sufro tanto más cuanto que sé cómo otros sufren por mi causa. La soberbia fue mi mala consejera, al hacerme reacio a una observación que no creía merecer, en mi ansia de evitar la inculpación de aquellos jóvenes, cargando yo mismo con toda la responsabilidad. Así, por amarles mucho, les he odiado ... aun no estimando que actué para ofender, sino que sólo hablé tal vez a impulsos de la gran amargura imaginada estos días por razón de los acontecimientos. ... tengo la certeza de que, sin mayor dificultad, los superiores podrán destinarme a otro puesto, úno que no requiera el trabajo con la juventud»²⁸.

El párroco comprendió que aquel acto impulsivo encerraba en realidad un celo al que sólo las circunstancias hacían inoportuno, y no le concedió gran importancia, ni dio curso a la solicitud de traslado.

La persecución, empero, no cejó. El 16 de junio se lanzó una bomba contra la casa del párroco, si bien por fortuna no causó daños. Estaba ahora claro que los fascistas querían la cabeza de ambos sacerdotes. La mañana siguiente el párroco escribía al *Podestà*, Caballero Cortelezzi, pidiendo una investigación regular, pero el mariscal de Malnate, enviado al lugar de los hechos, declaró ser imposible que la bomba se hubiese lanzado desde el exterior.

La noche del 28 al 29 de junio se produjo el hecho más dramático. Los fascistas locales simularon un atentado contra el vice-*Podestà*, Mario Baroffio, herido en el brazo izquierdo por disparo de pistola, y cargaron la responsabilidad sobre los jóvenes católicos "azuzados" por los sacerdotes. Al día siguiente se detuvo a una veintena de personas, casi todas miembros del oratorio. Así recuerda aquel día un testigo: «Eran las doce y media, yo estaba sentado en los peldaños de mi puerta tomando la sopa: vi pasar a dos carabinieri llevando en medio a Stevanazzi Egidio; recuerdo que se detuvo delante de mí para atarse un zapato. Desde los peldaños delante de mi casa se veía el altar de la iglesia de San Mauricio: Don Luigi estaba bautizando, fui a curiosear, lo tenían en medio dos carabinieri y estaba todo sudado. En cambio no vi a sus jóvenes, que fueron llevados en un camión»²⁹.

Partiendo, pues, de los diversos testimonios pueden reconstruirse los hechos del modo siguiente: el párroco había sido llamado después de la misa a la sede municipal, donde un comisario de policía le había desaconsejado permanecer en el pueblo, no pudiendo responder de la incolumidad de su persona. Don De Maddalena abandonó luego Vedano, mientras un gentío exasperado se agolpaba ante la casa consistorial. Don Luigi intentó primero calmar los ánimos de los manifestantes, y luego, entre dos carabinieri,

²⁶ Testimonio de C. Bottazzini, en Cova, *ibid*.

²⁷ Cf. el memorial de Don De Maddalena, *spr.*, n. 23.

²⁸ Carta de Don Luigi Monza a Don De Maddalena, en el APL.

²⁹ Testimonio de S. B., julio de 1987, en Cova, *ibid*.

volvió a la iglesia para administrar un bautismo. Concluida la ceremonia, Don Luigi fue obligado por los carabinieri a abandonar Vedano en escasos minutos.

Don De Maddalena marchó a Postua, provincia de Vercelli, donde se refugió en casa de unos amigos, pero allí fue alcanzado y detenido. Don Luigi se despidió de la aterrorizada madre, y marchó primero a Milán, donde tenía a Don Ermolli, y después a Gaggiano, donde residía su paisano Don Tenconi, pero aquí lo detuvieron policías en traje civil, siendo conducido a la prisión de Varese, junto a Don De Maddalena. Ambos sacerdotes se encontraron así en la cárcel llamada *I Miogni*³⁰, acusados de intento de homicidio.

Muchos años después refirió Don Luigi a algunas *Piccole Apostole* los particulares de su detención. Es una de ellas, Giuseppina dell'Oro, quien recuerda: «Una noche, una de las noches preciosas y únicas que Don Luigi pasaba en Vedano Olona, a instancias de algunas de nosotras, ansiosas de oírle de viva voz algunos sucesos queridos de su vida, significativos por estar colmados de sufrimiento, Don Luigi, en un tenor sencillo y emocionado, nos refirió parte de los incidentes y su estado de ánimo cuando, bajo orden de busca y captura, fue detenido en Gaggiano, donde se había refugiado, y le hicieron subir a un coche. "A dónde lo llevaban, qué querían, qué le harían?" Veía apenas bosque y campos. Las angustiosas preguntas le abrumaban a tal punto, que la escolta le preguntó si se sentía mal, e intentó tranquilizarlo a su manera. No pudo percartarse de la ruta seguida, y cada vez que, durante el trayecto, se reducía la velocidad, el corazón le latía tanto más acelerado. "Sería quizá el fin? Le harían apearse ... y después?" Así pasó el tiempo. Cuánto? Cierta una eternidad, pues los momentos parecen interminables en el sufrimiento.

«Mengua la velocidad, el coche para. "Dónde estoy?", pregunta. Se le insta a bajar, y advierte que ha llegado a la cárcel *I Miogni*, de Varese. Un respiro ... la prisión le parece liberación ... y da gracias al Señor. La que, de nosotras, estuvo presente aquella noche, recordará todavía hoy a Don Luigi refiriéndonos este episodio de aquellos tristes días y la emoción que nos hacía sentir, cuando al cabo de tantos años, volvía él a experimentar palpitantes los pasados dolores»³¹.

Naturalmente, apenas detenidos los dos sacerdotes, fue avisado el arzobispo, Cardenal Tosi. La curia arzobispal de Milán dirigió luego a Monseñor Ferdinando Roveda, en Roma, una carta en la que escribía: «... se supo el domingo pasado que los dos sacerdotes habían sido detenidos, y aún están en la cárcel. Cuáles sean las imputaciones, no lo sabemos ... Su Eminencia no puede renunciar a la tutela de sus sacerdotes y del pacífico desarrollo de su obra parroquial. Por ello en nombre de S. E., el señor cardenal arzobispo, ruego a S. Sr^a. Ilm^a. que se interese cerca del gobierno por aclarar las cosas...»³².

Todavía es más interesante el borrador de aquella carta, que dice: «Como se verá por la memoria que redacta la junta diocesana, la lucha contra el párroco de Vedano, De Maddalena, es de antigua data, y obedece al odio de algunos elementos locales. Estos han manifestado reiteradamente su deseo de que las autoridades eclesiásticas retiren al párroco ... Ahora es obvio pensar que los últimos hechos y el encarcelamiento de los dos sacerdotes están motivados por aquel viejo rencor y el propósito de que se los aleje»³³.

³⁰ El archivo de la cárcel *I Miogni*, de Varese, registra: «Monza Luigi, nacido en Cislago (Varese) el 22/6/1898, domiciliado en Vedano Olona (Varese) - sacerdote. Detenido el 17-7-1927 en Gaggiano (Milán). Ingresado en la cárcel de Varese el 17-7-1927, por orden de la *R. Questura* de Varese, estando antes en libertad, puesto a disposición de la *R. Questura* de Varese. Inculpado en relación al art. 4 - Ley 2008 de la Seguridad Pública. 11/11/1927 absuelto por orden de la *R. Questura*. 15/11/1927 puesto en libertad según orden de la *R. Questura*».

³¹ Recuerdos de Giuseppina dell'Oro, en el APL.

³² Carta del pro-vicario de la curia arzobispal de Milán a monseñor Ferdinando Roveda, en Roma, con fecha 1º de agosto de 1927, en el archivo histórico de la curia de Milán.

³³ Minuta de la carta referida.

La instrucción del proceso contra los dos sacerdotes llevó un tiempo notable. Existía por parte de la magistratura cierta desconfianza hacia la acusación, pero no se quería contrariar al partido fascista, que para estas fechas había ya instaurado la dictadura³⁴. Dajelli escribe: «Don Luigi estaba enterando a Don Anselmo de su experiencias y peripecias, y yo tuve así la suerte de poderme informar, con viva emoción y admiración, en cuanto a los particulares de las sacrílegas hostigaciones y de los interrogatorios policiales a que se le sometió»³⁵.

Al año siguiente, cuando ya Don Luigi estaba fuera de la cárcel, se reprodujeron, esta vez en Varese, las mismas violencias que en Vedano contra los jóvenes de Acción Católica. Fue detenido Don Anselmo Turconi, paisano de Don Luigi y ordenado juntamente con él. En un pasaje de su investigación afirma Dajelli, que Don Luigi tuvo noticias de Don Turconi y de los jóvenes que fueron detenidos, a través de un representante de los fascios de Origgio: «Supe también que esa noche, en la reunión del directorio ... aquel profesor Don L. B. dijo textualmente: "Vino a verme ese hombre alto (monseñor Croci) llorando y rogando por sus jóvenes y su sacerdote, pero...". Tenía constancia de que Don L. B. formaba parte del directorio de la provincia. Con semejante intervención me quedó la sospecha de que L. B. nada hizo por Don Turconi, antiguo prefecto del colegio, junto con Don Luigi»³⁶.

Para entender lo ocurrido digamos que un conjunto de indicios nos inducen a pensar que este Don L. B. es seguramente Don Luigi Bietti, uno de los profesores de Don Monza en el colegio de Saronno, y uno de los sacerdotes que le eran más adversos. De nuevo escribe Dajelli en su investigación: «No puedo omitir aquí un inciso y señalar que en el directorio de los fascios de Varese figuraba un Don L. B., profesor en el colegio de Saronno, partidario de la intervención en la guerra de 1914, propagandista y gran conferenciante. Tras la liberación fue procesado y encarcelado por fascista. Estaba en el colegio cuando aconteció a Don Luigi tener que justificar ante el cardenal Ferrari su firmeza...

«Entra este Don L. B. en los sucesos de Vedano-Cislago? No lo sé, pero sí estoy seguro de que no fue extraño a lo acontecido en Saronno cuando, juntamente con algunos jóvenes de Acción Católica, se encarceló a Don Anselmo Turconi, compañero de colegio de Don Luigi y como él natural de Cislago. Por amistad personal con un colega estuve informado aun sobre mi propia vigilancia: el señor Meraviglia, entonces secretario del fascio de Origgio me informaba, no poco sorprendido, de cómo Don L. B. hizo relación, en la sede del directorio de la comarca de Saronno, de su conversación con monseñor Croci, aprobando de lleno los atropellos fascistas y tachando de rebeldes a los jóvenes sacerdotes de Cislago. Rebeldes! Un reproche que oí repetir a cierta persona muy amiga de Don L. B., la cual asistía al colegio cuando Don Luigi estuvo en el santuario y tuvimos la diferencia por causa del coro, superior al antiguo y sucesor de éste»³⁷.

La noche oscura

En cualquier caso, Don Luigi y Don De Maddalena estuvieron cuatro meses en la cárcel, recibiendo trato de delincuentes comunes. Es muy difícil reconstruir los sucesos de

³⁴ La magistratura era, en aquella época, bastante independiente, no habiéndose doblegado aún, complaciente, al régimen.

³⁵ D. Dajelli, *Don Luigi Monza a Saronno*, en *A Don Luigi Monza, Cislago 22-VI-1898 - San Giovanni 29-IX-1954* (nº único, 1954), Lecco 1954, p. 19.

³⁶ D. Dajelli, *Ricerche*, en el APL.

³⁷ Dajelli, *Don Luigi Monza... etc.*, p. 19.

aquellos días y llegar al fondo del drama vivido por uno y otro sacerdote. De hecho no se tienen noticias precisas, y sobre todo Don Luigi, una vez excarcelado, evitó siempre hablar de lo acontecido. Sabemos con certeza que se les impidió celebrar misa, y que fueron sometidos a interrogatorios extenuantes, de los que uno duró 11 horas³⁸. No sabemos qué se les preguntó, ni lo que respondió Don Luigi. Dajelli refiere «haber contado Don Luigi cómo, hacia el final de aquel interrogatorio, sintiéndose casi desvanecer, cerró los ojos y bajó la cabeza. En aquel momento brillaron ante él con viva luz las palabras del evangelio, "Cuando os lleven a los tribunales por causa de mi nombre, guardad la paz del corazón y no premeditéis la respuesta, pues yo os daré elocuencia y sabiduría, cuales ninguno de vuestros adversarios las podrá resistir". Se confió a Dios, recitó ... un *Angele Dei*»³⁹.

Secreto de su fuerza siempre fue esta fe, fe que le llevó una y otra vez a actuar en la vida como instrumento del Señor.

Durante el período de detención, aunque seguro de su inocencia, Don Luigi confesó a un amigo haber atravesado una de las más duras pruebas místicas. Comenzó a hacérsele difícil orar y concentrarse en la meditación: la reclusión, el hacinamiento de la celda, la consiguiente postración física habían dado pábulo a dudas e incertidumbres, hasta inducirle a pensar que Dios le había abandonado. Le angustiaba el pensamiento de la madre y de los parientes, indirectamente afectados, el abandono y la lejanía de la parroquia y de sus jóvenes, y no tener noticias del exterior⁴⁰. Esta pena íntima se la calló, no la dejó traslucirse. Y cuando el párroco acudió a él entre lamentos, respondió que la Providencia les ayudaría. Don Ambrogio Trezzi recuerda: «El cardenal Tosi me había rogado que fuera cada poco y visitara a nuestros reclusos, y todas las veces que atravesé aquel umbral, hallé a Don Monza y a Don De Maddalena serenos, con la serenidad de quien sabe no haber cometido delito alguno. Es más, con su buen ánimo y su guasa, era Don Luigi quien mantenía alta la moral de todos los presos»⁴¹.

Don Monza fue duramente probado en el difícil trance por el que debió pasar, pero éste sirvió de refuerzo a su fe y le infundió una mayor confianza en la Providencia divina⁴².

Entre tanto proseguían, cerca de las autoridades competentes, las instancias del cardenal y otros amigos, por ejemplo Don Constantino Del Frate, coadjutor capellán del Sacro Monte de Varese y discípulo de Don Luigi. Pero sólo desbloqueó la situación la llegada del nuevo prefecto, Brogi. Éste, hecha una investigación profunda e imparcial, identificó a los culpables y les impuso la residencia forzosa en Cerdeña⁴³. Don Luigi, a quien juntamente con el párroco defendió el abogado milanés Edoardo Clerici, fue absuelto de toda inculpación. Con la excarcelación se le intimó que no volviese a Vedano⁴⁴.

Don De Maddalena, transferido a Roma para ser juzgado por el tribunal especial, fue exculpado de las acusaciones, pero se le juzgó individuo peligroso y estuvo confinado a

³⁸ *Ibd.*

³⁹ *Ibd.* Lc 21:11-15.

⁴⁰ Cf. P. Bedont, *Don Luigi Monza. Note biografiche*, Ponte Lambro 1976, pp. 37s.

⁴¹ A. Trezzi, *Sacerdote a Vedano Olona*, en *A Don Luigi Monza ... etc.*, p. 17.

⁴² Dajelli, *Don Luigi Monza ...*, p. 19.

⁴³ Trezzi, *Sacerdote a Vedano Olona ... ibd.* p. 18.

⁴⁴ Carta del abogado Clerici a P. Bedont, con fecha 21 de marzo de 1968: «Recuerdo haberme ocupado de la defensa del sacerdote Luigi Monza, como también de su párroco, en el lejano 1927. Obtuve la absolución de Don Monza, pero procesó a Don De Maddalena en Roma un tribunal especial. Ahora bien, mi archivo fue destruido en la guerra, y no puedo suministrar más que esta información: que en las injusticias generales de la acusación, tan absurda e irracional como no podría serlo más, dirigida contra Don De Maddalena, aparecía absurda su extensión a Don Monza, quiero decir, no era fácil cosa por aquel tiempo: éste fue absuelto en la instrucción de la causa. Ni siquiera recuerdo la intimación de que no pisara en Vedano, pero sería uno de tantos excesos como entonces se cometían, y que a veces eran aceptados algo pasivamente ... (en el APL.).

Caltagirone, en Sicilia⁴⁵. Una vez excarcelado, las autoridades diocesanas decidieron el traslado provisional de Don Luigi a la parroquia de Santa María del Rosario, en Milán. Allá llegó a primeros de diciembre de 1927. No se sabe la fecha precisa, pero hubo de ser antes del 11, día en que se instalaba al nuevo párroco, Don Luigi Morelli. El estado de la parroquia era en aquel momento algo caótico, pues se había elegido obispo de Caltagirone al preboste, Don Giovanni Bargiggia, que dejaba desambientados a sus feligreses de Santa María. Además había muerto el día 10 el asistente del oratorio, Don Giuseppe Milani, cuya impronta en los jóvenes de la parroquia había sido decisiva. Para sucederle en la asistencia al oratorio masculino, dedicado a Santa María de los Ángeles, se destinó a Don Monza. Don Primo Reina era el coadjutor titular.

Este período tampoco estuvo exento de cruces y humillaciones para Don Luigi. Sus precedentes de perseguido político hacían que apareciese, a los ojos de sus nuevos feligreses, como "sacerdote politiquero", con la desconfianza y la sospecha anejas a esta tacha. Era inocente, pero fue tratado como sujeto a vigilancia especial. La curia misma, sabedora de su inocencia e injusta persecución, estimaba de hecho que, en la peculiaridad de los tiempos, no había acertado a establecer, de manera diplomática, la relación con las autoridades fascistas.

La cárcel fue, a buen seguro, la experiencia más amarga en la vida de Don Luigi. Siguió a ella un período no mucho menos pródigo en decepciones. A causa de aquel episodio, era mirado con suspicacia precisamente por los "bienpensantes". De otro lado, él mismo no había vuelto a tener noticias de sus jóvenes.

Por fin, en noviembre de 1928, Don Luigi fue trasladado al santuario de la *Madonna* de los Milagros, de Saronno.

⁴⁵ Cf. Bedont, o. c., p. 38.

Capítulo III

SARONNO: UN RETAZO DE CIELO
(1928-1936)*La llegada al santuario*

Don Luigi llegó al santuario de la *Madonna* de los Milagros en noviembre de 1928. A poca distancia se alzaba el colegio que le había deparado las primeras contrariedades como prefecto. Llegó sin ruido, pero probablemente le precedió la fama de estar bajo vigilancia política. Se apercebía de haber clausurado una fase de su vida, llena de cruces y humillaciones. No sin temores, se aprestaba a iniciar otra, muy humildemente y confiando en la providencia. Así tras el breve recorrido en tren del trayecto que separa Milán de Saronno, andaba la avenida arbolada que da comienzo a la calzada *Varesina*, y alcanzaba el santuario de Nuestra Señora de los Milagros, de Saronno. Es uno de los numerosos santuarios que surgen en la llanura lombarda, testimonio de la honda piedad popular, la cual ha hecho de ellos hermosos monumentos en honor de la Virgen Madre.

El santuario se construyó a raíz de un milagro acontecido en mayo de 1487. En el lugar donde antes hubo una pequeña capilla, un hombre cubierto de llagas sanó de improviso, después de haber visto a Nuestra Señora. La Virgen deseaba tener en aquel lugar un templo que la honrase, tal era el mensaje que el miraculado escuchó y se aplicó a cumplir. Gracias a la acción de san Carlos, fue en aumento el número de ofrendas destinadas a su construcción. Tomó el nombre de *Nuestra Señora de los Milagros* a causa del número de prodigios efectuados por María. El genio de arquitectos, escultores, pintores y decoradores hicieron de él, en el transcurso de tres siglos, una joya del arte lombardo¹.

En noviembre de 1928 el santuario no era todavía parroquia, aun cuando muchos esperaban que llegase a serlo, para satisfacer la demanda de una población más y más densa de la comarca designada *Stella*, donde iban en aumento el número de chalets no menos que el de viviendas de vecindad. Otros, sin embargo, deseaban que el santuario conservara su fisonomía y no asumiera las cargas parroquiales. Estos proponían la construcción de una nueva iglesia, lo que para la época suponía un esfuerzo económico inviable, y no se emprendió.

Se tiene la impresión de que Don Luigi fue *colocado* intencionadamente en un puesto oscuro, apartado, sin responsabilidades. Pese al *no ha lugar* del proceso, era un sacerdote incómodo, embarazoso para las autoridades, blanco de habladurías entre los bienpensantes. Aunque exento de culpa, es fácil imaginar que no gozaría de mucha estima en la curia. De hecho nunca brilló por su inteligencia en los años de seminario, y hasta se le

¹ La construcción comenzó en 1498. Se amplió una y otra vez, hasta alcanzar la imponente estructura actual, con tres naves, obra de Lorenzo dell'Oro, Giovanni Antonio Amodeo (autor del triforio, de 1505, con 16 lados), Paolo della Porta (campanario) y muchos otros. El interior fue decorado por famosos artistas, así los pintores Bernardino Luini (de quien son los cuatro grandes frescos: la Adoración de los Magos, la Presentación de Jesús en el templo, el Desposorio de María, Jesús entre los Doctores), Gaudencio Ferrari (que ideó la polifonía pictórica de la cúpula: 140 ángeles, tañendo diversos instrumentos, tributan gloria de la Asunción). Camillo y G. C. Procaccini, Filippo Abbiati y otros.

había estimado de «carácter muy difícil»². En aquel momento era un estorbo, alguien ciertamente no merecedor de castigo, mas tampoco de consideración por parte de los superiores. Este es, pues, el trance más ingrato, y no la cárcel. Consciente de todo ello, Don Luigi no se rebeló, pero sí se sintió solo y abandonado.

Regentaban entonces el santuario dos sacerdotes ancianos, Don Edoardo Fassi, el prefecto, y su asistente, Don Ettore Carabelli. En Saronno, además, Don Luigi pudo reunirse nuevamente con su madre, a la que no veía desde su encarcelamiento. Ambos se volvían a ver³ después de los penosos meses ya tratados.

Como primer paso, mamá Luigina se puso a aderezar las cuatro reducidas piezas destinadas a alojamiento del joven sacerdote (despacho, cocina y dos alcobas), alojamiento, aun así, donde se constituyó el núcleo del futuro oratorio. Amerigo Trapletti recuerda en efecto que «Don Luigi se instaló con su madre en un apartamento adyacente al ocupado por el sacristán, e integrado por dos pequeños cuartos en el entresuelo (cocina y despacho) y dos habitaciones en la planta superior».

Amerigo Trapletti conoció a Don Luigi Monza en 1929, cuando tenía 9 años, y nos ha dejado un largo testimonio sobre la obra que realizó en Saronno: «La personalidad humilde, reservada, y al mismo tiempo apacible del sacerdote, me causó luego una impresión favorable, tal vez por razón de mi carácter cerrado e introvertido. Así fue como la estancia que hacía de cocina, y a la que se accedía directamente del exterior, fue para mí lugar de cita y encuentro con algunos otros muchachos, casi de la misma edad, invitados por Don Luigi a frecuentar el santuario. Lugar que también se me trocó pronto en sala de lectura. Todavía veo la pequeña consola, a la izquierda de la entrada, sobre la cual ponía Don Luigi el breviario y algunos libros nuevos. ... Así fue convirtiéndose para mí el alojamiento de Don Luigi en un segundo hogar. ... Mamá Luisa soportaba con mucha paciencia nuestras invasiones y nuestro vocerío muchachiles: cuando, hecho el quehacer del santuario, Don Luigi volvía a casa, no se mostraba en modo alguno molesto por nuestra presencia ... »⁴.

Como consta asimismo por otros testimonios que seguidamente aduciremos, fue en este ambiente familiar y «libre de cualquier forma de presión» donde cuajó el primer núcleo oratoriano, formado inicialmente por no más de treinta muchachos. Las tardes de los días festivos los muchachos acudían para jugar en el patio de entrada, o bien en los dos largos porches que vallaban el jardín del santuario, «después de los habituales regaños de Don Carabelli a causa del estruendo»⁵. Acabado el juego, Don Luigi daba la lección de catecismo en su despacho, posteriormente en una pequeña estancia que proveyó el prefecto del santuario, Don Fassi.

La actividad como coadjutor

Según Bedont, Don Monza inició su obra de apostolado conociendo y dándose a conocer a casi todas las familias que habitaban el entorno del santuario. Eran en parte empleados, en parte obreros, quienes formaban la población de la zona. Trapletti recuerda: «Apenas llegado a Saronno como nuevo coadjutor, Don Luigi estableció contacto con numerosas familias de la zona, entrando en las casas con humildad y una sonrisa, sonrisa en

² Del registro de clérigos adscritos al colegio arzobispal de Saronno, lema «Notizie».

³ Cf., para esta información, P. Bedont, *Don Luigi Monza. Note biografiche*, Ponte Lambro 1976, pp. 45s.

⁴ Amerigo Trapletti, Saronno, 7 de abril de 1989. Testimonio recogido por Paolo Conti, en *Testimonianze per Don Luigi Monza a Saronno*, dedicadas a Zaira Spreafico con las *Piccole Apostole* de la Caridad (1989), en APL.

⁵ *Ibd.*

la que nunca fue pródigo. Mis parientes añadían que era solícito, sobre todo, en presentarse dondequiera existían situaciones familiares difíciles, y en llevar allá su palabra confortadora y pacificadora».

Para entender el espíritu de Don Monza y su esfuerzo educador mediante la obra oratoriana, es necesario a este punto que tratemos de captar la clase de ambiente que entonces rodeaba al santuario. El área periférica occidental de Saronno era en cierto modo autónoma, aislada como estaba por el ferrocarril, y con un paso a nivel que detenía la comunicación con el centro del pueblo. Se desprende de los testimonios, que dominaba la zona una cultura rural, perceptible en la expresividad de los gestos, en las tradiciones, en los ritos de las cofradías religiosas, no menos que en las viviendas mismas, casas con sus establos y albañales, cobertizos y heniles. Éste era el medio en el que vivían labradores propiamente dichos, obreros que repartían su trabajo entre la fábrica y el campo, y los que, tal vez como obreros especializados, trabajaban exclusivamente para la fábrica. Quienes acudían al oratorio eran por consiguiente *chicajos*, a los que se veía andar por los corrales. Exuberantes y agresivos, se daban a juegos violentos, que a menudo bordeaban la riña: eran como para asustar a un sacerdote joven, habituado al silencio del seminario. Ahora bien, recuerda Isidoro Sevesi: «Don Luigi no era como los demás sacerdotes... No amansaba con dulces sonrisas exhortando a la calma, ni era tampoco el amigote que toma parte en todo, o un mandón frío que te aniquila con la mirada. No, Don Luigi era él mismo, decidido y dinámico, con un carisma natural que sojuzgaba. ... Conseguía imponerse a esta pandilla inquieta con la sola presencia, sin enojarse, sin perorar... No era una autoridad, un superior, pero tampoco uno más de nosotros: era Don Luigi y nada más».

El pentagrama de un educador

La experiencia adquirida en Vedano le enseñaba que debía dirigirse en primer lugar a los jóvenes. No siendo el santuario una parroquia, sino sólo un lugar de devoción, les faltaba en realidad, un núcleo que los aglutinase, tal un oratorio, como punto de encuentro. Don Luigi decidió, pues, con la ayuda de su madre, comenzar dando acogida en su casa a aquellos muchachos. Dajelli recuerda en efecto: «Muy pronto desde el púlpito, como a un soplo de vida nueva, habiendo estado tanto tiempo sin predicación y aletargada la población del distrito, el recién llegado establece contacto con el pueblo e inicia su conquista de las almas. No sabría yo recordar la figura de Don Luigi, magra y dinámica, en el ambiente de Saronno, aparte de la figura paciente y humilde de su madre Luigia, enmarcada en la modesta casa de todos, aquí en el santuario, con el enjambre de sus primeros huéspedes y amigos: los niños, que por la estrechez del espacio lo invadían todo, aun los lechos, y todo lo dejaban cubierto de cáscaras de castaña y raspas de racimos. He ahí las condiciones en que se planteaba el problema del oratorio. Y Don Luigi, con palabra persuasiva, y con su carácter bromista y jovial, conquistados los niños, muy pronto conquistó también a los padres y el alma generosa de Don Fassi, quien le apoyó y asistió en sus justas ansias. Así pudo ver Don Luigi a más de 400 muchachos corretear, primero en el angosto patio cedido por el prefecto, y más tarde también en una porción del huerto donde mamá Luigia había cultivado con tanta fatiga berzas y patatas. Disponía además de una sala para la coral mixta de niños y hombres, que llegó a tener más de 75 miembros»⁶. Don Luigi logró andando el tiempo constituir una coral que, aparte de acompañar las funciones religiosas, fue el orgullo de la basílica. «Tuvo muy feliz éxito el proyecto de formar una coral, a la cual se entregó

⁶ D. Dajelli, *Don Luigi Monza a Saronno*, en *A don Luigi Monza, Cislago 22-VI-1898 San Giovanni 29- IX-1954* (número único, 1954), Lecco 1954, p. 19.

personalmente Don Luigi con gran fervor, porque consideraba el canto sacro una forma de invocación, de plegaria, no menos que de homenaje colectivo a Nuestra Señora de los Milagros. A través de la coral confiaba además en acrecentar el número de fieles del santuario... Las primeras lecciones de canto se dieron ya en 1929, y eran impartidas por Don Luigi en su despacho, sin empleo de instrumento musical alguno y sin partitura. Cuando en la etapa siguiente dio comienzo la preparación de las misas polifónicas, fue sensiblemente mayor la dedicación de Don Luigi, instruyendo a cada voz por separado. Las lecciones tenían lugar una o dos noches a la semana bajo la dirección de Domenico Dajelli... Se ensayaba acompañados por un armonio, y Don Luigi iba siempre provisto de partitura ..»⁷.

Como cerca de allí se erguía el colegio arzobispal, donde él había sido prefecto, y en el que se reunían muchos jóvenes, Don Luigi decidió que éstos fueran el punto de partida para la constitución de la *schola cantorum*. Así recuerda aquellos años Vittorio Sassi, uno de los jóvenes que estudiaban en el colegio arzobispal: «Conocí a Don Luigi Monza estudiando yo los *Complementarios* en el Colegio. Recuerdo que un día, según volvíamos a casa después de las clases, detuvo a algunos de nosotros y nos preguntó si estaríamos dispuestos a acompañar con cantos la santa misa en el santuario. Tres o cuatro accedimos, y él nos llevó luego a su casa.

«En el reducido despacho, alrededor de un pupitre, sin instrumento o notación musical de ninguna especie, con sola una varita que marcaba el compás sobre un recipiente de latón, comenzó a enseñarnos las partes de la santa misa que debíamos cantar, partes que hasta entonces canturreaba algún viejecito de voz cascada. Claro, fueron precisas varias semanas, y no pocos actos de paciencia por una y otra parte, pues además del canto Don Luigi cuidaba mucho la dicción, y cada vez que disparatábamos nos hacía repetir la palabra o la frase ... Habiendo obtenido un éxito bastante satisfactorio, nos instó a atraer más compañeros que se uniesen al coro, para que éste resultase más nutrido. No era por cierto intención suya, en su delicadeza extrema, licenciar a los viejos cantores, si acaso, inscribirlos en la *polifónica* que con el tiempo pensaba crear. ... Ahora bien, fue en aumento el número de participantes, pequeños como nosotros, añadiéndose jóvenes y hombres: él sabía cómo entusiasmarlos, y si bien el ensayar costaba sacrificios, compensó a éstos el ver en misa a más gente que nunca. Don Luigi lo tomó a pecho: al salir del colegio entrábamos luego en su casa, y las carteras se iban apilando a lo largo de una pared. Antes de comenzar las lecciones de canto, nos preguntaba por la marcha de nuestros estudios: si alguno iba rezagado, se detenía con él y le ayudaba ... Así terminamos haciendo todas las cuentas en su casa, bajo su tutela y con total desinterés por su parte.

De este modo se formó casi espontáneamente el primer núcleo oratoriano. Para distraernos nos compró un balón, y luego no recuerdo cuántos más. Para nosotros estaba ahora su casa convertida en aula donde hacíamos los deberes escolares, en sala de música y de recreo. No nos pasaba desapercibida la pobreza franciscana que reinaba en el ambiente, pobres enseres, mobiliario pobre, pero estaba el calor de su corazón, que nos mantenía unidos ...

«Todos los domingos aumentaba el número de chicos que acudían y pasaban la tarde junto a Don Luigi, y llegado un momento hubo que pensar en un acomodo más adecuado: el patizuelo delante de la habitación de Don Luigi resultaba en realidad insuficiente: más allá, y con espaciosos porches en dos de sus lados, estaba el jardín, inviolables sus vastos macizos de flores; hubo que pedir otros dos locales, luego un salón, al prefecto del santuario. Llegó un pequeño aparato de proyecciones, pronto sustituido por un verdadero proyector de cine: un milagro de la *Madonna*, decía Don Luigi ... Le veíamos desgranar el rosario o recitar

⁷ Testimonio de A. Trapletti, en Conti, o. c.

el breviario mientras caminaba bajo el porche, y después reparar nuestros daños. Barría y aseaba la sala de recreo y canto, pegaba las partituras con papel engomado, se aplicaba más tarde, llegado su tiempo, a preparar lo necesario para la pesca anual de beneficencia en favor del santuario ... estar con él era nuestra alegría»⁸.

De la vida en el oratorio se acuerda también el sacerdote Don Gaetano Banfi: «Conocí a Don Luigi siendo todavía niño. En los breves años de mi estancia en Saronno presencié hechos que me impactaron y que luego, de sacerdote, me han hecho meditar una y otra vez. El oratorio del santuario estaba siempre abierto, pero ningún chico escapaba: sucedía a menudo que algún díscolo, separado de él, intentase entrar saltando la cerca. Después he visto, con el cambio de tiempos y gentes, cerrar aquella misma cancela, para que no huyesen los chicos a la hora del catecismo, y luego inspeccionar el cercado, en evitación de idénticas fugas. Don Luigi había logrado reclutar un buen puñado de colaboradores, adultos muy hábiles; era también notable el número de muchachos. ... Me afectaron siempre su infatigable abnegación, la entrega y la bondad con que sabía tolerar nuestro juvenil desasosiego, y juntamente, en el momento preciso, la energía que sabía detener todo abuso de su condescendencia. ... Escasamente podía yo penetrar en su vida sacerdotal íntima, en su piedad, en su vida interior, pero cuando pienso en su bondad, en sus maneras, de todo ello puedo inferir una vida interior profunda, una misión sacerdotal verdaderamente vivida»⁹.

El mencionado Isidoro Sevesi recuerda a «tantos y tantos asiduos al oratorio, cómo aumentaban, y aun llegaban del otro lado de la vía ..., pero había algo que causaba admiración y sorpresa, el que Don Luigi atara corto alrededor de sí a las ovejas negras, a los pequeños (o que no lo eran ya) rateros, capaces de abrir los cepillos y hurtar las limosnas destinadas a la iglesia. Teniéndolos junto a sí, los inscribía en la escolanía, los llevaba a casa. En sus familias hubieran recibido cintarazos, lo que habría exasperado su espíritu de rebeldía. En cambio Don Luigi les demostraba predilección, les encargaba de recados que pedían confianza, y por más que recapacito, nunca le vi enojarse. Si se piensa que la pedagogía de los años treinta, la de la familia, o la de la escuela, o aun la del Estado, abogaba por la obediencia absoluta y el castigo severo, no por la comprensión y la educación razonada, nos choca la longitud de miras en este sacerdote, sin el soporte de los estudios modernos sobre la recuperación de los desadaptados, un anticipo del futuro que tendría visos de increíble. Debemos concluir que actuaba en él una carga de amor al prójimo, capaz de obviar y superar la mentalidad opuesta que entonces predominaba»¹⁰.

Don Pietro Fusetti, sacerdote guaneliano (o Siervo de la Caridad - SdC -), conoció también a Don Luigi en el oratorio de Saronno: «Conocí a Don Luigi siendo niño. Puedo decir que todos lo tenían por santo, por otro Don Bosco, tal era su amor a los niños, muchachos, jóvenes. El fue quien comenzó en el santuario las actividades oratorianas, el que nos enseñaba a cantar, nos daba la catequesis los domingos y nos llevaba al cine»¹¹.

Los testimonios en pro de las obras oratorianas de Don Luigi son numerosos y todos plenos de sentimiento¹². Pero destaca entre los demás el del profesor Mario Sala, primero docente y luego presidente en el colegio arzobispal de Saronno. Vivía en un chalet a pocos pasos del santuario, al cual asistía con asiduidad¹³: «Don Luigi experimentó la misión

⁸ Vittorio Sassi, en APL.

⁹ Gaetano Banfi, *Nell'Oratorio di Saronno con don Luigi*, en *A don Luigi Monza etc.*, p. 24. Idéntico testimonio en Bedont, o. c., pp. 47s.

¹⁰ Isidoro Sevesi, Saronno; testimonio en Conti, o. c.

¹¹ Pietro Fusetti, Agrigento, 15 de noviembre, 1968; en Bedont, o. c., p. 48.

¹² Otros testimonios: Fra Gianpaolo da Saronno, capuchino, en Bedont, o. c., p. 49; Vittorio Pini, *ibid.*, pp. 52s.

¹³ Mario Sala (1888-1965) pasó la vida entre los jóvenes. Enseñó primero en el colegio arzobispal y luego dirigió éste (1921-1926). Fue además director de las clases nocturnas profesionales de la localidad por más de

sacerdotal como misión apostólica, y lo subordinó todo al bien de las almas: subordinó la propia persona, cuya ocultación ni siquiera le preocupaba, tan olvidada la tenía ... Subordinaba hasta aquello que, bueno en sí mismo, era aun así secundario para la salvación de las almas, a tal punto que, cuando el prefecto Fassi se comprobaba preocupado e incansable en reunir medios para restaurar su *hermoso santuario*, Don Luigi en cambio hubo de confiarme un día que le parecía mucho más urgente proveer a la demanda espiritual de la población. Ahora bien, siempre provee espiritualmente a esa demanda la parroquia, y aquí en la zona del santuario había escasa sensación de parroquialidad, por lo cual malamente se dejaban sentir sus beneficios. Don Luigi, pues, fue de los más celosos en hacer presente este estado de cosas al llorado cardenal Schuster, quien de hecho erigió luego el santuario en delegación arzobispal. Don Luigi se dio entonces totalmente a su misión entre los jóvenes. Fue el fundador y propagador del oratorio masculino. Recuerdo, y me causó impresión, con qué naturalidad cedió una parte de su jardín para campo en el que jugaran sus muchachos ... él guardaba firmemente una jerarquía de valores: para qué un jardín, cuando en el campo de juego podría él vigilar a tantos chicos? Ni los lamentos de la madre, a la que tan afecto era, le detuvieron. Su firmeza de voluntad parecería en ocasiones obstinación, terquedad, hasta orgullo ... Don Luigi era una de esas almas superiores que, por seguir los dictados del Señor, reniegan de sí mismas tan totalmente, que aparecen a los ojos humanos faltas de las virtudes más estimadas y salen al encuentro del desprecio, con tal de seguir la que creen ser voluntad de Dios. Así me explico el que, en momentos cruciales, se halle fuerza en la humildad, en la mansedumbre, en la reserva, para afrontar situaciones difíciles y arriesgadas, como ya le había acontecido a él, antes de su venida a Saronno ... Su aspecto serio, y de encerrado en sí mismo... no presentaba ninguna de esas dotes externas que atraen a las personas, en especial a los jóvenes ... Por qué se le aproximaban tan de grado los muchachos? Era porque les divertía? Al contrario. Entonces de dónde aquel atractivo? Le bastaba dar unas palmadas para que todos suspendiesen el juego, corriesen a ponerse en filas, y no chistasen, sino que todo lo hicieran con seriedad y convicción. Qué tenía, pues, Don Luigi? Quién puede asir, examinar el influjo que emana de ciertas personas, así de Don Bosco, el cual se atraía los niños más díscolos..? ... Don Luigi tenía ese poder, y lo advertiremos tanto mejor cuando veamos el número de almas que, con alegre y gustosa entrega, supo llevar a una vida de caridad, en el propio anonadamiento y el sacrificio»¹⁴.

El santuario se convierte en parroquia

El cardenal arzobispo Ildefonso Schuster fue a hacer la primera visita pastoral del santuario de Nuestra Señora de los Milagros el 12 de julio de 1930. En ella pudo apercibirse de que era preciso descentralizar pastoralmente el área del santuario, dependiente aún de la parroquia de los Santos Pedro y Pablo, de Saronno. El cardenal encargó a la comisión diocesana *para los templos nuevos* que estudiara el modo, los momentos, el lugar de construir una nueva iglesia que, a su debido tiempo, se constituiría en parroquia de la zona occidental de Saronno. Entre tanto, el santuario podría desempeñar funciones de parroquia, y su clero, sin descuidar las actividades propias del santuario, ejercería los ministerios específicamente parroquiales¹⁵.

veinticinco años. Bedont, que trabajó con él, atestigua «su noble entrega, no siempre fácil, a la dirección de la juventud por los ideales del bien, a la vigilancia asidua y tenaz cuando cundía la desbandada moral, a la previsión y asistencia de él reclamadas».

¹⁴ Mario Sala, en Bedont, o. c., pp. 54s.

¹⁵ Noticias consignadas en un cuaderno manuscrito, titulado *Fatti e cronaca dal 1931 al 1937*, del Padre Binda,

El santuario de Nuestra Señora de los Milagros quedó erigido en delegación parroquial por un decreto arzobispal del cardenal Schuster y según documento con fecha 5 de julio de 1931. El 14 de agosto era nombrado párroco Don Edoardo Fassi, rector-arcipreste. En el discurso que pronunció después de la ceremonia de instalación, y una vez leído el documento correspondiente, Don Fassi declaró que «a sus setenta años no le faltaría, como báculo de la vejez, el fuerte y constante apoyo de su coadjutor Don Luigi»¹⁶.

El 8 de agosto del mismo año, el cardenal Schuster dirigió al clero y al pueblo de la archidiócesis la pastoral *Spes nostra salve*. En ella se exhortaba a que «el santuario de Saronno llegara a ser más y más celebrado y amado de todos los buenos ambrosianos»¹⁷. El cardenal procedió entonces a la consagración solemne de la basílica, cumpliendo así con una aspiración de san Carlos Borromeo. La ceremonia de la consagración se inscribía en el programa diocesano destinado a conmemorar el XV centenario del concilio de Éfeso, en el cual fue definida la maternidad divina de María. Con esta celebración, el cardenal Schuster intentaba reavivar la devoción a la Virgen, y al mismo tiempo elevaba a ella una súplica en un momento muy crítico para la Iglesia. En efecto, se habían reanudado las persecuciones fascistas, sobre todo contra las asociaciones juveniles de la Acción Católica.

En el santuario se celebraron las festividades marianas del 5 al 7, y a lo largo del mes se sucedieron hasta 59 pegrinaciones. Estos festejos tuvieron eco en algunos periódicos de la época, así el diario católico *L'Italia*, que escribía: «Se ha cumplido el voto del cardenal Schuster. En Saronno hemos asistido a la apoteosis de la Virgen; hemos visto un imponente espectáculo de fe: las fiestas centenarias del concilio de Éfeso no podían tener una coronación más bella ni más digna de la gran fecha que se quería conmemorar»¹⁸.

En el periódico *Pro Familia*, un artículo concluía, no sin énfasis, con las siguientes frases: «Y el domingo, esa joya artística que es el santuario de Saronno, vio de nuevo el fausto de remotas eras, en los magníficos ornamentos, y sobre todo en el grandioso espectáculo, de fe compartida, de la multitud que acudió para dar gracias a la Virgen, y aclamar a nuestro elegido, otro que sucederá a san Carlos, cuyo voto estaba cumpliendo»¹⁹.

Terminadas las ceremonias, a cuya organización se había entregado Don Luigi con el acostumbrado fervor, era preciso atender ahora a los problemas y a las cargas que llevaba consigo la promoción del santuario a parroquia. Las actividades oratorianas, que existían ya de hecho, fueron confirmadas, y se constituyeron, en el transcurso de un año, las asociaciones de hombres y de mujeres, como también las juventudes masculinas y femeninas, de Acción Católica, al igual que las y los cofrades del Santísimo Sacramento. Don Luigi continuó dedicándose, infatigable, al oratorio. Amerigo Trapletti recuerda: «La organización del oratorio verdadera y propiamente tal comenzó a hacerse concreta en 1931. ... Habiendo aumentado sensiblemente el número de muchachos que frecuentaban el oratorio para recibir instrucción religiosa, se formaron tres o cuatro clases, poniendo al frente de cada una de ellas como instructor a una persona idónea por su edad, madurez y preparación ... Gran reclamo para los jóvenes, venidos también del pueblo, fue la llegada en 1933 (préstamo?, donación?) de un proyector de cine, que se instaló en una amplia sala del primer piso en la casa del arcipreste. Las proyecciones de la tarde en los días festivos procedieron regularmente durante algunos meses, luego se suspendieron bruscamente ... A este punto se hizo urgente el problema de dar a los numerosos jóvenes del oratorio la

que reconstruyó la historia del santuario en 1955, cuando llegó a Saronno. En el archivo del santuario no hay huella de *Chronicon* anterior a 1937.

¹⁶ En Bedont, o. c., p. 55.

¹⁷ Cf. el cuaderno *Fatti e cronaca ... 1931-7...*

¹⁸ Bedont, o. c., p. 56.

¹⁹ *Ibd.*, p. 57.

posibilidad de jugar y corretear al aire libre, y Don Luigi convenció a mamá Luigina de que le cediese un trozo, propiedad del santuario, que hasta ahora había ella cultivado como huerto. Siguió la cesión de un terreno adyacente, que el prefecto-párroco puso a su disposición. De este modo podía disponer Don Luigi, en 1934, de un área de apreciable para la actividad lúdica al aire libre. Se comenzaron a organizar partidos de fútbol, con un reclamo ulterior de jóvenes. Esta gran afluencia tuvo también inevitablemente efectos negativos. Entre los recién llegados había algunas ovejas negras que nadie conocía, pero a las que, aun así, no se podía ni se quería alejar»²⁰.

Paolo Conti, otro de los que, de muchachos, estudiaron en el colegio arzobispal y que conoció a Don Luigi en 1931, recuerda asimismo que, con el tiempo, «llegaron a ser tantos los niños, que fueron precisos nuevos espacios, pero sólo tras años difíciles fue cedido el terreno para hacer el campo de deportes. En aquel momento podíamos decir *Oratori dal Don Luis* (el oratorio de Don Luigi). Papás, cantores, chicos: todos ayudamos a adaptarlo como campo de fútbol. Nació el equipo (*squadra*) designado *Ardita* ("osado"), como osadas eran las realizaciones de Don Luigi ... Cuánta paciencia, cuánta bondad, pues era hombre que hablaba con el corazón y tenía la confianza de todos»²¹.

El primer germen de la Obra

Domenico Dajelli recuerda que mamá Luigina, en su simplicidad, le dijo un día: «Nunca hubiera imaginado que la *Madonna* de Saronno reservaba a mi hijo Don Luigi satisfacciones como las del santuario de Saronno, lleno de importantes sucesos históricos». Continúa en efecto Dajelli: «Quién habría previsto que el pequeño Luigi, que tantas veces se detuvo precisamente aquí para orar, de niño con la madre, y luego de jovencito para la fiesta del voto a Nuestra Señora de Saronno, con los jóvenes siendo clérigo prefecto del colegio arzobispal ... ocho largos años en los que Don Luigi renovarían el rito a los pies de la *Madonna*»²².

Fue de hecho aquí, en la casa de María, donde el corazón de Don Luigi concibió una idea. Sentía él en lo secreto del corazón una especie de impulso interior que al principio no supo reconocer. Luego habían emergido como de la niebla dos convicciones: que faltaba la caridad en el mundo, y que se le llamaba a él para reencenderla en la sociedad. Pudiera aun así ser todo un sueño o un proyecto humano. De haber manifestado esta idea a alguna persona prudente, sin duda hubiera recibido como único consejo el de que ni lo pensara. Como si fuese un pensamiento molesto, o peor, la pretensión de un corazón orgulloso. No olvidemos la escasa estima que rodeaba a Don Luigi. Era uno de los *últimos*, a los ojos de sus superiores. Merecía una consideración pareja a la de David, el *menor* de los hijos de Jesé, que nadie quería presentar al profeta, estando allí sus hermanos, mucho más dignos y estimados que él. Pero las predilecciones de Dios difieren de las del hombre: "El hombre mira las apariencias, el Señor mira el corazón"²³.

La sociedad estaba en fermentación, y aun en la Iglesia era incesante la actividad: se construía, se organizaba, todas las estadísticas iban en ascenso. Tras esta fachada de optimismo, sin embargo, Don Luigi percibía un vacío. Eran muchas las obras, pero poco el amor. Se realizaban muchas obras buenas en sí, y no menos destinadas al bien, pero sin llegar a la fuente del amor, que es el corazón de Dios.

²⁰ A. Trapletti, en Conti, o. c.

²¹ Conti, o. c.

²² En D. Dajelli, *Ricerche*, en APL.

²³ 1Sam 16,1-13.

Don Luigi sufría al ver "no amado al amor", le parecía asistir al retorno de un paganismo con nuevos ídolos, nuevos mitos, nuevos modelos. Y todo lo recubría un espantoso hielo. Se sentía como un alpinista que, en una tormenta de nieve, ha de escalar un sendero empinado y recubierto por una capa de hielo sutil e insidiosa. Le inmoviliza el terror, mientras que el hielo impide a sus manos encontrar un asidero. La razón sugiere entonces desistir, volver atrás. Pero el deber manda seguir: hay que salvar a alguien... hay que ayudar al mundo.

Éste creemos fue el drama de Don Luigi en aquel momento. Confiando en la ayuda de Dios, y no en las propias fuerzas, él siguió adelante. Continuó, pues, el ascenso, hasta que alcanzara su *refugio*, es decir la idea de la *obra*.

Aunque, como él mismo admite, Dajelli no pretende conocer el verdadero móvil y la inspiración que motivaron en Don Luigi la concepción de la obra, afirma aun así haber sido precisamente en la época de Saronno cuando germinó la idea de ella, la cual adoptaría después el nombre de *Nuestra Familia*. «La inspiración de constituir la obra de Nuestra Familia brotó espontánea del corazón de Don Luigi en un fecundísimo período de apostolado, lleno de satisfacciones que compensaron de manera inconmensurable las humillaciones e incomprendimientos antes padecidas»²⁴.

Al comienzo la idea era como una imagen desenfocada. Don Luigi llegó a entender la voluntad de Dios poco a poco. No fue él mismo quien quiso la obra, sino que le empujaron en aquella dirección las circunstancias y ciertas situaciones. Cada poco se articulaba, en sus reuniones con los jóvenes, una solicitud. Efectivamente recuerda Dajelli que «todos los domingos después de vísperas, los jóvenes nos reuníamos con Don Luigi. Se discutía de todo. De política, de Acción Católica y de la necesidad de tomar por modelo la actividad apostólica de la *Asociación* del cardenal Ferrari; de actualizar las maneras como los seglares llevaran la palabra del evangelio y el ejemplo (el testimonio) de la caridad al modo de los primeros cristianos, en una sociedad violenta y descristianizada por teorías ateas y marxistas, y por la reacción ... de las teorías fascistas. Don Luigi no hacía al que suscribe... ningún secreto de la posibilidad de formar, con ex-estudiantes del colegio, miembros ya antiguos del grupo mariano constituido en su día para los fines de la devoción a la Virgen del santuario, una asociación secular en la que, vinculados por votos, cada cual en la propia familia y en la vecindad, obrase sobre la sociedad como los primeros apóstoles cristianos»²⁵.

La raya que separa a un sueño de una vocación es a menudo tenue. Se entiende sin dificultad una exigencia del presente, mas para ver en esa exigencia una llamada personal, son necesarias las luces del espíritu. Don Luigi recibió estas luces en 1933. Aquel mayo oyó en confesión a la señorita Clara Cucchi. Clara había nacido el año 1897 en Novara. A los 14 años se había trasladado a Milán. Había obtenido en la Academia de Brera la capacitación para enseñar diseño. Entregada a obras de caridad, había encontrado en el *Cenáculo* de Milán un centro de espiritualidad afín y recibido dirección espiritual de monseñor Saverio Ritter, prefecto de la Ambrosiana y luego obispo y nuncio apostólico en Berna. En 1932 moría la madre, por ella asistida en una larga enfermedad desde muy joven, juventud que ahora iba dejando atrás. Acusaba además un estado de salud precario, y estaba retenida por constantes compromisos familiares. Esta mujer no había conseguido dar satisfacción concreta a la necesidad que sentía de consagrarse. Traslada a Saronno junto a su hermano Paolo, perseveró en su acción caritativa hacia los enfermos y los huérfanos, se comprometió en la Conferencia local de San Vicente y, gracias a la dirección espiritual de Don Luigi, halló el ideal hacia el que hacía años se sentía impelida y por el que se vio

²⁴ Dajelli, *Ricerche*, en APL.

²⁵ *Ibid.*

iluminada.

Según Dajelli, el proyecto de Don Luigi en aquel momento era claro con relación a dos puntos: la *vuelta* a la caridad de los apóstoles, y la *valoración* de energías en personas que por motivos muy comprensibles no habían podido elegir el camino del Señor. «Don Luigi no abandonó nunca la idea de reunir un grupo de jóvenes seculares, entregados al apostolado, que sin dejar de ejercer en el mundo la propia actividad profesional, viviesen luego retirados y unidos en una comunidad religiosa. ... En los primeros tres años de su permanencia en Saronno Don Luigi con su incansable actividad se captó la simpatía de los cohermanos y hasta la del clero de los pueblos vecinos, a los que con frecuencia era llamado para confesar. En esta actividad se inserta un hecho importante: la dirección espiritual de algunos miembros de un instituto masculino de Saronno. Que yo sepa, tres de ellos dejaron el instituto en aquel lapso de tiempo ... Sobre estas vocaciones juveniles, luego dispersadas, se habló en varias ocasiones entre Don Luigi y nosotros los jóvenes, y contrariamente a la regla de aquel tiempo, la cual difícilmente permitía el acceso a los estudios sacerdotales pasados los 18 años de edad, Don Luigi admitía la vocación adulta, y además una vocación al apostolado laico de candidatos que, en la propia familia y en la sociedad, comprometidos por votos regulares, diesen cuerpo, con su ejemplo testimonial, a la fe en el evangelio y a la caridad que ejercitaban los primeros cristianos»²⁶.

Clara parecía la persona indicada para la realización del apostolado secolar. Tenía una sensibilidad religiosa exquisita. Demostraba las cualidades de las grandes damas de la aristocracia francesa del siglo XVII, las Aiguillon, las Marillac, - por mencionar siquiera a dos -, en las que se percibía un aliento divino.

Don Luigi halló además en Clara a la persona apta para la realización del ideal apostólico porque, como él mismo escribe, «la caridad de los apóstoles y de los primeros cristianos debe ser el único ideal de toda la asociación. Enderezad, pues, vuestra vida a adquirir la caridad de los apóstoles y de los primeros cristianos, obedeciendo las palabras que dijo el Maestro, "Amaos como yo os he amado. En eso conocerán que sois mis discípulos: si os amáis unos a otros". Desarrollad este programa a imitación de lo que se dice en los Hechos: "Y la multitud de los que habían creído formaban un corazón solo y una sola alma, sin que nadie llamase suya a cosa alguna que tuviera, sino que todo era común entre ellos, de suerte que nadie padecía necesidad"»²⁷.

Don Luigi escribía luego con otro motivo: «Si os dijeran: deseo describir la vida del cristianismo en un único libro, libro de una única página, página de un único renglón, renglón de una única palabra; por toda respuesta le diríamos: pon *amor*. Esta palabra se explica así: ama a Dios con todas tus fuerzas, y al prójimo como a ti mismo. Y lo primero es como lo segundo, y dice el Señor que no se puede amar al prójimo, si antes no se ama a Dios. He ahí por qué decía Pablo: "Si hablase la lengua de los ángeles y me faltase la caridad, no sería nada." O bien san Agustín: "Oh cristiano, ama a Dios y después haz lo que quieras". Todo el culto de nuestra religión se cifra en la eucaristía, a la cual se designa amor. Hay diversas especies de amor al prójimo, según la diversidad de los motivos: nos los explica con ejemplos san Francisco de Sales. Los padres aman a los hijos como los hijos a los padres. Es un amor laudable, pero no es caridad. El amor entre padres e hijos es puramente natural... Se ama a alguien porque nos favorece. Es laudable, pero no es caridad...

«Verdadera caridad es que debemos amar a nuestro prójimo por un motivo sobrenatural, o sea, por amor de Dios. Por qué? Porque nuestro prójimo es la imagen de Dios. Pues bien, si amamos a la persona querida, amemos también su imagen Porque somos hijos de un solo Padre, Dios, y porque todos somos hermanos en

²⁶ *Ibd.*

²⁷ De los escritos de Don Luigi Monza.

Jesucristo. La ley de este amor va más adelante y dice que desea amar aun a los enemigos y hacerles el bienSe debe, pues, amar al prójimo porque es la imagen de Dios, como se venera el crucifijo porque representa el instrumento de nuestra salvación por la muerte de Jesucristo».

Éste era el ideal que Don Luigi gradualmente hacía fraguar. Semejaba en aquel momento un restaurador con el cometido de sacar a la luz un antiguo fresco recubierto de yeso. Debía hacer un trabajo lento y delicado, sin hundir mucho los instrumentos para no comprometer irremediabilmente la pintura. Y así Don Luigi muy pacientemente quitaba la capa de cal, descubriendo poco a poco rostros de personas que le seguirían en su camino. De hecho, después de Clara, tocó el turno de Teresa.

Teresa Pitteri se había dirigido al rector del santuario de Nuestra Señora de los Milagros solicitando permiso para fundar una sección de Acción Católica femenina en la parroquia. El rector, además de dar su consentimiento, nombró a Don Luigi asistente eclesiástico del naciente grupo. Era el 29 de marzo de 1933., En cuanto presidenta de la asociación, Teresa tuvo numerosos y frecuentes contactos con Don Luigi, quien se convirtió en su director espiritual. Don Luigi manifestó a Teresa, cual lo había hecho a Clara, el proyecto de constituir una comunidad que viviese en caridad como los apóstoles.

Teresa afirma en sus escritos²⁸ que, inicialmente, el proyecto de la obra preveía miembros los cuales, por diversos motivos, no habían podido entrar en institutos religiosos a su debido tiempo, y a los que después en la edad madura se retiraba la posibilidad de consagrarse al Señor. Es un dato que cuadra con lo expuesto por Dajelli.

Solían reunirse con Don Luigi, en casa de Clara, ésta, Teresa y otras. Si Clara estaba ausente, iban a casa de la señorita Pollini, simpatizante de la obra, si bien no participó después en ella, como tampoco otras señoritas de los primeros tiempos²⁹.

El 6 de septiembre murió el prefecto del santuario, Don Edoardo Fassi, sustituyéndole provisionalmente el vicario monseñor Croci, preboste de Saronno³⁰.

En enero de 1935 fue conferido el cargo de vicario del santuario a Don Attilio Zaroli. En abril del mismo año, sin embargo, el arzobispo encomendó la dirección de la parroquia y del santuario a la congregación de los Oblatos de la *Tercera Familia*. Como consecuencia, el padre oblato Felice Sambruna, del colegio de Porlezza, trasladó su residencia al santuario de Saronno, y las habitaciones del rector fueron habilitadas para albergar a una comunidad³¹.

La elección de los oblatos respondía a una precisa exigencia pastoral del cardenal Schuster, quien tenía en sus manos las riendas de la diócesis ambrosiana desde 1929³². Los Oblatos de Santos Ambrosio y Carlos fueron fundados por san Carlos Borromeo en 1578 como instrumento de reforma pastoral de la diócesis. Se estructuran en cuatro familias: oblatos misioneros, oblatos vicarios, oblatos diocesanos, y oblatos menores o laicos.

Ante Don Luigi se desplegaron nuevas posibilidades.

La casa de Vedano

²⁸ T. Pitteri, *Appunti sulla fondazione dell'opera della Nostra Famiglia*, p. 1, en APL.

²⁹ *Ibid.*

³⁰ Cf. Cuaderno de Binda, o. c.

³¹ *Ibid.*

³² Para la biografía del cardenal Schuster véase el párrafo *El cardenal Schuster y Don Luigi*.

«La sensación de que tarde o temprano debería dejar Saronno iba adquiriendo bulto en Don Luigi, y todas las noches, al vernos tras las lecciones de canto, hablábamos no sólo de éste, sino de otros estorbos a la realización de la ansiada obra, lejos del santuario. ... Bajo su nuevo rector, Padre Sambruna (de edad ya avanzada, y confesor asistente del colegio de Porlezza lo que duró su ministerio), era Don Luigi quien, en la práctica, proveía a la asistencia de todas las asociaciones, masculinas y femeninas, de Acción Católica, así como a la de los enfermos, pues también Carabelli era viejo.

Pero ya en la primavera de 1936 me cupo en suerte saber confidencialmente de Don Luigi que disponía por fin de medios y elementos para iniciar su obra con el primer grupo femenino, y para la compra de una casa, según se expuso en otro lado»³³.

La cita de Dajelli nos permite advertir que había acabado el tiempo de los proyectos, y que el momento de pasar a los hechos era ahora inminente. Precisaba hacer concreto el ideal de la caridad en algo determinado. Se debía construir un edificio en el cual "la caridad fuese de casa". Dajelli especifica de hecho en otro escrito que Don Luigi, «convencido de que iba a dejar el santuario para siempre, dio comienzo sin pérdida de tiempo a la rama femenina de su obra. En punto a reconocimientos y ofertas para la adquisición de la primera casa, le acompañé a Porlezza, a Ligurno y a Vedano, para que se cerciorase de la conveniencia del terreno, y con objeto de calcular la cuantía de los necesarios gastos Nadie notó nuestra presencia cuando al apearnos en Vedano ... a poco estábamos en lo alto de la colina. Comprobada la posición en la que se edificaría la casa, dijo Don Luigi tras un momento de reflexión: "Ésta es la posición cabal (en el lugar había papeles y restos de merienda), así rescataremos moralmente la zona del lazareto, meta de las parejitas y de las salidas al campo de los vedanenses después del trabajo"»³⁴.

Para reconstruir las vicisitudes iniciales de la casa de Vedano es fundamental el testimonio de monseñor Trezzi, que asistió a Don Luigi en el hallazgo de una casa en la que establecer su pequeña comunidad. Don Trezzi refiere que «yendo un día en el tren a Varese me encontré con Don Monza ... me dijo que iba a Biandronno para ver una casa en la cual fuese posible poner una pequeña obra para algunas vocaciones femeninas que había encontrado según ejercía el ministerio sacerdotal en Saronno ... le dije que en Vedano podría ver una posición ideal El terreno se podía adquirir fácilmente, siendo sus propietarios dos amigos suyos, el doctor E. Pisoni y el ingeniero M. Ingrams. Le propuse ir a verlo, pero Don Luigi, bajando la cabeza me dijo: "No, la prohibición de poner los pies en Vedano me lo impide" Telefoneé a un chófer y le rogué traer pronto un coche que tuviese cortinillas ... Llegados a la cima del montículo, hallamos la posición realmente encantadora y muy apta: Don Luigi quedó entusiasmado. ... Desde entonces fueron frecuentes las visitas, y en una de éstas Don Luigi me entregó la suma de 70.000 liras, encargándome proceder luego a la compra del terreno necesario y a los acuerdos con los vendedores»³⁵.

La búsqueda de financiación fue humillante para Don Luigi, pues ante el impreciso destino de los fondos, algunos bienhechores retiraron sus donativos. Don Luigi adquirió el terreno, pero a costa de grandes sacrificios personales, y empleando la pensión de la madre y de la criada, Pasqualina Caleppi. No se puso la primera piedra hasta el 29 de agosto de 1937.

Los caminos de la Providencia son largos y tortuosos

En todo caso la realización de la obra estaba aún lejana. El 21 de junio de 1936 tenía

³³ En Dajelli, *Ricerche*, cf. APL.

³⁴ *Ibid.* 9 de agosto, 1979.

³⁵ Don Ambrogio Trezzi, en Bedont, o. c., p. 109.

lugar la visita pastoral del cardenal Schuster. Según transcurría el año se sucedieron en serie actividades que, como siempre, dieron intenso trabajo a Don Luigi. Deben señalarse los festejos que honraron el cincuentenario de la primera misa de Don Carabelli. Organizados por Don Monza, en ellos participaron todas las asociaciones del santuario. Destacaron de modo notable las ejecuciones de la coral.

«Pareció que Don Luigi fuese a estar en el santuario hasta que se constituyera la nueva parroquia, pero la curia pensaba en otra solución para él. ... Don Luigi era sabedor de su próximo traslado (había recibido invitación para que concursara a tres parroquias) ya en septiembre, hacia la Natividad de Nuestra Señora, festividad que celebraría aquí por última vez, en cuya ocasión, después de la misa solemne, nos hicimos una hermosa foto con él... Durante estos dos últimos meses de permanencia en Saronno Don Luigi me comunicó que su obra, cuyas finanzas sostenían miembros de la vecindad, era ya cosa hecha. Justamente en Vedano, en lo alto de la colina del lazareto... se alzaría la primera casa de la comunidad. La separación del santuario causó a Don Luigi amargo sufrimiento, agravado por la preocupación, en un momento tan exigente, por el comienzo de su obra. Tener que trasladarse, con la misión de regir una parroquia en una localidad desde donde, para estar en contacto con la casa de Vedano, era preciso... (de San Giovanni a Vedano) medio día como tiempo mínimo. Una misión gravosa, decía Don Luigi la tarde en que me anunció su definitivo traslado a *San Giovanni alla Castagna*. Todavía recuerdo sus palabras: "Me envían lejos para separarme de vosotros los jóvenes, y me crean no pocas dificultades en la prosecución de la obra"»³⁶.

De las tres parroquias vacantes, objeto del concurso al que fue invitado Don Luigi, San Giovanni era en efecto la más distante. La curia sabía que Don Luigi estaba laborando por la realización de su obra: no era su intención, según Dajelli, el alejarle para dificultársela. Entre las razones que motivaron la elección de San Giovanni como nuevo destino, una fue tal vez que no hubiera dificultad, por parte de las autoridades civiles, en cuanto a su nombramiento como párroco. El hacerle cambiar de provincia facilitaba la ignorancia de los fascistas locales sobre los hechos de Vedano y que Don Monza hubiera estado en la cárcel: sería nombrado párroco sin la oposición de las autoridades fascistas. Por el contrario, pese al apoyo que el cardenal Schuster dio a su compañero y paisano Don Turconi, fue vetado a éste por las autoridades el nombramiento de párroco, primero de una parroquia en Milán, y luego de *San Pedro all'Olmo*, debido a las informaciones sobre sus precedentes antifascistas y correspondiente prisión, que recogió un funcionario de la Seguridad Pública.

El 5 de agosto de 1936 fallecía Don Federico Girelli, párroco de San Giovanni alla Castagna di Lecco desde 1925. El cardenal Schuster iba el 19 de septiembre a hacer la visita pastoral de San Giovanni. Estando vacante la parroquia, le recibieron el vicario espiritual, Don Antonio Fustella³⁷, las asociaciones católicas y numeroso pueblo. El cardenal había pedido en este caso la renuncia espontánea al derecho de elegir nuevo pastor, pues en San Giovanni elegía párroco la población, según una costumbre que no era sólo local. El propio Don Girelli había sido elegido en *comicios populares*. Estos comicios, dondequiera subsistían aún, originaban divisiones y enemistades, a causa de los juicios, no siempre ecuanímenes, que se emitían en la proposición de los candidatos, pues actuaban influencias privadas, simpatías personales, o presiones derechamente políticas. A cambio de la renuncia, a este derecho, el arzobispo Schuster prometió enviar un sacerdote «conforme al corazón del Señor»³⁸. Don Luigi fue justamente el párroco elegido según estos criterios.

³⁶ En Dajelli, *Ricerche*, cf. APL. Para el nacimiento y desarrollo de *Nuestra Familia* y las *Piccole Apostole* de la Caridad, nos remitimos al Capítulo V.

³⁷ Nombrado obispo de Todí en 1960, pasó a Saluzzo como ordinario hasta 1983.

³⁸ El *Liber Chronicus* de San Giovanni alla Castagna registra efectivamente: «... Su Eminencia, hecha la

Bedont escribe que, cuando Don Monza fue a la curia, en respuesta a la invitación de concursar para la parroquia de San Giovanni, le abordó cierta *persona*³⁹ para instarle a no participar en el concurso, pues había ya recibido ese destino otro sacerdote. Don Luigi, sin embargo, en honor a la obediencia, mantuvo su solicitud y se avocó a la voluntad del arzobispo. El nombramiento efectivo, fechado el 23 de octubre de 1936, le fue oficialmente notificado por el cardenal arzobispo el 30 de noviembre del mismo año, y en su número de noviembre, el boletín de la parroquia, *L'eco del Santuario de Saronno*, refería la noticia con estas palabras: «Don Luigi Monza parte con el llanto en el corazón! Deberá dejar a almas que florecieron con sus cuidados, el hermoso santuario de la Madonna que bendecía su trabajo, una multitud de jóvenes y niños que le sonreían al pasar y parecían decir, "Todavía estamos en el oratorio!" Allí donde le envía la confianza del arzobispo va él, modesto y humilde como cuando pasaba por nuestras calles. Se siente consolado cuando posa su mirada sobre el pasado, pero más aún al recordar lo que dice el evangelio, "quien pone su mano en el arado y se vuelve hacia atrás, no es digno del reino de los cielos". Y en la presteza de quien ahuyenta una tentación, repite: "Señor, trabajo aún y estoy presto a tu mandato". Agradecido, Saronno le acompaña con la oración, y con el voto de que su nueva grey responda a las atenciones de tan buen pastor»⁴⁰.

Terminaba así la época del desierto. Piedra angular iba a ser aquella que habían desechado los constructores.

presentación ritual, asegura al pueblo que le enviará un buen párroco, esto es, un sacerdote según el corazón del Señor, si aquél renuncia al derecho de nombramiento, pues es sabido que, en torno a las urnas, nacen a menudo las rivalidades y surgen las intrigas de quienes no buscan la gloria de Dios ni el mayor bien de las almas, sino el provecho propio...» (Cf. Bedont, o. c., p. 61).

³⁹ El episodio aparece en otra relación, donde se detalla haber sido Don Ambrogio Aldè quien se acercó a Don Luigi. La familia Aldè era de las más importantes de San Giovanni. En 1940 se hizo a Don Antonio monseñor, miembro del cabildo catedralicio, y fue curial, adjunto a la oficina de legados.

⁴⁰ En el archivo parroquial del santuario.

Capítulo IV

LECCO: EL BUEN PASTOR
(1936-1940)*La nueva parroquia*

Don Luigi se presentó a sus nuevos feligreses el 31 de octubre de 1936. El nombramiento definitivo, con fecha 23 de octubre, le sería notificado, como queda dicho, el 30 de noviembre. Fue, pues, a San Giovanni *alla Castagna* en visita oficiosa. Consciente del peso que iba a tomar sobre sí, quería aprestarse a la nueva incumbencia con una inspección supererogatoria. Sabía bien lo arduo de asemejarse a Jesús, el Buen Pastor, que conoce a todas sus ovejas y ama a cada una de ellas de modo particular. Y confiado en la ayuda del Señor, no se retrajo frente al nuevo compromiso que le imponía la responsabilidad por el crecimiento moral y la salvación espiritual de toda una comunidad.

Así, por la festividad de Todos los Santos, asistió a la tradicional procesión de sufragio, sólo para hombres, en Nuestra Señora de Varigione, sita en un rincón del término parroquial. Aquí se dirigió por primera vez a sus feligreses, invitándoles a peregrinar el día siguiente al cementerio de Vendrogno y visitar la tumba del difunto Don Girelli, su predecesor. Todos acogieron fervorosos la invitación. Y Don Luigi, tras recordar las virtudes de Don Girelli, rogó a los presentes que estuviesen cerca de él, para un mejor desempeño de la función que se le encomendaba. Una de sus feligresas recuerda: «En Vendrogno, después de visitado el cementerio, se entró en un bar a tomar un café; tuvieron lugar las presentaciones. Mi hermana Teresina, dirigiéndose a él, le preguntó llanamente si le alegraba que le hubiesen hecho párroco de San Giovanni. Preciso y decidido, Don Luigi respondió: "Me alegro de hacer la voluntad del Señor, que me ha pedido esto"»¹.

San Giovanni dedicó los meses que siguieron a preparar la instalación solemne de Don Monza. Se eligió un comité que reuniese lo necesario para los festejos. Toda la feligresía colaboró entusiasmada. La persona que acabamos de citar atestigua: «En los dos meses que precedieron a la entrada oficial, Don Luigi se ganó muchas simpatías entre los feligreses, quienes le prepararon la entrada con gran entusiasmo ... Recuerdo la elevada compostura con que Don Luigi tomó posesión de la parroquia. Manifestó luego su gran sentido de fe en la dignidad sacerdotal, en la presencia eucarística y, dentro de la iglesia, en las funciones que debía ejercer como párroco. Recuerdo que, justo el 31 de octubre, primer día de su presencia en San Giovanni, otras muchachas y yo estábamos en la iglesia, y vimos cómo llegaba de casa e iba hacia el confesonario. Nos impresionó al instante su actitud recogida y digna; comentamos que debía de ser un sacerdote muy serio y reservado, pero que era feúcho»².

También habló de la llegada del nuevo párroco, y de la acogida que le deparó la población, el semanario local, *Il Resegone*, cuyo n. del 1 de enero de 1937 decía: «Últimamente capellán del santuario de Saronno, se hizo querer en especial de la juventud, por el señorío de su trato, por el habla correcta y fácil, y sobre todo por la sólida doctrina y

¹ En Z. Spreafico, *Alcune note su don Luigi Monza a chiarimento di alcuni fatti della sua vita parrocchiale a San Giovanni di Lecco*, p. 3, in APL.

². *Ibid.*, pp. 3s.

edificante piedad. Los feligreses de San Giovanni, dichosos con tan gran dádiva, ruegan a Monseñor el Vicario se haga intérprete de sus sentimientos de gratitud y los exprese al Eminentísimo Cardenal Arzobispo, que ha compensado con usura a la parroquia de San Giovanni, por la renuncia a su derecho de nombrar párroco. Al nuevo párroco, el sincero hosanna de todos los feligreses de buena voluntad, y el augurio de un apostolado tan fecundo como duradero»³.

El 6 de enero de 1937 tuvo lugar la entrada solemne de Don Luigi Monza en su nueva parroquia⁴. La instalación estuvo presidida por el arcipreste de Lecco, monseñor Borsieri, quien en su discurso aseguró al pueblo de San Giovanni que el nuevo párroco era un verdadero pastor de almas, el cual sabría espolear al bien, más con el ejemplo que con la palabra⁵. La crónica de *Il Resegone* registra la sucesión de las ceremonias aquel día: «Decir que el recibimiento del nuevo párroco fue un éxito, es la pura verdad ... Llegado a la iglesia y ejecutadas las ceremonias de la investidura canónica, monseñor Borsieri, arcipreste y preboste de Lecco, reiteró ante los presentes cuán grande era la dádiva que los Reyes Magos hacían al pueblo de San Giovanni, dando a él un párroco de excepción, esto es un pastor cuya confianza estaba puesta sólo en Aquél de quien fluyen toda la fuerza y el poder. Desde el púlpito, con acentos de emoción, el nuevo párroco dijo que deseaba compendiar su programa pastoral en la oración, en la acción efectiva, vigilante, y en el sacrificio de todas sus dotes, para que se robustezcan en sus propósitos aquellos que ya le siguen, y los alejados de la verdad, no sólo reconozcan su yerro, sino que se hagan además apóstoles de luz y de bien.

En el salón del oratorio Don Luigi, tras la solemne celebración del sacrificio de la misa, distribuyó lo reunido por las pródidas manos de las Conferencias de San Vicente, a los pobres de la parroquia, asegurando que ellos precisamente serían la porción elegida de su grey»⁶.

Muchos entre sus adeptos de Saronno, que le acompañaron a San Giovanni, volvieron a casa satisfechos, al ver la acogida de que había sido objeto *su* Don Luigi. Éste por su parte les manifestó su gratitud, organizando algún tiempo después, el 26 de septiembre de 1937, una peregrinación desde San Giovanni al Santuario de Nuestra Señora de los Milagros de Saronno. Aquel día recibió a Don Luigi en Saronno una multitud en fiesta, destacando en ella las autoridades *saronnesas*, miembro de las cuales era, como recuerdan los periódicos del tiempo, el secretario del fascio local. Ya no se consideraba a Don Luigi "sacerdote vigilado". Su pasado se olvidaba, pues había demostrado actuar, no por miras políticas, sino por el bien de las almas.

Desde su llegada, Don Luigi se puso a estudiar y conocer el ambiente de la parroquia. Extendida por las alturas que circundan San Giovanni, llegaba hasta remotas alquerías, pero tenía el núcleo en derredor de la iglesia, que es todavía un barrio periférico de la ciudad de Lecco. En efecto, al perder la autonomía comunal en 1924, el barrio se incorporó al gran ayuntamiento *lequense* unificado. El área era rica en fábricas de todo género, y resonaban por doquier las forjas.

Al cabo de no mucho tiempo, mediante contactos directos e indirectos, el nuevo párroco halló modo de entrar en el corazón de muchos feligreses, los cuales han dejado múltiples testimonios sobre las actividades pastorales y el carácter del párroco.

Carlo Spreafico, largo tiempo presidente de la junta parroquial, declaraba: «Desde los comienzos de nuestra relación, tuve la certeza, nunca desmentida, de que nuestro Don

³ P. Bedont, *Don Luigi Monza. Note biografiche*, Ponte Lambro 1976, p. 63.

⁴ Cf. el acta de la toma de posesión: está en el archivo parroquial.

⁵ Cf. el *Liber Chronicus*, de 1937.

⁶ Bedont, *o. c.*, p. 64.

Luigi era, con su continente humilde y delicado, un portador de paz, el padre más apto para nuestra parroquia, formada por almas generosas, pero a las veces algo difíciles. Poco a poco se estableció, entre el párroco y quien escribe, una comprensión recíproca, una amistad cada vez más honda, que aumentó según pasaban los años de la colaboración con él, como presidente de la junta. Precisamente este cargo me dio ocasión de comprobar en todo momento la virtud pacificadora del párroco. ... El párroco solía decir que, entre nosotros, el demonio encuentra un campo de acción, acometiendo este espíritu de solidaridad. Pero Don Monza no dejaba expuesto este penoso punto flaco: imposible, en presencia suya, no sólo expresar, mas ni siquiera que el corazón guardara sentimientos de rencor o envidia hacia nadie. ... Libre de adulación o fingimiento, siempre tenía presto un elogio, una alabanza, para espolear a un mayor y mejor cumplimiento del deber. Don Luigi nunca desanimó a nadie, es más, cuántas veces supo hacer que naciera y renaciera la confianza en Dios y en las propias posibilidades espirituales, aun en corazones tristes y desesperados, aun en circunstancias oscuras y dolorosas»⁷.

La profesora Dolores Alborghetti, a quien los cometidos parroquiales dieron frecuente motivo de tratarle, escribe: «No es fácil empresa referir todo lo que nuestro párroco dejó en el corazón de estos fieles. Le tuvimos con nosotros dieciocho años. Le vimos día tras día subir al altar y ponerse en oración, siempre le hemos sentido a nuestro lado Hablar de él significaría evocar su presencia en las mil ocasiones en las que el pastor está junto a su grey, pero esos mil episodios nos eluden, y parece como si él nos urgiera a no decir demasiado, por miedo a que nuestro amor filial escudriñe más allá de aquella reserva, aquel silencio, con los que él sabía rodear su persona y sus obras. No es lo último elogiable en él esta desaparición propia, para que la honra fuera sólo de Dios, para que quien recibía ni siquiera pensara recibir, sino más bien que había dado un gusto pidiendo; el agradecer aun cuando daba; ser por igual complaciente con el rico y el pobre, con el docto y el simple, con el practicante y el alejado; su trato jovial y abierto con todos; el don de dar cuerpo en torno a sí - y no sólo en su parroquia - a una sensación de confianza y simpatía. ... "Es necesario que él crezca y yo disminuya", repetía con san Juan, y verdaderamente sabía pasar inadvertido en el bien que hacía, buscando y queriendo sólo la gloria de Dios. No rebuscada, sino espontánea su humildad, se estimaba igualmente espontáneos y libres de todo peso aquel contenerse siempre y en todo, aquella renuncia interior que predicaba y practicaba, sabiendo aceptar la cruz de cada día, presentándose donde había necesidad, callando siempre que estaba en juego su persona, haciéndose "todo a todos, a fin de ganarlos a todos para Cristo"»⁸.

Otra feligresa recuerda asimismo: «La actividad parroquial de Don Luigi fue siempre ejemplar, bajo cualquier aspecto, sobre todo por el ejemplo que sabía dar en la vida de oración y en el ejercicio de la caridad...»⁹.

Testimonios, pues, éstos y los demás, de los que emerge la imagen de un excelente párroco, para quien la importancia fundamental recaía sobre la cura (o atención) de almas, y que se entregó activamente a toda especie de apostolados.

En el centro la eucaristía

⁷ Carlo Spreafico, en *A don Luigi Monza, Cislago 22-VI-1898 - San Giovanni 29-IX-1954* (nº único 1954), Lecco 1954, pp. 37ss.

⁸ D. Alborghetti, *Passò tra noi con la luce e l'amore di Cristo*, en *A don Luigi Monza ...*, pp. 32-35. Cf. Jn 3:20; 1Cor 9:19s.

⁹ Z. Spreafico, *Alcune note ...*, p. 4.

En el centro de la vida parroquial de San Giovanni alla Castagna, puso Don Luigi la adoración eucarística, elemento básico de su espiritualidad, por él asiduamente ejercitada y que contagió a sus feligreses. Monseñor Ambrogio Aldè recuerda: «Hay momentos especiales en los que su alma de sacerdote y su ansia de bien comunicativo explotan con acentos de total conmoción. Hablando del sacramento eucarístico y de la presencia real de Jesús en el sagrario exclama: "Ahí está, ahí está, no le veis?, no le oís?. Si no es El Señor, dejémoslo todo; entonces yo soy un mero actor, los paramentos que visto son puro guiñol, esto es una impostura. Pero si es ÉL, como lo es, y está a tan corta distancia, cómo no amarle?"»¹⁰.

Es claro, los feligreses comprobaban su devoción a la eucaristía siempre que le sorprendían orando, totalmente absorto, a los pies del sagrario. Según Dolores Alborghetti, «verle orar era ser invitados a la oración, quién no le ve, arrodillado en el reclinatorio a la derecha del altar, la frente entre las manos, insensible a cuanto le circundaba? Su majestuosa, recogida celebración del santo sacrificio, intensamente transido de la dignidad sacerdotal! O bien en las largas procesiones eucarísticas portando la custodia, cuando parecía querer fundirse con la vida de Aquél que sus manos sostenían»¹¹.

No eran ni cosas eruditas o difusionísticas, ni menos moralidades de floja entidad las que Don Luigi decía; eran cosas que él vivía con una intensidad total. Tenía conciencia de que el sacramento del orden le había cambiado por dentro. Aducía a menudo los textos paulinos que articulan el estar en Cristo y vivir a Cristo. Decía y repetía que el sacerdote es otro Cristo, y que en consecuencia era, como Cristo, oferente y ofrenda, sacerdote y víctima. Estando, pues, todo su espacio repleto de Cristo, no podía desperdiciar el tiempo, sino que ocupaba éste, en toda su capacidad, una como fiebre apostólica. La caridad de Cristo impulsaba a Don Monza, ella le infundía una fuerza interior. Don Luigi tenía que darse, gastarse por el prójimo. «Repetía a menudo con san Pablo, "No vivo yo, sino que Cristo vive en mí". Feliz intercambio de vidas, al que sin cesar nos invitaba, por una frecuentación más y más sentida de la comunión. No era raro que sus pláticas concluyeran gratamente en clave eucarística. Las comuniones generales eran su consuelo, y quién no ve aún su alborozo cuando hacían su primera comunión los niños? Iba como envuelto en gloria calle abajo por el pueblo, entre las dos filas infantiles, el más feliz de todos. La devoción de las cuarenta horas nos renovaba en santo entusiasmo. Él quería a todos adoradores de Jesús eucarístico, de ahí los turnos de la adoración perpetua todos los jueves, y su propia adscripción a los sacerdotes adoradores. Alguien ha referido cómo se veía a veces encenderse de noche una luz en la iglesia: sería Don Luigi, en solitario coloquio con Dios presente en el sagrario?»¹².

Era además la madre de Don Luigi quien refería en este sentido: «Don Luigi trabaja mucho, y muchas noches vuelve tarde a casa. Una noche, todavía más tarde de lo acostumbrado, le oigo por fin llegar y me tranquilizo, mientras espero venga, como suele, a darme las buenas noches, pero no sube. Pienso que tal vez no esté bien y necesite algo, me visto y bajo a la cocina, pero no hay nadie. Me asomo entonces a la portezuela que da a la iglesia, y allí está, de hinojos ante el altar, con los brazos en cruz. "Don Luigi", llamo. Pero está tan absorto en coloquio con Jesús, que no me oye. Entonces me acerco y le doy unas palmadas en la espalda: "Don Luigi, es tarde, ve al lecho". Él se yergue, me toma a bracete, y así subimos. Esto nos acontecía no pocas veces»¹³.

Otra testigo recuerda también, de nuevo en relación con el fervor eucarístico de Don Luigi: «Todos eran unánimes en el juicio de su intenso espíritu de oración, su asiduidad al

¹⁰ Monseñor Ambrogio Aldè, en Bedont, o. c., p. 67.

¹¹ D. Alborghetti, en Bedont, o. c., p. 77.

¹² *Ibid.*, p. 77. Cf. Glt 2:20.

¹³ Virginia Todeschini, *Il Granello*, n. 0, p. 2, citado en *Don Luigi Monza*, p. 58, ms in APL.

confesonario, su espíritu de fe y de amor a Jesús-Eucaristía ... Iba a un paso recogido y hasta solemne, cuando uno se lo topaba en la calle, según llevaba la eucaristía a los enfermos. Aun entonces saludaba a todos con una afable sonrisa, pero si se le hacía hablar, muy delicadamente, en actitud que transpiraba su sentido de la adoración, decía, "Disculpe, llevo aquí a Jesús"»¹⁴.

El testimonio de un cohermano suyo, Don Egidio Meroni, párroco de Primaluna, es de no menor interés: «Celebraba con particular dignidad la santa misa, como cifrando en ello el buen ejemplo al pueblo. Su espíritu transido de elevaciones espirituales se sustraía a cuanto le circundaba, concentrando alma y corazón en el gran misterio del divino sacrificio. Tuve ocasión de estarle próximo, cuando le asistía en el altar, y su devoción me urgía a estarle atento, como si oficiara en presencia de un dignatario prelacial»¹⁵.

Son en todo caso muchas, y significativas todas ellas, las declaraciones que atestiguan el amor de Don Luigi hacia la eucaristía. He aquí la de Don Rocchi, quien trató con frecuencia a Don Luigi de 1940 a 1954, y recuerda: «Me acuerdo de que el tercer domingo de mes había una breve procesión, seguida de la misa ante el Santísimo expuesto; se hacían muy bien las cuarenta horas, con diversas adoraciones, que él predicaba. La iglesia era el lugar del respeto. Uno percibía la presencia real; y efectivamente se hacía la genuflexión, la visita, se rezaba el Gloria Así era él, cuando estaba en la iglesia»¹⁶.

Según María Valsecchi, feligresa suya que luego se hizo *Piccola Apostola* de la Caridad, Don Luigi decía que «Jesús vivo estaba presente en la eucaristía, que era preciso tener fe y abandonarse a Él. Don Luigi tenía fe en la eucaristía. Recuerdo cómo un primer viernes de mes nos refirió el ejemplo de san Policarpo, cuyo gran fervor dejaba huella por donde pasaba. Hizo calzar en goma las patas de las sillas, de suerte que no hiciesen ruido y orase uno mejor. Adoptaba una postura muy devota. Él hablaba al Señor de tú a tú ... visiblemente platicaba con el Señor»¹⁷.

Refiere todavía otra *Piccola Apostola*, Ángela Morganti: «Don Luigi era muy piadoso. En las procesiones no solía llevar el Santísimo, sino que vigilaba el orden de las filas. Pasaba cerca y decía, "Bajad los ojos", pues deseaba que hubiese recogimiento. Su atención a la eucaristía era intensa. Desde el púlpito llegaba aun a gritar: "No sabéis quién está ahí! Está Dios!" ... Sin duda tenía una honda fe, la emitía, e insistía mucho en la presencia eucarística. Decía: "Él está ahí dentro". Cuando llegaban las fiestas, las procesiones, las cuarenta horas, el honor de que rodeaba la eucaristía agotaba su saber. Bastaba hacerle una pregunta para que se pusiera a hablar de Dios. Era un místico, del que trascendía la presencia del Señor»¹⁸.

Guerina Crotta, asimismo feligresa suya, recuerda: «Don Luigi había establecido turnos eucarísticos, y cada semana tocaba a un grupo de cuatro cinco chicas estar de rodillas ante el altar durante la misa de la mañana ... Su plática recaía una y otra vez sobre la eucaristía. Recuerdo una ocasión, durante las cuarenta horas, en la que le aconteció decir desde el púlpito, "Helo ahí!", como si le viera»¹⁹.

Elvira Pontiggia, que aun no siendo feligresa de Don Monza, le eligió por confesor, dice también; «Me impresionaba el gesto de Don Luigi, cuando tomaba en sus manos la eucaristía. Se la veo tomar a muchos sacerdotes, pero Don Luigi era especial: sentía, captaba la presencia eucarística de Dios»²⁰.

¹⁴ Z. Spreafico, *L'ultima malattia di don Luigi e la morte*, p. 4, en APL.

¹⁵ Don Egidio Meroni, en APL.

¹⁶ Don Francesco Rocchi, en APL.

¹⁷ María-Niña Valsecchi, en APL.

¹⁸ Ángela Morganti, en APL.

¹⁹ Guerina Crotta, en APL.

²⁰ Elvira Pontiggia, en APL. Sin dejar el tema eucarístico, he aquí las declaraciones de Luigina Frigerio: «El

La señora Virginia Vogel escribía: «Recuerdo, y me parece verle aún, cuando salía de la sacristía y se dirigía al altar para celebrar la santa misa, o cuando volvía de la iglesia a su casa: siempre era de admirar! Llevaba un paso grave, lento, compuesto, devoto y hasta diría que angélico, todo él sumido en Dios; parecería que bajo la veste talar no hubiera sino espíritu, y nos despertaba el deseo de orar y elevarnos con él. Distribuía la sagrada comunión de un modo muy particular, con celosa devoción. Era como si dijese a cada comulgante: "Guarda el gran don que te presento!"»²¹.

Para concluir, y a fin de captar mejor este singular amor a la eucaristía, amor expresado en la adoración personal y comunitaria del Santísimo Sacramento, pero manifestado además en la gozosa celebración del acontecimiento litúrgico, leamos lo que decía el propio Don Luigi: «El hombre es de naturaleza indigente, es como una planta tiernecilla que pide sin cesar agua y sol: esta agua y este sol los recibirá de Jesús-Eucaristía. No podremos tener ni reposo ni paz, en este valle de lágrimas, si no es reponiendo nuestras fuerzas y alimentándonos del pan de los ángeles»²².

La palabra de Dios

Los múltiples testimonios que conservamos sobre la época de Lecco, demuestran la gran importancia de la predicación en el ministerio de Don Monza. Sólo a través de ella pudo transmitirse la enseñanza doctrinal, y con ésta la invitación a participar en la vida de la Iglesia, en la construcción del reino.

Para probarlo basta con leer la declaración de monseñor Aldè: «Quien recuerde sus palabras ... puede asegurar que oyó a alguien que creía, que ansiaba salvar, que deseaba darse a todos Su palabra, desde el púlpito y el altar parroquiales, en la capilla de Varigione, en las salas de las diversas conferencias y reuniones, en los oratorios, en las escuelas, en los asilos, y hasta en las plazas y calles ante los altares improvisados con ocasión de devotas procesiones, siempre miraba a instruir, a suscitar respuesta Ministro del Verbo, Don Monza predicaba en nombre de Jesucristo, en su puro nombre, como venido de Dios De ahí la doctrina, la catequesis, las competiciones entre grandes y pequeños, las salas de exposición más categórica. ... Algunas veces parecería como si quisiera amedrentar: tenía esa misión, era el fuego del temor de Dios, y lo quería encender en aquellos que amaba»²³.

Según notas que se tomaron, «Don Mario decía faltarle la voz, y nunca predicaba; Don Luigi predicaba una media de 5 a 6 sermones todos los domingos. Daba gran importancia a las instrucciones y a la doctrina cristiana. Los domingos, antes de exponer los temas desde el púlpito, se formaban las famosas *clases*; personas *maestras* tenían el cometido de explicar a pequeños grupos, formados espontáneamente, el catecismo de san Pío X. Recuerdo que estos grupos eran muy frecuentados. A continuación, desde el púlpito, Don Luigi exponía la doctrina de manera muy clara, comprensible y aun graciosa, captando la

Jesús eucarístico contraseñaba su predicación. Decía, "¡Ahí está, en el sagrario! ¡La puertecita del sagrario debe ser de oro, pues tras ella está Jesús, el Rey de reyes!" Luego se dispuso una luz, de suerte que dirigiésemos siempre la mirada al sagrario». Y la de Antonietta Baldini: «Recuerdo un sermón que predicó sobre el paraíso y la eucaristía. La eucaristía era ya, para él, el paraíso en la tierra. Nos habló durante más de una hora. Todavía le veo de pie, en la capilla de Vedano. Mantuvo todo el tiempo los ojos entornados; se le advertía ya en aquel paraíso que nos iba describiendo y cuya belleza quería hacernos saborear».

²¹ Virginia Vogel, en APL.

²² L. Monza, *Don Luigi ci parla*, Ponte Lambro 1973, pp. 53 y 112.

²³ A. Aldè, *La parola del maestro*, en *A don Luigi Monza...*, pp. 29ss.

atención de todos»²⁴.

La sencillez era, pues, característica de su predicación, que se atenía a esquemas muy lineales, con un buen quicio en palabras clave, tendiendo siempre a incidir en la vida, el quehacer, el paraíso, la eucaristía. En relación con sus pláticas dice la mencionada profesora Dolores Alborghetti: «Sabíamos ya desde el comienzo que, llegado un momento, en la consideración de los puntos por su orden, pasaría a la convocatoria, a la exhortación, al desfogue del alma acuciada por la gloria de Dios, el deseo de hacer bien a las almas, guiar a todos hacia la casa del padre, al hermoso paraíso. El paraíso! Otro tema pensado, querido, predicado con predilección y como obstinadamente: podía entrar en cualquier discurso, hacer de remate a cualquier sermón: con ello se anticipaba, en aspiración apasionada, su bienaventurada realidad. Pues allí gozaría de Dios al fin, y le parecería pequeño todo lo sufrido para ganarse tan gran premio. ... Estábamos hechos a oírle hablar así, nos parecía sabérselo de memoria. Pero él no se cansaba de repetir unas mismas verdades, las más elementales y las más altas: tenía la convicción de que las almas no necesitan muchas cosas, más bien pocas que calen hasta lo hondo del corazón y se hagan vida. ... Tal vez no nos apercebíamos del grado en que estaba transido de la sabiduría, don del Espíritu Santo, pues sin ella no habría podido degustar él mismo, y dar a otros el gusto por las cosas de Dios»²⁵.

El doctor Ángelo Colombo recuerda, en efecto: «Predicaba bien. Era una predicación sólida. Hablaba lo bastante claro como para hacerse entender, seguir... No era el orador que ha de buscar la palabra para expresar el pensamiento. Su discurso era fluido y familiar»²⁶.

Mientras que otros predicadores gustaban de citas literarias, iban de Dante a Manzoni, y los más osados llegaban a Papini, Don Luigi se limitaba a citar los evangelios, san Pablo, los Hechos, san Juan. «Predicaba a Dios, a Dios solo: su amor hacia nosotros, el nuestro hacia Él. Cuando era cuestión de amor, fluía abundante la palabra, convencida y entusiasta; ya no se separaba de ella, y repetía insistente con san Juan: "Dios es caridad... nos amó el primero. Dios amó tanto al mundo, que le dió su Hijo unigénito". Habría querido infundir en todas las almas la certeza del amor de Dios, pues cuando uno se sabe amado, toda amargura es aplacada, es transformada la vida... »²⁷.

Si hablaba del amor de Dios a menudo se animaba, le brillaban los ojos, se le llenaba la voz, llegando aun a conmoverse. «Otros habrán visto a Don Luigi llorar, según hablaba del amor de Dios... yo no puedo borrar de mi mente aquel precioso y extraordinario momento. Glosaba la vida espiritual cuando, viniendo a tocar el amor de Dios, estalló en incontenibles lágrimas»²⁸.

Y de nuevo una feligresa refiere: «Hubiera él querido que todos ardiesen con su mismo amor a Dios. Cuánto nos habló de este amor de Dios hacia nosotros, hacia cada uno, y la respuesta que espera de toda alma. Era feliz tratando este tema y, detrás de la palabra, se intuía su espíritu anhelante, que vivía en tensión, por la búsqueda de un amor más grande...»²⁹.

La declaración de otra feligresa destaca cierta característica de su predicación, la del santo temor: «Cuando predicaba, recalcaba el saludable temor; en algunas ocasiones, así al predicar por Todos los Santos y los Difuntos (cuya devoción tenía entonces vigencia), y el primero de año (día en que señalaba como sujeto de meditación los novísimos), nos ponía a

²⁴ Spreafico, *L'última malattia di don Luigi e la morte*, p. 5.

²⁵ Dolores Alborghetti, *Passò tra noi con la luce e l'amore di Cristo*, en *Notiziario di Informazione a cura del gruppo Amici di don Luigi Monza*, en el X Aniversario de su muerte, Lecco 1964.

²⁶ Ángelo Colombo, en APL.

²⁷ Alborghetti, *Passò tra noi... (Notiziario...)*. Cf 1Jo 4:8s.

²⁸ Testimonio referido por Bedont, o. c., p. 69.

²⁹ *Ibd.*, p. 71.

hacer prolijo examen de conciencia. Sin embargo, no nos dejaba miedo de Dios. Nos inculcaba el justo respeto de la divina ley, la vigilancia. Era exigente, porque deseaba poner al pueblo en contacto con el Señor»³⁰.

Y según Don Rocchi, «sus sermones exhalaban calor Medía, ajustaba sus intervenciones. Predicaba muy de grado. La gente escuchaba también muy complacida a Don Luigi, ya que el coadjutor hablaba poco, pues padecía de los pulmones y se fatigaba. Ni era Don Luigi alguien excluyente: gustaba de que otros viniesen a predicar, los convocaba, a sacerdotes o a religiosos. Insistía mucho en la doctrina del domingo. Daba asimismo gran importancia a los triduos, el cuaresmal y el pascual. Su predicación era enjundiosa, y sobre todo positiva. No recuerdo que se ensañase contra los pecadores y los pecados. Donde se mostraba decidido era en la falta de fe»³¹.

Una vez más, es otro feligrés quien recuerda que Don Luigi «predicaba diez minutos, o un cuarto de hora a lo sumo; no empleaba apuntes, sino que aquel don suyo de exposición hacía que todos se quedaran a oírle. A veces se enojaba en el sermón, mas siempre volvía sonriente a la sacristía. ... Alguna vez dijo en mitad de la plática, "Antes que callarme yo en este púlpito, me mandarán a galeras!" Hacía referencia a la cuestión del divorcio»³².

Afirma en efecto Elvira Pontiggia que «en la predicación era muy apacible, pero también fuerte... pues Don Luigi era siempre muy manso; pero si tenía que decir algo a sus feligreses, se lo decía; si tenía que reprender, lo hacía. ... Nunca oí en sus sermones cosa alguna que se apartase de las líneas trazadas por la Iglesia. Y en su parroquia se cumplía, ante todo, lo que ordenaba el arzobispo»³³.

Y Felice Bonaiti: «Sus sermones dejaron en mí una huella profunda, hasta hacerme decir, "Mira qué fe tiene y cómo desea manifestarla, expresarla"». O bien Gesuina Donghi, la cual recuerda «que cuando predicaba, lo hacía desde el balaústre. Don Luigi predicaba con mucha energía, pero en el buen sentido; quería enseñar a la gente que era necesario orar bien, que el amor de Dios era grande, que era preciso vivir la caridad». En efecto, según Luigina Frigerio, «la predicación adquiría a veces tonos algo vigorosos, mas nunca ofendió a nadie. Él era muy prudente... Para mí que preparaba la predicación... La iglesia estaba llena. Había una práctica muy alta, y los demás párrocos se preguntaban por qué iban todos a San Giovanni».

Aduzcamos para concluir el testimonio de Pasquina Sormani, quien afirma, en relación con temas que salían una y otra vez en los sermones de Don Luigi: «Me acuerdo de lo que insistía en la eucaristía y en la caridad. Subrayaba mucho la devoción de los primeros viernes de mes. Explicaba el evangelio de modo radical, como si hablara a religiosos, y no a los seglares de la parroquia. Las recomendaciones que hacía eran muy serias; jamás oí a nadie murmurar, aun estando la iglesia bien llena. Recuerdo que su predicación era muy sustanciosa, y no ofendía, aunque la efectuase con gran fervor»³⁴.

Cristo en las calles

Según se lee el *Liber Chronicus*, de la parroquia San Giovanni, puede comprobarse lo importante que era para Don Luigi mantener los usos de antigua tradición.

La iglesia de San Giovanni tenía un denso calendario de fiestas: comenzaba el

³⁰ Giaele Spreafico, en APL.

³¹ Don Francesco Rocchi, en APL.

³² Giuseppe Bartesaghi, en APL.

³³ Elvira Pontiggia, en APL.

³⁴ Pasquina Sormani, en APL.

Viernes Santo con una procesión *de penitencia*. A ésta seguía otra *del santo perdón*: tenía lugar durante las fiestas pascales, y conducía a los fieles hasta la Plebana de Lecco. En mayo, a una con la parroquia de Castello, se hacían las *rogativas*, y luego, el primer domingo de julio, había que ir a la iglesita de Varigione³⁵, para honrar una antigua efigie. En septiembre era la festividad de *Dolores*, con el *encanto de los cestos*: allí eran subastadas las donaciones, cuyo producto servía a las obras parroquiales. El día de Difuntos, sólo los hombres iban al cementerio para asistir a una función en sufragio de las ánimas. A continuación venían las cuarenta horas y la fiesta de la Inmaculada: en ésta se bendecían los carnets de los asociados a las organizaciones católicas.

El testimonio que sigue hace resaltar la asiduidad de Don Luigi en la ejecución de las funciones religiosas y de las procesiones, expresión de devoción verdadera. En efecto, «las preparaba y guiaba con gran amor, cuidando hasta el particular más nimio. Recuerdo por ejemplo cómo, benévola y graciosamente, advertía a los cofrades del Santísimo Sacramento, asistentes a la procesión, que por respeto a aquél, no llevasen un hábito arrugado, sino bien planchados la túnica y el manto rojo, al igual que la juventud femenina debía llevar en la procesión sus velos blancos, pero sobre todo ir con los ojos bajos, para mantener el recogimiento y vivir aquellos instantes como solemne acto de adoración a Jesús-Eucaristía, o veneración de Nuestra Señora. No era afición a la coreografía, sino gran sentido de fe y devoción.»³⁶.

Y confirman esto mismo las palabras de otra feligresa: «Recuerdo la primera comunión. Salía con los niños, que llevaban los vestidos y trajes propios del acto e iban acompañados de sus padres y, vistiendo capa pluvial, recorría en procesión todo el pueblo... Todo el pueblo estaba de fiesta, una fiesta muy cuidada. Quería que fuésemos todos a las procesiones, en particular a la del Corpus. De la Semana Santa recuerdo el viacrucis matinal, muy sentido y concurrido, como también la procesión por la tarde, preparados desde días antes los ornamentos, las luces. Iba a ella casi toda la población»³⁷.

Los recuerdos de Don Egidio Meroni, párroco di Primaluna, atestiguan asimismo la fe *procesional* de Don Monza: «El tiempo, en especial cuando se está rodeado de montañas, no siempre secunda la marcha normal de las procesiones eucarísticas. Pero concluidas ciertas festividades del año litúrgico, acontecía oírse siempre en las parroquias limítrofes este estribillo, "En San Giovanni hubo procesión". Significaba que, en las primeras, la había hecho suspender el amago de mal tiempo, mientras que en la segunda, había dado traza a ella la fe del cura. Éste hacía al palio embocar la puerta que daba a la plaza y mandaba avanzar. Casi todas las veces era de Don Luigi la victoria, y la fiesta resultaba completa, para satisfacción no pequeña de los músicos»³⁸.

Don Meroni hace en todo caso la siguiente observación: «Aun antes de la reforma litúrgica, ya Don Luigi intentó el mayor acercamiento posible de su gente a las funciones sacerdotales. Quería la participación coral del pueblo, en la iglesia, en las procesiones, en los cantos. Las fiestas de su parroquia eran secundadas por el consenso y la colaboración exhaustivos de todas las asociaciones. Se declaraba satisfecho, no tanto por la muchedumbre alineada en las calles, cuanto por la asistencia real a la procesión. Y cómo destellaban de emoción sus ojos, al ver a sus feligreses presionando sobre el balaústre »³⁹.

Giuseppe Bartesaghi recuerda cómo, «en las procesiones solemnes, de sobrepelliz, andaba de una punta a otra, manteniendo a todos recogidos. Eran en efecto unas

³⁵ Jurisdicción de San Giovanni, tiene una iglesia menor dedicada a la Virgen.

³⁶ Spreafico, *Alcune note...*, p. 4.

³⁷ Giaele Spreafico, en APL.

³⁸ Don Egidio Merone, en APL.

³⁹ *Ibid.*, p. 57.

procesiones ordenadas y largas»⁴⁰. Y, en fin, Gesuina Donghi: «Recuerdo bien las procesiones, en las que ponía mucho empeño. Hacía que se limpiasen las calles, pues iba a pasar el Santísimo. Cada uno debía limpiar el área de su portalada. ¡Era tanta la gente de la comarca que venía para ver la procesiones!»⁴¹.

Protagonistas los seglares

Justamente gracias a Don Monza, el asociacionismo católico, ya presente en la parroquia, adquirió renovado interés y vigor. Desde su llegada a San Giovanni alla Castagna, Don Luigi se entregó en efecto con gran solicitud a desarrollar todas las organizaciones católicas. Éstas iniciaban anualmente sus actividades con una ceremonia que tenía lugar el día de la Inmaculada, y consistía en bendecir los carnets y distribuirlos a los asociados.

«En la parroquia» - según recuerda Rosetta Fumagalli - «estaban establecidas la Acción Católica, las Conferencias de San Vicente, y las cofradías. Sentía gran predilección por la cofradía del Santísimo Sacramento. Estaba muy enamorado de la Eucaristía, y daba pleno apoyo a esta cofradía. Era la mayor asociación de la parroquia; él la seguía de cerca, aun siendo tantos sus miembros»⁴².

Don Luigi, según otra testigo, «quiso restaurar todos los valores en cada asociación, aun en la más pequeña, así la tercera orden, las Hijas de María, las cofradías. La presencia de Don Luigi era muy comedida, muy discreta. Llegaba, desempeñaba su papel, luego dejaba que nosotras desempeñáramos el nuestro, atañadero, más que nada, a disposiciones prácticas. Él confería la impronta espiritual, y después solía retirarse. Lo mismo hacía en las Conferencias de San Vicente. Trazó una línea muy precisa, y fue la de que se evitase con cuidado cierta mentalidad algo cerrada, un poco mezquina, proclive a un juicio de los demás... Inculcaba con mucho ahinco el respeto a la caridad»⁴³.

El oficio concreto de Don Luigi en estas asociaciones consistía en impartir dirección espiritual, y de ahí que cada semana, aparte de sus conferencias a las diversas asociaciones, convocase reuniones con jóvenes prometidos, con los hombres y mujeres de Acción Católica, con los cofrades del Santísimo Sacramento, con agrupaciones juveniles, terciarios y terciarias franciscanos, descontada su frecuente presencia cuando se reunían los miembros de las Conferencias de San Vicente.

Alguien recuerda cómo, «tras las funciones de la iglesia, Don Luigi hablaba, bien a las mujeres de Acción Católica, o a los hombres, o bien a las jóvenes. No omitía el pasar por la *Liga* (esto es, el Círculo Católico para hombres) y demorarse allí algo, si bien jamás aceptaba un vaso ni jugaba a las cartas, sino que más bien conversaba uno por uno con los presentes, presto a escuchar sus problemas y zozobras»⁴⁴.

Sobre el origen de la *Liga* observa Adele Vitali que «los comunistas tenían un círculo al que acudían muchos hombres. En un intento de tener cercanas a aquellas personas, Don Luigi creó entonces la Liga. A ella iba para conversar con las referidas personas. Recuerdo que estableció aun las A.C.L.I.»⁴⁵.

⁴⁰ Giuseppe Bartesaghi, en APL.

⁴¹ Gesuina Donghi, en APL.

⁴² Rosetta Fumagalli, en APL.

⁴³ Giaele Spreafico, en APL.

⁴⁴ Spreafico, *Alcune note...*

⁴⁵ Adele Vitali, en APL. A.C.L.I. es la sigla de las Asociaciones Cristianas de Trabajadores Italianos, fundadas en 1945.

Además, Don Monza impartía a los hombres la doctrina de manera inteligente. En efecto, «no les detenía por más de diez minutos, o se habrían cansado. Había clases, esto es, grupos pequeños, que reunían a varias personas; Don Luigi subía luego al púlpito y pronunciaba la plática. Mi padre, que no frecuentaba mucho la iglesia, iba siempre a la doctrina; le gustaba»⁴⁶.

Bedont califica de *verdaderamente exaltantes* las pláticas que Don Luigi pronunciaba, cuando se reunían las asociaciones. Tocaban temas específicos, sobre el ejemplo o el apostolado, y eran especiales, sobre todo, las pronunciadas en las Conferencias de San Vicente, a cuya asociación dedicaba Don Luigi sus mayores cuidados. Según lo registrado por Bedont, el fundamento de las Conferencias de San Vicente «es Dios y su mandamiento. La verdadera satisfacción del corazón es hermosa y total, si se cumple lo que Dios nos obliga a hacer. Dios desea la entrega completa al prójimo, y si se quiere hacerle amar hay que dar, tener el corazón grande, y ser siempre ecuanímes. Nuestra obra no debe sólo afrontar la miseria material, sino confortar el espíritu en su miseria»⁴⁷.

En todo caso subsisten las relaciones verbales de las Conferencias de San Vicente, donde están literalmente recogidas las intervenciones de Don Luigi. Éstas, como en un tratado de ascesis caritativa, se explayan sobre el tema de la caridad y del apostolado⁴⁸.

La señora Teresa Rusconi Vaccari, secretaria de las Conferencias escribe: «Cuando venía para presidir las inolvidables reuniones de nuestra asociación, a veces contener la respiración casi espontáneamente. Nos saludaba con aquella delicada, inconfundible cordialidad suya, feliz si éramos muchas, resignado si éramos pocas. Al entonar la oración con tenue voz, su rostro se transfiguraba. Era visible que invocaba a Dios para que su palabra cayese como semilla preciosa en nuestro corazón. En el silencio que seguía había una espera ansiosa de sus palabras. Palabras sencillas, pero repletas de pensamientos convincentes, que tenían la virtud de vencer los obstáculos y comunicar la fuerza para continuar la obra del bien en pro del que sufre. La *San Vincenzo* es caridad, y según se ejercita la caridad material, debe transfigurarse, merced a una visión superior, la gran necesidad de la beneficencia»⁴⁹.

En todo caso, la Acción Católica ocupaba el centro de la pastoral parroquial: «A los adscritos al gran ejército de la Iglesia, él los quería, no tímidos amantes de la verdad, sino valientes testigos de Cristo en vida y obras. Iniciativas particulares para cada rama (i. e. de la Acción atólica), y para los hombres y jóvenes una hermosa y moderna sede. Las relaciones verbales de las reuniones brindan una mina muy rica, donde quedaron sedimentadas su enseñanza preciosa, y su paciente y tenaz educación en lo sobrenatural»⁵⁰.

Adele Vitali recuerda dos de entre las conferencias que tuvo la Acción Católica: «Una sobre vocación y castidad, y la otra sobre la Trinidad Santa. Sobre la Trinidad nos había hablado de manera sencilla y convincente. Sus palabras habían calado en nosotras, habían tenido la virtud de hacernos gustar a Dios. Era hermoso oírle hablar de la relación de amor que existe entre el Padre y el Hijo, y cómo de esta unión fluye el Espíritu Santo. Nos hizo gustar este misterio. Recuerdo además la conferencia sobre la vocación. Por entonces florecían las vocaciones, no sólo para *Piccole Apostole*, sino también para otros institutos. Cada vez que alguna iba a entrar en una comunidad, Don Luigi tomaba pie de ello, y nos hablaba a todas; procuraba que entendiésemos el valor de la vocación y la belleza de la

⁴⁶ Lucía Longhi, en APL.

⁴⁷ En Bedont, o. c., p. 69.

⁴⁸ Algunas frases de esas relaciones se recogen en Bedont, o. c., pp. 69ss.

⁴⁹ Teresina Rusconi Vaccari, Relaciones verbales de las Conferencias de San Vicente.

⁵⁰ En Bedont, o. c., p. 78.

llamada de Dios»⁵¹.

Un guía iluminado

Su humildad, su renuncia exterior e interior, la aceptación de la cruz diaria, el amor a la eucaristía, el continuo acicate a la caridad, y todas las demás virtudes de Don Luigi se dejan sentir de nuevo en la dirección espiritual, que revestía gran importancia en la *cura de almas* (o pastoral).

Casi todos los testimonios presentan a Don Luigi presto a oír confesiones. Dedicaba a este ministerio gran parte de su jornada, pese a sus múltiples quehaceres. Giaele Spreafico observa cómo «eran tantos los que que venían, aun de fuera, de otros pueblos, para hacer su confesión con él Se sentaba a confesar por la mañana después de la misa. Estaba disponible todas las mañanas. Me acontecía encontrarle a la puerta o dentro de la iglesia, cuando iba para hacer una visita»⁵². Y para el época de Saronno, añade Teresa Pitteri: «En las confesiones se atenía a una norma. Recuerdo que los miércoles, día de mercado, no pocas mujeres y otras personas, acudían de intento para hacer su confesión. Jamás oí que fuese expeditivo»⁵³. Otras delaraciones reafirman la convocatoria que demostraba como confesor. Luigi Panzeri recuerda: «Mi mujer era de la parroquia de Rancio, y es cierto que le caía más cerca la iglesia de San Giovanni, pero iba sobre todo a ella para que la dirigiese Don Luigi. Había muchos que se lo confiaban todo, no sólo para pedirle consejo, sino por la certidumbre de que sus contrariedades y zozobras quedaban en el corazón de alguien que a nadie los revelaría»⁵⁴.

También Dolores Alborghetti declara: «A veces nos enojábamos porque venían de Castello, de Lecco, de Pescarenico, y nos quitaban la vez a nosotros, los de San Giovanni. En las confesiones eran más largos la exhortación y el impulso hacia adelante, que el detenimiento sobre la falta confesada. ... Era por lo demás un óptimo director espiritual. Si estaba en la parroquia, nunca faltaba al confesonario»⁵⁵.

Ahora bien, cómo era la dirección espiritual que Don Luigi impartía? Lucía Longhi recuerda que, en la confesión, urgía a la oración, a la humildad, a la pobreza. Hablaba mucho de la confianza, de la paciencia... Decía, "las cosas van bien cuando van mal", pues entonces se obtienen las gracias»⁵⁶. Y según otra testigo, «un punto crucial de su formación era la vida espiritual. Recuerdo cómo me dijo cierta vez que hiciese voto de castidad. Yo tenía unos veinte años. Me dijo: "Para la fiesta de la Inmaculada haga voto de castidad por un año, yo me responsabilizo de él". En mi caso, la Providencia se sirvió de Don Luigi para hacerme entender algo que, sola, no habría comprendido. En las recomendaciones de la confesión, Don Luigi me proponía un género de vida semejante al de los primeros ristianos»⁵⁷.

Según monseñor Piero Galli, actualmente preboste en Desio (MI), que el año 1952 en Ponte Lambro, tuvo ocasión de tratar a Don Luigi, «éste impartía una clara dirección de tipo individual. Era verdaderamente un gran forjador de conciencias. He podido comprobar esto mismo hablando con gente de Saronno»⁵⁸. Era un gran director espiritual; muy duro, en el

⁵¹ Adele Vitali, en APL.

⁵² Giaele Spreafico, en APL.

⁵³ T. Pitteri, *Appunti sulla Fondazione dell'opera La Nostra Famiglia*, en APL.

⁵⁴ Luigi Panzeri, en APL.

⁵⁵ Dolores Alborghetti, en APL.

⁵⁶ Lucía Longhi, en APL.

⁵⁷ En APL.

⁵⁸ Es relevante a este efecto el testimonio de Paolo Conti, que frecuentó el oratorio del santuario de Saronno

sentido de que exigía mucho. No hacía las cosas a medias; no se abajaba a compromisos. Tenía tanta convocatoria porque iba a lo esencial. Según pude comprobar hablando con él, cifraba mucho en la oración, en el sacrificio como cumplimiento del propio deber, y en la capacidad de superación, el poder sostenerse uno sobre los propios pies, sin vacilar. En cuanto a estos puntos, era preciso y daba seguridad. Por eso le buscaba la gente»⁵⁹.

Don Meroni recuerda: «No puedo olvidar los bienes recibidos de su dirección espiritual. La fineza de su trato, la cortesía, innata más que adquirida, terminaban por invitar, en el orden del espíritu, a la confianza. Era el sacerdote al que podía abrirse, en la penitencia, toda el alma de un cohermano. En él la palabra hablada era sin comparación más poderosa que la escrita: desde la base de sus ideas, hondas y claras, sobre la semilla que ha de pudrirse y morir para dar fruto, hasta el dúctil movimiento diario entre la confianza en Dios, la obediencia a los superiores y el amor a Cristo eucarístico. Para dar ánimos, referiría alguna de sus experiencias, pero sólo de pasada, cerrando su ejercicio de confesor con un pensamiento dirigido a Nuestra Señora»⁶⁰.

Fue gracias a la dirección de Don Luigi como algunas señoritas o, según él solía decir, *buenas chicas*, llegaron a descubrir su vocación. Tranquilla Airoidi recuerda: «Don Luigi era mi párroco y también mi confesor, por lo cual me conocía bien. Yo tenía en Don Luigi plena confianza: advertía cada vez más en él a un sacerdote dado a la oración y muy amante del Señor. Por ello tenía la certidumbre de ser la voluntad de Dios aquello que me pedía»⁶¹.

Importa precisar que Don Luigi nunca aprovechó su posición de director espiritual para, atraerse a muchachas que descubrían en sí la vocación religiosa y empujarlas hacia las *Piccole Apostole* de la Caridad. Es más, probaba a las jóvenes que manifestaban el deseo de llegar a formar parte de esta comunidad, y procuraba cerciorarse de su vocación, recomendando incluso los ejercicios espirituales.

Antes de entrar en las *Piccole Apostole*, una testigo declaró con relación a Don Luigi: «He de decir que fue una vía poco rigurosa, en el sentido de que hubo escasa precisión en la indicación y guía. Diría yo que me dejó muy en libertad, tal vez porque era muy joven y quería que me sintiese segura. Pienso en una vez que fui en busca de Don Luigi y le dije: "Pero sabe que tal vez es justa la elección que estoy haciendo? Debería dedicar más tiempo a la oración". Él me contestó: "... Lo que el Señor te dice directamente, escúchalo. No pensar en nada, no hablemos de nada más; cuando tengas claras estas cosas, decidirás". Don Luigi empleaba este medio para transmitir mensajes, pero nunca me dio una indicación precisa, como, "Haz esto, haz aquello..."»⁶².

El testimonio de otra *piccola apostola* arguye también en favor del gran respeto con que aconsejaba Don Luigi en la dirección espiritual: «La sugerencia que me fue hecha de ir a consultarle, venía de haberse observado en este sacerdote dotes particulares para aconsejar y dirigir espiritualmente. Por lo demás, yo tuve siempre una sensación neta de que respetaba el alma hasta el fondo. Ya al primer contacto se demostró bastante resuelto y fuerte. ... Ciertamente, cuando Don Luigi tenía en su mano las almas, quería hacerlas caminar y lo hacía no sin fuerza. Don Luigi me dio formación desde 1942, cuando empezó a ser regularmente mi confesor y director espiritual; y yo procuraba serle muy sincera. Aclarada mi

los años 1931 a 1936: «En el santuario Don Luigi confesaba. Hasta el punto de que, ciertas señoras de edad decían, "Voy a confesarme con Don Luigi". Y hablaban de Don Luigi. Para el confesonario de Don Luigi había 30 personas; para el confesonario de Don Fassi había 2 ò 3. Quiere decirse que, en la confesión, Don Luigi daba pareceres o consejos no dados por los demás».

⁵⁹ Monseñor Edmondo Piero Galli, en APL.

⁶⁰ Don Egidio Meroni, en APL.

⁶¹ T. Airoidi, en *Don Luigi Monza*, p. 49, ms en APL.

⁶² Enrica Colombo, en APL.

situación al cabo de un buen espacio, reaccionó así al asunto de mi vocación: "De ordinario no soy yo, no son los sacerdotes quienes han de indicar el camino, sino el alma que debe llegar. Si usted me lo pregunta tan expresamente, digo que tiene vocación". Esta frase significó para mí el logro de la paz y la tranquilidad. Me dijo: "La ayudaré a ir adonde el Señor quiere que vaya". ... Ni siquiera en aquella ocasión me arrastró hacia su obra. Siempre tuvo un gran respeto, y una capacidad grande de escuchar la voluntad del Señor»⁶³.

Los pobres, amos y señores nuestros

La parroquia es el lugar del anuncio del evangelio, de la liturgia y de la caridad. En San Giovanni la caridad no era algo opcional como tampoco los pobres constituían agobio alguno. Consta de hecho, por las relaciones verbales de las Conferencias de San Vicente, que el párroco recordaba a menudo cómo «debe honrarse a Dios en la caridad», y que «el amor de Dios sólo está completo cuando se empareja con el amor al prójimo». Según Don Luigi, «hay que ir junto a quien sufre, o en general junto a quien necesita nuestra ayuda, con espontaneidad y abnegación. Dios se ha aparecido muchas veces bajo los vestidos del pobre, para hacernos captar su predilección por estos infelices y para sugerirnos el modo de servirles. Veamos por ello a Dios en el pobre, y recordemos que Él dijo: "Tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, estuve desnudo y me vestisteis..." Al término de nuestros días terrenos, si nos hemos empleado en el servicio del pobre, si somos ricos en renunciaciones que beneficiaron al necesitado, oiremos las dulces palabras: "Entrad en el gozo del Señor" Pero hacer el bien es difícil, porque hay que hacerlo bienLa visita al asistido debe hacerse bien y con calma, con interés solícito, sabiendo escuchar y sabiendo aconsejar en las cuestiones íntimas, morales, religiosas»⁶⁴.

Las de Don Luigi no eran sólo palabras, sino que, como recuerda Zaira Spreafico, «visitaba con mucha frecuencia a los enfermos, ya fuese en el hospital o ya en sus casas. El pueblo de San Giovanni abarca algunas colinas, y había que subir cuestas. Don Mario decía fatigarle la subida ..., y no iba tampoco al hospital, porque "las exhalaciones de alcohol le hacían toser"; así que la visita a los enfermos recaía siempre sobre Don Luigi. ... Nunca dejó de visitar a las familias que guardaban luto, o en las que había habido una desgracia, o que estaban en algún apuro moral o material»⁶⁵.

Dolores Alborghetti recuerda también a este efecto, que Don Luigi «entraba en las casas para llevar la bendición de Dios por Navidad, o la comunión a los enfermos, con paternal solicitud por la necesidad, sobre todo la espiritual, sin descuido de las necesidades familiares, las que advertía mirando furtivamente en torno a sí. Nunca tenía tiempo de hacer visitas de amistad o conveniencia, pero siempre estaba presto a acudir y confortar, si era llamado a la cabecera de un enfermo»⁶⁶. Y de nuevo: «Era asiduo en acudir a la cabecera de los enfermos. Tuve ocasión de presenciarlo en mi casa. Mi mamá acusó cierto mal que se fue agravando. Nunca me faltaron las visitas del párroco, que además traía la comunión. Ponía en esto verdadero celo. Recuerdo, por ejemplo, cómo había algunos enfermos deseosos de cumplir con los primeros viernes de mes, y otros que tenían devociones particulares; Don Luigi se esforzaba por complacer a todos»⁶⁷.

Pese a todos sus compromisos, Don Luigi cuidaba de seguir a cada enfermo

⁶³ En APL.

⁶⁴ Don Luigi Monza, cf. la relación verbal de las Conferencias de San Vicente, en APL. Mt 25:21ss, 35ss.

⁶⁵ Spreafico, *Alcune note...*, p. 5.

⁶⁶ Alborghetti, *Passò tra noi...*, en *A Don Luigi Monza...*

⁶⁷ Dolores Alborghetti, en APL.

individual, y visitaba diariamente a cada uno. Giuseppe Bartesaghi recuerda: «Mi papá padecía de un tumor. Don Luigi venía a verle cada mañana. Recuerdo que, concluida la misa, venía con el breviario. Iba junto a los enfermos, en sus casas o en el hospital. ... Recuerdo que mi papá, afectado de un tumor en el estómago, tenía dolores tan grandes, que el doctor Colombo nos dejó tres dosis de morfina, para aplicar ésta si los dolores aumentaban. Mi papá no volvió a quejarse, una vez le hubo dado la bendición Don Luigi; dejaba a mi papá muy alegre, cuando se despedía, ante todo porque, como párroco, visitaba a los enfermos. De hecho mi padre murió sonriendo. Don Luigi no dejaba de asistirles en lo que podía. Asistido él mismo por las Conferencias de San Vicente, siempre les regalaba algo, cuando iba a visitarles»⁶⁸.

Aunque nos repitamos, conviene recoger, de entre los numeros testimonios, siquiera algunos, pues demuestran la entrega de Don Luigi, por lo que atañe a la visita de los enfermos. Así Gesuina Donghi, quien declara: «Ejercitaba la caridad para con el prójimo visitando también a los enfermos. Apenas sabía de alguien que no estaba bien, iba luego a verle. Las calles de San Giovanni son fatigosas, por ir entre subidas y bajadas; pero Don Luigi llegaba aun a las casas situadas en el monte, aunque le dolía una pierna»⁶⁹.

Y Luigina Frigerio refiere: «Silencioso, me lo topaba a veces en la calle. Me decía que iba a visitar un enfermo, y me aconsejaba hacer lo mismo. Le contrariaba que los enfermos estuviesen tan distantes entre sí, pues no tenía tiempo de verlos a todos. Atenta al trabajo, me acontecía mirar por la ventana para ver si venía. Quizá le veían primero los niños y decían a voces: "Llega san Luis"»⁷⁰.

También la sobrina de Don Luigi, Gianna, declaró que siempre estaba presto para ir y visitar a los enfermos. «Recuerdo que una vez, muy atardecido, le llamaron del barrio de Cereda, porque estaba agonizando una persona. Don Luigi pensó que le acompañarían, pero no había nadie al salir de casa. Yo entonces me calé el capote y fui con él, que llevaba la extremaunción... Todos los días había mucho ir venir de pobres, y Don Luigi decía: "Ninguno debe volverse con las manos vacías. A todos debéis dar algo". Una vez faltó de la olla un trozo de carne, y fue que se lo había dado a alguien Don Luigi. Socorría mucho a los pobres; ninguno marchaba de nuestra casa sin haber recibido alguna cosa. Y ojo con tratarles mal!»⁷¹.

Visitaba, pues, Don Luigi a los enfermos, pero le importaba además la suerte de todas las familias pobres. Se preocupaba de visitarlas y socorrerlas, pero lo hacía siempre de manera discreta. Lucía Longhi refiere; «Me encontré hace poco tiempo con una señora de San Giovanni, la cual me contó cómo iba Don Luigi a su familia, que era pobre, y les llevaba alimentos y paño. Nadie lo sabía, pues él todo lo hacía en secreto»⁷².

Digamos, para concluir, que Don Luigi no iba solamente adonde le llamaban, sino que con frecuencia, según declara Luigi Panzeri, «si la necesidad era muy aguda, o entendía que los afectados no acudirían a él, él tenía entonces el valor de ponerse en movimiento. Enfrente de mi casa estaba el llamado *portón de los Moioi*; allí habitaba una familia formada por el papá, la mamá y tres hijos. Uno de los hijos sufrió un grave accidente de bicicleta, y no se podía esperar del papá, un *comecuras*, que acudiese al párroco para contárselo. Recuerdo que Don Luigi fue a casa de esta familia y se informó sobre el estado del hijo. Desde entonces cambió también la actitud del padre. No esperábamos menos de Don Luigi. Nos tenía demasiado bien acostumbrados, de manera que le creíamos capaz de todo. Era

⁶⁸ Giuseppe Bartesaghi, en APL.

⁶⁹ Gesuina Donghi, en APL.

⁷⁰ Luigina Frigerio, en APL.

⁷¹ Gianna Monza, en APL.

⁷² Lucía Longhi, en APL.

alguien que se movía; iba él en busca de las personas. El doctor Colombo⁷³ le avisaba, si alguien daba señales de no estar nada bien. Don Luigi ponía entonces manos a la obra: si se trataba de practicantes, les iba a confesar. ... Supimos cómo socorrió a familias a las que nadie esperaba hubiera socorrido. Mi tía sentenciaba: "Ese hombre escoge a las personas del montón. Ha llevado dinero a ... ¡mira tú si vale la pena socorrer a esa gente!" Era gente que tal vez no iba a la iglesia, o que empleaba los socorros de manera impropia»⁷⁴.

Colaboración y enfrentamiento

Las relaciones entre Don Luigi y los demás sacerdotes están documentadas por numerosos testimonios, los cuales evidencian hasta qué punto gozaba el párroco también de la estima de sus cohermanos, y no sólo de la de sus feligreses.

Don Egidio Meroni, por ejemplo, párroco de Primaluna, al que hemos citado, recuerda: «Toqué durante años la campanilla de la casa cural de San Giovanni alla Castagna. Me quedó la impresión de que su modo de recibir era siempre idéntico, o sea cortés, cordial, los brazos tendidos en gesto de acogida, con una sonrisa abierta que daba confianza Tenía la capacidad de comunicar alegría, y esto era más que suficiente para desear estar en su compañía, merecer su benevolencia y querer su dirección espiritual. ... Al lado de Don Monza era fácil comprender que llevaba latente una gran carga de amor, aunque no fuese posible prever su florecimiento admirable en el futuro. Pero este manantial de amor ardiente delataba por qué camino, en qué punto había hecho pie, para enderezarse con tanta fuerza hacia la honda caridad evangélica? No creo poder explicarlo más que refiriéndome a su sacerdocio, al santuario mariano de Saronno, y a su parroquia. ... Pocos años después de conocernos, yendo ambos a su cocina una mañana después de confesarme, se me manifestaron por primera vez sus pensamientos más íntimos. Como de improviso ... exclamó Don Luigi, "Cuánto, cuánto egoísmo hay en el mundo! Oh, si fuésemos aún como los primeros cristianos! Hay que encontrar almas capaces de vivir en el amor de los primeros tiempos del cristianismo". Tomado de sorpresa, asentí con un balbuceo, pero la convicción de sus palabras y su búsqueda de amor jamás me permitieron dudar, y pronto tuve pruebas de que había echado hondas raíces algo que le quemaba el corazón, cuya realización práctica, aun siendo falible, era con todo ansia de pureza y bien

Todavía en vida de Don Luigi, interrogué yo sobre su gestión como párroco, a dos personas, el viejo sacristán y el organista ciego, que en la iglesia se ponían, uno junto al altar, y el otro en el coro, en la parte posterior del templo. No recuerdo que tuviesen ningún motivo de queja, más bien se sentían plenamente solidarios de su hacendosidad y estimulados por su celo... Amaba el último puesto, y le bastaba con ser sacerdote. Así aun en la propia casa, sentado entre los comensales, quería estar próximo a los últimos, a los coadjutores, quienes le consideraban su hermano mayor, más bien que su párroco»⁷⁵.

Otro sacerdote, Don Amílcare Tentori, refiere este episodio, acaecido en el verano de 1940: «El buen párroco había provisto, para que el coadjutor de la parroquia y yo pudiésemos tomarnos cierto reposo, pasando algunas semanas en la montaña. Fui a saludarle y a agradecerle antes de marchar. Estaba en la iglesia, en su banquetta, y tenía consigo, como era habitual en él, su breviario y su manual de meditaciones. Le dije: "Señor párroco, nos manda a nosotros de vacaciones, y usted se queda solo. Y las vacaciones de usted?". Me miró sonriendo, y apuntando al sagrario respondió: "Mis vacaciones están

⁷³ El médico local.

⁷⁴ Luigi Panzeri, en APL.

⁷⁵ Don Egidio Merone, en APL.

ahí"»⁷⁶.

Hablando de la pastoral de Don Luigi y de la participación de los fieles de San Giovanni en las funciones, monseñor Carlo Dongo declaraba: «La iglesia estaba siempre llena. Lo estaba aun en el triduo de los hombres. Hasta en la confesión podría yo decir que era gente preparada... El mismo oratorio era floreciente. Recuerdo haberme sido impuesto examinar de catecismo en los oratorios de toda la zona. San Giovanni alla Castagna era la parroquia mejor preparada»⁷⁷.

Don Carlo Giussani observó también la preparación espiritual de los feligreses de Don Luigi, y afirmaba: «Recibí una excelente impresión. Sobre todo en lo de acercarse a los sacramentos. En fin, era gente que sabía lo que estaba haciendo ... Participaba en los funerales y la impresión que causaba era de gran recogimiento. Entendí que su acción fluía de su contemplación: llegaba a contemplar la verdad de Dios»⁷⁸.

Debemos precisar que, sin que obsten tantos testimonios favorables, había alguna crítica, crítica que oscilaba suspendida del aire, en una como emulsión. No fue difícil descubrir sus orígenes, de los que podemos señalar dos: el primero estaba cerca de él. Era una persona que, quizá sin culpa, parecía tener el privilegio de criticarlo todo en su párroco. Don Luigi lo sabía. Le habría sido fácil poner en apuros a aquella persona. O bien hacerla alejar. No faltan en la Iglesia maneras de premar, con un nuevo cargo, al individuo inepto para un destino. Don Luigi prefirió ser como Jesús. Calló y sufrió. Sufrió para no hacer sufrir. Ejerció en su vida lo que enseñó en sus escritos: decir al perseguidor que le consideraba un hermano en Cristo.

Otro foco de crítica estaba en un sacerdote de cierta parroquia vecina. Si había que sudar, para las confesiones y la predicación en las fiestas de otras iglesias, Don Luigi jamás se sustraía, pero se eclipsaba a la hora de la comida. Estaba incómodo. No era averso a la convivialidad, pero le contrariaban las críticas, las meras habladurías. El prójimo le era siempre sagrado. Él lo respetaba en todo caso. Aunque fuese un superior. Semejante actitud no gustaba, y de ahí que a veces le fuera echada a mala parte. Nadie es perfecto. O no era verdad que tenía una mano algo larga, cuando recompensaba al coadjutor y demás sacerdotes venidos en su ayuda?

Aun así, tomaba parte siempre en las jornadas de retiro para los sacerdotes del arciprestazgo, organizadas en el Colegio Volta, de Lecco, cuyo rector por entonces, monseñor Dongo, lo recuerda y declara: «Recuerdo que, en el colegio, hablando de sacerdotes, se decía de él, "Ése es un verdadero párroco!". Vueltos a casa, tras la experiencia de la predicación y las confesiones, decíamos, "Esa parroquia marcha!" Era visible que en San Giovanni, aun exteriormente, las cosas andaban bien. Don Luigi tenía quizá talentos o dotes superiores. Puedo decir que era muy generoso con los sacerdotes que le ayudaban en la parroquia Recuerdo que, a menudo, Don Luigi llamaba para confesar aun al rector, Don Franco Longoni. Y lo mismo a Don Ferraroni»⁷⁹.

Primera comunidad de Piccole Apostole de la Caridad

Todos estos años, paralelamente a su trabajo de párroco, Don Luigi había atendido al

⁷⁶ Don Amílcare Tentori, en APL.

⁷⁷ Monseñor Carlo Dongo, en APL.

⁷⁸ Don Carlo Giussani, en APL.

⁷⁹ Monseñor Carlo Dongo, en APL. Monseñor Teresio Ferraroni, nacido en Gaggiano (MI) el 8 de diciembre de 1913, recibió la ordenación sacerdotal de manos del cardenal Schuster el 6 de junio de 1936. Fue durante 18 años consiliario de diversas asociaciones católicas en Lecco, y luego preboste en Sesto San Giovanni. El 17 de diciembre de 1966 se le eligió obispo auxiliar de Milán; más tarde, desde 1974 (noviembre) hasta 1989, fue titular de la diócesis de Como.

nacimiento y desarrollo de *La Nostra Famiglia*. Para reconstruir las vicisitudes del instituto y a fin de entender cómo nacieron las *Piccole Apostole*, precisa, pues, dar un paso atrás y volver a 1936.

En un bloque de notas, escasos días antes de su traslado a San Giovanni alla Castagna, Don Luigi dejaba constancia de la primera reunión del instituto, habida en Vedano Olona el 30 de octubre de 1936. Se lee allí: «Propósito de esta primera reunión: se ponen las bases del instituto *Nuestra Familia*, que son la gloria de Dios y la salvación de las almas. Se inculca la humildad, y el modo de practicarla A partir de esta reunión las presentes se convierten en *hermanas*, y así es como se llamarán».

En adelante Clara, Teresa y algunas otras continuarían reuniéndose, y fue durante una de estas reuniones, el 6 de marzo de 1937, donde Don Luigi nombró a Clara Cucchi superiora; se lo comunicaba en un telegrama⁸⁰, estando ella en Bogliasco por razones de salud. Pese a sus compromisos parroquiales en San Giovanni, Don Luigi siguió viéndose con las partícipes de la obra, pocas y reducido aún su número en mayo de 1938, cuando quedaron sólo Clara y Teresa. Tranquilla Airoidi⁸¹, joven feligresa de Don Luigi, se uniría a ellas algo después.

Don Luigi entendió que se había cumplido el tiempo. Ya no debía haber más demora, no podía dejarse para tiempos mejores una iniciativa que se demostraba madura. Otros habrían tal vez pedido a Dios señales más claras, y a las candidatas una adhesión más a conciencia. Don Luigi había entrado ahora en la óptica de aquel pasaje del evangelio de san Juan, donde Jesús presenta su misión como un "dar la vida" (10:11,14), como "el grano de trigo" (12:24) que ha de morir para producir mucho fruto. Siendo él de proveniencia campesina, había observado el proceso que lleva de la simiente a la espiga: la semilla se descompone y muere, pero no para siempre, sino sólo por algún tiempo, pues al final, la vida dirá su palabra definitiva y celebrará su triunfo. Asiduo en la observación de los procesos naturales, sabía advertir el primer brote del tallo de trigo. Ésta es la razón de su seguridad. Tras de haber esperado, entendía no ser posible volverse atrás. Es justamente en este quiebro, donde se reconoce a los hombres de Dios, en cuanto que tienen la facultad de percibir la voluntad divina donde otros ven sólo dudas, incertidumbre y oscuridad.

Humanamente, solas tres personas no suministraban expectativas bastantes como para iniciar una obra tan ambiciosa: la de reproducir lo vivido por los primeros cristianos, y llevar la caridad a un mundo que estaba deslizándose hacia el abismo de una guerra. Viene a las mientes el episodio de David quien, antes del duelo con el gigante invencible, se inclina para recoger algunos guijarros. Las razones de la prudencia están de parte del filisteo, pero en la mente del que eligió el Señor por obra de Samuel están las razones de Dios.

Y así el 13 de junio de 1938 Clara Cucchi, Teresa Pitteri y Tranquilla Airoidi, salieron, acompañadas por Don Luigi, con destino a Teglio, en la Valtellina. Era un respiro, un lapso de conocimiento recíproco, y el comienzo de una vida en común.

Se dice que que la vida en común es la mayor penitencia. Es algo que repiten los descontentos y los perezosos. El dicho puede considerarse veraz, pero en sentido distinto del que intentan los enemigos de la vida comunitaria. Es el sentido de los santos. Para ellos la vida en común es la ocasión más propicia de hacer penitencia, esto es, de convertirse. La conversión es un cambio radical de mentalidad, es la total inversión de la ruta emprendida, y como hacer que un avión muy cargado aterrice en una pista muy corta.

⁸⁰ Según un escrito de Clara Cucchi (en APL), esa reunión tuvo lugar en marzo de 1938, no 1937, como dice la señora Pitteri en su escrito *Appunti sulla fondazione...*, p. 3, y en Bedont, o.c., p. 111.

⁸¹ Tranquilla Airoidi, nacida en Lecco el 19 de septiembre de 1913, entró en la comunidad el 13 de junio de 1938, y emitió los primeros votos; hizo los votos perpetuos el 10 de mayo de 1950. Moría el 10 de mayo de 1958 en Vedano Olona.

Si el signo de la obra de Don Luigi era la caridad, esa obra tenía que ir contra la corriente y establecer, en la vida concreta, categorías nuevas con respecto a las del mundo: la donación, el gusto del sacrificio, el gozo del perdón, la atención para con el otro, la estima individual, la fe en el anonadamiento. Cosas todas ellas que exige la vida en común. Quien no esté dispuesto a abandonar la propia caparazón, mejor es que se retire a tiempo.

La estadía en Teglio duró tres meses: del 13 de junio al 23 de septiembre. Don Luigi dio indicaciones atañederas a la vida, la oración, el espíritu de sacrificio, la obediencia, la caridad fraterna.

Continuó habiendo frecuentes contactos entre Don Luigi y la primera comunidad: él la visitaba a menudo, y mantuvo siempre la comunicación con ella a través de un prolijo intercambio epistolar o dándole ejercicios espirituales⁸².

La comunidad abandonó Teglio el 23 de septiembre de 1938, y el siguiente día 30, pasados con sus parientes los días intermedios, las hermanas abrían la casa de Vedano Olona⁸³.

Al ocuparla la diminuta comunidad, quella casa estaba aún mal acondicionada: se amueblaron bastantes habitaciones con los enseres que el ingeniero Cucchi había donado a la obra. Según consta por los *Diarios de la comunidad*⁸⁴, la casa se inauguró el 1º de octubre, y el 14 de noviembre era encomendado a Teresa Pitteri el asilo de San Salvador (circunscripción de Vedano).

Aquí debemos precisar que la comunidad originaria había cuajado en torno a la personalidad de Don Luigi, no se había comprometido a la observancia de una regla escrita, ni había adoptado vínculo oficial alguno. El instituto, pues, sintió la exigencia de constituciones, a fin de obtener el reconocimiento de la autoridad eclesiástica. En consecuencia Don Luigi se puso a redactar las reglas, y a poner los cimientos espirituales de *Nuestra Familia*, según se echa de ver por numerosos escritos recogidos en cuadernillos y también en hojas sueltas. No estando fechado este material, y estando concebido a manera de apuntes, fue complicada la reconstrucción de su trayectoria, la cual parte de una intuición originaria y llega a la redacción de las *Breves Constituciones*, que fueron entregadas en Roma al P. Larraona, y de las que trataremos seguidamente. El esbozo de las primeras constituciones, si bien no fechado, concuerda con la tesis de Valentino Macca⁸⁵, y debe considerarse como primer intento de explicitación de la espiritualidad de Don Luigi. En este primer texto, que comienza, "La nueva institución, designada *Como los Apóstoles*⁸⁶", evidencia el esfuerzo de Don Luigi por dar vida a un proyecto, su empeño en coferirle una forma bien definida. En la institución designada *Como los Apóstoles*, podían entrar personas de uno y otro sexo, sacerdotes o seglares. El fin de la institución era el retorno de la sociedad a la caridad de los primeros cristianos, y de ahí que sus miembros debieran poseer el espíritu de los apóstoles e imitar su conducta, habida cuenta de las necesidades de los tiempos presentes.

El 3 de diciembre de 1938 el cardenal Schuster demostraba su aprecio de la obra, dando a ella plena libertad de apostolado, y el 3 de mayo de 1939 hacía una visita a la pequeña comunidad⁸⁷. En la casa de Vedano comenzaron a organizarse retiros y cursos de

⁸² Pitteri, o. c., p. 6.

⁸³ En Bedont, o. c., p. 113.

⁸⁴ Así se designan los diarios que redactaba la superiora. En ellos quedaban registradas todas las actividades, como también los hechos más salientes de cada día. Subsiste una copia a máquina, no la original, de los primeros años. Los diarios se guardan en el APL.

⁸⁵ V. Macca, *Il codice fondamentale delle Piccole Apostole della carità. Da don Luigi Monza a don Luigi Monza, en Il cristiano di ieri, il cristiano di oggi, il Cristo di sempre*, Ancora, Milano 1980, pp. 185-221.

⁸⁶ In APL.

⁸⁷ Cf. Los *Diarios de la comunidad*, en APL.

ejercicios espirituales, hasta el punto de que, pese a haberse anulado, en diciembre de 1938 por falta de inscripciones⁸⁸ el primer retiro, muchos otros tuvieron allí su sede en años sucesivos, provista como estaba de capilla, y de todo lo requerido por la referida función, la primera casa de la obra. La casa de Vedano se convirtió además en lugar de acogida para varias personas que, por diversas razones, necesitaban un lugar tranquilo donde permanecer: el doctor Slataper, afectado de una enfermedad; Don Franz Schmall, que estaba traduciendo un libro⁸⁹; monseñor Alfredo Cavagna, entonces consiliario general de la juventud femenina de Acción Católica, convaleciente de una afección cardíaca muy grave⁹⁰. Monseñor Cavagna continuó frecuentando asiduamente la casa de Vedano, a la cual llevaba de visita amigos y colaboradores⁹¹.

⁸⁸ *Ibd.*

⁸⁹ Del italiano al alemán, *L'umo che conosce il soffrire*, del P. Bevilacqua.

⁹⁰ Bedont, o.c., p, 115.

⁹¹ Pasó allí todo el tiempo de la guerra. En la casa se reunían también los consejos de la presidencia general de la Acción Católica, de la que era presidenta Armida Barelli.

Capítulo V

LA GUERRA
(1940-1945)*El país en guerra*

El 1º de septiembre de 1939, cuando Alemania invade Polonia, da comienzo la segunda guerra mundial. En mayo había tenido lugar la firma del *pacto de acero*: aliado de Hitler, Mussolini se comprometía por él a intervenir en su favor; pero tuvo que proclamar la no beligerancia de Italia, cuyas fuerzas armadas acusaban grave falta de preparación. Según ha destacado el historiador Luigi Salvatorelli, no nos hacemos fácil y adecuada idea de la sensación de alivio y satisfacción, profundos y generales, que el comunicado de la no beligerancia produjo en la casi totalidad de los italianos. Y esto no sólo por deseo de paz y como repulsa de la prepotencia germana. A causa de lo referido por los que volvían de Albania (ocupada en 1939), todos tenían conciencia de que Italia estaba desarmada y era adversa a la guerra, pese a las altisonantes declaraciones que reiteraba la propaganda oficial.

Pese a no haber mejorado la situación militar durante el invierno de 1940, Mussolini decidió intervenir en el conflicto, en previsión de la inminente rendición de Francia y de las concesiones territoriales que de ella derivarían. Y cuando el general Badoglio hizo presente al Duce la total falta de preparación del ejército italiano, aquel respondió: «Será una guerra de breve duración y de éxito seguro. Necesito algunos millares de muertos para sentarme a la mesa de la paz»¹. El 10 de junio de 1940 anunciaba Mussolini, desde el balcón del Palazzo Venezia, la entrada de Italia en guerra «contra las democracias plutocráticas y reaccionarias del Occidente». Como escribió en sus *Diarios* Galeazzo Ciano, yerno del Duce y ministro de Asuntos Exteriores, «la noticia de la guerra a nadie sorprende, ni despierta excesivo entusiasmo. Que la aventura comience. Y Dios asista a Italia»².

Es bien sabido que Pío XII hizo todo lo posible para conjurar el estallido de la guerra. En el dramático radiomensaje del 12 de agosto de 1939 el papa pronunció su valiente llamada: «Con la paz nada se pierde, todo puede perderse con la guerra». Fue inútil. Hitler invadió Polonia y arrastró el mundo a la guerra. Luego, por evitar que Italia participase en el conflicto, Pío XII intervino de nuevo y, a ejemplo de él, el clero italiano adoptó una actitud muy diversa de la de 1935. Con motivo de la guerra de Etiopía, mientras que la Santa Sede mantuvo una actitud neutral y deploró la acción bélica, muchos obispos italianos se hicieron eco de los temas de la propaganda oficial, a veces con tonos entusiásticos. En 1940, sin embargo, nada fue comparable a 1935. Las manifestaciones de patriotismo habían cedido el lugar a las dudas y a los temores. La propaganda bélica tuvo muy poca convocatoria entre el clero; al contrario, éste mantuvo siempre una actitud pacifista, llegando a veces hasta la oposición abierta³. Muchos sacerdotes fueron objeto de represión policial, a causa de la posturas que adoptaron.

Frente a las potencias beligerantes la Santa Sede observó una neutralidad estricta; hizo todos los esfuerzos posibles a fin de mitigar los estragos de la guerra; y por lo que

¹ L. Salvatorelli - G. Mira, *Storia dell'Italia en el período fascista*, Einaudi, Turín 1964.

² G. Ciano, *Diario 1939-43*, Rizzoli, Milán 1969.

³ A. Canavero, *I cattolici nella società italiana metà dell'800 al Concilio Vaticano II*, Brescia 1991.

atañía al conflicto, el Sumo Pontífice no cejó en la manifestación de su total repulsa y condena.

La vida de la parroquia

Como es de imaginar, el estallido de la segunda guerra mundial trastornó la vida de San Giovanni alla Castagna. En la parroquia de Don Luigi se dejaron sentir desde el comienzo las repercusiones de un conflicto que afectaría trágicamente los destinos del país y del mundo entero. De hecho fueron acuartelados en los oratorios de la zona⁴ unos 800 soldados ya antes de entrar Italia en guerra. Y en *Il Resegone* del 22 de marzo de 1940 se lee: «Hace algunas semanas que se ofrece a los feligreses de San Giovanni un espectáculo bello y edificante. Es la *Misa del Soldado*, en la cual participa totalitariamente la tropa que integra el destacamento del 3º *Intendencia*, acuartelado a pocos metros de la iglesia parroquial, en el que fue Taller San Gregorio. El porte digno y disciplinado de estos jóvenes reclutas, en número de unos trescientos (y que hasta se turnan en el servicio del altar), pone de manifiesto la perfecta armonía y orden reinantes entre superiores e inferiores»⁵.

Don Luigi trabajó mucho entre los jóvenes reclutas, y el 30 de marzo anotaba en el *Liber Chronicus* de la parroquia: «De los que se alojan aquí, cumplen con el precepto pascual 650, previa predicación del capellán militar, Don Camilo Sarti»⁶.

De nuevo nos informa *Il Resegone* sobre el transcurso de la pascua entre los soldados que se alojaban cerca de San Giovanni. Leemos: «El día 20 de este mes se acercaron a la mesa eucarística, con porte edificante, un total de 650 soldados del destacamento que tiene aquí su cuartel, preparados con un breve curso de predicación por el capellán militar, Don Camilo Sarti, y benignamente oídos en confesión por una veintena de sacerdotes, para cuyo transporte prestaron el automóvil algunas familias,.... Recibido luego del párroco un recuerdo especial, muchos, cuando la ceremonia concluyó, no acertaban a expresar su agradecimiento para con los sacerdotes de esta parroquia, por tantas atenciones como les habían prodigado, y en especial por haberles abierto el oratorio masculino, como lugar donde reunirse y en el que, además de alegres entretenimientos, hallan lo necesario para mandar noticias y saludos a parientes lejanos»⁷.

De todas suertes, a poco de estallar la guerra, aconteció a la parroquia de San Giovanni vivir dos gratas celebraiones. El 26 de marzo tuvo lugar la del 25º aniversario sacerdotal de monseñor Edoardo Gilardi, que fue el capellán más joven de la primera guerra mundial. Natural de San Giovanni, la parroquia de Don Luigi le obsequió con muhos festejos. *Il Resegone* del 31 de mayo escribía: «La parroquia que propició el nacimiento de moseñor Edoardo Gilardi no podía ni debía estar ausente de la jubilosa manifestación. La mañana del domingo pasado, acompañado por religioso cortejo desde la casa de los parientes hasta la iglesia parroquial, el ilustre monseñor quiso presidir todas las funciones del día. ... Leído el evangelio, su compañero de parroquia y de seminario, Don Ambrosio Aldè glosó magistralmente entre la más viva emoción de los presentes el *curriculum vitae* del heroico sacerdote que, en un momento de zozobra no inferior al actual, sostuvo impávido el abrumador, arrollador choque de las más recias batallas»⁸.

Y ese mismo año, el 29 de diciembre, se festejó la promoción a canónigo mitrado de

⁴ En P. Bedont, *Don Luigi Monza. Note biografiche*, Ponte Lambro 1976, p. 82.

⁵ *Ibid.*, p. 82.

⁶ *Liber Chronicus* de la parroquia de San Giovanni alla Castagna, 30 de marzo de 1940.

⁷ En Bedont, o. c., p. 82.

⁸ *Liber Chronicus* de la parroquia de San Giovanni alla Castagna, 26 de mayo de 1940.

la catedral metropolitana de Milán, de Don Ambrogio Aldè, paisano de Don Edoardo. Con este motivo escribía *Il Resegone*: «El tributo de homenaje que los feligreses de San Giovanni ofrendaron el domingo al nuevo monseñor no pudo desplegarse en una atmósfera de más claro y cordial entusiasmo. ... Fue el afecto de miles de corazones que vio por la mañana en torno al altar santo; fue el devoto acompañamiento, desde la casa paterna hasta la iglesia para el solemne pontifical; ... fue oír la conmovida voz del amigo de infancia, monseñor Gilardi, evocándole los recuerdos más hermosos ... fueron las alegres notas de los niños y la voz armoniosa de los jóvenes, que luego, en el salón del oratorio le expresaron su reconocimiento. ... Tales las más sentidas notas con eco en el corazón de monseñor, que cerró la inolvidable jornada con unas conmovidas gracias por los testimonios de afecto a él tributados, agradecimiento que él dirigió en primer lugar al Reverendo Señor Párroco, el cual ha demostrado tener, entre tantas otras virtudes, la más importante: obtener de almas y caracteres dispares un coro armonioso de voces y de corazones latiendo al unísono siempre que se emprende el bien»⁹.

Es superfluo, a esta sazón, detenernos en las adversidades y los sufrimientos sobrevenidos a la parroquia *San Giovanni alla Castagna*, como a la nación toda y a toda Europa. 350 feligreses de Don Luigi tuvieron que partir para la guerra. E incumbió al párroco consolar y asistir espiritual y materialmente a los que quedaron en el pueblo. Habiendo además en la zona de Lecco numerosas industrias bélicas, llegaron a 104, entre junio de 1940 y diciembre de 1943, los ataques aéreos, puntualmente registrados por Don Luigi¹⁰.

No mermó, en todo caso, el esfuerzo apostólico de Don Luigi. Es más, justamente para compartir la ansiedad de sus feligreses y animarles a la esperanza, decidió organizar una misión popular, habiendo pasado trece años desde la última. Llegados, pues, el día 2 de mayo de 1942, los padres Ángelo Ballabio, Araldo Brambilla y Carlo Rebuzzini, misioneros de Rho, daba comienzo la santa misión. Del 3 al 10 de mayo la prediación estuvo dirigida sólo a las señoras y a las jóvenes de la parroquia; del 11 al 17 se dirigió a los mozos y hombres, que «acudieron en gran número, pese a las múltiples ausencias causadas por el llamamiento a las armas y por la emigración»¹¹.

El 17 de mayo se clausuraba la misión en la plaza de la iglesia parroquial. Don Luigi comentó en el *Liber Chronicus*: «Si en todas las santas misiones ... ha sido grande la reanimación religiosa, la de 1942 (año de no poca inquietud por la suerte de los más de 350 jóvenes y hombres ausentes y en medio de los azares de una guerra al parecer de carácter permanente y universal), lo repito, en ésta ha sido verdaderamente reconfortante la respuesta a la divina invitación. ... Acogido por unanimidad el vibrante llamado del párroco, la iglesia estuvo siempre repleta, lo mismo para escuchar la clara y penetrante palabra de los padres, que para saciarse del pan de los fuertes. ... Por ello estas jornadas de la misión de 1942, que fueron "luz en las tinieblas", han abierto horizontes de serena esperanza en el porvenir de la parroquia, y permanecerán memorables en el tiempo»¹².

Fue otro gran acontecimiento, para la parroquia de San Giovanni, la visita pastoral del cardenal Schuster, los días 1 y 2 de junio de 1942¹³. Don Luigi hizo para el *Liber Chronicus* de la parroquia una fiel crónica de estos dos días. Hubo un hecho que señaló la visita, y fue la consagración del altar mayor, que se había restaurado para la ocasión. La ceremonia comenzó a las tres y media del 2 de junio, previa una vigilia que pasaron en oración los

⁹ *Liber Chronicus...*, 29 de diciembre de 1940.

¹⁰ Cf. *Liber Chronicus...*

¹¹ *Liber Chronicus* de San Giovanni alla Castagna, 10 de mayo de 1942.

¹² *Liber Chronicus...*, 17 de mayo de 1942.

¹³ Para lo que atañe a la cardenalicia visita pastoral, véase más adelante el párrafo *El cardenal Schuster y Don Luigi*.

miembros de las asociaciones. Esta vez el cardenal, que pudo ver la intensa vida espiritual de San Giovanni alla Castagna, declaró a los feligreses de Don Luigi «pueblo hondamente religioso».

Valentía de un sacerdote

Importa aquí, estudiadas las declaraciones de varios testigos, que intentemos captar la conducta de Don Luigi durante la guerra. De muchos testimonios emerge sin vacilación la imagen de un sacerdote siempre dispuesto a asumir la defensa de sus feligreses en peligro. Así Don Francesco Rocchi, quien advierte cómo «en época de fascismo, se impuso la tarea de ir e interponer su palabra para salvar a alguien. Recuerdo por ejemplo el caso de un tío mío que, con algunos vasos de más, abordó a alguien que ostentaba la insignia fascista y le dijo: "Anda ahí, que la melolonta volará". El interpelado se ofendió e interpretó aquellas palabras como una provocación; mi tío se exponía a ser detenido. Se lo dijimos al párroco, y él actuó. Estábamos en el '41-42»¹⁴.

Giuseppe Bartesaghi refiere también: «Me acuerdo de que el papá de un tío mío había ido para traer harina; llegó a Lecco y se la quitaron, le zurraron y le llevaron preso. Mi prima corrió a Don Luigi, que actuó y consiguió sacarlo de la cárcel. Ayudó secretamente a muchos partisanos»¹⁵.

Y de nuevo Bartesaghi: «Recuerdo que una vez, en tiempo de guerra, estábamos en la iglesia; de pronto suenan las alarmas y nos quedamos a oscuras. Don Luigi dijo: "Sigamos adelante lo mismo. Dejarles hacer...". Nunca faltó a sus compromisos. Aun siendo tiempo de guerra, fue solícito para con jóvenes a los que se habían llevado. Por ejemplo, corrió grave riesgo cuando, en casa, ocultó a Rusconi de los ingleses. Por medio de aquellos ingleses, que tenían una radio, logró evitar que los americanos bombardearan la estación de Lecco. Era un riesgo, pero él estaba sostenido por la esperanza»¹⁶.

Don Luigi, pues, poniendo en peligro la propia vida, procuró ayudar no sólo a sus feligreses, sino a todos cuantos lo necesitaban: partisanos, soldados ingleses, desplazados. Así recuerda María Valsecchi: «En tiempo de guerra tuvo en casa a un muchacho, un partisano. Le ocultó en la buhardilla, pues había peligro. Estuvo allí más de un mes. ... En Pesarenico hubo muchos bombardeos. Una familia se desplazó a Lecco. Don Luigi me dijo un día: "María, me remuerde la conciencia, porque tenemos muchos locales disponibles, y hay pobre gente que ni siquiera tiene techo". Entonces metió en a casa a una familia de Pescarenico y, para darles alojamiento, nosotros nos retiramos a los locales del piso superior»¹⁷.

Otro feligrés, Ambrogio Bonaiti, consiguió salvarse gracias a la ayuda de Don Luigi. Éste declaró: «Fui llamado a filas según finalizaba el '43, hasta finales del '44. Por haber contraído una especie de infección, se me internó un mes en Baggio. Debía reintegrarme, mas como era de prever el fin de la guerra, yo no quería hacerlo. Mi madre habló entonces con Don Luigi, que me tuvo escondido dos meses en un cuarto paredaño del suyo. En el entresuelo estaba alojada la familia Monti, que se había quedado sin casa». Y precisó, en prueba de que Don Luigi hacía todo esto por caridad cristiana, no en razón de fe política alguna: «Cuando yo estuve oculto en su casa, ofreció también hospitalidad a un jerarca. Yo mismo vi a los partisanos dirigirse benevolamente a Don Luigi, durante el tiempo que duró la

¹⁴ Don Francesco Rocchi, en APL.

¹⁵ Giuseppe Bartesaghi, en APL.

¹⁶ Giuseppe Bartesaghi, en APL.

¹⁷ María-Niña Valsecchi, en APL.

liberación»¹⁸.

Es claro que Don Luigi no limitó su acción a la ayuda material de quien la necesitaba, sino que intentó de mil modos permanecer cercano a sus feligreses y confortarles espiritualmente. Según Luigi Panzeri, «Don Luigi fue admirable para con las familias que tenían a soldados en puestos de peligro. Yo tuve un sobrino que me era querido, el cual quedó desplazado en Rusia. Recuerdo que mi tía, cuando no escribía este sobrino mío, decía: "He de ir a hablar con el párroco". Y volvía calmada ... »¹⁹. Lo que también confirma Dolores Alborghetti: «Recuerdo su indefectible presencia en todas las familias, cuando había alguna noticia de detenidos o deportados. Después del '43, hubo además chicos que huían a la montaña. Don Luigi se preocupó de sus familias. Yo lo comprobé por la mía: pedía noticias, se interesaba»²⁰.

Otro feligrés, Vincenzo Villa, quedó impactado sobre todo por la fuerza moral de su párroco, la que disipaba los afanes y las preocupaciones, sin temor a que le quitasen "estos cuatro maltrechos días". Fue gracias a esta fuerza de ánimo, refiere Vincenzo Villa, como «impertérrito, desafiando al piquete armado, entra el 25 de octubre de 1944 en la fría habitación del hospital donde yace herido de muerte un feligrés suyo. El moribundo se reanima y, con un hilo de voz, los labios exangües, pronuncia suaves palabras de perdón para los que le dan muerte. El digno ministro de Dios, con todo el amor de su corazón paterno, había sugerido: "Señor, perdona a los hermanos"; desde fuera, metía prisa la guardia armada, con el tamborileo de los nudillos sobre la puerta»²¹.

No menor firmeza se evidencia en el relato de la señora Virginia Vogel: «Eran los últimos días de la guerra, y un domingo por la mañana, en 1945, mientras Don Luigi predicaba desde el púlpito, se oyó la trepidación ronca de aeroplanos enemigos que, más y más cerca, soltaban bombas sobre Lecco, cayendo algunas en San Giovanni, hacia Varigione. Puede imaginarse el pánico que cundió por la iglesia, repleta de gente. Todos nos alzamos para escapar, pero nuestro Don Luigi supo frenarnos a todos con palabras de fe, con su carácter fuerte, apacible, sereno: nos parecía estar asidos de él, y él nos tranquilizó, asegurándonos que ningún mal nos sobrevendría, pues estábamos en la casa del Señor. Continuó predicando, nosotros nos sentamos de nuevo, y nadie se movió ya»²².

Contra guerra caridad

El estallido de la segunda guerra mundial trastornó, claro es, la vida diaria y la actividad de *Nuestra Familia*, justo cuando la casa de Vedano Olona estaba adquiriendo autonomía y organización funcionales.

El 11 de junio de 1940 comenzaron los bombardeos de Milán. Tres años después Salvatore Quasimodo entonaba, subido a las ruinas causadas por una bomba, los siguientes versos, cuyo tenor es el desesperado lamento de un poeta que canta el dolor de un pueblo, no ya la sola angustia individual:

Vanamente buscas en el polvo,
pobre mano, la ciudad muerta.

¹⁸ Ambrogio Bonaiti, en APL. Cf. Asimismo Luigina Frigerio y Adele Vitali, en APL.

¹⁹ Luigi Panzeri, en APL.

²⁰ Dolores Alborghetti, en APL.

²¹ V. Villa, *Sovrabbondo di gaudio in ogni tribolazione*, en *A don Luigi Monza, Cislago 22-VI-1898 San Giovanni 29-IX-1954* (Número único), Lecco 1954, p. 48.

²² Bedont, o. c., p. 94.

Está muerta: se oyó el postrer crujido
 en el corazón del barco. Y de la antena
 que dominaba el convento, cayó el ruiseñor
 que antes cantaba al oscurecer.
 No cavéis pozos en los patios:
 los vivos ya no tienen sed.
 No toquéis a los muertos, tan rojos, tan hinchados:
 dejadlos en la tierra de sus casas:
 la ciudad está muerta, está muerta²³.

La casa de Vedano abrió, pues, sus puertas a los desbandados, entre los que había algunos judíos que, amedrentados y sin vivienda, buscaban un sitio seguro. Una vez más la colina del Lazareto de Vedano se convirtió en acogedor refugio de desesperanzados, de modo semejante a como en aquel mismo lugar, el año 1572, san Carlos Borromeo hizo erigir una capilla que asilase a las víctimas de la peste²⁴.

La pequeña obra sintió la exigencia de sacrificar el proyecto inicial para responder a los signos de los tiempos. Y ello en nombre de la caridad que, como escribe san Pablo, «nos arde dentro»²⁵. *Nuestra Familia* se convirtió así en la de de muchas personas y en la casa de todos: qué otra designación habría sido más apropiada? Con ella quería indicar Don Luigi que *sus miembros han de amarse como hermanas (y así se llamarán)*, o bien: «La asociación toma el nombre de *Nuestra Familia* para demostrar que, como hijos del mismo Padre, todos los hombres forman una familia única, que todos los miembros de la asociación serán como padre y madre, hermanos y hermanas para con cuantos acudan a ellos, y lo mismo todas las casas de la asociación para quienes reciban alojamiento en ellas. Cuando venga a casa un huésped, será tratado como un miembro más, y ha de sentirse como en familia»²⁶.

Las hermanas, escasamente formadas y aún poco avezadas a la vida comunitaria, se hallaron compartiendo la casa y comprometidas a vivir el gran ideal de la caridad con personas de diferentes procedencias. Los trabajos fueron muchos y pesados, en parte a causa de la propia impreparación. Ellas mismas se describen: «No expertas en la vida comunitaria éramos, en todos los sentidos, como plantitas que debían formarse, tanto más cuanto que no estábamos instruidas y proveníamos de familias pobres»²⁷.

El número de los huéspedes fue siempre en aumento y, para el 15 de febrero de 1943, la casa se estaba rebosando. Se adaptaron como habitaciones el estudio y el guardarropa; lechos y yacijas ocupaban la sala, el baño, y el descansillo de la escalera. La situación fue dificultándose más y más. Las auxiliares hubieron de adaptarse y sacrificarlo todo al bienestar de los albergados. La espiritualidad de Don Luigi, que preveía una comunidad a ejemplo de la formada por los primeros cristianos, que respondiese a las necesidades del momento, cuajó precisamente en aquellos años.

Las hermanas llevaban una vida simple y, como todos en aquella época, día por día, con la confianza puesta en la Providencia. Por la mañana jamás faltaban a la misa de las 6 en la parroquia, y éste era un testimonio tenaz y significativo para todo el pueblo de Vedano Olona, que miraba a aquellas jóvenes con admiración y curiosidad. Era bastante insólito el unirse las mujeres para vivir juntas los consejos evangélicos sin ser religiosas. La

²³ S. Quasimodo, *Milano agosto 1943*.

²⁴ Recuerdos de Don Trezzi, en APL.

²⁵ *Caritas Christi urget nos*, 2Cor 5:14.

²⁶ *Una proposta di vita*, Ponte Lambro 1976, p. 76.

²⁷ Recuerdos de Ángela Morganti, en APL.

imaginación popular acuñó para ellas un apelativo: las *mocitas* ("zitelle") *del Lazareto*. El vecindario era muy cordial con la comunidad y, en prueba de amistad, manifestaba su simpatía mediante visitas de cortesía y pequeños donativos en especie.

El primer amigo

El mayor amigo de la comunidad era Don Ambrogio Trezzi. Nacido en Paina di Giussano (MI) el 23 de abril de 1881 fue, apenas recibida la ordenación sacerdotal, coadjutor en Venegono Interior (VA) durante 22 años, y durante 40 párroco de Vedano Olona. Presentó la dimisión de sus cargos a la edad de 88 años, y siguió en Vedano hasta la muerte, que le sobrevino cumplidos los 91. Últimos años suyos, en los que su presencia fue representativa y deseada para los fieles, años también que empleó ejerciendo de capellán en la casa de reposo *Poretti Magnani*.

Los rasgos esenciales de su personalidad han sido trazados por el padre Giannino Martignone en un artículo, *Don Ambrogio, un amico*; está en el fascículo consagrado a la memoria de Don Trezzi, y de él hacemos un extracto: «La primera impresión que su recuerdo reaviva en mí, es la de un hombre de rica vitalidad, desbordante e inagotable. Tenía el alma y el corazón vueltos hacia la vida, hacia el futuro, hacia la esperanza. Su entusiasmo era contagioso, creaba en torno a sí un clima de euforia. Toda forma de repliegue sobre sí mismo, todo complejo de ansiedad o pesimismo estaba desterrado de su espíritu, y lo desterraba también de quienes le abordaban. Su actitud para con la vida era positiva y optimista, sin ser por ello utópico: conseguía, con su sentido práctico y su gusto por la acción, apearse en la realidad concreta todo ideal, y evitar toda forma de idealismo gratuito.

Esa vitalidad lo abría muy fácilmente al contacto inmediato, no sólo con la realidad, sino sobre todo con las personas; contacto del cual pasaba al diálogo abierto y constructivo. No causaba desazón a nadie, no imponía la sumisión. Su confianza, brindada a todos sin prevenciones, a los jóvenes, a los humildes, a los desconocidos, su estima sincera y magnánima, eran una puerta abierta al coloquio y a la amistad. De esto era fácil pasar a la colaboración: toda su actitud daba a entender que la aceptaba, la agradecía y la apreciaba. Por esto todos eran felices echándole una mano en cualquier necesidad. "No se dice *no* a ese hombre", se oyó a menudo afirmar de él».

Como párroco de Vedano, aparte de ofrecer a la comunidad apenas nacida un servicio propio de su ministerio, así la celebración de la santa misa y alguna meditación, se empleó incansable en hacer propaganda e informar sobre las actividades de la casa, en procurar a ésta alimentos y enseres, en atender a cuanto se necesitase. Para con las hermanas desplegó una solicitud paternal, manifiesta en el interés personal que se tomaba y en las frecuentes visitas, velando por que todo fuese para bien.

Una herencia difícil, la de la parroquia de Vedano. En efecto, Don Trezzi sucedía a Don De Maddalena, desde cuya detención, la gente temía frecuentar la iglesia y el oratorio. Don Ambrogio se entregó con entusiasmo y constancia, y le dio los mejores años de su vida, logrando que refloreciese la comunidad parroquial y sus actividades.

Con su dinamismo, Don Trezzi puso en marcha nuevas actividades, no sólo en el terreno eclesiástico, sino también en el social, así las nuevas clases nocturnas, la sociedad de socorros mutuos, varias cooperativas en diversos sectores, el asilo infantil, la casa de reposo, la casa del joven; formó asimismo asociaciones benéficas, recreativas y deportivas.

Don Trezzi tuvo siempre una gran confianza en Don Luigi, a quien dijimos ya que conocía desde que éste era coadjutor en Vedano. En la ceremonia de la primera

consagración de las hermanas²⁸, Don Luigi llamaría a Don Ambrogio *el primer bienhechor de la Obra*.

Don Ambrogio era un profundo conocedor de Don Luigi y una de las pocas personas que en él consiguieron captar el núcleo incandescente de su personalidad, domeñada y trabajada por un esfuerzo de años. Sobre Don Luigi se lee en sus escritos: «De joven, Don Luigi, cuyo temple era cálido, se propasó alguna vez...» (referencia a los hechos de Vedano²⁹), y también «Don Luigi saltaba, mas luego se ponía manso como un corderillo ...»³⁰. «La velada tuvo intervenciones relativas a varios episodios que demostraban el temple ardiente de Don Luigi, pero también el dominio de sí en ciertos momentos difíciles ... Por este episodio (referencia a un suceso de Vedano) se ve lo explosivo que era Don Luigi frente al mal, pero quedan también patentes la bondad y humildad que ponían remedio a ello»³¹.

Nos es familiar el tenor de estas noticias sobre Don Luigi, pues antes que Don Trezzi, otros sacerdotes habían advertido rasgos suyos espontáneamente puestos al descubierto en la primera juventud.

La Providencia en tus manos

La duración de la guerra fue en verdad para todos tiempo de privación. Faltaban los artículos de primera necesidad y escaseaba el alimento. En *Nuestra Familia* se dieron saltos mortales para dar de comer a todos los acogidos. He aquí abocetado lo que se estaba viviendo, recabado del testimonio directo de algunas protagonistas: «Hubo que afrontar dificultades enormes para allegar el sustento (nuestro y de otras 45 personas), cuando todo escaseaba, y ni se encontraba siquiera. Para obtener queso debía irse a pie varios kilómetros hasta una lechería en las afueras de Milán, con un frío intenso y bajo un peso considerable. Era preciso llevarlo apenas hecho, goteándole el suero (harto si uno lo conseguía), arriesgando el ser descubiertas en el tranvía o en el tren, pues estaba prohibido. Más de diez maletas quedaron inservibles, después de usadas en este transporte, lo mismo que el de arroz y harina amarilla. Por estos dos productos se iba hasta Gaggiano, a casa de un conocido, que nos los procuraba a precios exorbitantes. Una hermana, Rosetta, fue detenida por la policía juntamente con muchas otras personas, pero con una estratagema consiguió eludir la penalización y la pérdida de la mercancía. Como remedio parcial a la escasez de aliemtnos, dos de nosotras nos pusimos a roturar y cultivar la tierra de los trozos más llanos, para recoger algún trigo y patatas»³².

De nuevo: «Aquellos años no había qué comer, y en Vedano Rina iba al pueblo a las cinco de la mañana, para hacer cola y obtener algo de leche. ¡Cuántos sacrificios! Cómo referirlos todos? Don Luigi nos traía pan blanco que su hermano le daba; llegaba, posaba la bolsa en el armario, y no decía nada, pero íbamos a curiosear, y era una gran fiesta, pues podíamos aplacar el hambre»³³.

Don Luigi les dio precioso y competente asesoramiento agrícola, y aun ayudó él mismo a las jóvenes en la roturación. Criaban además algunos animales, como cabras, cerdos, gallinas, y hasta se las ingeniaron para sacar jabón de los huesos. La visita de los

²⁸ Consagración habida en Ponte Lambro el 2 de febrero de 1950.

²⁹ Recuerdos de Don Trezzi, en APL.

³⁰ *Ibd.*

³¹ *Ibd.*

³² T. Pitteri, *Appunti sulla fondazione dell'opera La Nostra Famiglia*, en APL.

³³ Tomado de los Recuerdos de Ángela Morganti, en APL.

ladrones, el 9 de abril de 1942, hizo memorable esta fecha porque, además de darles un susto, se llevaron todo lo que había.

Además de albergar a desplazados, las hermanas emprendieron otras actividades, así la enseñanza de la religión en institutos de instrucción media y superior de Milán, Como, y luego Varese, gracias al diploma de habilitación para la enseñanza que Zaira y Teresa habían obtenido al precio de grandes sacrificios. A despecho de la guerra, prosiguió la acción de los retiros espirituales. De hecho en 1944 lograron organizarse jornadas de ejercicios para obreras y empleadas de *Los Rayos*³⁴ de la comarca, que registraron una alta participación. Se organizaron otras jornadas de retiro para diferentes categorías de personas: desde obreras hasta tituladas, para los niños de las parroquias, novias, señoritas. Se organizaron asimismo cursos de corte y confección para obreras y empleadas de hogar.

Todas las actividades desplegadas tenían como fin el magno plan de Don Luigi: inocular en la sociedad el espíritu de los apóstoles y la caridad de los primeros cristianos, para que las conciencias y las almas de los contemporáneos pudieran acercarse más a Jesús. Estas *modernas apóstoles* se entregaron con dedicación y sacrificio al proyecto asumido.

La liberación advino finalmente el 25 de abril de 1945. El 29 de ese mes los comandos alemanes en Italia firmaban la rendición, que entró en vigor el 2 de mayo. El 8 de mayo, con la capitulación de Alemania, concluía la guerra en Europa.

En estas fechas hallaron cumplimiento todas las esperanzas y todas las plegarias de la nación. Se pudo entonces recobrar la noción de futuro, ausente durante cinco años a causa de la incertidumbre y provisionalidad de la existencia. Por las calles, y en el mismo aire que se respiraba, cundía esa sensación excitada y febril que nace al escapar de un peligro o tras una gran prueba. Los desplazados volvieron a sus hogares antes de terminar mayo, y la casa de Vedano, libre y vacía, pudo finalmente proyectar el porvenir.

"Damas de primavera"³⁵

La primera comunidad tuvo por lema *Arreglárselas!* Y aun así, pese a las dificultades y a una actividad escasamente definida, se le agregaron otras seis jóvenes entre 1940 y 1944.

Don Luigi hizo frecuentes visitas a sus *hijas* - las llamaba "hijitas" (*figliole*) -, sobre todo en los primeros años de la obra, frecuencia que, progresivamente, iría menguando. Solía llegar a Vedano al anochecer, para marchar en la madrugada del día siguiente. En estas reuniones, el *Reverendo Padre*, como le llamaban las hermanas, hacía la meditación a la comunidad, y celebraba la santa misa. Animaba a las hermanas y las exhortaba a vivir la espiritualidad y la caridad de los primeros cristianos mediante el apostolado de la presencia y de la inserción en el mundo. Al decir de Teresa Pitteri, los temas más queridos a Don Luigi y sobre los cuales platicaba más eran la caridad fraterna, la obediencia, la humildad, el espíritu de total desprendimiento³⁶.

Don Luigi sabía ser un padre exigente, pero también acogedor para con las hermanas. En efecto, junto con los fuertes reclamos a la coherencia del ideal, no faltaban

³⁴ Tecnicismo relativo a la organización estructural de la Acción Católica: expresa la movilidad de la presencia en el mundo del trabajo con anterioridad a la fundación de las ACLI (*Asociaciones Cristianas de Trabajadores Italianos*).

³⁵ "Damas de primavera, hogares abiertos al hombre-Dios, madres y hermanas de la humanidad" (texto musical de M. Do Como Bogo).

³⁶ T. Pitteri, *Appunti sulla fondazione dell'opera La Nostra Famiglia*, en APL.

palabras de ánimo y de acicate cuando las dificultades del tiempo y de la vida comunitaria influían negativamente, y cundía la tentación de dejarlo todo. En una carta de 1944 escribía Don Luigi a una joven tentada de volver a su casa: «Buena hijita, su decisión fue de gran alegría para todos. Pero lo es más para mí, porque pienso que el Señor dará a usted gracias mayores, ya que tanto hubo de sufrir esta temporada. Recuerde que Dios no da las gracias por mitades, sino que las completa y perfecciona. Exige sin embargo correspondencia, y por lo tanto cooperación con sus dones, de los cuales veo yo, estos días, muchos concedidos a usted. Por desgracia está el demonio, seguro de no dejar que su presa escape así como así, pero es de fe que "et portae inferi non praevallebunt"»³⁷.

No faltaron las notas vivaces en la joven comunidad, una de cuyas frecuentes diversiones era gastar bromas a Don Luigi. Éste, desarmado por su candor, se dejaba embromar y reía con ellas. Angela Morganti recuerda: «Un día vestimos de monja a un maniquí (que siempre empleábamos en las bromas) y lo metimos en la habitación. Cuando él se disponía a marchar, le pareció que había alguien, y no osaba entrar, sino que estaba en el pasillo esperando a que saliese (nosotras estábamos escondidas para ver lo que pasaba). Como la supuesta hermana no salía, Don Luigi se atrevió por fin a entrar, vio el maniquí y se echó a reír. También nosotras acudimos a la habitación para reírnos con él. Se ponía muy contento cuando nos veía alegres, era la alegría más grande que se le podía dar».

Las Colombinas

De esta época es una iniciativa que se anticipaba a su tiempo. Con Don Teresio Ferraroni³⁸, nombrado después obispo de Como, Don Luigi tanteó la puesta en pie de un grupo de *asociadas externas*, también designadas *palomas* ("colombine"), las cuales participarían de la espiritualidad y de los fines de la obra, aunque sin abandonar el propio ambiente, y llevando la vida individual acostumbrada. Los diarios registran, en Vedano, dos retiros para las aspirantes, los meses de junio y diciembre de 1943. En orden a realizar el ideal de la comunidad primitiva, que se convierte en signo de caridad para el mundo, era precisa una presencia muy variada y esparcida, como otras tantas centellas que el viento transportase lejos.

No pudo empero proseguirse la iniciativa, por ser para aquellos tiempos un experimento demasiado audaz. De hecho fue difícil hallar una identidad al naciente grupo externo, en relación al grupo comunitario. Sólo después de fallecido Don Monza se creará la rama de las *Piccole Apostole* externas, que representa la idea del fundador felizmente realizada.

³⁷ Don Luigi Zaira Spreafico, en APL. "Las puertas del infierno no prevalecerán" Cf Mt. 16 18.

³⁸ Cf. Cap. IV.

Capítulo VI

AÑOS DE NOVEDADES
(1945-1950)*Un país en crisis*

Los años de la posguerra, pasada la euforia por el cese de las hostilidades, fueron un período de transición: los gobiernos de las naciones, los pueblos, las familias, todos se pusieron a hacer el balance de las pérdidas, con objeto de programar el quehacer y tomar decisiones.

Mirada al pasado, evaluación del presente, programación del futuro: un proceso en tres fases, que mancomunó a millones de personas y contraseñó un trienio de aparente latencia, mas destinado a cimentar los años sucesivos. Transición es paso: desorienta, y compensa apenas; absorta, busca certezas e identidades definidas, pero encuentra lo incompleto e indeterminado. Desde el orden del pasado, cuya herencia recoge, la transición se proyecta además hacia el futuro, cuyo posible despliegue entrevé y cuya fuerza de atracción siente.

Entre el 24 y el 29 de abril de 1945, anticipándose a la llegada de los Aliados, se habían levantado los partisanos de la Italia del norte. Por el *Liber Chronicus* de la parroquia de San Giovanni alla Castagna sabemos que el movimiento insurreccional costó a la ciudad "18 jóvenes víctimas"¹, por las que se celebraron solemnes exequias el 29 de abril. De nuevo el *Liber Chronicus* registra al día siguiente la llegada de los Aliados a la ciudad, «que se pone de fiesta y les saluda entre banderas, libre de toda presión. Así pues nuestra población, que demostró tanto valor en la expulsión del opresor, ha querido brindar una cordial bienvenida a los libertadores angloamericanos»².

En la primavera de 1945 la Italia liberada y reunificada tuvo que hacer frente a los problemas de una posguerra sumamente difícil. La economía estaba en un estado desastroso. Aunque efectivamente se había salvado gran parte de las instalaciones industriales, había descendido la producción a menos de un tercio de la prebélica. Los daños sufridos por la agricultura eran incalculables, y todavía mayores los del patrimonio zootécnico. Estas eran las causas que hacían del aprovisionamiento una preocupación dramática. A todo ello se añadió el ascenso vertiginoso de la inflación, la cual aniquiló los ahorros y obligó a redimensionar los salarios.

En esta situación se aunaron, en detrimento del orden público, el hambre, la escasez de viviendas y el elevado desempleo. En la Italia septentrional el fin de la guerra reencendió las luchas sociales, y a menudo ni aun los jefes de la izquierda lograban contener las protestas de la base obrera y campesina, magnetizada por la propaganda. Los expartisanos, sobre todo los de última hora, terminaron a veces por originar un conflicto: eran reacios a la entrega de las armas y propensos a aplicar una justicia sumaria a los exjefes o a los republicanos. Fueron días de exaltación general, y se multiplicaron las ejecuciones de

¹ *Liber Chronicus* de San Giovanni alla Castagna, 26 de abril de 1945. Éste consigna también la crónica de la insurrección partisana en la comarca de Pescarenico, que se batió allí en violento combate con una columna blindada de nazifascistas.

² *Liber Chronicus* de San Giovanni alla Castagna, 30 de abril de 1945.

fascistas.

Entre éstas estuvo la del industrial Giuseppe Bonaiti, feligrés de Don Luigi. Así refería la noticia // *Resegone* del 18 de mayo de 1945: «Durante la noche del 15 al 16 del mes corriente, un grave hecho de sangre fue perpetrado en nuestra ciudad. Hacia las 10, cinco individuos armados de mosquetes, uno de ellos con uniforme kaki y los otros cuatro vistiendo ropas civiles, se presentaron en la finca habitada en San Giovanni por el industrial Giuseppe Bonaiti di Ernesto, de 58 años, y le instaron a presentarse en el campo de concentración ... del comando americano. Tras una negativa inicial, Bonaiti se avino por fin a acompañarles. En un punto del recorrido, cerca de la Villa Sangregorio ... los cinco individuos mataban a Bonaiti con dos disparos de arma de fuego y una puñalada»³.

En semejantes circunstancias, exacerbada aún la exasperación de los ánimos, lo lógico para cualquiera habría sido no alinearse, no tomar postura, y así obviar el riesgo de quedar envuelto en situaciones peligrosas, escasamente controlables. Por otra parte no debe olvidarse que Don Luigi mismo fue perseguido por los fascistas. Acusado de delitos que no cometió - según ya vimos -, como joven sacerdote de Vedano Olona, tuvo que sufrir el ultraje de la cárcel, los interrogatorios, los abusos. Viendo a sus perseguidores en situación de perseguidos, sería humanamente comprensible un sentimiento de satisfacción, porque al fin se había hecho justicia. No fue el caso. Don Luigi era hombre de paz, y claramente expresó su condena de ésta y otras violencias, no cesando de reiterar el llamamiento al perdón y a la reconciliación.

De algunos testimonios se desprende que el comportamiento de Don Luigi fue ejemplar, y es decir poco. Felice Bonaiti, hermano de la víctima, declaró: «Mi hermano había sido *podestà* de Galbiati; naturalmente era fascista. En el '45 fue sacado de casa y asesinado por el camino. Don Luigi demostró en este trance mucha, mucha bondad hacia la familia, manteniéndose cercano a ella. En la celebración de las exequias no delató tampoco temor alguno a expresarse, aun siendo un momento de enorme tensión. Era el 5 de junio; apenas si había acabado la guerra, y en Italia no existía el orden; todos mandaban, y las venganzas se sucedían. Don Luigi estuvo verdaderamente en su puesto. No tuvo miedo, no miró a la cara de nadie, cumplió a fondo su deber. ... En un ambiente a tal punto envenenado, ni un instante de vacilación turbó al siervo de Dios. Hubo sacerdotes que no ostentaron una valentía semejante. Eran momentos en los que se gritaba: "Mata, mata..." Si un sacerdote bendecía un gallerdete fascista, corría riesgo de ser fusilado. Un sacerdote que bendecía el cadáver de un fascista, era al instante acusado de serlo él. En su caso, Don Luigi había sido perseguido por los fascistas; y aun así tuvo un valor no común en aquella circunstancia»⁴.

Otro testigo, Luigi Panzeri, acertó a estar próximo a Don Luigi, cuando éste acudió para bendecir el cadáver de Bonaiti y confortar a la familia: «Recuerdo haber acompañado a Don Luigi cuando mataron a Bonaiti. Sucedió justo a lo largo del actual muro de *Nuestra Familia* en Lecco. Don Luigi me dijo: "Luigi, vamos". Fuimos luego; estaba allí la esposa. ¡Don Luigi halló frases con las que confortar a aquella mujer! Me acuerdo que consiguió hacerla pronunciar palabras de perdón, allí, ante el marido muerto»⁵.

Don Luigi, pues, siempre trató de ser hacedor de paz, en medio de tanta violencia. Aun sabiendo que su postura podía echarse a mala parte, él invitó a todos sus feligrés, en particular a la familia Bonaiti, a perdonar a los autores del feroz hecho. Don Francesco Rocchi recuerda que, en el funeral de la víctima, Don Luigi «dijo que la viuda y los hijos habían jurado no vengarse. Claramente estaba allí la labor que él había efectuado. Él había

³ *Liber Chronicus* de San Giovanni alla Castagna, 15 de mayo de 1945.

⁴ Felice Bonaiti, en APL.

⁵ Luigi Panzeri, en APL.

invitado la familia al perdón»⁶.

Importa subrayemos - según se dijo en el capítulo sobre la guerra - cómo Don Luigi procuró ayudar, espiritualmente y, en cuanto podía, materialmente, lo mismo a los *negros* que a los *rojos*, sin distinción de color político. De nuevo Panzeri recuerda que, «después de la liberación del '45, salió a la luz el hecho de que, a través de cierto Rusconi, ayudó con víveres a los partisanos y a los que se habían hecho maquis. Del mismo modo se supo que, días antes de la liberación del 25 de abril, había hecho trasladar a Tavernerio la familia de un notorio fascista»⁷.

En la posguerra la actitud de Don Luigi fue siempre de caridad y de perdón hacia los fascistas perseguidos, aunque semejante actitud resultara muy peligrosa, en el clima que se había creado. A este propósito recuerda Rosetta Fumagalli, una feligresa de Don Luigi, que «cortaban el pelo a los fascistas que había colaborado con los alemanes. Una mujer de San Giovanni, la cual tenía hijos pequeños, fue asida y llevada a la plaza de la iglesia; el barbero puso el asiento, y a continuación la raparon. La gente de San Giovanni que asistió a la escena aplaudía en señal de burla. No sé si Don Luigi presencié el suceso o fue informado de él, pero el domingo predicó un sermón muy fuerte. Dijo que la gente, en vez de batir palmas, debiera demostrar caridad hacia aquella persona. En aquel momento era necesario un valor cívico, moral y espiritual, que no todos tenían; fortaleza y, de modo particular, amor a lo justo. Los que como Don Luigi tenían el valor de afrontar abiertamente estas situaciones, denunciándolas en la iglesia, corrían peligro de ser maltratados. Pocos tenían aquel valor físico, sostenido por un ardor espiritual, cuales los había demostrado Don Luigi»⁸.

Los continuos llamamientos a la paz que hacía Don Luigi constan asimismo por el diario de una feligresa: «En el pueblo están sin medios muchas familias de desplazados; las casas de otras han sido saqueadas en reacciones de derechas y de izquierdas: ni siquiera la vida de algunos estaba segura ... Quien por entonces haya visto a Don Luigi, sabe lo mucho que hizo por ayudar, confortar, pacificar: la paz que él quería no ha llegado aún, el amor que olvida ofensas y persecuciones, provocaciones y venganzas»⁹.

El peligro rojo

Después de la liberación, las fuerzas políticas que se ofertaron para guiar el país eran fundamentalmente las mismas que se habían presentado después de finalizar la primera guerra mundial. Tanto la situación interna como la externa habían cambiado mucho desde entonces. Con el fin de la dictadura se había incrementado desmesuradamente la participación, a la par con la cual aumentó la nómina de los partidos políticos.

El mundo católico italiano se alineó en bloque contra el comunismo. Y no sólo por cuestiones de principio. La evolución de la política en los países de la Europa oriental, puestos bajo la influencia soviética, donde eran cohartadas las libertades civiles, en particular la religiosa, hicieron que la Iglesia adoptase una alineación decidida. Al acercarse las elecciones de 1948, todo el mundo católico italiano se movilizó. Habiendo decidido socialistas y comunistas ir a las urnas unidos en el *Frente Popular*, la competición electoral asumió el carácter de lucha entre el bien y el mal, entre la persecución y la libertad religiosa. De ahí que, contrariamente a lo acaecido en las elecciones de 1946, se estimó necesario que todos los católicos sostuviesen a la Democracia Cristiana (DC), precisamente por el

⁶ Don Francesco Rocchi, en APL.

⁷ Luigi Panzeri, en APL.

⁸ Rosetta Fumagalli, en APL.

⁹ En P. Bedont, *Don Luigi Monza. Note biografiche*, Ponte Lambro 1976, p. 91.

bien del país y por la salvación misma de la civilización cristiana en Italia. La DC, en suma, era mirada como el escudo que debería proteger del peligro rojo al catolicismo. La Iglesia en persona bajó a la arena para movilizar la Italia católica en defensa de sus ideales, y el clero tomó parte por primera vez en una batalla política y religiosa.

En su pequeñez Don Luigi expuso mucho en contra del comunismo, pero siempre dentro del respeto a las personas que tenía enfrente. Giuseppina de l'Oro recuerda que «cuando debía hablar sobre el problema del comunismo, lo hacía con fuerza: luego, tal vez trataba en particular a cada persona, iba a su encuentro, se le mostraba accesible. Veces hubo en que sus homilias resonaron fuerte contra los comunistas; lo hacía por celo de la verdad. Mis hermanos tenían, por aquellos años, una pequeña industria en San Giovanni. El guarda y la empleada, que frecuentaban la parroquia, me contaban de vez en cuando cosas referentes a la cuestión, sobre todo lo que Don Luigi realizaba: por ejemplo, pasaba ratos con los hombres; quizá los veía en el bar, y entonces les pagaba las bebidas»¹⁰.

Naturalmente, Don Luigi no se limitaba a criticar desde el púlpito la propaganda comunista. En su postura contraria a ella buscó siempre el modo de ser constructivo con quienes se declaraban comunistas, dando él el primer paso, tendiendo la mano y, con dulzura, probando a convertir. Así es como acontecía encontrarse uno en el oratorio con jóvenes comunistas, según recuerda Luigi Panzeri: «Yo tenía un amigo que acudía al oratorio, frecuentaba la iglesia, pero aun así, era comunista. Éste me decía: "Yo voy igualmente a la iglesia, porque no me siento condenado por el párroco, aunque pienso de manera diversa"»¹¹.

Don Luigi aprovechaba también toda ocasión de trabar diálogo, como se desprende del testimonio de Don Franco Colombo: «Eran los años '46-'47; parecía que iba a triunfar el comunismo ... Recuerdo que encima de mi piso vivía un cierto Bonacina, comunista "de hígados". Cuando se le casó la hija, Don Luigi, asió de la ocasión para acercársele. Entonces no era costumbre celebrar la misa, pero aquella vez Don Luigi la celebró»¹².

Su postura no cambiaba en el momento de las elecciones, sino que como hombre de paz procuraba que las tensiones creadas remitiesen, pero expresaba al mismo tiempo claramente sus ideas. Ambrogio Bonaiti recuerda: «Una vez durante las elecciones se enojó muchísimo porque, en cierta aula escolar, un jovencito había pretendido que quitasen de ella el crucifijo. Don Luigi no hacía política pero, sin desaliento, decía lo que debía decirse. Llegado el momento de votar, invitaba a que la gente reflexionara y tuviera presente la idea cristiana. Aun así, Don Luigi era amigo de todos»¹³.

Y una vez más en relación con las elecciones, declara Giuseppe Bartesaghi: «No se exponía mucho en política, ni durante las elecciones, pero sí invitaba a que la gente emitiera un voto justo. Después de la doctrina, Don Luigi nos daba conferencias en preparación de las votaciones. También tocaba el asunto en la predicación de la misa»¹⁴.

No fue por cierto Don Luigi un sacerdote *político*, pero en aquel momento estimó obligación suya intervenir, porque la caridad tiene también una dimensión política.

Un futuro que explorar

También en el pueblecito de Vedano, uno de tantos, se vivieron con sufrimiento y

¹⁰ Giuseppina de l'Oro, en APL.

¹¹ Luigi Panzeri, en APL.

¹² Don Franco Colombo, en APL.

¹³ Ambrogio Bonaiti, en APL.

¹⁴ Giuseppe Bartesaghi, en APL.

esperanza estos años de reconstrucción. Para las hermanas de la pequeña comunidad se trataba de proyectar el futuro. Desde mayo de 1945 la casa estaba disponible: había que revalorar las actividades desplegadas y planificar.

Como las *cosas del Espíritu* no están sujetas a los cálculos de la lógica humana ni ceden el paso a silogismos aristotélicos, dar a la obra una dirección exigió un gran esfuerzo de discernimiento. Con la claridad del significado y del fin de la obra no se correspondió en Don Luigi una definición de las actividades que aquella debería desarrollar, para ser un signo cristiano en la sociedad contemporánea. Pero Don Luigi estaba convencido de que «la obra es de Dios», y faltaba sólo advertir las señales que Dios iría poniendo por el camino.

Fue en esta disposición de ánimo, de apertura a los acontecimientos, como se acometieron algunas actividades que, una tras otra, les fueron propuestas a las hermanas, y que ellas recibieron en cuanto que formaban parte del diseño cuya arquitectura les estaba Dios aderezando. Se consumieron muchas energías en proseguir la actividad de los ejercicios espirituales, iniciada algún tiempo antes. En éstos tomaban parte obreras, señoras, señoritas, madres, almas consagradas, niños católicos, jóvenes de Acción Católica, graduadas muy jóvenes, estudiantes, celadoras, novias, terciarias franciscanas, maestras, empleadas y directoras. Una hermana, Teresa Pitteri, recuerda que en el verano de 1945 hospedaron además a la colonia veraniega que organizó el párroco de Vedano Olona y dirigió el coadjutor, Alfredo Tonolli: un grupo de 80 muchachos, que *disfrutaban devastando* los bosques. Recuerda también reuniones de scouts, dirigidos por Don Andrea Ghetti: las chicas recibían albergue en la casa; los chicos plantaban las tiendas en el bosque. Hubo asimismo retiros para la comunidad.

El haber optado por dedicarse a retiros se fundaba en la convicción de que la formación cristiana, seria y profunda de las conciencias, incidiría sobre la sociedad a través del testimonio diario de quienes actúan en ella y comparten gozos y esperanzas. En particular el mundo obrero apareció como el más necesitado del mensaje evangélico: las masas obreras parecían alejarse más y más de la iglesia, y acelerar un proceso de descristianización y paganización que estaba ya en marcha.

La elección de los ejercicios espirituales como forma privilegiada de apostolado tiene su exposición teórica en Pietro Villa. Éste cimienta su convicción en la encíclica *Mens Nostra* de Pío XI. Allí señalaba aquel papa los ejercicios como remedio soberano para los males que aquejan a la moderna sociedad: «La gran enfermedad de la edad moderna - escribía Pío XI -, fuente principal de los males que todos deploramos, es la falta de reflexión, esa continua y en verdad febril absorción en cosas exteriores, en la desmedida apetencia de riquezas y placeres, la cual poco a poco debilita en los ánimos todo ideal más noble».

Y el autor ilustra a continuación la eficacia de los ejercicios espirituales: «Sustraen el individuo, durante algunos días, a las ocupaciones normales, le llevan a un lugar apartado donde, en el silencio y el recogimiento, le ponen frente a los grandes problemas de nuestra existencia, le hacen meditar las verdades de la fe, conocer a Cristo Jesús. Le obligan a que ejercite la propia mente, active la propia voluntad, y en fin, a que, voluntariamente, se trace un orden de vida deliberado a conciencia, con pleno conocimiento de causa. Es propósito esencial de los ejercicios volcar, invertir totalmente un método de vida para iniciar otro del todo nuevo conforme a Cristo.

Si la sociedad actual tiene necesidad de grandes apóstoles y de nuevos santos, éstos no pueden formarse de modo diferente del empleado por Cristo para la formación de los suyos: el silencio, la oración, la meditación»¹⁵.

El 11 de noviembre Don Natale Motta y Don Andrea Ghetti propusieron a las *Piccole*

¹⁵ P. Villa, *Contributi ed esperienze: Cittadelle dello Spirito*, en APL.

Apostole aceptar la dirección y gestión del *Centro de acogida de niños y jóvenes, hijos de detenidos y condenados políticos* en Cugliate, término de Marchirolo en Valganna, Alto Varesotto, antes colonia *San Paolo* de la Juventud Italiana *Littorio di Gallarate*.

Ambos sacerdotes pertenecían a la Pontificia Obra de Asistencia (POA), fundada por Pío XII, que tenía como fin la ayuda espiritual y material a los detenidos en campos de concentración y a los desmovilizados, y adoptó después toda otra forma de beneficencia conducente a mitigar, en todos los órdenes, las secuelas de la guerra.

El 22 de noviembre, tras algunos días de deliberaciones y acuerdos, Teresa Pitteri, Zaira Spreafico, Luigina Frigerio y María Salomone salieron hacia Cugliate¹⁶. Aquí duró su actividad hasta el 29 de octubre de 1947; luego fue proseguida en Campo dei Fiori. Durante ese período varias hermanas tuvieron que acomodarse a las exigencias y requisitos de la casa de Vedano. La decisión de asumir este compromiso fue resultado de una profunda reflexión por parte de Don Luigi y de la superiora, Clara Cucchi. La empresa se ostentaba onerosa y requería una notable inversión de fuerzas, en detrimento de la acción de los retiros, del estudio y del apostolado de presencia, cuales hasta entonces los había ejercido la obra. La asistencia caritativa era conforme a la espiritualidad y al proyecto de Don Luigi: se trataba de explicitar con los hechos este espíritu en una dirección nueva. La adopción de esta iniciativa fue el comienzo de un largo camino hacia un tipo de apostolado que se irá delineando más y más en los años siguientes.

La estadía en Cugliate fue particularmente penosa por las precarias condiciones de la colonia, que se hallaba en estado de semiabandono, deteriorada y sin equipar. Deben añadirse la contrariedad que representaba la nieve, la escasez de alimentos básicos y el severo frío durante el invierno. Una hermana recuerda: «Aquel primer invierno, luego a los 15 días de su llegada, una de nosotras, Armida, contrajo una pulmonía muy grave. La calefacción no bastaba, había pocas mantas, y éstas de restos de algodón, y era difícil traer a un médico; afortunadamente estaba el teléfono, y a través de él le pedíamos consejo sobre el caso que, en fin, tomó un buen giro, y Armida sanó. Enfermó también un niño de cuatro años, al que fue necesario internar en el hospital de Varese. No habiendo otro medio (la nieve, que nadie quitaba y alcanzaba los 70/80 cms en los 6/7kms de carretera, impedía el acceso al automóvil), se acomodó al pequeño bien abrigado en una mochila, y uno de los jóvenes lo transportó. Le acompañó la entonces directora de aquella colonia, Zaira Spreafico»¹⁷.

Los acogidos eran niños huérfanos, abandonados, traumatizados por los sucesos bélicos que habían afectado trágicamente a sus familiares. Al principio el grupo sumaba unos 25, que después llegaron hasta 80 y, durante el verano, alcanzaron la cifra de 250, pues había chicos que, concluido el curso, iban de vacaciones de Cugliate. Había además un grupo de muchachos que residían en la colonia y ayudaban a las hermanas en las labores más pesadas. Éstos eran jóvenes fascistas, salvados de los campos de detención, y culpables de adhesión al fascismo, descontados tal vez otros delitos. El tribunal confió estos jóvenes a la custodia de Don Natale Motta, y se sustentaban con la prestación de diversas ayudas. Algunos llamaron a este experimento de Don Motta, *cárcel sin rejas*.

Los contactos de la comunidad de Vedano con las hermanas destacadas en Cugliate fueron frecuentes, y hubo bastante ir y venir de personas y noticias. Clara hizo sucesivas visitas de varios días de duración al *destacamento* de la comunidad. Don Luigi mantuvo relativa comunicación epistolar y telefónica, y aun vez hubo en que fue de visita, por ejemplo aquella que registra esta relación: «Don Luigi venía de vez en cuando para darnos ánimos. Un día de invierno en el que había caído mucha nieve, erró el camino, y estuvo tiritando varias

¹⁶ La comunidad sumaba, en total, nueve miembros.

¹⁷ Recuerdos de Teresa Pitteri, en APL.

horas, a causa del el intenso frío. Llegó exhausto y sintiéndose muy mal. Pero apenas rehecho, entre nuestras afectuosas atenciones, se mostró feliz de vernos una vez más, no dio importancia a su peripecia, y se puso a platicar con nosotras sobre mil cosas edificantes. Nos aseguró que pedía mucho por nosotras, aun de noche, porque conocía el peligroso ambiente en que debíamos vivir»¹⁸.

Las visitas de Don Luigi eran en realidad deseables y semejaban anular la soledad y la distancia del resto de la comunidad: «Cuando venía para visitarnos en Cugliate, donde éramos pocas, y a veces estábamos aisladas, porque las frecuentes nevadas cortaban toda comunicación, parecía que con su venida traía a toda la comunidad»¹⁹.

Don Luigi cifró todo el significado de la experiencia de Cugliate en la carta que dirigió a una hermana: «Me satisface la marcha de Cugliate, que va adelante discretamente bien, pese a las muchas dificultades, aun materiales. Cuando fui la última vez, me complació el ver lo bien que usted se desenvuelve, y cómo el Señor da a usted gracia para, según lo necesita, salir airosa; tenga, pues, mucha confianza en la ayuda de Dios, que sabrá hacer triunfar en usted el mérito de la obediencia. Cugliate es para mí un verdadero milagro. Las he visto a todas contentas y repletas de viva y generosa caridad. Es para mí un consuelo muy hermoso, porque advierto cómo poco a poco llega a realizarse nuestro gran ideal. Así pues, no es verdad que estamos en manos de la Providencia, la cual provee a todo, aun a darnos hermosos consuelos? El espíritu de los apóstoles y la caridad de los primeros cristianos parecen a usted cosa de poca monta? Viva por ello Cugliate, pero antes viva Vedano, como fuente y cimiento de todo ese bien. Queda a usted sólo el hacerse santa, gran santa, y pronto. Mucho ánimo!»²⁰

El 29 de octubre de 1947 la obra de Cugliate se trasladó a Campo dei Fiori, en la provincia de Varese. Aquí la casa ofrecía mejores condiciones que en el caso anterior. Además, según quedaba atrás la guerra, se iba elevando el tono de la vida y eran más cumplidamente satisfechos sus requisitos esenciales.

Las hermanas estuvieron empleadas en esta actividad hasta el 14 de abril de 1949. Luigina Frigerio y Teresa Pitteri fueron las últimas en dejar Campo dei Fiori. Aquella casa se encomendó luego a las hermanas de otra congregación.

Una luz en el horizonte

Durante los años que se mantuvo la casa de Cugliate, fueron llegando a la de Vedano nuevas ofertas de acción caritativa. En enero de 1946 el profesor Giuseppe Vercelli, director del Instituto Carlo Besta, de Milán, propuso a Clara Cucchi asumir la formación de niños que padecían anomalías psíquicas. Giuseppe Vercelli era amigo de la familia Cucchi y, llegada a su noticia la recién nacida obra, intuyó la posibilidad de un establecimiento idóneo para los niños que afluían al Instituto Neurológico.

Hombre de cultura médico-científica, se había graduado en medicina y cirugía por la universidad de Turín el año 1924, y a continuación había obtenido la especialización en *Clínica de Enfermedades Nerviosas y Mentales* por la universidad de Milán. Después de haber ejercido la consulta, y tras constituir en 1939 la Sección Neurológica, fue nombrado Primario Neurológico del Hospital Mayor de Novara. Pasando luego al Neurológico de Milán, había asumido su dirección en 1941, reteniéndola hasta la muerte el 25 de mayo de 1967.

El Instituto Neurológico Carlo Besta de Milán se demostró además experto en el

¹⁸ Recuerdos de Teresa Pitteri, en APL.

¹⁹ Recuerdos de Dina Viscardi, en APL.

²⁰ Carta de Don Luigi a Tranquilla Airoldi, en APL.

campo de las dolencias nerviosas²¹. El fundador había sido, ya durante la primera guerra mundial, director del *Centro para heridos del sistema nervioso*, parte integral del Hospital Militar de Guastalla, el cual «recibía a heridos, mayormente para su examen previo y posterior a las intervenciones destinadas a extraer fragmentos óseos y metálicos, y para la plástica del cráneo. El fin de las operaciones bélicas en el frente oriental (1918) condujo al cese progresivo de los servicios en el Hospital Militar de Guastalla. El Dr. Besta se dedicó entonces a promover la organización de hospitales especializados, con la equipación adecuada para continuar el tratamiento y la observación de militares aquejados de invalidez y efectos retardados de heridas con carácter neurológico»²².

Desde aquella primera experiencia, el profesor Besta prosiguió su estudio y conocimiento científico de las dolencias nerviosas. «La experiencia adquirida entre los heridos de la guerra había permitido en efecto ahondar en conocimientos científicamente fundamentales sobre las alteraciones funcionales que se siguen de las lesiones del sistema nervioso, suministrando al mismo tiempo útiles indicaciones para la curación de las enfermedades nerviosas comunes, como la epilepsia, la paresia, la parálisis, los tumores raquídeos y cerebrales»²³.

Pocos años después, Besta, que falleció en 1940, daba nombre al Instituto Neurológico. Éste ha mantenido la infatigable dedicación, intensa actividad y competencia científica, que el estudioso supo transmitir a sus colaboradores.

La valentía de una elección

Don Luigi y Clara examinaron atentamente la propuesta del Dr. Vercelli, que cuadraba bien al espíritu de *Nuestra Familia*, pues preveía una acción caritativa en favor de los menores y nacía de una exigencia concreta de la sociedad de aquel tiempo. La decisión se tomó no sin sufrimiento. Pues esta empresa se manifestó ya desde el comienzo muy comprometedor y arriesgada para la pequeña comunidad, formada por chicas jóvenes y ayunas de conocimientos médico-pedagógicos. Dedicarse a la reeducación de niños psíquicamente lastrados significaba un cambio de ruta respecto a la orientación seguida hasta entonces por el instituto.

Don Luigi y Clara se dejaron guiar por los acontecimientos, entreviendo en la propuesta de Vercelli una señal de la voluntad de Dios. Y así, desde febrero de 1946, con el asesoramiento de los cirujanos del Neurológico, se comenzó a programar el año escolar, a preparar el material didáctico, a disponer ambientes aptos para la acogida de los niños. Fue precisamente la Dr^a. Grisoni quien actuó, aconsejó y supervisó los primeros pasos de *Nuestra Familia*.

Adelaide Colli Grisoni (1909-1974) dedicó toda su existencia a la investigación de la metodología, el diagnóstico y la educación en el campo de las cerebropatías de la primera y de la segunda infancia, concentrándose de manera particular en la parálisis cerebral. En el Instituto Carlo Besta de Milán consiguió erigir un nuevo pabellón de neuropsiquiatría infantil, el cual lleva hoy su nombre.

Desde 1949 concibió un activo interés en la rehabilitación motriz de los niños

²¹ Lleva el nombre del fundador, Profesor Carlo Besta, nacido en Sandrio el 17 de abril de 1876. Graduado en medicina y cirugía por la universidad de Pavía el año 1900, ostenta una larga trayectoria de estudios en investigaciones que, además de depararle una brillante carrera, le llevarían a promover en Italia un tratamiento de las enfermedades nerviosas reconcebido y ampliado desde los cimientos.

²² F. Arosio, *Carlo Besta 1876-1940*, Instituto Nazionale Neurologico Carlo Besta, Milán, pp, 25s.

²³ *Ibd.*, pp. 29s.

diagnosticados como espásticos, creando luego un departamento de fisioterapia con un consultorio psicopedagógico anexo. Su producción científica impresa y los prestigiosos cometidos que cumplimentó la impusieron muy pronto a la atención internacional²⁴.

Adelaide - Dr^a. Grisoni - fue una amiga, y no prestó meramente su consulta a *Nuestra Familia*: se aficionó mucho a la asociación, dejó que ésta la implicara y le ganara el corazón. En 1952 la hallamos de hecho al lado de Don Luigi en la inauguración de la casa de Varazze complementando, en tenor científico, el discurso inaugural que pronuncia el fundador.

La Dr^a Colli está a la cabeza de una larga lista de asesores y médicos que, año tras año y aun hasta hoy, se entregaron y entregan, con abnegación y competencia, al servicio de la humanidad en los centros de rehabilitación de *Nuestra Familia*, mediante una labor que baja hasta las raíces de la persona, y sube por entre las ramas de la caridad.

La profesora Ángela Barbaglia, docente especializada de la Escuela Treves De Sanctis, puso asimismo una consulta en el Neurológico y tomó a su cargo las cuestiones pedagógicas y escolares. Precisaba instruir y guiar a las hermanas jóvenes en un campo nuevo y desconocido aún. Por indicación, pues, de la propia Pfr^a. Barbaglia, se matriculó una hermana en la Escuela de Magisterio, de la Universidad Católica del Sagrado Corazón, en Milán, y obtuvo la habilitación para impartir enseñanza y prestar asistencia en escuelas de subnormales.

La relación con la Pfr^a. Barbaglia fue en los comienzos meramente profesional, pero desembocó en una amistad y una cordialidad que todavía hoy perduran. Años después, con ocasión del XXX aniversario de la muerte de Don Luigi, diría ella: «Recuerdo que cuando venía al Neurológico Don Luigi con sus hijas, para asistir a reuniones profesionales y programar las actividades, él se retiraba a rezar, y dejaba que nosotras solas estudiásemos juntas lo que debía hacerse»²⁵.

El recuerdo de *Una Consulente Amica*, escrito que se publicó cuando, a los pocos meses de fallecer Don Luigi, comenzaron a recogerse noticias sobre él, atestigua la significación que llegaron a adquirir, para el personal asesor, el fundador y su obra: «Se me concede el honor de captar y evocar el aspecto externo e la obra de Don Luigi Monza, aquel que permite juzgar por los frutos la riqueza del magisterio y el valor del método. Podemos emitir la segura afirmación de que Don Luigi, sacerdote ejemplar, fue sobre todo un gran maestro de vida: vida, tocar a la cual, significaba transformarla. Maestro bueno, maestro sabio, a quien se trataba con gozo íntimo del corazón, y se confiaba sin empacho, indiferentemente, cualquier cuidado, cualquier duda, con la certeza de obtener, no la pretendida y fácil solución, sino el estímulo a una búsqueda más diligente, a una más ahondada consideración y acendramiento de la verdad; mas todo libre de espasmo, de tensión, en la paz serena y humilde de quien roza las cosas de lo alto y las ve iluminadas por la esperanza de un Dios cuya intervención es inminente.

Sustancialmente, lo dice todo aquella escueta oración que, en sus casas, pasa con suavidad imperceptible de los labios al corazón, un murmullo inadvertido, pero pleno de realidad, "Providencia de Dios, provee!" Éste es el pequeño y sublime secreto de la alegría que inunda cada uno de los cuatro establecimientos, excelente y modernamente equipados para la reeducación de los deficientes psíquicos y de los espásticos, un logro de solos ocho años. - Casas de dolor, o de gozo? - nos preguntamos al entrar. Son la morada de la Providencia de Dios, quien provee sobre todo ese gozo en el que es trasmutado el dolor. He ahí el primer fruto de la caridad, cual la señaló, la quiso y la obtuvo Don Luigi, sacerdote y

²⁴ F. Arosio, *Adelaide Colli Grisoni*, en *Le Paralisi Cerebrale Infantili. Storia Naturale delle Sindromi Spastiche*, supl^o. al *Giornale di Neuropsichiatria dell'età evolutiva*, Ed. Masson, n. 3, sept. de 1989.

²⁵ En *"Come gli Apostoli al servizio di un mondo nuovo". La spiritualità di don Luigi Monza nella vita delle Piccole Apostole della Carità*, Lecco 1986, p. 203, de Varios Autores.

maestro.

Aquellos que - y no son pocos -, en el fundador de estas obras, esperan hallar un pedagogo, un médico, un psicólogo, un sociólogo, hallan por el contrario un santo. Y ello da lugar a mucha reflexión, en una edad máximamente tecnológica y de especialización exacerbada, cuando nunca es suficiente la organización ni se sabe nunca lo bastante para dotar de vida a una obra, a tal punto nos intimida la falta de éxito, la competencia, la crítica...

Sensible a la armonía de la caridad, Don Luigi supo atraer a la órbita de su obra y para la reeducación de sus niños, lo mejor que podían ofrecer la medicina, la pedagogía, la psicología. Medios todos avivados por el corazón de sus hijas, por el personal de consulta, por los amigos que, en el nombre del amor y en el del dolor, le estuvieron al lado; que animados por su ejemplo y caldeados por la humildad de su corazón, se consagraron a esa obra altamente social cuyo testimonio son cuatro casas Así el, en apariencia, más inverosímil e incapaz de los fundadores, que reservó para sí los cardos y las espinas y pasó ante casi todos como discreto observador, alimentaba de fe cristiana y caridad exquisita a una legión de almas de jóvenes apóstoles, que bajo su guía, diariamente iban descubriendo, junto a los pequeños disminuidos, actitudes espirituales de abnegación y anonadamiento, en las que se encarnaba de lleno el ideal de espíritu arriba trazado, al propio tiempo que una obra pedagógica entre las más pacientes y difíciles.

Espíritu y obra fueron tomando cuerpo, y en torno a él todo se dimensionaba y sujetaba a las exigencias de su creatura, la cual crecía casi sin apercibirse de ello. En realidad eran tales el dinamismo juvenil, la fe, el espíritu de sacrificio heroico, el contagioso entusiasmo de sus hijas, que despertaban una cálida y humana simpatía y, establecido el contacto con ellas, muchos sentían un súbito impulso a hacerse sus colaboradores, para con todos los cuales la acción de Don Luigi debía ser moderadora, más que de estímulo. De hecho nunca le oí plantear un problema nuevo, o solicitar una conclusión, sino siempre dar adhesión a una propuesta, o contribuir a un esclarecimiento, en sentido absolutamente positivo, jamás precipitado.

Sabía obtenerlo todo para su obra sin pedir nada; el reconocimiento era el clima constante de su alma siempre fresca, siempre renovada, siempre abierta para acoger, entender, gozar, en la postura siempre humilde de quien nada tiene que dar, sino sólo un poco de aliento divino que transmitir »²⁶.

Vera y Umberto: el ideal se hace concreto

El 28 de mayo de 1946 llegaron por fin a Vedano Olona los dos primeros niños: Vera y Umberto. Primeros huéspedes del Instituto Médico Pedagógico, surgido apenas, los niños se hicieron los verdaderos dueños de la casa de Vedano.

Los pequeños nuevos propietarios mantienen desde entonces su invasión, no ya sólo de las casas de *Nuestra Familia*, sino además del tiempo y la vida de las hermanas. Ésta actividad, la *recuperación de los disminuidos psíquicos*, fue de hecho la que concentró todas las fuerzas, todas las energías de *Nuestra Familia*.

Los niños acogidos presentaban perturbaciones psico-neurológicas, expresión de retardo mental, y alteraciones en la conducta; había entre ellos cierto número de epilépticos.

La aproximación a la patología infantil se efectuó, desde el comienzo, con intervención multiprofesional: además de la escuela especial establecida en el Instituto, se promovieron actuaciones de reeducación sectorial, y se emplearon varios apercebimientos, conformes

²⁶ *Il significato di un 'opera*, en *A don Luigi Monza, Cislago 22-VI-1898 San Giovanni 29-IX-1954* (Número único 1954), Lecco 1954, pp. 68-71.

con las características de cada sujeto individual, para el cual se elaboraba un proyecto personal de reeducación. Durante los tiempos no ocupados por la actividad escolar y rehabilitadora, los niños estaban reunidos en la llamada *sala de rotación*: aquí les eran propuestas actividades manuales constructivas que, aunque de manera estricta no entraban en el programa escolar, se prestaban aun así a desarrollar capacidades útiles al aprendizaje formal, aparte de ser tanto más aptas para desarrollar la autonomía, para mejorar la motilidad y el autocontrol, para favorecer la comunicación y la sociabilidad.

Eran las hermanas mismas quienes ideaban y suministraban el material, ya fuese en la actividad propiamente escolar, o bien para la sala de rotación, o por último en la reeducación del lenguaje. Su genialidad inventiva fue tal que, para hacer extensiva la experiencia, la señorita Barbaglia solicitó la publicación inmediata de aquel material. En otros términos, ya desde entonces se activaban con máximo acierto, si bien no ratificados aún en el plano científico, todos aquellos tratamientos que llevan hoy un nombre técnico propio: logopedia, psicomotricidad, rehabilitación neuropsicológica y neurovisual (se miraba mucho a desarrollar la capacidad mnemotécnica y de atención, tomando por base el análisis de la visualidad; a la ampliación de la perceptividad sensoria; al despliegue de hábitos y habilidades constructivas).

Don Luigi inculcó desde el principio una nota peculiar, y fue el compromiso de hacerse cargo, no sólo de los niños, sino también de sus familiares. Era una ocasión estupenda de realizar el carisma propio del Instituto, el cual quiere que todos cuantos entren en contacto con él, se sientan en su propia casa, como hermanos, hermanas, madres en la gran familia de los hijos de Dios. La Prfr^a. Adelaide Colli Grisoni, que dirigía la actividad, pidió luego la colaboración de las Dr^{as}. Mirella Longega, para la epilepsia, Ornella Contini para las perturbaciones visuales, y María Luisa Marenzi para las del lenguaje.

Sin embargo, también desde el comienzo de la colaboración con el Instituto Neurológico, Clara Cucchi puso como condición para la coordinación de la actividad reeducadora el que la casa quedara libre durante el verano, con objeto de que se pudieran reanudar las reuniones de estudio y las jornadas de retiro: los niños acogidos en Vedano pasarían las temporadas veraniegas en colonias, bien en la playa o bien en la montaña, alistándose en las estaciones del CIF o de la POA, o tal vez en la de alguna parroquia, como la de Garbagnate Milanese, que tenía como párroco a Don Vittore.

La dedicación a estos niños pedía gran espíritu de sacrificio y mucha adaptabilidad. Las jóvenes hermanas que, con la valentía de los apóstoles, hicieron frente a mil dificultades, fiaban sus primeras experiencias, como nuevas que eran y propias de pioneros, al valor y al santo, inocente abandono en Dios.

Una hermana, que recuerda sus tiempos de *Il Rogo*²⁷, pinta un cuadro cuyas tintas no desmercen del neorrealismo italiano: «Diré primero cómo fue el viaje de ida, por cierto no el más cómodo. De Vedano nos trasladamos por tren a Saronno, y aquí nos esperaba un camión con remolque, en el que Armida y yo debíamos llegar a nuestro destino. A los niños de Vedano, que teníamos con nosotras, se unió un pequeño grupo procedente del Neurológico de Milán, con la señorita Barbaglia. Total de niños: 18. Había que viajar de pie, salvo que Armida me sentó a mí, con una niña de menos de dos años sobre las rodillas, en el único asiento, cuyo respaldo estribaba sobre la cabina, puestos alrededor todos los demás niños. Así colocada, ya no pude moverme un palmo, por más que viera la importancia de hacerlo, pues en la boca de la cabina iban tres cerdos...»

Dejemos que el lector imagine lo embarazoso de la situación. La crónica prosigue:

²⁷ Il Rogo di Esino Lario (Como) era una casa de misioneros del PIME (*Pontificio Instituto de Misiones Extranjeras*), adonde se habían llevado de veraneo niños de Vedano y del Instituto Neurológico. La hermana es Rosetta Spreafico.

«No sé cómo resistí! Llegamos a Esino y, delante de la Virgencita, nos estaba esperando, para saludarnos muy brevemente, Zaira. Yo sólo oí su voz, dirigida a Armida, según decía desde abajo. "Da mis saludos a Rosetta". Pero no pude moverme lo más mínimo: estaba encolada al asiento, y me rodeaban los niños pegados a mí. Se nos había agregado a la colonia de Don Vittore, que integraban hasta familias enteras de pensionados. Estas personas tenían una gran confianza en nosotras, y nos llamaban para hacer curas, casi siempre que sus hijos sufrían de alguna afección corriente: anginas, bronquitis, etc. Pasábamos por personal competente! Hasta aconteció alguna vez venir de noche por nosotras. Zaira nos hacía, especialmente en los primeros tiempos, presurosas visitas para ayudarnos en las necesidades más urgentes y para evaluar la marcha efectiva de la actividad, interviniendo responsablemente y con oportunidad cerca de quien cumplía hacerlo: Don Vittore.

Nos señalaron como dormitorio un local que servía, así según suena, de almacén, y Zaira hizo luego retirar siquiera parte de la mercancía allí depositada. Las visitas de Don Luigi eran fugaces, y me pareció que se sentía algo molesto y hasta apenado al encontrarnos desbordadas por el trabajo, en número insuficiente, y malamente acomodadas.

He de decir que a los diez días yo me dejé caer en un bache depresivo, por causa de la adversa situación, y recuerdo bien cómo Armida me decía una y otra vez: "No llores, Rosetta, porque no sé la manera de consolarte!" Pronto sin embargo logré rehacerme, sobre todo considerando la incidencia negativa que se habría seguido, si dejaba proseguir sola a Armida.

Cuando se sacaba de paseo a los niños, íbamos de grado a la *Montanina* para saludar a María Valsecchi, que nunca nos venía a ver. La llamábamos, pero no osaba salir del hotel, sino que casi todas las veces teníamos que ir nosotras a verla en la cocina, y aun entonces apenas si levantaba la cabeza, saludando sólo con la mirada, sin jamás desatender el trabajo. Lo hacía así porque se sentía muy sujeta a la cocinera, la cual aparecía ante ella como revestida de un cargo eminente, y superior. Una de nosotras tenía que ir con frecuencia en busca de un niño que escapaba del grupo y se cobijaba bajo los árboles.

Así que, alternándonos las dos en el trabajo, en el orden que habían de guardar los niños y en la asistencia a éstos, llegamos al último día de la temporada, día del que siempre me acordaré, pues si aquella mañana Zaira no nos manda a Giaele²⁸, para ayudarnos a cuidar de los niños, seguramente la hubiéramos hecho buena, solas nosotras dos. Armida y yo pusimos los baúles a resbalar escalera abajo (contenían sábanas, mantas etc.), porque no podíamos alzarlos y nadie se ofreció a echarnos una mano.

Hicimos el viaje de vuelta por los mismos medios que nos habían llevado allá, y fue menos fatigoso que el de ida, pues no nos acompañaban cuadrúpedos, y habíamos devuelto mucho antes, por falta de adaptación, a la niña de dos años, Tal fue el modo de efectuarse las primeras vacaciones con el primer grupo de nuestros niños.

Para concluir, me complace acentuar cómo, al despertarse en mí los recuerdos de la temporada que pasamos en Il Rogo, experimento satisfacción y gozo porque, pese a las diversas, múltiples contrariedades y trabajo, Armida y yo entramos en semejante sintonía fraterna de sentimientos e intenciones, que frente a ella siempre retrocedió el cansancio, y no sólo hizo que pronunciásemos, sino aun que saboreásemos el *Ecce quam bonum et quam jucundum habitare fratres in unum* ("Ved lo bueno y alegre de vivir los hermanos en unidad", Salmo 132 (133):1)».

Desde la primavera de 1947 y durante todo 1949, paralelamente a la actividad ya en marcha con niños psíquicamente disminuidos, las hermanas administraron, a propuesta del

²⁸ Hermana de Zaira, todavía no agregada a la comunidad.

propietario, Don Luigi Polvara²⁹, la pensión *La Montanina*, de Esino Lario. Este cambio de ruta creó alguna incompreensión en el interior de la comunidad: la actividad de reeducación infantil creció y se desarrolló cada vez más, hasta el punto de absorber todos los recursos y todas las fuerzas de la obra. Durante 1949 se abandonaron de hecho todas las colaboraciones, y la acción de los retiros, reducida ya a los meses de verano, mereció muy poco espacio. La presencia en medio de la sociedad moderna, con la caridad de los primeros cristianos, se encarnó en esta obra caritativa, que Don Luigi aprobó y bendijo.

Ya al cabo de algunos años la casa de Vedano se demostró incapaz de recibir todos los niños cuya admisión le era solicitada. Don Luigi y Zaira Spreafico emprendieron por ello la busca de otra casa.

El horizonte más lejano

Para captar el significado de una obra como *Nuestra Familia*, precisa tener en cuenta el contexto de su nacimiento y desarrollo: obviamente, es un contexto complejo, formado por muchas variables, cuya evaluación analítica resulta imposible. Hay un aspecto, sin embargo, que en cierto sentido destaca entre los demás, y es la neuropsiquiatría infantil, o aquella disciplina que, con preferencia a otra alguna, hace de fondo a la actividad de *Nuestra Familia*.

En Italia, la neuropsiquiatría infantil tiene raíces bastante remotas e involucra a personajes ilustres: De Sanctis está entre los primeros, mas no pueden olvidarse Montessori, Corberi, Montesano, Ferrari. Por encima de los indudables méritos científicos (a De Sanctis, por ejemplo, le será reconocido el de haber hipotetizado las psicosis infantiles), se debe a este grupo la materialización de las primeras estructuras asistenciales para una infancia psicodeficiente: los asilos-escuela de De Sanctis (1899) representan, y no sólo para las ideas de aquel tiempo, una solución inspirada, cuyo modelo se difundió muy pronto por toda Italia.

Por la misma época hay que recordar la actividad de otro gran pionero: Giulio Cesare Ferrari, sin que quede silenciado el debate que tuvo lugar a propósito de este tipo de asistencia - no solamente médica, sino además psicológica y pedagógica -, debate del que por entonces hallamos memoria en los volúmenes de *La Rivista Sperimentale di Freniatria*.

Montessori y Montesano atendieron más bien a la pedagogía. Su estudio seguía el filón iniciado un siglo antes por Seguin, y luego continuado de mano maestra por Decroly. Sustancialmente, aquéllos son la atmósfera y el clima en que cuaja la dimensión médico-psico-pedagógica, dimensión que nutren laudables iniciativas en el campo escolar y formativo. Nuestro país ejerce un liderazgo real con la neuropsiquiatría infantil. Ésta, entre tanto, además de constituirse como tal, pudo celebrar, bajo la presidencia de Heuyer, su primer congreso internacional (París, 1937).

En la segunda posguerra, la neuropsiquiatría infantil comenzó una existencia con nombre propio, y el año 1948 Carletti proponía un *Comité italiano para la neuropsiquiatría infantil*, la que sin embargo siguió subsistiendo como sección interna de la Sociedad de Psiquiatría hasta 1979. Existía por lo demás, desde su constitución en 1948, la SIAME (Società Italiana per l'Assistenza ai Minori dell'Età Evolutiva), fundada por Carlo (hijo de Sante) De Sanctis. La SIAME promovía numerosas iniciativas, y en cierto sentido hizo de eslabón entre la obra de los pioneros y la aparición sucesiva de la neuropsiquiatría infantil, si

²⁹ Se aceptó el colaborar en la gestión del pensionado *La Montanina* a modo de prueba, por si en invierno pudieran trasladarse a él los niños, (entonces pocos, y libre de huéspedes aquel pensionado), para así dejar más tranquila la casa de Vedano, según lo pedía Clara.

bien fue sobre todo el carácter interdisciplinar de ésta lo que anticipó. La SIAME funcionó muchos años como sociedad científica efectiva para todo cultivador de la neuropsiquiatría infantil.

En los años sesenta fueron creadas las primeras cátedras de esta disciplina (Roma y Messina), pero rápidamente se multiplicaron las docencias universitarias, las plantas hospitalarias, las escuelas de especialización, hasta que en 1970 también la neuropsiquiatría infantil tuvo sociedad propia. Este historial, que sólo hemos podido ilustrar por ráfagas, provee de fondo al panorama de aquellos años, el cual veía en primer plano la realidad del instituto médico-psico-pedagógico, realidad por cierto superada hoy, pero fuertemente innovadora entonces. La clínica verdadera y propia de la neuropsiquiatría infantil cristalizaba en esas estructuras, que no se contentaban con la asistencia, sino que formaban y hacían investigación.

Nuestra Familia nació como instituto médico-psico-pedagógico, pero con una apertura caracterizada por la atención a la persona y un espíritu de acogida insólitos para la época³⁰.

El grano que cae en la tierra

Nuestra Familia se brindó al panorama médico-pedagógico de la época con un significado preciso y una finalidad rehabilitadora definida cuales, esquemática pero puntualmente, el propio Don Luigi los resumió en el discurso inaugural de la casa de Varazze el 14 de mayo de 1952. Sorprende advertir cómo, con el paso de los años, llega Don Luigi a esclarecer y dar organicidad a una intuición que pugnaba por tomar forma, y a encontrar en la realidad un despliegue concreto de ella. Desde la puesta de la primera piedra en Vedano Olona, acontecida 14 años antes, no sólo se habían configurado unas constituciones, sino que había cuajado además una espiritualidad verdadera y propia, que las mantenía coherentemente vivas.

Pero escuchemos las palabras textuales de Don Luigi, quien tras saludar y dar las gracias a las autoridades allí presentes, eclesiásticas y civiles, pasaba a explicar el origen y significado de la Institución: «Nuestra Institución nació como el grano evangélico que, echado en la tierra, produce mucho fruto. Forma parte de los institutos seculares, conforme a la *Provida Mater Ecclesia*, que desea el actual pontífice, sin los distintivos de los religiosos, pero del todo igual a ellos en la sustancia y el espíritu, y con un estilo adaptado a los tiempos modernos». Luego ilustra su actividad: «(Realizamos) cualquier obra que nos manda la

³⁰ Otras escuelas para la "infancia disminuida" (según se la llamaba) eran:

- *La Escuela de Treves De Sanctis*: escuela para la reeducación de psicodéficientes, llevó en Italia a su máxima eficiencia el principio de De Sanctis, quien estimaba necesario mantener al psicodéficiente educable en su núcleo familiar, único que, con sus estímulos afectivos y sociales, permite el desarrollo completo.

Surgida en Milán, bajo una barraca de *Via Vittorio Colonna* en enero de 1915 para recibir a 50 alumnos, que se encomendaron a la guía de 4 maestras y 2 especialistas (ortofonía y educación física), conoció en los años siguientes un pronto y amplio florecimiento (cf. A. Spinelli - N. Di Giacomo Braidotti, *La rieducazione degli anormali psichici alla Scuola "Treves De Sanctis" di Milano*, Saronno, s. f.).

Nuestra Familia, el Instituto Neurológico y la Escuela Treves De Sanctis, fueron los primeros que se ocuparon en Italia de niños psicodéficientes.

- *La Escuela Giulio Tarra* para anomalías de la audición y el habla.

- *La Escuela Antonio Scarpa* para anomalías de la visión.

- *La Escuela "Paolo e Larissa Pini"* para epiléticos.

- *La Escuela "Gustavo Negri"* para las lesiones de la motricidad.

Estas últimas nacieron bajo el impulso de la Asociación *Pro Infanzia Anormale* (PIA, sección lombarda de la SIAME), que salió a su vez en 1918 de un comité ya existente, presidido por Eugenio Medea, para estudiar los problemas de los niños subnormales.

Providencia, pues lo que nos distigue, y distingue a nuestra obra de otras semejantes, es el espíritu y el modo de nuestro actuar. Ahora, preferencialmente, recibimos a niños disminuidos y retardados con objeto de: 1º sustraerles a lo que les daña y daña a otros; 2º devolverles a la sociedad habilitados y capaces de valerse. Para hacer esto es preciso proveerles de medios eficaces, de suerte que puedan alcanzar su objetivo: y ahí están los médicos especialistas, tales nuestra profesora Colli y el profesor Vercelli, del Instituto Neurológico de Milán, ahí están nuestras graduadas especializadas, que siguen a los niños con método individual».

El discurso de Don Luigi proseguía con una exposición sintética de la motivación de la obra, la cual «está dondequiera hay un bien que efectuar, imbuyendo la sociedad del espíritu de los apóstoles y de la caridad de los primeros cristianos».

La conclusión es un himno a la Providencia y a la Caridad, pilares de la espiritualidad de Don Luigi: «Frente a tanto bien que realizar, nos sentimos a veces tanto más débiles. Pero no nos falta la ayuda de la Providencia, así en esta feliz circunstancia, y nosotros, según subimos al templo del Señor para darle gracias, vemos, como san Pedro, al necesitado que nos tiende la mano en demanda de socorro. Nosotros, pues, que vemos a nuestro niño en ese necesitado, con un ardiente corazón de madre nos inclinamos hacia él y le decimos: "Mira, no tenemos oro ni plata, pero te damos todo lo que tenemos: toma nuestra vida, y ahora ponte en pie y anda"»³¹.

Esto se efectúa mediante un plan de intervención individualizada, y haciéndose un cargo de la totalidad en el niño: algo que caracterizó y aún hoy caracteriza las intervenciones de *Nuestra Familia*. En el centro de toda intervención está el niño con su enfermedad, pero sobre todo con su individualidad, la que es necesario entender, respetar y ayudar: no está ahí el subnormal, sino David o Lucas, de pelo rubio, de ojos castaños, que disfruta cantando, o que saborea la pizza. Antes de la enfermedad está la persona con su dimensión física, psicológica, afectiva.

Reducir la intervención a una acción específica, enfocada al hecho patológico y ceñida a él, sin hacerse integralmente cargo de las consecuencias e implicaciones que tal hecho ha desencadenado a otros niveles, no sólo físicos, sino también psicológicos y existenciales, no permite que la persona alcance aquel estado de bienestar global, que hace serena la vida.

Ha de constituir la intencionalidad, guía de toda intervención, cierta visión antropológica, unitaria y compartida, del concepto de persona. Esa visión es, simultáneamente, mecanismo de propulsión y punto de llegada. Ahí confluyen todos los esfuerzos, e incide toda la actividad, dentro de la asociación. Don Luigi vio en el niño a la *persona*, según aquella acepción que el magisterio de la Iglesia elaboraría años más tarde en la *Gaudium et Spes*, del 7 de diciembre de 1965³². El proemio del documento comienza: «Es la persona del hombre la que hay que salvar. Es la sociedad humana la que hay que renovar. Por consiguiente el hombre, pero el hombre todo entero, cuerpo y alma, corazón y conciencia, inteligencia y voluntad, es quien centrará las explicaciones que van a seguir»³³.

Se dice en el primer capítulo, dedicado a la dignidad de la persona humana: «Creyentes y no creyentes están generalmente de acuerdo en este punto: todos los bienes de la tierra deben concebirse en función del hombre, centro y cima de todos ellos»³⁴.

Pero el hombre, qué es? La sagrada escritura enseña que fue creado *a imagen de*

³¹ Hch 3:6.

³² La idea de Don Luigi era sólo un embrión, pero encerraba lo esencial, que luego se desarrollaría en la *Gaudium et Spes*.

³³ GS 3.

³⁴ GS 12.

Dios, con la facultad de conocer y amar a su creador, quien le erigió en señor de todas las creaturas terrenas, a fin de que las rija y emplee para gloria de Dios: "Qué es el hombre, para que te acuerdes de él, y el hijo del hombre para que de él te cuides? Le hiciste algo menor que los ángeles, le coronaste de gloria y de honor. Le diste imperio en la obra de tus manos, todo lo pusiste bajo sus pies" (Salmo 8:5-7).

Por su constitución íntima, el hombre es un ser sociable, que no puede vivir ni desplegar sus dotes sin la relación con otros. En nombre de esa cláusula: *creados a imagen de Dios*, se declara la igualdad fundamental de todos los hombres, cualquiera sea la condición en que se hallen: «La igualdad fundamental entre todos los hombres exige un reconocimiento cada vez mayor. Porque todos ellos, dotados de alma racional y creados a imagen de Dios, tienen la misma naturaleza y el mismo origen. Y porque, redimidos por Cristo, disfrutan de la misma vocación y del mismo destino, (si bien) es evidente que no todos los hombres son iguales en lo que toca a la capacidad física y a las cualidades intelectuales y morales»³⁵.

Don Luigi y su obra caritativa centraron en la persona la intervención, particularmente durante la etapa inicial y más frágil del estupendo camino evolutivo que culmina con la madurez del ser humano. En la historia de los pueblos y en la fantasía colectiva, el niño ha jugado siempre un papel importante, pero tiene además significados múltiples, a veces contradictorios. Si de un lado, puede suscitar en los hombres los sentimientos más bellos y puros, de otro lado es objeto de violencia y atrae sobre sí las iras y provoca los instintos salvajes de la condición humana. Considerado en algunas culturas como preciado tesoro que se guarda y ama, en otras es una boca más que llenar, o bien un cachorrito que criar, hasta darle el mínimo de autonomía para la supervivencia. Ya en la época imperial de Nerva y Trajano escribía Juvenal, "Se debe al niño la máxima reverencia"³⁶. Pero fue Jesucristo el verdadero promotor del niño. En los evangelios hay pasajes elocuentes y paradigmáticos sobre los niños, a los cuales se exalta y propone como ejemplo digno de emulación, para llegar a una espiritualidad perfecta: «Dejad que los niños vengan a mí y no se lo estorbéis, porque de los tales es el reino de Dios. En verdad os digo: quien no reciba el reino de Dios como un niño, no entrará en él. Y los bendijo abrazándolos e imponiéndoles las manos» (Mc 10:14-16). «Quien recibe a uno de estos niños en mi nombre, a mí me recibe, y quien me recibe a mí, no es a mí a quien recibe, sino al que me ha enviado» (Mc 9:37). «Y el que escandalizare a uno de estos pequeñuelos que creen, mejor le sería que le encajasen en el cuello una muela asnal y le arrojasen al mar» (Mc 9:42).

Con los siglos que pasen, innumerables filósofos y escritores intentarán recuperar al *niño* oculto, que sobrevive en la edad adulta del hombre, o bien querrán cobijarse en la infancia, como edad mítica de la inocencia. Saint-Éxupéry y Pascoli son apenas dos, entre los escritores contemporáneos que se han aventurado a esa búsqueda.

En 1946, preocuparse de los niños, y más aún de los psicodeficientes, fue un gesto profético: fue hacerse cargo de una necesidad que la cultura y la conciencia de aquel tiempo pasaban por alto. En la carrera de la reconstrucción, no se podía esperar a quien, por la fuerza de las cosas, tocaba como destino el quedarse rezagado.

Amor en el dolor

Don Luigi no fue ni psicólogo ni paidólogo: no dio coherencia lógica a un pensamiento educador que lo constituyera en método, como lo hicieron otros sacerdotes o fundadores. Él

³⁵ GS 29.

³⁶ "Maxima debetur puero reverentia", *Sátiras*, XIV, 47.

dio a las hermanas líneas de conducta nacidas del corazón y dictadas por los más puros sentimientos espirituales, cuales ven en el otro la imagen de Dios encarnada. Sentimientos espirituales que envuelven y elevan los sentimientos humanos, a los que purifican de la escoria del egoísmo, tan connatural al hombre. El amor debe ser la única respuesta a los sufrimientos de los niños y de sus familias.

En el perfil que trazó del fundador, después de visitar *Nuestra Familia* durante los años que siguieron a su muerte, escribió Luigi Santucci: «No creo que santo alguno, entre los grandes fundadores, quienes en sus obras caritativas se midieron con el dolor de los inocentes, llevara con el equipaje silogismos teológicos para explicar el sufrimiento, para combatir el escándalo que provoca en el corazón humano, de no llevar esta paradoja silogística que, con expresión casi intolerante, estampa en sus escasas cartas el padrecito de Cislago: "Purificación, expiación? No es verdad. El dolor debe explicarse sólo con el amor"»³⁷.

Ahora bien, los niños, qué eran para Don Luigi? La respuesta fluye de algunos escritos suyos, en los que el niño asume carácter de propio y verdadero *soberano*, al cual se reservan toda honra y toda consideración. En primer término, los niños encarnan, guardan el misterio de Dios, son el lugar que Dios escoge con predilección, a fin de morar y manifestarse en él. Para los adultos son modelo de sencillez, de transparencia, de una verdadera fe, sin la más leve tacha de malicia o pecado: «Me contento con desearle la fe y la realidad que los niños experimentan, cuando aguardan las dádivas de Jesús Niño»³⁸.

En una carta que Don Luigi dirige a la comunidad se lee: «Sé lo mucho que adeudo a vuestro buen ejemplo y abnegación para con nuestros queridos niños, que han robado todos los corazones, y hacen que, entre no pocos, nuestra acción reciba el título de *gran obra caritativa* Hijos nuestros, que reclaman la parte principal de la jornada, y en relación a cuya asistencia todo lo demás se hace secundario»³⁹. Y de nuevo: «Debéis hacerlos madres de esos niños, que arrebatan las bendiciones más hermosas del Señor»⁴⁰.

En el discurso pronunciado en Varazze para la inauguración de la nueva casa, el 14 de mayo de 1952, Don Luigi articuló de modo admirable esa reverencia hacia los niños, la cual debe ser síntesis del cálido amor materno, ínsito en la inclinación natural del ser humano, y el amor espiritual, que está dispuesto a dar la vida por la salvación del otro⁴¹.

Don Luigi no entró factualmente en primera persona en la obra de los niños, pero le confirió una impronta, un estilo sobre los cuales se modeló el comportamiento de las hermanas. Registramos a continuación algunas de esas directivas, como brotadas de la sabiduría que infunde la caridad: «Es esencial que, en contacto con vosotras, los niños cesen de advertir sus limitaciones. La *Piccola Apostola* debe hacer propias, no sólo sus penas - que aunque pequeños, las tienen también, y adquieren dimensiones desproporcionadas -, sino que debe además sobrellevar con ellos las fatigas, entre ellas las del aprendizaje. Debe hacerles éste más y más fácil, con todos los medios que la técnica moderna pone a su disposición. También aquí debéis sobresalir, descubriendo y multiplicando los talentos recibidos del Señor. Para con los niños debéis tener gran amor; acercaos a ellos con gran sensibilidad, fineza, delicadeza, con capacidad de compartir el dolor cual ninguno jamás lo hizo hacia ellos. Vuestra misión junto a ellos debe ser vivida con el mayor amor entre tanto dolor. En especial hacia aquellos expuestos sólo al sufrimiento, la *Piccola Apostola* debe tener cada vez más clara la visión de Jesús, que mora en ellos: son

³⁷ L. Santucci, *Profilo di Don Luigi Monza*, Ponte Lambro 1964.

³⁸ L. Monza, *Don Luigi ci parla*, Ponte Lambro 1973, p. 152.

³⁹ *Una proposta di vita*, Ponte Lambro 1976, p. 195.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 186.

⁴¹ *Ibid.*, p. 127.

imagen y reflejo del Cristo sufriente! Vuestra dedicación amorosa debe extenderse a todos, en medida igual, y sin prometeros recompensa alguna»⁴².

Se lee además en los escritos dirigidos a las hermanas: «Que cada cual sienta, ante Dios y ante los hombres, responsabilidad por estos niños, y lleve a buen término, con amor y con sacrificio, el compromiso que asume»⁴³. Y de nuevo: «Me complace mucho oír lo bien que se le da el estar con los niños, y aun que disfruta en su compañía. Es ésta una inclinación muy hermosa, que sirve admirablemente a nuestra institución, en su primer apostolado entre esos queridos niños, que el Señor nos ha dado y que sus padres nos encomiendan con la mayor confianza. Para esos niños, que arrebatan las bendiciones más hermosas del Señor, hay que hacerse, pues, como madres »⁴⁴.

Lo esencial es invisible a los ojos

Don Luigi fue hombre de pocas palabras, que prefirió y eligió dar testimonio con la vida, más bien que con complicadas elucubraciones. *Sus hijas*, que le conocían, aprendieron muy pronto a leer los pequeños, y en apariencia insignificantes, hechos cotidianos de su vida, para extraerles grandes enseñanzas, algo así como acontece con las máximas de los antiguos: ejemplos de admirable sencillez y preciada sabiduría. Los dos incidentes referidos a continuación, son el ejemplo paradigmático de cómo la vida posee más elocuencia e incisividad que tantas y tantas recomendaciones y consejos. La relación que hacen dos hermanas adopta tonos cuasi evocativos: atraviesa el túnel del recuerdo, y sale de él robustecida por una emotividad que demuestra hasta dónde ha calado en el corazón el recuerdo.

«Me hallaba yo por entonces en Varazze, en la casa que teníamos a la vera del mar, a la cual venía Don Luigi de vez en cuando. Aquella tarde estaba en el jardín con un grupo de niños inestables y difíciles; estaba con nosotras Don Luigi. Hubo un momento en el que debí de emplear un todo más severo que el acostumbrado, porque Don Luigi reunió a los niños, se me acercó y dijo con una sonrisa de buen ánimo: "Cuando se trata de estos niños, hija, que sea de indulgente, nunca de severa, si pecas de algo". Entré en casa con mis niños para colocarlos en el comedor, y de nuevo está allí Don Luigi. Llama a tres de los niños más deficientes, los sienta sobre sus rodillas, me llama otra vez y me dice, siempre animador y sereno: "Lo que hagáis a los menores de éstos, a mí me lo hacéis"»⁴⁵.

«Un niño que teníamos encomendado esperaba, como se le había prometido, la llegada de sus padres, para pasar con ellos la temporada veraniega. Pero los padres no llegaron en la fecha anunciada. Entonces el niño, emprendiendo él solo el camino de casa, dejó el colegio por la noche sin que lo advirtiésemos. Cuando nos apercebimos de su ausencia, salieron en busca de él la directora y todas las señoritas, llenas de pesar y ansiosas de encontrarlo cuanto antes. Pero llegó la noche, y no había rastro del fugitivo. A todas nos dolían las piernas de tanto andar, por el descampado no menos que por el bosque en derredor, rebuscado palmo a palmo, desde lo más próximo a lo más distante, y no sin recibir rasguños. Imposible continuar la búsqueda por la noche, tras un día en el que ninguna había ahorrado fuerzas ni se había dado tregua. A la mañana siguiente nos avisan desde Milán: habían encontrado al niño, y lo devolverían acompañado al día siguiente. Esta fuga causó en Don Luigi la misma ansiedad que en nosotras. Con la directora, hubiera salido

⁴² Recuerdos de Rosetta Spreafico, en APL.

⁴³ *Una proposta di vita*, o.c., p. 196.

⁴⁴ *Ibid.*, p. 196.

⁴⁵ Recuerdos de Armanda Cagossi, en APL. Cf. Mt 25:40.

aquella mañana hacia Sestri, donde veraneaba en la playa un grupo de nuestros niños. Pero ni siquiera salieron a la mañana siguiente: se esperaba la llegada del niño!

«A medida que pasaba el tiempo, la espera ponía los ánimos más tensos, al tiempo que, juntas, deliberábamos sobre el recibimiento, si convenía o no darle la lección que merecía. Las más estaban por el sí: el niño tenía 14 años, y podía entender la angustia que nos había causado, salvo que era epiléptico. Don Luigi escuchaba sin decir palabra. Iba y venía, en las manos el breviario o bien el rosario. Cada poco se volvía en dirección de una u otra avenida y levantaba la cabeza, por si divisaba a alguien. Son ya las 12:30, y nadie ha llegado aún. Se había decidido que, cuando el niño llegase, a él, Don Luigi, correspondía amonestarle, reprenderle y ... sacudirle!, pues no se movería, después de su falta. Estamos a la mesa, cuando nos informan de la portería que llegan al fin. Antes que ninguna de nosotras tenga tiempo de advertirlo, vemos desde arriba a Don Luigi que, ligero y veloz, atraviesa la plazoleta. Casi en lo alto del sendero que zigzaguea, aparece el niño, entre dos acompañantes. Con un ancho ademán, Don Luigi abre súbitamente los brazos, va a su encuentro y le abraza. Nosotras lo vimos todo, llamamos y comprendimos que era un gesto más, con el que, como siempre, Don Luigi quería hablarnos de bondad y de amor»⁴⁶.

Para con los niños de *Nuestra Familia*, Don Luigi fue un padre evangélico, que salía al encuentro siempre y que, para estar cercano, nunca se anclaba en la propia posición. No un padre que con necedad bonachona condescendiera a todo, sino aquel que amaba tierna pero firmemente. Ocasión hubo en que actuó de animador improvisado. «Recuerdo cómo el verano pasado» - i.e. julio de 1954 - «en una excursión con los mayores al Llano Risenelli, obtuvo un brillante éxito en la ardua tarea de entretener al grupo, pequeño pero difícil, mediante un relato de tenor e intención morales ideado sobre la marcha, con aquel gracejo tan suyo, que los entonces niños recuerdan todavía hoy. Y hacia los más pequeños? Éstos formaban un coro de vocecitas de plata: Don Luigi! ... Don Luigi! ..., un alegre fulgor en todas aquellas caritas, cuando lo veían aparecer por la avenida»⁴⁷.

Esta postura cuasi contemplativa que ve manifestarse en los niños el rostro de Cristo, un Cristo sufriente, evoca un pasaje del celeberrimo *Pequeño Príncipe*. El escritor Antoine de Saint-Éxupéry expresa poéticamente un raptó idéntico. El piloto, un adulto, contempla el rostro del principito, dormido en sus brazos, y capta la caducidad de lo aparente, que cede ante la eternidad del misterio tras ella oculto. Un misterio que Saint-Éxupéry no sabe definir, en cuya busca ha ido siempre, y al cual quisiera dar nombre: «Comenzaba a dormirse, yo lo tomé en brazos, y reanudé mi camino. Estaba conmovido. Me parecía llevar un tesoro muy frágil. Hasta pensé que nada había más frágil en la tierra. A la luz de la luna, miré su frente pálida, sus ojos cerrados, sus bucles vibrando al viento y me dije: "Esto que veo es sólo la corteza. Lo que más importa es invisible". "Lo que más me conmueve en este principito dormido es su fidelidad a una flor, el fiel trasunto de una rosa, que resplandece en él aun cuando duerme, y es como la llama de una lámpara". Y me lo fingí más frágil aún. Hay que resguardar mucho las lámparas: una bocanada las puede apagar»⁴⁸. Y de nuevo: «No se ve bien más que con el corazón: a los ojos, lo esencial es invisible»⁴⁹.

Instituto secular

La primera comunidad cristalizó, sin atenerse a una regla escrita o a tipo alguno de vinculación formal u oficial, en torno a la figura de Don Luigi y a su ideal de ser una presencia

⁴⁶ Rosetta Spreafico, en APL.

⁴⁷ Recuerdo de Antonietta Baldini, en APL.

⁴⁸ A. de Saint-Éxupéry, *Il Piccolo Principe*, Bompiani, Milano 1980-4ª, trad. EMECÉ, Barcelona, XXIV.

⁴⁹ *Ibid.*, XXI.

irradiadora en la sociedad moderna, con el espíritu de los apóstoles y la caridad de los primeros cristianos. Andando el tiempo Don Luigi entendió que precisaba delinear un cuadro normativo coherente. Se dio, pues, con ahínco a la redacción de unas reglas: éstas suministrarían cimentación espiritual a las jóvenes que entrasen; para el logro de lo cual, se demostró necesario el reconocimiento de la autoridad eclesiástica. No fue cosa fácil. Lo atestiguan los numerosos escritos, recogidos bien en cuadernillos, bien en hojas sueltas, donde se capta el esfuerzo por precisar y sistematizar cada vez mejor su espiritualidad. El material no fechado, y redactado a veces en forma de apuntes, dificulta un trabajo que se quiere preciso y sistemático.

Al cabo de mucho esfuerzo y reflexión, Don Luigi y Clara Cucchi presentaron al cardenal Schuster, arzobispo de Milán, las primeras reglas, en las que cumplidamente se determinaban el fin y el espíritu de la obra, las modalidades de su despliegue y el trabajo de apostolado, las prácticas de piedad, y todo lo atañadero a las casas. Además e hacía relación de la labor realizada desde 1938 hasta 1945, distinguiendo entre la actividad en la casa de Vedano Olona y el *Apostolado de Penetración*.

El fin de la obra quedó por primera vez concisa y sistemáticamente codificado: «*Nuestra Familia* adopta como fin principal y primario la gloria de Dios, y la santificación de los propios miembros, mediante la práctica de los tres votos, la observancia de la regla, y la adicción filial a la Iglesia y al Romano Pontífice».

Era fin secundario la conquista de la familia para Cristo, por la caridad de los primeros cristianos, a través de retiros y santos ejercicios, obras asistenciales, apostolado de penetración en las instituciones, la escuela, las familias. Se especificaba además que la «religiosa de *Nuestra Familia* debe tener ante todo espíritu apostólico, celo ardiente por las almas, profundo espíritu de desprendimiento y de adaptación».

En relación al *Reglamento* que le fue presentado, el cardenal Schuster no tomó posición, y más bien dio su juicio en la nota que seguidamente incluimos: «Dios bendiga las santas intenciones y las pías iniciativas. Hoy por hoy sois pocas y estáis en una única casa. Pero habéis escrito una regla como si tuviéseis cien. La regla sigue al desarrollo de la familia religiosa, no le precede. Sed muy discretas: dos tandas de ejercicios al año parecen poco. Pudiera también resultar gravosa la segunda meditación, después de mediodía».

Con base en las indicaciones del cardenal, Don Luigi se puso a ahondar y reformular sus *Reglas*: el esbozo titulado *Asociación femenina religiosa "Nuestra Familia"* es uno entre otros ensayos; hace de reflexión intermedia, después de la regla presentada al cardenal Schuster y antes de las *Breves Constituciones*.

El 2 de febrero de 1947, mientras Don Luigi reflexionaba y procuraba dar calado a la fisonomía de su obra, promulgó el papa Pío XII la constitución apostólica *Provida Mater Ecclesia*, con la que recibía reconocimiento oficial y estable una nueva forma de perfección cristiana en los *Institutos seculares*, forma que se sumaba a la ya existente y rica, de perenne vida en las antiguas órdenes, y la otra más reciente de las congregaciones religiosas. La *Provida Mater* atendía a apremiantes peticiones de agrupaciones de seglares, ansiosos de vivir con votos, pero en el mundo. Tras el Código de Derecho Canónico de 1917 se excluían mutuamente la consagración y la laicidad. Ahora bien, una veintena de tales sodalicios se reunían en Sankt Gallen (Suiza) el año 1938. Asistido del P. José Dossetti, el P. Agustín Gemelli redactó un memorial, avanzando la idea de que, en respuesta a nuevos reclamos, nuevas orientaciones de la sociedad cristiana, era posible un estado jurídico de perfección diverso del estado religioso propio y verdadero. Estas agrupaciones tendrían como fin y programa el servicio de Dios en el mundo. He aquí los términos del problema: en las asociaciones religiosas o cuasi religiosas tradicionales, quienes entran a integrarlas, se forman para promover en el mundo, con la oración y con la

acción, el advenimiento del reino de Cristo, actuando así sobre el mundo, pero desde fuera de él; quienes adoptan estas nuevas formas de asociación, se consagran con intensidad y totalidad idénticas para el mismo fin, pero actuando sobre el mundo, digámoslo así, desde dentro del mundo.

La respuesta a esta instancia vino, pues, de la *Provida Mater*, a la que siguió un "motu proprio": *Primo Feliciter*, del 12 de marzo de 1948. «Puede por ello decirse que, con los documentos aparecidos en los años 1947-48, la legislación eclesiástica dio un salto cualitativo, en cuanto que reconoció ser posible una consagración plena también para quien elige permanecer en el mundo, esto es, aunando secularidad y consagración como elementos constitutivos de los nuevos institutos»⁵⁰. Don Luigi halló adaptado a su particular situación el cuadro jurídico que le ofrecía la iglesia. Y actuó en este sentido.

⁵⁰ Cf. M. Albertini, *Istituti Secolari*, en *Dizionario degli Istituti di perfezione*, Ed. Paoline, Roma 1978, vol. V, 108.

Capítulo VII

EDIFICAR SOBRE ROCA
(1950-1954)*Nuestra Familia ya es realidad*

El 6 de enero de 1949, la Epifanía del Señor, se inauguraba con una modesta ceremonia la casa de Ponte Lambro. El momento era importante, aunque no muchos se apercebiesen de ello. Poco a poco la navicilla de *Nuestra Familia* se iba poniendo a singlar, y daba comienzo el gran desarrollo de la obra, cual la quería el corazón de Don Luigi.

No fue fácil el hallazgo de una finca con unas características capaces de satisfacer las exigencias de la actividad reeducadora. Una que adquirió Don Luigi en Valmadrera, a pocos kilómetros de Lecco, luego resultó no adaptada a la labor con los niños. Don Luigi la revendió para comprar en Ponte Lambro¹ - un pueblecito industrial próximo a Erba, a la vera del río Lambro - la Villa Scaravaglio. El extenso parque y terrenos en derredor eran el lugar ideal para los niños. Ello permitiría además una futura expansión del instituto. Contribuyeron también a su adquisición los sacrificios de las asociadas y algunas donaciones. El precio del chalet ascendía a 10 millones, y fue necesario recurrir a empréstitos para reunir la suma.

La Navidad de 1948 se pasó en Vedano, y la casa de Ponte Lambro era ocupada el día de San Esteban. Don Luigi dio un retiro a casi todas las *Piccole Apostole* durante las vacaciones navideñas.

Ahora bien, la salud de la superiora, Clara Cucchi, ya quebrantada, había empeorado desde septiembre de 1946, como efecto de una operación, de la que se siguieron graves trastornos. Se repuso, pero estuvo sujeta a altibajos en años sucesivos. De ahí que se viera obligada a estar ausente de la comunidad durante largos períodos, que pasaba en la Riviera, o bien en sitios salubres y tranquilos.

La Iglesia no gusta de cargos vitalicios, sino que prefiere exigir, dentro de las comunidades religiosas y de los institutos seculares, una rotación de quienes ejerzan el servicio de la autoridad. Exigencia que urge tanto más, cuando razones de salud retienen lejos al o a la responsable de una comunidad. Éste fue el problema que, en 1948, Don Luigi planteó y resolvió, nombrando superiora del Instituto a Zaira Spreafico.

Zaira había nacido en Lecco el 6 de abril de 1920. Era feligresa de Don Luigi, cuya dirección espiritual pidió. Estuvo en frecuente contacto con la primitiva comunidad de Vedano, y ayudó a Don Luigi en la acción publicitaria que daba a conocer la iniciativa de los retiros espirituales, por los años en que éstos se organizaban. Había obtenido en 1940 la habilitación para la enseñanza de la religión en centros medios-superiores. De 1940 a 1942 prestó servicio como voluntaria de la Cruz Roja en hospitales militares. Fascinada por el gran ideal de ser levadura en la sociedad moderna, con el espíritu de los apóstoles y la caridad de los primeros cristianos, entró a formar parte de la comunidad el 31 de julio de 1942.

¹ Se adquirió, a costa de muchos sacrificios, la casa de Ponte Lambro, en parte para disponer de posibilidades más ampliamente acogedoras, pues había aumentado la demanda, pero sobre todo para dar a la obra la certidumbre de una sede propia, con miras a la solicitud de reconocimiento canónico, cuya prosecución se deseaba.

Nuestra Familia estaba en expansión e iba concentrando su labor en niños psicodéficientes. Atenta a este giro de los hechos, Zaira Spreafico se había especializado en psicometría, fisio- y logoterapia. Estuvo entre aquellas asociadas de Cugliate que, de 1945 a 1947, en colaboración con la POA, se prodigaron dando su asistencia a los niños abandonados de la posguerra, huérfanos e hijos de condenados o presos políticos.

La elección de Don Luigi era delicada. Podía equivocarse la persona. No es raro que un buen súbdito se demuestre luego un superior inepto. Poner la obra en manos de alguien sin carisma y sin valentía podía prejuzgar el porvenir de modo irreparable.

Mujer de carácter fuerte y decidido, Zaira no vaciló, sino que asumió con energía la responsabilidad por aquella diminuta semilla, todavía oculta bajo la tierra, pero henchida de fruto, y se arriesgó a recorrer caminos no esculcados aún, sostenida y aconsejada por las demás hermanas. Los pioneros van generalmente impelidos por la fuerza de la desesperación, el gusto del desafío o del peligro, y la fascinación de lo desconocido. No así Zaira, a la que animaba un deseo idéntico al de Don Luigi: poner la caridad en el interior de un mundo que se había vuelto pagano. En Zaira y en sus dotes invirtió mucho Don Luigi, la calidad de cuyo discernimiento² queda demostrada por los hechos.

El Instituto *Nuestra Familia* experimentó por este tiempo un gran desarrollo. El número de familias que solicitaban acogida para sus hijos iba en aumento, y había en el sector pedagógico-social una fuerte demanda de institutos que trataran a niños afectados de deficiencias.

Como bastantes niños estaban necesitados de temporadas junto al mar, se adquirió una casa en Varazze, provincia de Savona, entre dificultades no sólo económicas, sino aun *culturales y sociales*, por no estar conformes algunas autoridades locales con el establecimiento de un instituto para niños disminuidos dentro de su jurisdicción. La casa se inauguró el 14 de mayo de 1952, con asistencia del prefecto de Savona y del obispo monseñor Giovanni Battista Parodi, quien administró el sacramento de la confirmación. Don Luigi pronunció un discurso de tenor social, al que hicimos ya referencia, sobre la finalidad de la obra, y la Dr^a. Colli, decana del departamento infantil del Instituto Neurológico de Milán, remató el acto con una intervención que ilustraba sus aspectos médicos y pedagógicos.

La casa, además de los niños propios, albergó durante el verano a los de Vedano y Ponte Lambro, a su vez necesitados del salubre aire marino, que encontraron allí un lugar adecuado para proseguir su proceso de recuperación. A medida que transcurría el tiempo, la casa de Varazze se iba haciendo objeto de interés: lo atestiguan las visitas, no sólo de sacerdotes y religiosas, sino aun de médicos que precisamente por esos años deseaban informarse sobre las actividades del Instituto.

Rayana de Villa Scaravaglio, en Ponte Lambro, estaba Villa Pavoni, otro chalet que llevaba ese nombre. El señor Pavoni, inclinado a vender su finca, se la ofreció en 1952 a *Nuestra Familia*, que aceptó la oferta. En un principio, este nuevo edificio estuvo destinado a la formación de los miembros de la asociación, destino y función que cambiaron, como consecuencia de un viaje a Lourdes. En efecto, por junio de 1952, fue Don Luigi a aquel santuario, acompañado de Zaira y de María Teresa Dell'Orto, cuya curación deseaban todos

² La confianza en la Providencia, y no en solas las propias fuerzas, dieron a ella valor y consuelo en los momentos más difíciles. El Espíritu Santo, que guía la historia de las *Piccole Apostole*, quiso que *Nuestra Familia* fuese reconocida aun en el ámbito civil y social. La entrega y dedicación a la obra hizo de Zaira - por parte de ayuntamientos, administraciones provinciales, y hasta del Ministerio de Sanidad, del Presidente de la República, y de clubes como el Rotary y las Soroptimist - sujeto de numerosas distinciones y honores personales. Son gestos que premian, no el solo liderazgo de Zaira, sino a toda la comunidad de hermanas, que a una con ella se empleó, abnegada, en la realización del ideal de Don Luigi.

tres agradecer a Nuestra Señora: María Teresa era una miraculada del año anterior, y sobre ella hablaremos luego. A estas dos señoritas, que se hicieron disponibles como personal de asistencia, les fue encomendada una chica *espástica*. El Instituto Neurológico ya había propuesto el cuidado de esta clase de minusválidos, o sea niños afectados de parálisis cerebral infantil, pero la asociación no se sentía preparada.

Esta enfermedad afectó mucho a Don Luigi quien, de acuerdo con Zaira, decidió recibir a niños diagnosticados de patología motora, pues en ellos vio a necesitados de caridad, que la sociedad de aquel tiempo ignoraba y desamparaba. Nació así el Centro de Reeducción Motora para niños con parálisis cerebral infantil, o *discinéticos*. Fue, en ese campo específico, el primer Instituto de Italia con sede exterior a un hospital, y una de las primeras iniciativas actuales, concomitante de las del Instituto Neurológico de Milán y el Hospital Civil de Crema. Aquel mismo año envió el Instituto Neurológico de Milán los primeros cinco niños.

La Dr^a. Adelaide Colli Grisoni prestó ayuda en la preparación del personal que, elegido de entre las asociadas, se destinó al cuidado de estos niños. Durante estos años, otras asociadas frecuentaron el Instituto de Terapia Física del Hospital Mayor de Milán. Continuó entre tanto el cuidado de niñas psicodeficientes en la casa de Vedano Olona. En junio de 1950 dos hermanas superaron exámenes de habilitación para la enseñanza de niños psicodeficientes, haciendo así más y más competente, además de rico en amor, el servicio para con los niños.

En aquella época no había una normativa que garantizase, por parte de las instituciones públicas, una cobertura económica de los cuidados a niños *anormales*, como se los llamaba, encomendados a los centros. Era competencia de la administración provincial, a título facultativo, el atender a los disminuidos mentales o sensoriales, como también a los menores ilegítimos. Otras entidades eran competentes en situaciones particulares, así ENAOLI para huérfanos, y ONMI para menores con deficiencias sociales. De ahí que el costo de mirar por los niños acogidos a *Nuestra Familia* fuese abonado al Instituto de las Familias. Si éstas se bastaban económicamente, ellas debían costearlo todo; si no, cargaban con una parte de los gastos, proviniendo lo demás de contribuciones que pagaban el ayuntamiento o la provincia, o bien las entidades asistenciales ya mencionadas. Habrá que esperar a 1954 para llegar a una propia y verdadera ley, por la que el Estado cargue económicamente con los gastos de rehabilitación en las parálisis motoras, tal la parálisis cerebral infantil.

La nueva institución celó, desde el comienzo, por la defensa del derecho de los disminuidos a la asistencia del Estado, y ha sido la defensa de esos derechos el campo donde *Nuestra Familia* se batió desde entonces. La consecuencia reivindicativa condujo a un acuerdo con el Ministerio de Sanidad, el primero en Italia, y a que se aprobasen muchas de entre las leyes, hoy listas, para el ordenamiento del país.

Las demás patologías se beneficiaron, según se sucedían los años, de las subvenciones estatales, concedidas con arreglo a providencias específicas, las cuales se unificaron finalmente por una ley del 3 de marzo de 1971 que clasifica como *inválidos civiles* a varios tipos de disminuidos. En lo que atañe a la labor y finalidad pedagógico-rehabilitadoras de los tres centros, es esclarecedor un artículo escrito en 1954 por la Dr^a. Colli Grisoni:

Cada institución adoptó características bien diferenciadas: en el colegio masculino, la formación mira a que el niño - mañana hombre - llegue a inscribirse en la vida laboral, en la colaboración productiva, sobre todo del pequeño artesanado y del trabajo guiado de tipo familiar. (Estos niños, que nunca llegan a alcanzar una estructura psicológica de plena

autosuficiencia, no resisten el duro trabajo industrial, gravoso y exigente, cual lo pide la vida actual). En el colegio femenino la atmósfera es distinta. La niña - mañana mujer - es orientada hacia la actividad de la vida doméstica, y se la dispone para ocupar su puesto en casa, colaborando al trabajo, modesto pero a menudo penoso, de la familia; su formación espiritual la hará mañana compañera afectuosa de sus hermanos mayores y menores, y amorosa acompañante de sus padres ya ancianos, partícipe humilde pero industriosa del esfuerzo diario.

Y la obra continuó creciendo, y Don Luigi continuó discerniendo a las jóvenes que iban entrando en la ferviente fragua del bien. El tercer instituto se abrió en Varazze en 1951, y acoge a niños que estén en una atmósfera de vida apropiada a la edad más temprana, separándolos luego (entre los 7 y 8 años), en los colegios masculino y femenino. En verano, la casa a la vera del mar alberga por turno a los chicos, les da una tregua serena, robusteciendo a los más débiles, abriendo los ojos de todos a la hermosura de la naturaleza, como ayuda a la formación del sentido estético. El alma abierta del fundador, siempre atento a la indigencia humana, jamás pagado de la propia obra, como si lo por hacer fuera todavía más obligatorio, veía otro campo más de trabajo, descuidado aún, en el que la entrega de las Piccole Apostole podría salvar otras pequeñas existencias; así surgió la última obra (última en sentido puramente cronológico): el Centro de Reeducción Motora para niños con parálisis cerebrales.

Un grupo de educadoras frecuentó cursos de especialización concebidos para la reeducación de la motricidad, y se abrió un nuevo sector asistencial, el cual requería de las terapistas un sacrificio todavía más duro, pero tanto más iluminador del trabajo diario. A estos niños, lastrados desde su nacimiento por parálisis, efecto de lesiones nerviosas, les había faltado antes un adecuado sistema de cuidados: con el centro del Instituto Neurológico, el centro de Nuestra Familia fue el primero que abrió en Italia a estas criaturas el camino de la recuperación.

El Centro acoge hoy a una treintena de niños, todos pequeños (de entre 3 y 6 años), y se ha ascendido ya un primer escalón, tras aproximadamente año y medio de tratamiento reeducador, de suerte que pueden volver a las familias en condiciones bastante satisfactorias: el espíritu del fundador guía una vez más la labor diaria y el luminoso ascenso³.

La palabra de Roma

Las pequeñas constituciones, presentadas en abril e 1945, llevaban al margen una nota del cardenal Schuster que no era ni de aprobación ni de desaprobación. Era un consejo para experimentar primero la vida, y después escribir las reglas. Por indicación del cardenal, Don Luigi se dirigió al P. Arcadio Larraona, entonces secretario de la Sagrada Congregación de Religiosos, que se ocupaba en particular de los nacientes institutos seculares.

Don Luigi le escribió el 18 de febrero de 1949, y a continuación le visitó también en Roma Zaira Spreafico. A primeros de mayo se envió a la Sagrada Congregación el texto de las *Breves Constituciones*, junto con la solicitud formal del *nihil obstat* ("nada obsta") para la erección diocesana en Instituto Secular.

³ A. Colli Grisoni, *La rieducazioni dei fanculli minorati presso l'Opera La Nostra Famiglia*, en *A Don Luigi Monza*, Cislago 22-VI-1898 San Giovanni 29-IX-1954 (Número único 1954), Lecco 1954.

El asunto recorrió la vía habitual, pero en aquel momento esperaban a ser contadas entre los institutos seculares múltiples asociaciones, las cuales debían someterse a prolijo exámen. Y como los trámites iban haciéndose lentos, Don Luigi fue de nuevo a Roma para pedir la aprobación. 20 de diciembre de 1949 es la fecha en que la Sagrada Congregación escribía al cardenal Schuster, autorizándole a erigir canónicamente en Instituto Secular *Le Piccole Apostole della Carità*. Esta designación, la que figura en el documento, no era muy conocida, ni gozaba de publicidad, por lo cual se presume que no fue identificada como aquella obra cuyo director era Don Monza. De hecho, cuando Don Luigi se presentó ante el cardenal, éste no ocultó su sorpresa por tratarse de la referida obra. El decreto había llegado directamente de Roma, sin que la solicitud pasara por la curia arzobispal, pero el cardenal no puso objeción alguna, y Don Luigi fue luego remitido al vicario para las religiosas, que entonces era monseñor Giuseppe Buttafava.

Llamadas por el nombre

Las *Piccole Apostole* eran, con pleno derecho, un instituto de perfección. Es éste un término técnico muy reciente, que define una realidad muy antigua: lo que efectúa la unión no es la labor que se hace, sino una cierta manera de ser. La persona que entra en esa comunidad se *consagra* por el compromiso de seguir a Cristo de cerca, imitando su amor al Padre y hacia los hombres con una vida casta, obediente y pobre.

Había llegado el tiempo de hacer efectiva, por la emisión de los votos, esta nueva condición. Las hermanas no cabían en su piel. Los votos habían parecido durante mucho tiempo un espejismo, o un sueño, o bien apenas una vaga promesa. Ahora se convertían en realidad. Y así, el 2 de febrero de 1950, Don Luigi admitía a la profesión las dos primeras *Piccole Apostole*. Fueron Zaira Spreafico y Pasquina Sormani.

La pequeña comunidad comenzó a crecer y a vivir más y más el espíritu fraterno. Hasta 11 jóvenes entraron a formar parte de la asociación en el lapso de aquellos tres años. Años en los que se fueron multiplicando unas actividades que exigían de todas las candidatas, en punto a dificultad y trabajo, grandes sacrificios personales. Los niños, que ellas retenían consigo, y *La Montanina*, aquella pensión que se habían comprometido a administrar, impusieron una actitud y un estilo de vida señalados por el abandono a la Providencia: sus fuerzas eran inferiores a las exigencias de la acción caritativa, y nuevas situaciones requerían de las hermanas una constante readaptación. Del grado en que fue penoso, y los sacrificios que costó, realizar las obras asumidas, hablan los recuerdos de algunas, arriba citados.

El trabajo era extenuante. Sin embargo, nunca faltó en las hermanas una sonrisa afable, o esa paz íntima de quien sabe tener a Jesús en el corazón. Era la certeza a la que una y otra vez las remitía Don Luigi, la de la llamada, la de la vocación. Cuando se dejaban sentir, en el decurso de la vida, el cansancio y el desánimo, él hacía que volvieran al manantial y las exhortaba a la fidelidad: «Deseo a usted en particular la renovación de sus primeras decisiones, que son y serán siempre fuerza y consuelo en todos los sucesos, prósperos o adversos y, junto con la más perfecta obediencia, la verdadera razón de su más grande victoria final»⁴.

Don Luigi tuvo siempre gran solicitud y afecto para con las vocaciones, pues ellas encarnan la acción de Dios en la historia del hombre. En sus escritos se lee: «Una vocación como la de los apóstoles supera a todas las demás llamadas, porque es la obra misma de

⁴ Don Luigi Monza a Zaira Spreafico, en APL.

Cristo en la tierra, continuada a través de los siglos»⁵. La irrupción de Dios en la historia del hombre siempre ha sido un misterio de gracia, que sacude toda humana racionalidad, hace mudar proyectos, deseos, aspiraciones. Dios ha llamado desde los comienzos del tiempo, y llama todavía hoy en un mundo tan secularizado y adverso al mensaje cristiano: sus llamadas son milagros patentes de un Dios a quien no podrá arrinconar el débil pensamiento de nuestra sociedad, pues al amor lo hace expansivo su misma naturaleza, y tanto más trasciende y aflora por doquier cuanto más se lo comprime. La llamada del Señor no es indolora: más bien deja sin arrimo, indica una ruta de borroso recorrido, pide abandonarse del todo a Él.

Consciente de la delicaddeza del trance, Don Luigi se comprobó paternal para con las jóvenes que se acercaban al Instituto o entraban en él. «"Buena chica!", ése fue su recibimiento», se lee en los recuerdos de Antonietta Baldini. Un padre que comprende a fondo y que comparte el sufrimiento espiritual de quien está a punto de darse totalmente al Señor, pero a quien asustan los sacrificios que ello conlleva. Un padre que, por escrito, sabe calmar y animar: «Entiendo su estado de inquietud, pero se trocará en gozo, si es usted generosa. Que la anime el saberme constante en mi promesa de oraciones, de las que prometo aún más. Arriba ese corazón: espere contra toda esperanza»⁶.

Y toca a las entrevistas: «Tras haberle expuesto mi situación, la personal y la familiar, estableció en mí la certeza de serme dada por el Señor la gracia de la vocación. La entrevista no duró mucho, pero bastó para que yo me sintiese verdaderamente tranquila bajo todos los aspectos, los míos personales y los que atañían a mis padres, dadas las dificultades que yo tenía entonces con la familia»⁷.

Su postura de padre trasciende de un modo conmovedor en el recuerdo de una hermana. Aconteció en mayo de 1951, y transpira lo trabajoso de una elección radical, y la libertad de la respuesta humana al llamado de Dios: «Me faltaban pocos meses para ingresar en el Instituto, pero en ciertos instantes sentía yo aún dudas, y vacilacilaba en la vocación, cuando un día tuve la suerte de entrevistarme con Don Luigi y la superiora. Llegó un momento en el que nadie habló. Ellos esperaban de mí una palabra, una respuesta, y yo, que sostenía en mi interior una terrible lucha, callaba. Don Luigi me miraba en silencio, silencio prolongado que la superiora rompió para decir: "Don Luigi, si fuera hace unos años, aceptaría usted esta vocación vacilante? Cuántas veces dijo que el Señor deseaba vocaciones generosas, o sea almas fuertes y prontas a seguirle, por encima de todo obstáculo? Cuántas otras no repitió que algunas vocaciones le repugnan?" Más bien manso y sumiso, repuso Don Luigi: "Entonces sí, pero no ahora, porque me he hecho padrazo, y comprendo algo que antes no lograba entender. Las vocaciones son un gran don de Dios: se las ama y se las cultiva". Luego se vuelve hacia mí: "Ánimo, hija, el Señor la llama, y la ama mucho, pero Él a nadie fuerza, sino que respeta nuestra libertad. Vocación la hay, pero toca a usted seguirla o no".

Esto bastó para alejar de mí toda duda; vi en la persona de Don Luigi al Señor que me llamaba, me decidí por un sí, y entre los tres fijamos la fecha del ingreso. Desde aquel punto cerré los ojos a todo cuanto, en derredor, me causaba sufrimiento, para nunca retractarme del sí dado al Señor»⁸.

Humanamente, resulta difícil para la afectividad desasirse de familiares y amigos; el corazón tiene razones propias, no explicables. La persona llamada a servir al Señor no desconoce la riqueza, el gozo de las relaciones humanas, pero sabe ha de subordinarlas, en

⁵ *Una proposta di vita*, Ponte Lambro 1976, p. 12.

⁶ Don Luigi a Alba Clerici, en APL.

⁷ Recuerdos de Rosetta Baggio, en APL.

⁸ Recuerdo de Margherita Colombo, en APL. Era superiora Zaira Spreafico.

la propia vida, a un Cristo que es único. Según el ejemplo de Cristo mismo, que dijo: "El que ama al padre o a la madre más que a mí, no es digno de mí", Don Luigi fue muy exigente a este respecto. Hay que *cortar* esas relaciones, si llegan a ser un estorbo para la realización del designio de Dios sobre uno. Afianzado en semejantes convicciones, Don Luigi apela al sentido de responsabilidad, en la persona vocacionada, para que no malogre ese don.

Cierta joven, que luego se haría miembro del Instituto, recuerda haber confiado a Don Luigi sus perplejidades sobre si convendría prolongar el lazo de afecto que hacía tiempo les unía a ella y a un chico, porque «tenía yo una sensación de que, para mí, aquella relación humana, aunque importante y arraigada, en el fondo no iba a apagar el inmenso deseo de amor y de entrega que me embargaba con tanta fuerza. Don Luigi no quemó etapas, sino que me dejó reflexionar»⁹.

Don Luigi escribe a una chica cuya familia impide que entre en la comunidad: «No veo otra manera de escapar: o usted decide con un limpio corte la inmediata partida, o sucumbirá usted. Sé que el Señor la ha llamado y llama de continuo, pero la voluntad de usted no asentirá, si no resuelve usted prontamente sustraerse al peligro de repudiar la vocación. A esa vocación y a la eternidad, no han de ponerse, ante Dios, casuales demoras»¹⁰.

Cuando una chica decide consagrarse al Señor, es fácil que encuentre una cierta oposición en la familia, que ésta intente disuadirla, inducirle a que elija más bien la vida matrimonial. Ayer como hoy, los padres son reacios a la partida de la hija, temen *perderla* y no ver en ella perpetuados los propios modelos vitales, las propias aspiraciones.

Don Luigi tenía la cualidad de conquistarse a los familiares de las jóvenes hermanas: establecía una relación cordial, y de ese modo arreglaba ciertas situaciones, o aplacaba las reacciones más hostiles: «Al regreso (de la entrevista con Don Luigi), mi cuñado tomó la palabra en nombre de los demás y dijo: "Mamá, todo se ha hecho ya, hay que dejarla ir"»¹¹. Eso después de meses de lucha en la familia, durante los que todos se habían empeñado en que la joven cambiase de idea.

Poseía luego Don Luigi una intuición particular que le permitía leer en los corazones, y eran extraordinarias sus dotes de discernimiento: cuando advertía en una joven las semillas de la vocación, no dudaba en proponer la misma, con una oportunidad sorprendente, hasta el punto de quedar la interpelada estupefacta por la inesperada invitación, pero además por la interpretación exacta de ocultos deseos suyos que, de improviso, salían a la luz.

Al segundo día de estar él en Varazze, entró en mi clase una de las señoritas y me anunció que deseaba hablar conmigo el Reverendo Padre. Salí y nos encontramos en el rellano de la escalera. Entre otras cosas, me dijo, con aquella gran sencillez suya: Oh, si el Señor quisiera de usted el sacrificio de toda su vida en la entrega a estos pequeños! Palabras sencillísimas, que el Señor me hizo llegar unidas a un toque de alegría como hasta entonces nunca lo había experimentado. Una alegría del todo íntima, demasiado hermosa, y por lo mismo inexplicable, que en aquel momento me inundó del todo. Quedé de momento sin habla. Llena de alegría, yo sonreía nada más, y él añadió: Qué es esa alegría que siente, si no la voz del Señor? Sólo respondí: Lo pensaré. Luego volví a la clase. Me sentía cambiada. Yo era ahora feliz de encontrarme entre aquellos pequeñuelos, y no hubiera cambiado mi condición por ninguna otra»¹².

⁹ Recuerdos de T. F., en APL.

¹⁰ Recuerdos de Alba Clerici, en APL.

¹¹ *Id.*

¹² Recuerdos de Liliana Beretta, en APL.

Sin embargo, Don Luigi no obligaba, sino que *tendía* la invitación y se retiraba, esperando respetuosamente a que la invitada tomase una decisión.

Un domingo en Varigione, después de la misa de las 9:30, me encontré calle adelante con Don Luigi. A quemarropa y sin antecedentes, tras expresar su contento por la buena comunión que según él había hecho, me preguntó si tenía vocación. La pregunta me resultó tan inesperada, que no respondí. Yo estaba insegura aún, pero no se lo dije. Caminamos juntos un trecho y, según andábamos, me trazó a grandes rasgos las dos vías que podía elegir: la del mundo con sus atractivos, y contrapuesta a él, la vida de renuncia y de sacrificio, pero con el gozo y la alegría que acompañan esa entrega total a Dios. En conclusión me dijo: Ahora sabe qué placeres brinda la una, y qué sacrificios pide la otra. Piénselo bien y escoja. Fue como si entendiera que yo estaba madurando una decisión. Continué callada. Él me había puesto delante demasiadas cosas, y yo tendría que reflexionar seriamente, aun cuando me pareciese haberlo pensado ya bastante. Prometió recordarme todos los días ante el Señor. Acerté a encontrármelo después más veces y hablar con él, pero no volvió sobre el asunto. Había echado la simiente, ahora la alimentaba con la oración. Dejó al Señor hacer el resto. Don Luigi era discreto, no atosigaba a las almas, acudía directamente al amo de la mies, al que había de mandar obreros a su viña, y nunca permitió el Señor que le faltasen¹³.

Al hablar de la vocación, Don Luigi se ponía muy serio, y sus exhortaciones adquirían los tonos decididos y categóricos de quien no tolera las medias tintas ante los imperativos de Dios. He aquí un pasaje donde reaparece el temperamento originario y la índole combativa del joven seminarista de otro tiempo:

*En otra plática vespertina a las jóvenes, con motivo de despedir a una chica que entraba en las Hermanas de María Niña, se expresó de este modo: "Estad alegres, desechad tantas y tantas fantasías, y recordad que vuestra juventud dura poco. Si no tenéis, no podéis dar, nadie da lo que no tiene; pero si tenéis en vosotras la luz de Cristo, iluminaréis a quien se os acerque. La vocación es una donación recíproca; me repugnan las vocaciones vacilantes, indecisas, las haría trizas. La vocación no es acomodo, sino una dádiva, un ofrecimiento de nuestra vida a Dios. Qué es una vida sin Dios? Un camuflaje, una impostura, un engaño. Empleemos bien estos nuestros cuatro malos días, vale la pena. Acompañemos a esta hermana nuestra en la realización gozosa de su vocación con una hermosa *Salve Regina*"¹⁴.*

En otra de sus pláticas, Don Luigi parafrasea la conocida parábola del tesoro, en el primer evangelio (Mt 13:44). Las hermanas son invitadas a leer en ella la propia llamada:

La vocación se asemeja a un tesoro que alguien encuentra en un campo. Lo esconde. Vende cuanto tiene, compra el campo, y así se hace dueño del tesoro. En este campo (nuestra obra) has visto tu vocación, y no la podrás poseer si no compras este

¹³ Recuerdos de Adele Vitali, en APL.

¹⁴ Recuerdos de Teodolinda Frigerio, en APL.

campo. La compra de este campo es condición esencial, para hacerse dueño del tesoro. No te adueñarás del tesoro, si no comprás el campo. De ahí el estar todos los pensamientos, toda la importancia en que puedas comprar el campo (nuestra obra). Vende, pues, lo que tienes para comprarlo. Vende tu casa, padre y madre, hermanos y hermanas: vende tu juventud, tu cuerpo, tu voluntad, tu libertad, de suerte que tengas dinero bastante para comprar el campo (nuestra obra). Apenas comprado, lo primero es desenterrar el tesoro para ver su belleza, para comprobar su rara preciosidad. Una belleza de cielo, una preciosidad de amor sustancial, amor de predilección. Por ello valió la pena comprar el campo, vendiendo todo lo demás¹⁵.

Otras citas relativas al tema provienen de sus escritos: «La vocación descansa sobre la libre voluntad, y depende en exclusiva de la generosidad de quien la quiere realizar»¹⁶. «La vocación es un valor inexpresable»¹⁷. «La vocación es un privilegio de amor que no a todos se concede»¹⁸. «La vocación es una donación recíproca, una maravillosa compraventa que merece la pena hacer»¹⁹.

Antonietta Baldini recuerda: «A las chicas que se presentaban como aspirantes a miembros de su obra pedía él como único dote, una convencida vocación misionera, una voluntad firme de darse totalmente al Amor. Esto le bastaba».

Don Luigi era en realidad hombre de gran fe en lo concreto de la vida, y de la dureza del diario vivir no había intentado escapar, entrándose por fáciles y consoladores atajos. Por ello miró siempre a la vocación con ojos realistas, consciente de las dificultades y de las pruebas que deparaba una elección semejante:

Quisiera que la serenidad fuese toda su vida, pero puede haber dificultades juntamente con la serenidad. Con sólo pensar en el valor de su vocación, que procede del amor de privilegio de Dios desde la eternidad, debe manifestarle su gozo agradecido, renovándole el propósito de seguirle siempre y por donde Él crea oportuno conducirla. A mí me parece, y no me puedo equivocar, que una vocación sin pruebas no es verdadera vocación. De hecho una vocación lo es para traer el reino de Dios a la tierra. Pero el reino de Dios es estorbado por Satanás, quien combate toda vocación que tiene la meta precisa de la conquista de las almas. Ahora bien, Satanás se las ha también con usted en proporción al bien que haga. Ésta no es una nota de desánimo, sino de mucha alegría, sabiendo por esto que el Señor la quiere emplear en destinos y gracias superiores. Ánimo, pues. Sea humilde. Ore siempre y esté además alegre²⁰.

Pronto, sin embargo, se compensaba con palabras de ánimo: «No tenga miedo de nada. Es de fe, bien lo sé, que no se le pondrán a usted pruebas superiores a sus fuerzas, como también sé que si un alma tiene fuertes tentaciones que sufrir, es señal de que Dios la está templando y la prepara a destinos y gracias extraordinarios. Renueve por ello todos sus

¹⁵ *Una proposta di vita*, o.c., pp. 109s.

¹⁶ *Ibid.*, p. 161.

¹⁷ *Ibid.*, p. 162.

¹⁸ *Ibid.*, p. 109.

¹⁹ *Ibid.*

²⁰ Don Luigi a María Mazzuchelli, en APL.

santos propósitos y exprese a Dios su gran reconocimiento con alegre generosidad»²¹.

Don Luigi interesaba en las vocaciones a la comunidad entera, y urgía en todas las hermanas el que, ante todo, orasen y ofreciesen sacrificios: «Hoy mismo vi comenzar la hermosa floración de una gran esperanza, tanto para las santas vocaciones internas como para las externas. Ciertamente, necesitamos que todo este movimiento espiritual sea confirmado por el buen Dios. Nuestras oraciones, y más aún vuestros sacrificios son, pues, garantía del bien que esperábamos hace tanto tiempo», escribía Don Luigi a Armida Monti. Y sugería el cultivo de las vocaciones por la caridad, «porque la caridad hace que se sienta el Señor como Él mismo se siente, se llama y es, *caridad*»²².

A este propósito consideraba indispensable un buen ejemplo por parte de todas, «para que no sobrevenga la pérdida de vocación alguna por causa de faltas externas»²³. En la animación vocacional, estaban comprometidas, cada una en primera persona, y la comunidad como un todo, pues «era su temor más grande, en relación con las recién llegadas, que las dominasen unas impresiones de la vida común, como ésta es diariamente en la realidad concreta, o que las desconcertasen los distintos caracteres de las hermanas. Él sabía la huella profunda que dejan en el espíritu las primeras impresiones, y nosotras procurábamos que fuesen las mejores, dentro de lo posible. No sólo comunicaba éstas ansias y preocupaciones suyas a todas, pidiéndonos colaborar con una vida más observante de las reglas y sus detalles; pedía sobre todo vivir la más exquisita y sentida caridad, expresada en las cosas pequeñas, en los matices»²⁴.

Vale la pena reproducir íntegra la carta, que con fecha 13 de enero de 1954 escribe Don Luigi a una joven, entrada apenas en comunidad. Es una síntesis preciosa de su pensamiento sobre la vocación:

También yo doy gracias al Señor por un favor tan señalado. Aseguro a usted que nunca se sentirá pesada por la decisión de darse totalmente al Señor. Quién más que Él tiene derecho a nuestra vida, y quién más que Él nos puede hacer felices, en la tierra y para siempre en la vida eterna? Son cosas que entenderemos mejor después, cuando pasados muchos años, comparemos la vía común con la de una consagración plena y digamos: Oh, cuánto me alegro, no creí tener tanta suerte! Ve, Liliana²⁵, esta gracia de Dios ha sido un premio por sufrir tantas penas como causaron a usted sus dudas y perplejidades. Al final se triunfa siempre, cuando se quiere el verdadero bien. Pero el bien, para que sea meritorio, necesita ir sellado por el amor, que siempre tiene en el dolor su base. No se asombre, el dolor es bien poca cosa, en cotejo con aquel Amor que lo pide para aumentar: ahí tiene a los santos, que decían una y otra vez, O padecer o morir {st^a. Teresa}. Son verdaderos egoístas de Dios, como Dios es verdadero egoísta de sus santos. En cuanto a su imperfección, que no la turbe. También los santos decían tenerla grande, al mismo tiempo que se perfeccionaban más y más. Es preciso hacer una sola cosa: confiar, confiar, y confiar siempre, y nunca desalentarse. Oro como usted sabe. Ruegue usted también algo por mí. Y ánimo!

Tal era el calado espiritual que confería solidez a la joven comunidad, la cual se

²¹ Don Luigi a Liliana Baretta, en APL.

²² En APL.

²³ Don Luigi a L. M., en APL.

²⁴ Recuerdos de Antonietta Baldini, en APL.

²⁵ Esto es, *Beretta*, en APL.

preparaba así para afrontar un futuro de horizontes tan vastos como, por entonces, ninguna de las hermanas podría siquiera imaginar.

Las lancetas de la caridad

Entre tanto las hermanas, ahora oficialmente *Piccole Apostole della Carità*, veían maravilladas todos estos hechos, de los que resultaban ser protagonistas. Repartidas en las tres comunidades de Ponte Lambro, Vedano y Varazze, pasaban los días trabajando en varios puestos de su actividad asistencial a los niños subnormales.

La comunidad había comenzado a darse una organización, no sólo a nivel de actividades, sino también en lo interno, bajo el aspecto espiritual. Los *superiores* eran Don Luigi y Zaira Spreafico. Éstos daban directivas de orden espiritual, y también en lo concreto de la vida comunitaria y las actividades. Se había nombrado además a una responsable de las jóvenes que entraban para formar parte del Instituto. Como aquellas actividades eran tan intensas, se encomendó el tratamiento competente de niños subnormales a algunas hermanas, quienes hubieron de conseguir diplomas que garantizasen una adecuada profesionalidad, así como la habilitación en el campo de la enseñanza a esa categoría de niños, y el diploma que da el Instituto de terapia Física del Hospital Mayor de Milán.

Una hermana que había entrado en la casa de Ponte Lambro y fue entrevistada el 29 de mayo de 1952, y hizo este resumen de su jornada:

- 6.00: *la comunidad se reúne en la iglesia para orar; oficio parvo de Nuestra Señora, meditación en común, santa misa.*
- 7.30: *comienzo del trabajo.*
- 14.00: *silencio, que se guarda también durante el trabajo.*
- 15.00: *prácticas de piedad - recitación del oficio, visita al santísimo sacramento, lectura espiritual, rezo del pequeño rosario a la Providencia, con la invocación, Oh Santísima Providencia de Dios, proveed Vos!*
- 16.00: *reanudación del trabajo.*
- 21.00: *juntas en la iglesia - rosario y completas, pensamiento de buenas noches expuesto por la Madre General -.*

Claro que hoy ese horario es muy diferente, como lo es también nuestro tiempo. No cambió empero la exigencia de fondo, que aúna contemplación y caridad, para que sean una presencia en el mundo.

Duelo entre vida y muerte

Entre tantos otros acontecimientos, el Instituto vivió también el de un fuerte dolor, el primer luto, la muerte de Clara quien, juntamente con Don Luigi, tan gran parte había tomado en su constitución.

Clara estaba pasando una temporada de reposo en San Remo desde el 18 de noviembre de 1949, huésped de una amiga de familia, oriunda de Saronno, cuando el 10 de febrero de 1950 sufrió un serio derrame cerebral. Apenas recibida la noticia, Don Luigi y Zaira salieron hacia San Remo, suponiendo que la podrían llevar a Vedano, pero su estado

era demasiado grave como para pensar en un traslado. El siguiente día 18 se extinguía Clara, sin haber recobrado el conocimiento, y el 21 era inhumado el cuerpo en Novara, donde la familia tenía una tumba. Sus despojos serían posteriormente llevados a Vedano y depositados en la iglesia del Lazareto.

Este triste suceso, en un momento de tantas bendiciones, sacudió hondamente a Don Luigi y a la comunidad. La salud de Clara no había cesado de deteriorarse desde septiembre de 1946 hasta su fallecimiento, y los continuos internamientos y estadías en climas benignos le habían infundido un sentimiento de marginación. Además, había cambiado sobre la marcha la orientación de los primeros años, cuando el Instituto se dedicaba a retiros, reuniones y apostolado de presencia a través de cursos, como los de corte y confección, la escolarización y la catequesis, enseñanza de la religión, y las hermanas se orientaban ahora más bien hacia obras de caridad, que comenzaron con la acogida de desplazados y, tras la experiencia de Cugliate, terminaron aceptando la propuesta de dispensar cuidados a niños psicodeficientes. La opción por una orientación u otra había seguido a una decisión, consecuencia de un discernimiento atento y prudente. Este cambio de ruta había ocasionado, según avanzaba, el abandono de las actividades apostólicas del comienzo.

El proceso había hecho sufrir bastante a Clara. Inclineda por su naturaleza a la oración y a una espiritualidad afín a la de las *Hermanas del Cenáculo*, vio alterarse el tipo de apostolado con el que sintonizaba. Las incomprendiones surgidas por este motivo causaron, en la comunidad y en el propio Don Luigi, contrariedad y embarazosa pena, tanto más cuanto que Clara murió sin incorporarse al Instituto Secular de las *Piccole Apostole*. De todas suertes, ella fue siempre reconocida como primera superiora de la comunidad.

Este estado de cosas no socavó la caridad, que todas quisieron siempre vivir y mantener. La muerte de Clara fue una gran pérdida para el Instituto, que desde aquel instante se comprometió a vivir todavía con más fuerza el amor fraterno: «Ni siquiera la memoria es necesaria al amor. Hay un país de los vivos y un país de los muertos, y el puente entre el uno y el otro es el amor, la única supervivencia, el único significado» (Th. Wilder, *El puente de San Luis Rey*).

*

Tras el dolor, la comunidad vivió la gloria de una gracia extraordinaria. María Teresa Dell'Orto, entrada en comunidad el 15 de septiembre de 1948, había comenzado a acusar pocos meses después algunos desarreglos de diversa índole, los cuales no cesaban de incrementarse y agravarse. Por una memoria del Dr. Adriano Spinelli podemos reconstruir la enfermedad, así como también la curación de la joven, que el mes de mayo de 1949 era internada en un sanatorio. Pese al parecer contrario de los médicos, en junio de 1951, muy débil y dolorida, María Teresa decidió ir con UNITALSI en peregrinación a Lourdes. Fue llevada al tren en camilla. «El estado de la paciente era muy grave: estaba muy desmejorada: hacía meses que sólo recibía alimento por vía intravenosa. El informe médico que acompañaba a la paciente, radactado por el fisiólogo que la trataba, Dr. Fausto Scaccabarozzi, daba este diagnóstico: "Adenomesenteritis tuberculosa secundaria de forma pulmonar. Se palpan en el abdomen masas de entidad considerable, del tamaño y volumen de la cabeza de un recién nacido. Prognosis: desfavorable».

A los 3 días de estar en Lourdes, el 6 de junio de 1951, según volvía de la bendición, que los médicos le habían desaconsejado presenciar, María Teresa comenzó a sentirse mejor, y se comprobó desde los primeros reconocimientos que «la paciente ya no tenía fiebre, su abdomen era tratable, y no se evidenciaban las masas delatadas hasta la noche anterior». Al día siguiente María Teresa fue llevada al *Bureau Medical*, donde la examinaron los médicos, que estimaron el caso interesante. Lo que más impresionó fue la normalidad del abdomen. La comunidad acogió con gozo y estupor esta gracia. En efecto, el milagro fue para la comunidad un raro acontecimiento, sobre todo porque Zaira, poco menos que obstinada, había insistido en que Don Luigi pidiese al cielo una señal que patentizase la bendición de Dios sobre la obra y la dirección por ella tomada. Don Luigi regañó a la superiora, convencido de que la fe, justo por serlo, no se basa en prueba alguna. Dijo aun así, cuando ella no cejaba en sus ruegos: «Habrà milagro pero no miraculada».

Es lo que sucedió: María Teresa fue miraculada, mas no hubo reconocimiento oficial del milagro, pues no se pudo exponer el caso al *Bureau* el año siguiente: en aquel intervalo, la joven sufrió una intervención quirúrgica del abdomen, lo cual prejuzgaba un posible seguimiento del caso; tampoco resultó posible presentar el historial clínico, que se había extraviado.

El cardenal Schuster y Don Luigi

Durante el tiempo en que Don Luigi fue párroco de San Giovanni, o sea desde enero de 1937 hasta junio de 1954, era obispo de Milán el cardenal Ildefonso Schuster. Schuster rigió la diócesis desde el 8 de septiembre de 1929 hasta su muerte, acaecida el 30 de agosto de 1954.

Resultaría muy penoso y aun reductivo²⁶ trazar, siquiera a grandes rasgos, la figura compleja y poliédrica de este prelado. Además del contacto con sus diocesanos, contaban entre las preocupaciones del cardenal Schuster la liturgia, el ministerio parroquial, y la formación: formación de los fieles, de modo particular la de los jóvenes, y formación del clero. En la vida y formación del clero, el cardenal fue un verdadero reformador, como resultado del conocimiento profundo que le suministró la visita apostólica a los seminarios milaneses, efectuada entre 1926 y 1928, por deseo del papa Pío XI²⁷. Su actividad, muy

²⁶ Para mejor comprender el alcance de su obra, valgan a título general estos breves datos, extraídos de la Introducción a *Il card. Ildefonso Schuster maestro, pastore e padre* (Collana di Spiritualità e Liturgia, NED), Milán 1976, p. 6: «Estas cartas revelan, más que ningún otro documento, los rasgos y el método de Schuster: la firmeza y la oportunidad; su cortesía atenta y afectuosa; sus hábitos austeros; sus gestos espirituales; la entrega total al ministerio episcopal, siempre sostenida por una visión de fe única e impresionante: aquella fe que supo atraer y sugestionar al clero y al pueblo, el cual veía en él a un sorprendente hombre de Dios».

²⁷ El cardenal cuidó de manera particular de educar y formar al clero milanés con arreglo a líneas bien precisas, escuela en la que creció Don Luigi Monza. Más precisamente, el principio fundamental que cimentaba la pastoral del clero era la santidad, a la cual exhortaba Schuster constantemente. El sacerdote debía ser un santo y debía caminar incansablemente hacia la meta de la santidad, concepto que era remachado una y otra vez en las exhortaciones, alocuciones, durante los sínodos, y también en las cartas pastorales.

El cardenal Schuster mantuvo frecuentes contactos con los sacerdotes mismos, visitas pastorales aparte, concediendo numerosas audiencias y a través de un rico intercambio epistolar. De éste se puede destacar una serie de temas que se repiten:

- la constante llamada a los sobrenatural, a la palabra de Dios actualizada;
- la invitación urgente a dedicarse al servicio divino entendido como noble misión;
- la veneración de los santos, sobre todo los mártires;
- la atención para con los sacerdotes *pobres*, en el sentido más amplio de la palabra;
- la firmeza en la denuncia de situaciones deplorables;
- las recomendaciones en cuanto al decoro de la casa del Señor, las funciones litúrgicas, el canto sagrado.

intensa, estuvo siempre empapada de un fuerte sentido de trascendencia e inspirada por una profunda vida de piedad. Persona de gran talla espiritual y cultural, el cardenal gobernó la diócesis con dedicación y eficacia, dándose maña para mantener una constante presencia en la vida parroquial y entre los fieles, como lo confirman las cinco visitas pastorales que efectuó mientras ocupaba aquella sede²⁸.

La visita pastoral miraba más allá de la inspección oficial de los registros o la compilación de una estadística: constituía una verdadera misión que el arzobispo en persona, afianzado en la divina gracia, no cesaba de dar en las parroquias de su diócesis. Era vivida como un acontecimiento por la parroquia visitada, que en lo espiritual y en lo afectivo experimentaba los sentimientos de una gran celebración, y asimismo por el clero. De hecho, además de ser un momento particular de gracia, brindaba la oportunidad de comprobar, a todos los efectos, la situación real de aquella parroquia, y ofrecía a la comunidad la posibilidad de recibir indicaciones pertinentes. En cuanto al arzobispo, en la estela de su ilustre predecesor, san Carlos Borromeo, aquella ocasión le permitía activar la maduración de unas almas y unas conciencias cristianas que atravesaban años de tan agitada historia.

Con motivo de su cuarta visita pastoral, el cardenal Schuster fue a la parroquia de San Giovanni *alla Castagna* los días 9 y 10 de junio de 1947²⁹. El informe sobre esta visita está recogido en el *Liber Chronicus*. A su vez, *Il Resegone*³⁰ publicó el anuncio, junto con el programa, de la visita del cardenal a La Pieve. Por el *Cuestionario para la santa visita pastoral*, que compiló Don Luigi Monza, se pone de manifiesto que estaba en descenso el nivel del cumplimiento religioso, cosa que glosaba una observación del cardenal Schuster, al pie del cuestionario: «Si, como el buen párroco escribe, el pueblo se está entibiando, procure aquél, con longanimidad y paciencia, el incremento y mejoramiento de las organizaciones, y la formación de la conciencia cristiana. Hay que poner al día el registro del pago anual de los legados. Las obras ajenas a la parroquia, no dividen quizá el corazón y las fuerzas del párroco?»³¹.

Durante la quinta y última visita pastoral, comenzada en 1951 e inconclusa a causa de su fallecimiento en 1954, el cardenal Schuster estuvo en San Giovanni los días 7-8 de julio de 1952. Según registra el *Liber Chronicus*, el arzobispo llegó «a la parroquia a las 17 horas. Estaban presentes los jefes sectoriales de la Acción Católica, que informaron al cardenal sobre el estado moral y espiritual de cada sección. Mereció mucho elogio la prueba del catecismo por parte de los confirmandos. La comunión general, en la mañana del día 8, que

²⁸ He aquí las fechas de las cinco visitas pastorales hechas en la diócesis de Milán por el cardenal Schuster:

1ª - abierta el 19 de marzo de 1930 y cerrada el 29 de septiembre de 1935.

2ª - abierta el 17 de noviembre de 1935 y cerrada el 7 de septiembre de 1941.

3ª - abierta el 24 de septiembre de 1941 y cerrada en 1946.

4ª - abierta el 14 de septiembre de 1946 y cerrada en 1951.

5ª - abierta el 6 de enero de 1951 e interrumpida la muerte del cardenal (30 de agosto, 1954).

Las actas de las visitas se recogen en 92 fichas, que guarda el archivo de la curia arzobispal de Milán.

²⁹ Según ya se dijo, el cardenal Schuster había estado en San Giovanni los días 19-20 de septiembre de 1936 con motivo de su segunda visita pastoral. En aquella ocasión anunció desde el púlpito que les mandaría «un buen párroco, es decir un sacerdote según el corazón del Señor», refiriéndose a la próxima llegada de Don Luigi, que tuvo lugar el 31 de octubre de 1936. El arzobispo había vuelto luego a San Giovanni los días 1-2 de junio de 1942, con motivo de su tercera visita apostólica, como queda dicho en el capítulo V.

³⁰ Extracto de *Il Resegone*, 13-14 de junio, 1947: «Comienzan las funciones de la santa visita pastoral. Su Eminencia el arzobispo expuso los fines de la santa visita, y en especial la importancia y grandeza del sacramento de la confirmación, que en breve administraría El cardenal estuvo en San Giovanni este pasado lunes, pero interrumpió la visita el martes, para reunirse en Caravaggio con los obispos de la región lombarda...»

³¹ *Cuestionario para la santa visita pastoral*, San Giovanni alla Castagna, 9-10 de junio, 1947.

distribuyó Su Eminencia³² fue, por parte de los jóvenes y hombres, muy discreta».

Aquella vez compiló Don Luigi el *Cuestionario para la santa visita pastoral*, y de él se deduce el estado de cosas en la vida de la parroquia: «Las condiciones religiosas externas son óptimas, pero el espíritu es más bien débil Frecuentan la doctrina las mujeres, los hombres mucho menos»³³. Leído, pues, el *Cuestionario*, he aquí algunas, entre las reflexiones que sobre él escribió el cardenal Schuster: «Contra el enflaquecimiento del espíritu cristiano, que el párroco vivamente deplora, no se conoce remedio más idóneo que la formación de las conciencias, a través de las organizaciones parroquiales y con una base catequética. Se recomienda de modo especial la escuela del Santísimo Sacramento, que a lo largo de cuatro siglos ha dado tantos frutos saludables en nuestras parroquias. Mas para ejecutar el programa, es absolutamente necesario que el buen párroco resuelva: o darse todo él a la parroquia, o bien dedicarse por entero a la dirección de sus religiosas. Partirse en dos no puede resultar. Sufren las consecuencias una y otra institución»³⁴.

Estas observaciones que hace a Don Luigi el cardenal, sumadas a las que había hecho en la visita de 1947, pueden aparecer bastante severas. Pero no deben asombrar, pues Schuster era característicamente escueto y esencial en su expresión.

Dos años antes, en primavera de 1950, monseñor Bernareggi, que visitó el Instituto de Ponte Lambro cuando tuvo que administrar la confirmación en aquella parroquia, había hecho sabedor al cardenal Schuster de que estaba allí Don Luigi pasando una temporada. Monseñor Bernareggi escribía luego a Don Monza, que el arzobispo le exhortaba a no ausentarse demasiado, con descuido de la parroquia, y que volviese a San Giovanni. Don Luigi contestó entonces para explicar que se encontraba en Ponte Lambro sólo por razones de salud. De hecho acababa de sufrir una operación de hernia bilateral en el hospital *Fatebenefratelli* de Erba, y había elegido para convalecer la casa de Ponte Lambro «con objeto de que le siguiese observando su médico»³⁵. Habiéndose delatado después algunas complicaciones, que terminaron en flebitis y pleuritis, se había visto «obligado a una absoluta inmovilidad, debido al riesgo de embolia y trombosis»³⁶, con la prohibición, intimada por los médicos, de moverse bajo ningún pretexto. En la carta de explicación, Don Luigi continuaba escribiendo: «Pongo además en conocimiento de Su Eminencia, que éste es un instituto médico, más bien que pedagógico, y que en consecuencia tiene ya organizada la asistencia médica y sanitaria, por medio de médicos del Instituto que me atienden con gran amor fraterno. Ciertamente, también a mí me apena que se prolongue tanto mi alejamiento forzoso de la parroquia, cuando yo había pensado reponerme en quince días como máximo. ... Por lo que hace a la parroquia, sin embargo, estoy tranquilo, pues para la duración prevista de mi ausencia, hice que me sustituyera un padre capuchino, el cual ha prolongado muy aptamente la sustitución. ... Además estoy continuamente en contacto con la parroquia a través del coadjutor y de los miembros de la junta parroquial. Aun así, hijo de obediencia, volveré a la parroquia apenas declaren los médicos que me puedo mover. Pero si Su Eminencia cree que hace más al caso desdeñar el parecer de los médicos, yo obedezco sin dilación. Para tranquilidad de mi conciencia, desearía tuviese a bien contestarme, al tiempo que me imparte su santa bendición»³⁷.

Como claramente fluye de esta carta, Don Luigi se muestra obediente para con su obispo, cuya voluntad estaba dispuesto a hacer, una vez más y sin condición alguna. Y esto

³² *Liber Chronicus*, 7-8 de julio, 1952.

³³ *Cuestionario* ... íd., 7-8 de julio, 1952.

³⁴ *Ibd.*

³⁵ Correspondencia personal del cardenal Schuster, en el archivo arzobispal de la curia de Milán, carta n. 46317.

³⁶ *Ibd.*

³⁷ *Ibd.*

no sólo porque le obligaba el voto de obediencia, sino además por la consideración que alimentaba hacia aquel prelado. En efecto, según Guerina Crotta, «Al cardenal Schuster, Don Luigi *no lo veía entero*, tanto le estimaba! Don Luigi me dijo una vez: "El cardenal me permite conservar la parroquia y llevar adelante mi obra"»³⁸. Era aquélla, por lo demás, como recuerda Luigina Frigerio, una estima recíproca: «Cuando Don Luigi estuvo enfermo, entrevistamos al obispo³⁹ otra hermana y yo para preguntarle si, alrededor un mes, podría Don Luigi liberarse de los compromisos parroquiales. Él me respondió que los feligreses de San Giovanni le esperaban ... También me dijo, "Es bienquisto de los feligreses; en San Giovanni tienen a un santo, y lo quieren consigo, porque es de ellos, y no vuestro!"»⁴⁰.

Ahora bien, existiendo buenas relaciones mutuas, por qué las *observaciones* del cardenal Schuster al final del *Cuestionario para la santa visita pastoral*, donde categóricamente se urge a que Don Luigi elija, bien la parroquia, o bien la dirección de las religiosas? Con seguridad, en la mente del cardenal Schuster, la primera y única incumbencia de los sacerdotes era atender a la parroquia: y en esa óptica se comprende que el interponerse de cualquier otro interés apostólico supuestamente conllevarse descuido de aquella incumbencia. Además es probable que algún feligrés, o tal vez otros sacerdotes, hayan albergado perplejidades y dudas, en cuanto a la nueva actividad extraparroquial de Don Luigi. Inevitablemente, las novedades despiertan inquietud y temores, si no ya francas sopechas, sobre todo cuando caen fuera de los cánones de la tradición.

En realidad, ya desde el comienzo, algunos habían mirado el nuevo compromiso de Don Luigi como un dividirse su corazón de párroco, mientras que, muy al contrario, él mismo lo vivía como remate y difusión de la caridad. Obviamente, esta incompreensión turbó mucho su sensible alma sacerdotal. A este efecto recuerda monseñor Carlo Dongo: «Sé que sufría algo por este asunto. Me dio cierta indicación. "Sabe, tengo que atender a la parroquia, pero está también esa obra", me dijo. Nunca dijo, por ejemplo, "el arzobispo, la curia, no comprenden". Jamás! ... Cualesquiera fuesen los rumores que circulaban, así el de "ponerse dos zapatos en el mismo pie", la parroquia estaba atendida por un sacerdote celoso, uno que no malgastaba su tiempo en chácharas. Aun cuando a veces se ausentaba por razón de uno u otro compromiso, estaba sin embargo del todo entregado a la parroquia. Pude juzgar vanas todas aquellas habladurías, una vez cerciorado de que la parroquia marchaba bien»⁴¹.

Como contrapartida a las quejas o rumores sobre sus ausencias, están los múltiples testimonios, de los cuales resulta que Don Luigi honró siempre sus compromisos de párroco. A este propósito declaró monseñor Ferraroni: «Don Luigi estaba muy, pero muy atento a la vida parroquial, contrariamente a lo que ya entonces insinuaban algunos. Había entre éstos algún sacerdote que apuntaba a sus frecuentes ausencias, a cierta manera de desatención de la parroquia. Por lo que yo sé, debo decir que nunca descuidó la parroquia, sino que siempre dedicó a ella los más atentos cuidados. Se decía que el cardenal Schuster no compartía gran cosa la idea de Don Luigi. Yo estuve en relaciones bastante intensas con el cardenal Schuster, merced a aquellas actividades pastorales tuyas que me concernían, y nunca advertí en él indicio alguno de ello»⁴².

También según Linda Frigerio, Don Luigi siempre estaba en realidad presente: «Estaba siempre que le busqué. Cada vez que la parroquia lo necesitaba, allí estaba él. Estaba allí para las confesiones del sábado. Antes de cada misa estaba disponible. A veces le vi salir la tarde del domingo después de la doctrina, cuando le acompañaba a Ponte

³⁸ Guerina Crotta, en APL.

³⁹ Monseñor Bernareggi, quien ya se dijo fue a confirmar en Ponte Lambro el año 1950.

⁴⁰ Luigina Frigerio, en APL.

⁴¹ Monseñor Carlo Dongo, en APL.

⁴² Monseñor Teresio Ferraroni, en APL.

Lambro algún amigo. Aconteció que hiciera algún viaje de mayor duración, por ejemplo a Varazze, pero en general, él estaba. Nunca descuidó la parroquia»⁴³.

Otro tanto asegura Ángela Morganti, según la cual Don Luigi era siempre consciente de sus obligaciones como párroco. «Salía a escape y volvía, aun quizá tarde, pero con tiempo para asistir a la parroquia. ... Nunca dejó la parroquia en un momento de necesidad para ir a Vedano»⁴⁴.

Enfermedad y muerte

Para el párroco de San Giovanni, la vida día tras día pasaba tan ocupada y llena, tan próxima a Dios y a los hombres, que ante el bienhechor quehacer a él confiado por la Providencia, parecíanle ofrecimiento obligado los achaques de su frágil constitución. En realidad Don Luigi más bien había rehuido siempre el someterse a tratamientos que le sustrayeran a sus compromisos. Ahora bien, como se dijo ya, la vida le reservó más de un serio trance: cirugía de las cuerdas bucales; en 1950 la hernia inguinal bilateral, con su secuela de complicaciones: pleuritis, y flebitis en ambas piernas, que le tuvieron encamado unos seis meses. Afligían luego a Don Luigi trastornos cardíacos, cuyos síntomas, leves aún, se anunciaron por primera vez en 1950, al conocerse la aprobación del Instituto, síntomas reiterados después con el fallecimiento de la madre, por quien Don Luigi sentía un amor filial muy vivo.

Mamá Luigia había ido cayendo, durante los últimos años, en una forma aguda de arterioesclerosis que gradualmente debilitó su constitución física, no menos que sus facultades mentales. El hijo, embargado de inmensa ternura, se prodigó en cuidados, aceptando cualquier dificultad, velándola a veces noches enteras, reduciendo la propia indigencia para no turbarla, tolerando las intemperancias anejas a la enfermedad. Una bronquioneumonía abatió, días después de declararse, a mamá Luigia el 17 de abril de 1953. Don Luigi sintió agudamente la pérdida, pese a su serena y total sumisión a la voluntad del Señor, y se acentuaron los trastornos cardíacos, que pocos advirtieron, pues él rehusó manifestarlos.

En julio de 1954 decidía ir a hacer ejercicios espirituales, algo insólito en él, que solía hacerlos en los meses de septiembre u octubre. El 25 de agosto acompaña hasta Varazze a un turno de niños del Instituto de Ponte Lambro: deseaba cerciorarse de que aquella casa marchaba bien y quería conversar con sus asociadas. Y se había propuesto pasar por Ponte Lambro según regresaba al día siguiente. María Teresa Dell'Orto recuerda:

Cuando volvió de Varazze pernoctó en Ponte Lambro, y ya entonces experimentaba malestar. Lo admitió como si fuera una indisposición ocasionada por la comida, pero dijo que debía tornar a la parroquia por razón de un funeral. Sin embargo, celebró antes de salir, y aquella fue su última misa. La recuerdo. Don Luigi mostraba un semblante distorsionado y, contra su costumbre, no pronunció homilía. Ahora bien, me acuerdo de que, tras el evangelio, se volvió a hacia nosotras y nos dijo: Sacrílegas! Y yo el primero, porque Él está ahí, y le estoy volviendo la espalda! Fue el impulso irresistible de una fe eucarística que ansiaba trasmitirnos. Luego añadió: Estamos aquí tantas, y hemos recibido variedad de gracias, pero somos todas llamadas a la santidad. Nos haremos santas todas? Según sea nuestra respuesta. Dio media vuelta y terminó de decir misa»⁴⁵.

⁴³ Teodolinda Frigerio, en APL.

⁴⁴ Ángela Morganti, en APL. Cf. además Carlo Piatti, *Ibd.*

⁴⁵ Anna María Teresa Dell'Orto, en APL.

El viernes día 27 Don Luigi estaba de regreso en San Giovanni, y advertía los primeros síntomas del mal, pero según dijimos, no lo atribuía al corazón, sino a trastornos digestivos.

Don Luigi, cuya enfermedad culminó con la muerte, resume en una y otra su enseñanza, como testimonia también su fe y el abandono total a la voluntad de Dios, no menos que el pleno desprendimiento de sí y de la obra, serenamente persuadido de *no contar para nada*. Ejemplariza por ello sin cesar un delicado espíritu de caridad cordial, la cual distinguió siempre sus relaciones personales, atento a éstas hasta el último instante de su vida.

"Última enfermedad y muerte de Don Luigi" se titula una relación que escribió Zaira Spreafico, y ella agiliza la reconstrucción de aquella vida en sus días postreros. Sabedora por un telefonazo de que Don Luigi no se sentía bien, la directora de Ponte Lambro se personó en San Giovanni el sábado día 28 de agosto:

Aquella tarde tenían lugar los funerales de una persona notoriamente alejada de la Iglesia, pero a la que Don Luigi había asistido en la última enfermedad y aun administrado los últimos sacramentos⁴⁶. Esperé la llegada del cortejo a la iglesia, fui a la sacristía y vi a Don Luigi con el semblante distorsionado. Le rogué que no fuese al cementerio, cosa que él solía hacer, y él se avino. Fuimos a casa y me confesó que se sentía muy mal, y que un dolor se le extendía por el costado y brazo izquierdos. Supe al instante que era angina de pecho. Decidimos avisar al Dr. Colombo, médico titular de San Giovanni. Éste lo llamó a su consultorio y vio al instante que algo grave estaba sucediendo. Le puso una inyección, la cual provocó una intensa crisis cardíaca, hasta temerse el fallo por momentos. El propio Dr. Colombo salió a la calle en busca del coche, para evitarle el esfuerzo de llegar hasta él. Le prescribió medicamentos para aquella noche, ordenándole no levantarse a decir misa por la mañana. Yo me dirigí luego a los Resinelli para hacer compañía a algunas hermanas, y de regreso estuve en casa de Don Luigi hasta muy tarde. El doctor me había rogado volver a la mañana siguiente, porque era preciso llevarle al hospital y que le hiciesen un electrocardiograma. Estaba ausente el cardiólogo al que deseaba remitirse el Dr. Colombo. El Dr. Amalio Proserpio, que trataba hacía años a Don Luigi como médico de cabecera, aconsejó que lo mejor era internarlo, puesto que debía llevarse al hospital. Se lo propuso al Dr. Colombo, pero éste se opuso. El electrocardiograma acusó de inmediato un acceso de infarto grave⁴⁷.

Le acompañó también al hospital María Luigia Mazzucchelli, quien recuerda: «Don Luigi me dijo en un punto del trayecto: "Hija, el Señor quiere esto también, hágase su voluntad". Nada más añadió, lo que me dio a entender que se encontraba muy mal. En el hospital dijeron que era un caso de *angina pectoris* ("angina de pecho"). Le llevamos de nuevo a la parroquia, pero había que sostenerle, pues se cansaba demasiado»⁴⁸.

Y prosigue la relación de Zaira:

Don Luigi se avino a estar tranquilamente acostado, ni siquiera reclamó el resultado del electrocardiograma o preguntó qué enfermedad padecía. Los primeros días transcurrieron bastante apacibles, pero no sin una gran preocupación, porque como es

⁴⁶ El abogado Giuseppe Colombo.

⁴⁷ Z. Spreafico, *L'ultima malattia di Don Luigi e la morte*, pp. 1s, en APL.

⁴⁸ María Luigia Mzzucchelli, en APL.

obvio, en aquel entonces la enfermedad era grave y casi siempre mortal. El cardiólogo, Prfr. Castelfranco, vuelto de sus vacaciones, fue llamado el 2 de septiembre a la cabecera del paciente, a fin de que éste fuese reconocido una vez más. Castelfranco confirmó la diagnosis de infarto activo con grave riesgo de la vida, y aconsejó tener en casa plasma para la eventualidad de un colapso.

Al instante ordené que viniese a San Giovanni Tranquilla Airoldi, quien estaría en todo momento disponible para asistir a Don Luigi. Yo misma acudía por la tarde hacia las cuatro y me quedaba durante la noche, más o menos hasta las once de la mañana. Hube de preguntar al Dr. Colombo, al objeto de no entrar en la alcoba mientras Don Luigi reposaba, si debía asistirse al enfermo también durante las horas nocturnas. Respondió que bastaba con estar al alcance de cualquier llamada. Pero Don Luigi nunca se habría permitido llamar, por mal que se sintiera. Así que comenzamos a velarle, suministrándole los medicamentos según las prescripciones, y sobre todo controlándole el pulso y la respiración. Don Luigi mismo no quería que pasáramos la noche en vela, y nos decía que deseaba estar a solas con el Sagrado Corazón, señalando a una imagen puesta sobre la cómoda de la habitación. Sin cesar nos daba las gracias y se mostraba preocupado por nuestras fatigas⁴⁹.

«Aceptaba la enfermedad con resignación y paciencia»⁵⁰, declaró en su testimonio el Dr. Colombo sobre el padecimiento de Don Luigi. Como es obvio, muchos feligreses suplicaban visitarle, y él fue acogedor y amable con todos, dejando en otros tantos testigos oculares el recuerdo de un varón con gran fortaleza ante el sufrimiento físico y profundamente sereno ante la muerte. He aquí cómo recuerda Don Guido Lecchi a Don Luigi durante su convalecencia en Ponte Lambro: «Hallé siempre al siervo de Dios muy sereno y pleno de particular mansedumbre. Demostraba tranquilidad y confianza frente a la muerte. Pidió la confesión para que diera a su espíritu la paz y la calma, no porque le preocupase la comparecencia ante Dios, o para poner en orden su conciencia»⁵¹.

Asimismo según Dolores Alborghetti «jamás delataba la impaciencia que motiva un sufrimiento semejante. Su salud no era de hierro; de hierro era su resistencia. Lejos de él guardar cama por un resfriado a una bronquitis...»⁵². Y esta es la declaración escueta de Ángela Scaioli, que capta el estado de ánimo de Don Luigi en su enfermedad: «Caso de que le llamase Jesús, él estaba listo para entrar en el paraíso»⁵³. A su vez Pasquina Sormani recuerda: «No se quejaba, se dejaba medicinar tranquilamente. Yo le vi sereno. Oí cómo decía a la directora el Prfr. Vercelli: "Una persona que atraviesa tan grave estado y mantiene semejante control, no puede estar improvisando; ha debido trabajar de toda una vida"»⁵⁴.

Giaele, la hermana de Zaira, atestiguó que ni aun en la enfermedad pensaba en sí mismo Don Luigi. He aquí lo que afirma en su declaración: «Don Luigi prestaba gran atención a lo que se decía. Me acuerdo de haberle ido a ver, tal vez el día antes de sobrevenirle la afasia. Me recibió y me dijo: "Gracias", algo que me asombró y me ensanchó el corazón. "Ve el trecho que ha recorrido estos meses con la obediencia? ¡Adelante

⁴⁹ Spreafico, *L'ultima malattia...*, pp. 2s.

⁵⁰ Angelo Colombo, en APL.

⁵¹ Don Guido Lecchi, en APL.

⁵² Dolores Alborghetti, en APL.

⁵³ Ángela Scaioli, en APL.

⁵⁴ Pasquina Sormani, en APL. También Teodolinda Frigerio, *Ibid.*: «Le he visto enfermo. Don Luigi me habló más con la mirada que con las palabras. Yo le dije: "Señor Párroco, ¿qué hace? Tiene que sanar para mi ingreso..." Él señaló al cielo con el dedo, como para decir: "Estoy haciendo la voluntad de Dios"; y luego susurró: "Brava, brava..." (=¡Muy bien!). Estaba muy fatigado, pero sereno».

obediencia y trabajo?". Esto demuestra cómo, aun en una circunstancia tan grave para él, pensaba, sólo y lo primero, en los demás»⁵⁵.

María Teresa Dell'Orto confirma esto mismo: «Recuerdo a un Don Luigi muy doliente, pero también muy abandonado al Señor. Estaba lleno de atenciones para con las personas allí presentes, y era además muy dócil en todo cuanto debía sufrir. No tenía pretensión alguna»⁵⁶.

Un día fue a visitarle la señorita Barbaglia, que le dijo: «Don Luigi, veo que sus hijas le envían un poco». Él, con el humorismo dialectal que solía, respondió: «Yo nada he pedido. Que lo haga el Señor». Y Zaira Spreafico prosigue en su relación:

Don Luigi seguía sin preocuparse de la enfermedad, pero cumplía con docilidad extrema todo cuanto de él se requería, o le era propuesto, o bien se le administraba, únicamente dando las gracias cada vez por las demasiadas atenciones y los excesivos cuidados. Quise saber si se percataba de que su mal era grave, y si no le importaba. Una mañana en que le llevaron la sagrada comunión, pedí recibir yo también la eucaristía junto con él y, para la acción de gracias, me arrodillé junto a su lecho. A un cierto punto le dije: Don Luigi, qué está diciendo al Señor? Respondió: Que me alegro de hacer su voluntad. - Pero no no implora de Él la curación? - No, nunca -. Yo quedé apenada, mortificada, preocupada. Pensaba no bastarían nuestras solas oraciones a obtener la curación. Dándome cuenta de lo grave del mal, creía ya ser preciso un milagro, y se apoderó de mí la inquietud, por lo que insistí mucho en que Don Luigi rogase al Señor que le sanara. Le decía que debía hacerlo por nosotras y por la obra. Estaba convencida de que, muerto él, la obra terminaría, y continué insistiendo. Esto entristeció mucho a Don Luigi, que sólo cedió cuando le dije que lo hiciera por caridad: - Bien, se lo pediré al Señor por obediencia a la superiora -. ... En todo el tiempo que llevaba durando la enfermedad, Don Luigi nunca me había hablado de la obra, y decía cuando aún podía hablar: La obra es de Dios y no tiene necesidad de mí, vosotras tened confianza y aun sin mí avanzaréis, y nosotras nos rebelábamos cuando decía cosas así, pero era el caso que no podíamos ocultarnos la realidad»⁵⁷.

Efectivamente Don Luigi estaba seguro de que, si el Señor lo deseaba, la obra continuaría existiendo, como había ya superado, gracias a la divina ayuda, las dificultades iniciales de la fundación. He aquí una certeza que nunca le falló, infundida sin descanso en las *Piccole Apostole* que se turnaban junto al lecho. María-Niña Valsecchi declaró: «Afirmaba morir de grado, porque la obra era de Dios. Estaba muy sereno. Se mostraba confiado. A causa de la obra, le afligía morir, pero si tal era la voluntad de Dios, en manos de Dios ponía la obra y lo ponía todo»⁵⁸.

De improviso, el 8 de septiembre, Don Luigi sufrió un grave colapso cardiocirculatorio, que le puso en un estado de anoxia cerebral durante casi 48 horas, a lo cual siguió una manera de afasia motora. Ángela Morganti recuerda: «El 8 de septiembre llegamos en el momento justo de producirse el infarto. Estábamos en la plaza de la iglesia, y Pasqualina salió en busca de gente, porque Don Luigi estaba mal. Yo subí corriendo, y le oí

⁵⁵ Giaeale Spreafico, en APL.

⁵⁶ Anna M^a Teresa Dell'Orto, en APL. *Ibd.* Luigina Frigerio: «Estaba sereno, tenía paciencia, y aun era solícito por las almas».

⁵⁷ Spreafico, *L'ultima malttia...*, pp. 3s.

⁵⁸ M^a-Niña Valsecchi, en APL. *Ibd.* Ángela Morganti: «También nosotras le preguntábamos: "Don Luigi, qué hacemos, si usted muere?" "No, no", decía él. "Está el Señor. Es obra de Dios, e irá adelante"».

pronunciar las últimas palabras comprensibles; después le sobrevino la afasia»⁵⁹.

Es lo mismo que confirmó Zaira, cuyo relato prosigue:

El día 8 de septiembre ... según llegaba a la plaza de la iglesia, veo que corre a mi encuentro Pasqualina, la cual grita toda alarmada: Corre, Corre, Don Luigi está mal, está mal! Efectivamente, apenas entré en la alcoba, le vi en estado de colapso, y no había modo de encontrar al médico. Fueron unos momentos terribles; buscamos a otros médicos en San Giovanni, los doctores Piatti y Morganti, quienes prestaron sus servicios a Don Luigi ya desde entonces hasta el desenlace. ... El Dr. Colombo aconsejó una consulta con el Prfr. Rossi, primario del hospital de Lecco. Éste acudió y confirmó la gravedad de su estado; quiso que Don Luigi lo supiera expresamente, y le dijo que su vida estaba en serio peligro. Don Luigi juntó las manos, cerró los ojos, y no dio señal alguna de miedo; pidió le fuese administrada la extremaunción, y así lo hizo el coadjutor Don Mario. El colapso no hacía crisis, y al cabo de algún tiempo entraba en coma Don Luigi, a cuya cabecera se alternaron varios médicos, que no obtuvieron mejoramiento en la situación. Sólo pasados dos días ... comenzó Don Luigi a dar indicios de reanimación y conocimiento. Pero la decepción fue grande, cuando nos apercebimos de que la anoxia cerebral, de 48 horas de duración, había causado una afasia motora, esto es, Don Luigi lo entendía todo, estaba perfectamente lúcido, pero ya no lograba articular las debidas palabras. Se manifestaron además una flebitis y fiebre. Continuó la leve mejoría los días siguientes pero, ocho después, sobrevino otro colapso, menos grave, aunque siempre como para que se temiera lo peor.

Fue una etapa de inmenso dolor para Don Luigi, al querer expresarse y no ser capaz de dar con las palabras. Se limitaron las visitas todavía más; pocas personas tenían acceso a su cabecera. Él mismo recibía a todos muy acogedor, mas luego se le saltaban las lágrimas y decía muy resignado: Paciencia, paciencia; poco a poco. Don Luigi Brusa, que había cantado misa con Don Monza, fue nombrado vicario por la curia de Milán. Desempeñó sus funciones con tanta discreción, que no creo yo entendiera Don Monza (o quizá no lo dio a entender) que Don Brusa venía como vicario, sino más bien como amigo»⁶⁰.

Como ya se dijo, Don Luigi siguió estos días del todo abandonado a la voluntad del Señor, siempre deseoso de tranquilizar a los presentes. Zaira continúa: «Cuando nos veía, especialmente a mí, que a veces no conseguía ocultar mi pena, ponía ojos de mucha compasión y decía: "Verás, verás, pero verás!"; era lo que me decía, cada vez que entraba en su alcoba, para darme ánimos y certidumbre sobre el futuro de la obra»⁶¹.

El estado del paciente no fue a mejor. El Dr. Colombo insistía en que Don Luigi ejecutase los ejercicios prescritos para la rehabilitación del lenguaje, pero lo que en realidad originaba inquietud era el corazón, al que no debía imponerse fatiga alguna.

El día 14 quiso el Dr. Colombo que viniese el Prfr. Vercelli, director del Instituto Neurológico Carlo Besta, de Milán, al objeto de consultarle sobre la afasia... (Vercelli), examinado el enfermo, dijo que el tratamiento de la afasia no tenía sentido, y que más bien era necesario cuidar mucho el corazón y evitarle emociones y fatigas inútiles. ... Las

⁵⁹ Ángela Morganti, en APL.

⁶⁰ Spreafico, *L'ultima malattia...*, pp. 4s.

⁶¹ *Ibd.*

hermanas que se turnaban para acompañar a Don Luigi estaban muy apenadas, pero les impresionaban su calma y serenidad, y procuraban que no hablase. Fue un tiempo en el que se alternaron sin cesar esperanzas, decepciones, temores; no era como para hacerse uno ilusiones, pero se esperaba siempre el milagro, que ardientemente implorábamos de Nuestra Señora. El 15 de septiembre tenía lugar en San Giovanni el encanto de las canastas. Sin embargo, esa vez dijo Don Mario desde el púlpito que no lo habría, sino que se repartirían sobres con destino a una colecta, pues estaba costando muy cara la enfermedad del párroco. Yo experimenté un sentimiento de rebelión, pero sufrí y callé una vez más.

Una de aquellas noches hubo un fuerte temporal. Estaba velándole conmigo el Dr. Morganti. Le sobrevino un nuevo colapso. Fui corriendo al hospital en busca del subtosan, que el Dr Piatti me había rogado le prestara..., pero aquella noche ya no se repuso, y continuó empeorando. La noche, y el día que siguió, todavía sufrió mucho, pero sin dar nunca muestras de preocuparse, de hastío o tristeza. Al anochecer, de nuevo en busca de plasma, llamé a la Prfr^a Colli, para oír su parecer y qué podría hacerse, en el caso de otra intervención, pero se había agravado la situación a tal punto! Por la mañana temprano Don Luigi recibió la eucaristía... su estado no cesaba de empeorar. Respiraba entrecortadamente y con trabajo, tenía el semblante cianótico, el pulso era irregular. Daba pena verle sufrir así en plena lucidez. Como el fin se preveía inminente, fueron admitidas otras personas, de entre las más allegadas a él. ... Cuando volví a entrar, dijo haciendo un supremo esfuerzo: Fuera todos, fuera todos. Ya a solas, quiso expresarse con palabras y gestos, pero no logró articularse. Yo intuí que tal vez se refiriese a Pasqualina, y se lo di a entender. Eso es, dijo⁶². - Don Luigi, déjenoslo a nosotras. - Está bien, que entren todos, que entren todos -, como sintiéndose culpable de una acción poco delicada hacia las personas que había mandado salir. ... Fue un testimonio ulterior de que, aunque en el extremo de sus fuerzas, no estaba del todo apaciguado, mientras quedase pendiente este asunto. Ahora moría en paz con Dios y con los hombres. Don Brusa, que justo en los últimos instantes había recitado la recomendación del alma, seguida por un Don Luigi plenamente lúcido, pidió una bendición para la parroquia, para los feligreses, para la obra y sus hijas. Con mucho trabajo, Don Luigi trazó una amplia bendición, y casi al instante se detuvo su respiración y su corazón cesó de latir⁶³.

Los últimos momentos en la vida de Don Luigi son asimismo recordados con gran emoción por el sucesor provisional, hasta que se nombrara nuevo párroco. Él nos dejó este testimonio:

Preciosa a los ojos del Señor la muerte de sus santos (Salmo 115:15 Vg). Es la frase que se me vino a los labios, cuando la mañana del 29 de septiembre tuve la suerte de asistir a la hermosa alma de Don Luigi, en su tránsito de este valle de lágrimas a la eternidad. Deseó quella mañana recibir el santo viático. Fue el último encuentro con su Jesús, celado por las especies eucarísticas; luego los dolores se hicieron más vivos y más fuertes, y su fibra, que resistía hacía más de un mes a la insidia del mal, fue paulatinamente cediendo. Me incliné sobre su cabezal, le invité a renovar el dolor de sus pecados y le di la absolución, que él recibió con gran fe y gratitud. Imploré de él una

⁶² Había sido muchos años sirvienta de Don Luigi. Don Luigi quería retribuirla, pero Pasqualina siempre había rehusado.

⁶³ Spreafico, *L'ultima malattia...*, pp. 6s.

amplia bendición para todas las almas encomendadas a sus cuidados y por las cuales se sentía responsable ante Dios: sus queridos feligreses de San Giovanni, sus instituciones, las Piccole Apostole della Carità, tan sumamente amadas de él... y Don Luigi asintió y, lentamente, como un glorioso patriarca, trazó con su fatigada mano una gran señal de la cruz y dijo: Sí... sí...

Don Luigi se extinguía en aquella morada de dolor, rodeado de sus íntimos, la hermana monja que le enjugaba el frío sudor del rostro, el médico de cabecera arrodillado ante él y vigilándole la trabajosa respiración, algunas Piccole Apostole que le miraban con la angustia de quien ve morir a su padre, feligreses que ahora quedaban privados de un arrimo, un guía, un animador de sus energías espirituales y morales: Jesús mío, misericordia..! Jesús, José y María, os doy el corazón y el alma mía!... Entraba luego en agonía, y a las 9:40 cesaba de latir el corazón, en los labios no se dibujó otra palabra, cayeron pesadas sobre el lecho las manos...⁶⁴.

La *Piccola Apostola* Alba Clerici, que estuvo presente al momento de fallecer Don Luigi, recuerda: «En pocos instantes todo lo invadía la gente. Decía: "Nuestro cura! Qué haremos sin él?" Después hube de volver a Ponte Lambro, y desfallecí por un momento: pensé que todo se había venido abajo, y que se verificaba cuanto me fuera predicho antes de entrar. Pero luego Don Luigi me ayudó y me hizo ver que debía continuar todo. En Varigione, cuando estuvimos velando el cadáver, un sentimiento de paz y de tranquilidad nos inundaba a todas»⁶⁵.

Bendecido el cuerpo, y vestido con las prendas sacerdotales, sotana, sobrepelliz y estola, quedó expuesto en el salón parroquial, para que los feligreses vieran una vez más su semblante sereno. He aquí lo que declaró M^a Teresa Dell'Orto: «Recuerdo la afluencia de feligreses, las prolijas oraciones y las expresiones de admiración y de dolor. Cuando expiró Don Luigi la plaza de la iglesia estaba repleta de gente que oraba. Don Luigi, murió el miércoles 29 de septiembre a las 9:45: el viernes al atardecer llevaron a hombros el féretro, de su parroquia a la iglesia de Varigione; fue una comitiva devota, rica en manifestaciones de afecto. El funeral estuvo muy concurrido: un verdadero triunfo»⁶⁶.

Por lo que hace al funeral, son muchos los que recuerdan la participación unánime y apenada⁶⁷. Entre ellos está Liliana Beretta: «Hubo mucha participación en el funeral. Yo a nadie conocía en San Giovanni, pero recuerdo que estaban muchos. Trascendía un gran aturdimiento, y se patentizaba la grave pérdida en el plano de lo espiritual. Era una comunidad parroquial que existía muy en torno a él y con él. Había oído rumores de que quizá algún feligrés le criticaba en vida, pero la impresión que yo recibí en aquel momento fue de una gente que le quería, la cual vivía el vacío de su muerte»⁶⁸.

⁶⁴ L. Brusio, *Don Luigi Monza... rimane...*, en *A don Luigi Monza, Cislago 22-6-1898 San Giovanni 29 IX 1954* (Número único), Lecco 1954, pp. 7s.

⁶⁵ Alba Clerici, en APL.

⁶⁶ A^mM^a Teresa Dell'Orto, en APL.

⁶⁷ Así por ejemplo, en APL.: Dolores Alborghetti, Ángela Morganti, Alba Clerici y otras.

⁶⁸ Liliana Beretta, en APL.

Capítulo VIII

EL HOMBRE DE DIOS

Así le veían

Toda personalidad es poliédrica, presenta múltiples facetas, no todas las cuales son advertidas por quienes viven a su lado. Se captan este o aquel aspecto de ella, quedando los demás en la sombra. Y sorprende el comprobar cómo, transcurrido el tiempo, partiendo de escritos y de episodios biográficos, alguien que no ha conocido a aquella personalidad, logra dar de ella una pintura completa y clara, porque sucesos y relaciones no le envuelven la emotividad. Es precisamente lo que acontece con Don Luigi, de quien se han pintado cuadros bastantes como para cargar una carreta.

Somos admitidos a una galería de retratos, cada uno de los cuales fija un rasgo particular de Don Luigi: todos los retratos son veraderos, pero ninguno es exhaustivo. Comencemos por una breve descripción que lo presenta: «frágil en lo físico, en lo espiritual tenaz, hombre de una pieza todo él, tal su temple. Esquivo en los contactos humanos e inclinado al silencio, era impropio de él imponerse a otro alguno; aun así, cuando las cosas divinas le inflamaban, adquiría la estatura de un profeta. Buen profeta ambrosiano, era más dado a hacer que a decir, y sobre todo, no perdía tiempo. Escuchaba el parecer de todos, luego actuaba según dictaba la voz del Espíritu»¹.

En cuanto a su personalidad, he aquí algunas expresiones que la captan: «A decir verdad, algunas páginas tuyas, que dejan traslucir una ternura mansa y delicada, causan en mí la impresión de que le era necesaria una cierta reserva, como defensa natural contra efusiones espontáneas e improvisas de enternecimiento. Esta fue la base natural en la que estribó luego la práctica de la humildad. En lo hondo de su esencia, la humildad cristiana no es una acción que tenga por objeto ocultar y mortificar a la persona, sino que conlleva el reconocimiento honrado de que todo cuanto la persona logra efectuar, y puede ser algo grande e importante, tiene su raíz última en la iniciativa de Dios, frente a quien el hombre siempre es desproporcionadamente inferior, queda por debajo del ideal trazado por Dios. Pero esta esencia, pura y positiva, de la humildad requiere, como alimento y como expresión, un trabajo que llamaremos negativo, esto es, sucesivos actos enderezados a mantener la humana personalidad en estado de sencillez, poner un freno a la exhibición de sí, aceptar las derrotas, ocupar de grado el último puesto, dar a los demás preferencia en nuestra estima, callar sabiamente los dones propios.

Don Luigi, quien según vamos a ver, vivió la esencia profunda de la humildad, tomó asimismo en serio los gestos concretos de que está rodeada, que la apoyan. De ahí la huidiza reserva que delata en cuanto a lo luminoso de su vida interior. La consecuencia metodológica que fluye de estas consideraciones es que no podemos presumir haber captado el alma de Don Luigi, sólo partiendo de sus gestos, o bien de palabras que dijo o escribió, como sucede en el caso de otras personas espirituales, también discretas y humildes, pero propensas a verse exhaustivamente en obras y escritos; aquí debemos tejer una trama de relaciones entre un gesto y otro, una palabra escrita y cierto contexto psicológico, interpretar algunos silencios y, paciente e incansablemente, recomponer el

¹ C. Mazza, *La famiglia dei rami fioriti*, en *Terra ambrosiana* 25 (1994), julio-agosto, pp. 19-26.

mosaico con las tejas de los recuerdos, las impresiones, la formación que Don Luigi impartió, bien en la predicación o bien en la dirección espiritual, las salidas que casualmente se le escaparon»².

Otros, en cambio, han dado resalte al realismo espiritual: «Entre los maestros de vida espiritual, Don Luigi Monza se muestra como de un realismo desconcertante. Parece dudar y temer frente a ciertas formas de vida contemplativa poco auténticas; tiene miedo de quien sueña, lo tiene del que quisiera prolongar cierta oración que cultiva el examen de sí a costa del don de sí; tiene miedo de quienes dicen contemplar, y contemplan sólo el propio egoísmo. Orar es para él salir de sí; contemplar es perderse en el misterio de Dios, dejándose llevar por Él adondequiera, aun a los compromisos más duros y fatigosos de una existencia, en la cual "todo - por definición - debe convertirse en apostolado".

En el ideal de Don Luigi Monza tiene lugar la fusión de oración y acción sólo si hay humildad y pobreza, sencillez y muerte de todo egoísmo, sólo si uno es un *sí* perenne al Dios que llama y manda al mundo para allí ser presencia viva de Cristo, que contempla al Padre y se da a los hermanos. Jesús contemplaba el rostro del Padre en virtud de la divina naturaleza perpetuamente unida a Él. Nosotros, que seguimos sus pasos, vivimos la contemplación en la fe que es amor. Él se daba a la acción apostólica sin tregua, sin respiro - diríamos -, buscando sobre todo a los más pobres, para hacer de su caridad una dádiva mayor. Nosotros obramos activamente, nos damos y *consumimos* en el servicio del mundo y de los hermanos, dejando - como Jesús - que "obre en nosotros el Padre", y para ello siempre estamos en el Padre, con el Padre, por el Padre, abandonados a la guía del Espíritu. Es en esta perenne comunión con el Padre, visiblemente manifestada en la oración diurna y nocturna de Jesús, como vivía Él el apostolado, aun en la hora suprema de la *glorificación* a través del sufrimiento. Persecuciones, condenas, contradicción, y luego el martirio de la cruz, hicieron ver al siervo de Yavé, al hombre despreciado, al hombre condenado, al hombre rechazado, al hombre irreconocible, al hombre frente al cual todos vuelven el rostro, al hombre que así efectúa la salvación. ¡Cómo reiteraba Don Luigi a sus hijas que el apostolado no es éxito, no es triunfo, no es acogida humana! Ser apóstoles es dejarse llevar de Dios, mirándole a Él y a su Iglesia, amándole a Él y al mundo, sirviéndole a Él y a las almas, como Él, hasta la cruz - enseñaba Don Luigi»³.

Se le ha llamado también *mago del ocultamiento*: «Si escribir sobre un muerto desconocido es siempre un empresa absurda, si trazar perfiles de santos - los seres más misteriosos de la creación - es temeridad necia y no otra cosa (hasta preguntarnos paradójicamente si, ciñéndonos a ello, no estaremos cediendo a una tentación del maligno), la figura de Don Monza se zafa más que la de otros muchos a la pluma del cronista y del intérprete. Pues su humildad fue tan consecuente y perspicaz, que parece empeñada en hurtar a quienes le sobrevivieran toda agudeza, todo anecdótico; en desleír de intento su rostro y su voz; en borrar tras sí, además de hechos y obras realizados, también los diseños y claroscuros de su personalidad. Personalidad, Don Luigi hizo de todo para que pareciese no tenerla. Y consiguió engañar: al menos lo bastante como para dejar perplejos a sus biógrafos. Don Monza fue indudablemente un *técnico*, o - si queremos decirlo más poéticamente - un mago del ocultamiento. La imagen que mejor le simboliza, creo yo - para la cubierta extravagante de una biografía completa que confiamos ver pronto publicada -, es la del joven seminarista que, echado en un carro de labriego, se hurta a la mirada de sus paisanos, entre los que por vacaciones está de vuelta para trabajar en el campo. Como no

² Don Luigi Serenthà, *Il ritorno alla comunità apostolica secondo il carisma di Don Luigi Monza*, en *Il cristiano di ieri, il cristiano di oggi, el Cristo di sempre*, Milano 1980, pp. 88s.

³ V. Macca, *Contemplazione e azione*, en «Come gli apostoli al servizio di un mondo nuovo». *La spiritualità di Don Luigi Monza nella vita delle Piccole Apostole della carità*, Varios Autores, Lecco 1986, pp. 116s.

disfrutó menos mientras, acurrucado en el taller, pasaba desapercibido - el *bagatt* del banco en la luz hueca - y, ayudante de su hermano, arreglaba zapatos, modesto y silencioso»⁴.

Por lo que hace a ciertas iniciativas suyas, se le considera justamente hombre abierto a los signos de los tiempos: «... él invitaba a compañías de teatro para que dieran funciones de nivel cultural seguro, aunque los ejecutantes fuesen aficionados. Y su discreción era tal, que dejaba la sala antes de caer el telón, evitando se percibiera su presencia como una hipotética censura, una vigilancia, amparado por la sombra del campanario. A lo sumo, si en los entreactos se expresaba con elocuencia, se enfrentaba al público, que acudía numeroso, y pronunciaba palabras de estímulo.

Si de verdad el bien común es el proyecto de la doctrina social de la Iglesia, Don Luigi fue por cierto uno de sus más iluminados intérpretes, de esos que viven, no para pasar a la historia, sino para que la historia de todo hombre sea justa y digna»⁵.

Era ciertamente un amigo de Dios: «En toda época Dios enciende luces en la noche del hombre. Estas luces son sus amigos. En ellos nada hay de extraordinario, al menos para los contemporáneos. Después, sólo después, se descubre su papel profético. No porque hayan elaborado ideas (los destinos del hombre no están ligados a las palabras), sino porque fueron instrumentos dóciles en las manos de Dios. Uno de estos amigos de Dios fue Don Monza. Su don consistía en enseñar que el hombre no es un cristal vetado, incapaz de regeneración. En el hombre, aunque herido, dividido, sediento siempre de un amor que no sabe alcanzar, pues lo extrae de fuentes viciadas, hay aun así esperanza. El amor no se ha extinguido. El fuego de Pentecostés puede encender de nuevo la caridad de la comunidad primitiva, generar comunidades capaces de ser *un solo corazón y un alma sola*, y así reunir a los hermanos dispersos.

No es fácil referir la vida de Don Luigi. Hay que calar en un personaje difícil, para lo cual serían precisos la mirada, el corazón, la sensibilidad del propio Don Luigi, cosa posible sólo a Don Luigi mismo. A falta de ello, hay que proceder por hipótesis, deben ser interrogados los documentos, pero más todavía los hechos. Su retrato será sugerido por una aproximación carente de ardor. Quienes le conocieron confesarán que así no era Don Luigi. Ahora bien, éstos no necesitan ayuda de biografía alguna. La biografía servirá en cambio a quien no le conoció, como introducción a sus escritos y a la comprensión de su *obra*. Él hizo cierta vez esta confidencia. "Mientras yo esté en vida, mi obra será un libro cerrado. El libro se abrirá después de muerto yo, y esa obra se extenderá hasta los últimos confines de la tierra"»⁶.

Debemos a Don Melzi un hermoso trasunto, en relación con la personalidad de Don Luigi: «Hubo quien, hablando de Don Luigi y su huidiza persona, dijo: Caminaba como las luciérnagas. La imagen es hermosa, si hace referencia a aquella persona suya, de tanta luminosidad interior y exteriormente tan pobre, si alude al sacerdote hecho todo él luz, y cuya vida estuvo toda entre un revelarse por virtud del Espíritu y un ocultarse en fuerza de la humildad; entre el vuelo y el resplandor»⁷.

Algo que también impresionaba en él era la incansable labor en pro de la obra. «... la historia de Don Luigi consiste en bastante más que ese despliegue de obras: está en la historia del Instituto de las *Piccole Apostole della Carità*. Aquí es donde resalta su rostro

⁴ L. Santucci, *Profilo de Don Luigi Monza*, en *Notiziario di informazione a cura del Gruppo Amici di don Luigi Monza nel X Anniversario della morte*, Lecco 1964, s. i. p.

⁵ C. Piatti, *Don Luigi Monza*, Número especial, *Notiziario di Informazione*, Año XXXII, n. 1, 1991, Lecco 1986, p. 59.

⁶ L. Mezzadri, *Don Luigi Monza 1898-1954: le opere e i giorni*, Ponte Lambro 1979, pp. 3s.

⁷ Don Celestino Melzi, *Presentazione*, en *A don Luigi Monza, Cislago 22-VI-1898 San Giovanni 29-IX-1954* (Número único), Lecco 1954, p. 6.

más verídico: es aquí donde Don Luigi, macerado en el pensar, triturado en el hacer, sujeto a todo dolor, se reveló a sí mismo, expuso el tesoro de su alma rebotante de caridad, en el sentido más luminoso e incisivo, más práctico y más bienhechor de la expresión»⁸.

Y de nuevo: «Don Luigi se inscribió en la historia con un garbo admirable, hizo actual la vida y la palabra de Jesús, libre de esquemas preestablecidos, fuera de los abstractos parámetros intelectualistas, a espaldas de los que teorizan como filósofos y teólogos; penetró en el alma de los jóvenes, de los niños, de los pobres, de los que sufren. Ninguna voluntad de aparecer como ejemplar: Dios estaba en él, y él estaba en Dios, con naturalidad, sin pérdida de nada espontáneamente humano. Se demostraba hombre en la dimensión más normal, pero se reconciliaba con la vida, con la existencia diaria, al tiempo que nacía en tu alma el anhelo de la pacificación interior, exenta de contorsiones psicológicas, despojada de macerados recogimientos. Cuánto oraba aquel hombre de Dios! Era un rostro espiritualizado a plena luz! El breviario y la misa! La sutil esencia de su vida: dar a Dios una alabanza perfecta! La idea de ello le henchía de vida, le embriagaba, le inundaba y transformaba, hasta el punto de poseerle por entero!»⁹.

Muchos entre los que le conocieron han quedado sorprendidos frente al esplendor de su obra. Don Monza era un hombre sin cualidades vistosas: humanamente no podía fundar nada tan grande. No era un organizador, no era un líder, un hombre con dones de mando. Era un párroco ejemplar, un hombre que se encontraba a gusto justamente cuando hablaba de Dios y con Dios, un guía experto y enérgico para las conciencias. En otras palabras, era un hombre de Dios. Un sacerdote santo. Y nada más.

Ni siquiera fue un pensador. Pocos son sus escritos: algunas cartas y esquemas de carta, y esbozos de las Reglas de las *Piccole Apostole*. No fue, pues, ni filósofo ni teólogo. Y sin embargo Don Luigi Monza interpela todavía. Para una Iglesia que se manifiesta testigo de la caridad, su mensaje es todavía hoy rico, elocuente, sugestivo. Un signo del futuro.

Las fuentes que le nutrieron fueron dos: la oración y la vida. La oración le dio el sentido de Dios, le puso en sintonía con la voluntad de Dios, le hizo ver las cosas con los ojos de Dios. Atestiguó aquello que había visto. Para él la vida fue la disciplina profética no sólo de las apariencias, sino de los hondos indigencias no expresadas, de las invocaciones mudas de los lejanos. Grande era el respeto que él alimentaba hacia la persona, cualesquiera fuesen sus ideas o comportamientos, y esto por el gran valor que toda persona tiene a los ojos de Dios. Pues todos se sentían por él escuchados, acogidos, amados, de manera especial y del todo singular, y establecían con él una relación significativa, para muchos tal que provocaba giros decisivos en la vida, en la fe o en las relaciones con el prójimo. Forma parte de esa actitud la solicitud cálida, y al mismo tiempo sumamente respetuosa para con los *distantes* de la fe o de la Iglesia, de la vida de la parroquia o de la comunidad.

La empatía y solicitud en relación con los jóvenes fue otra característica suya. Llevaba él consigo aquel sentido de la responsabilidad que experimentan los auténticos educadores hacia las nuevas generaciones, portadoras del designio de Dios, el cual se realiza en el tiempo y tiene sus raíces en los valores cuya transmisión, fiel y límpida, incumbe a la generación precedente. Cierta es que su predilección recaía en los gestos pequeños y escondidos («el bien se hace bien»); practicaba y enseñaba el heroísmo de lo cotidiano, aquel gesto que se desvanece para que emerja siempre y sólo el bien de la obra de Dios. De aquí su atención a los menores, a la gente modesta y pobre. De aquí un velado desdén, firme pero nunca ofensivo o altanero, de la riqueza y la ostentación, el distanciamiento

⁸ E. Mattavelli, *Don Luigi Monza (1898-1954)*, en *Profili di Preti ambrosiani del novecento*, Milán 1984, pp. 49-62.

⁹ Recuerdos de Monsignor Drago, en APL.

consciente hacia cuanto quitara a la vida del hombre la libertad o el sentido. Por esto le vemos intervenir, sin timidez ni vacilación, a él, un hombre manso y esquivo, ante el abuso y la injusticia, en favor de quien es una víctima, en especial la inocente e indefensa.

Fue característica de él una manera de reserva, advertida por cuantos le conocieron. No fue la suya aquella postura aristocrática de quien se siente en un plano superior al de los demás. Él era edificante, llegando hasta el rechazo explícito de todo cuanto se insinuara como superfluo, ya en las relaciones humanas ya en el uso de las cosas. Se imponía ante él una especie de respeto y reverencia, cuales las suscitaban su sobriedad y amor casi instintivo de lo esencial. Tenía dilatado el sentido de la dignidad de su servicio sacerdotal, su *vivir a Cristo*, hasta el punto de adoptar a veces actitudes que, de no conocerse su grandeza de ánimo y su libertad interior, podrían tomarse por escrúpulo.

Vivía sobre todo de la presencia de Dios que, a través de él, se transparentaba y hacía *sentir*. Y por encima de cualquier otro, tenía el deseo ardiente e inextinguible de dar a todos el Señor, consciente de que se nos da con Él lo demás, sobre todo el gozo del corazón y de la vida. Vida, en el centro de cuya constelación estaba la humildad, que él llamaba *marchitamiento* ("marcemento"). Hacía referencia a Jn 12:24: *Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, permanece solo; pero si muere, produce mucho fruto.*

Importa destacar el carácter *misionero* del pasaje, intuido por Don Luigi, aunque sin explicitarlo. Los que acuden a Felipe son *griegos*; y la respuesta a esa petición del mundo griego es precisamente la manifestación de la fecundidad del morir bajo tierra, en la oscuridad del surco. «Marchitarse en la humildad es cosa grave, dura, lo cuesta todo, y equivale a la destrucción. Aplico esta frase a cuantos dan la vida por el Señor. Es lo cierto que, ir dando un poco de vida cada vez, resulta mucho más fácil que aniquilar nuestro yo continuamente, en todo momento»¹⁰.

Hemos registrado hasta ahora los testimonios de aquellos que veían a Don Luigi desde el exterior. Pero también sus *hijas*, como él las llamaba, pintaron retratos suyos, cuales los inspiraban los lazos de la cercanía, la intimidad espiritual y el amor paterno del fundador.

Pasquina Sormani recuerda: «Observaba yo, desde hacía algún tiempo, su capacidad de dominio propio, al producirse contrariedades que le herían. Un día que estaba de visita en la casa de Vedano, le pregunté cómo lo había conseguido (pues no era de temperamento apacible); me respondió: "Han sido las humillaciones". Y practicaba la humildad a fondo». La misma hermana recordaba al Dr. Vercelli y decía: «Me acuerdo siempre que se habla de aquellos trances (su enfermedad y muerte), de una observación que hizo el Prfr. Vercelli, cuando le visitó después de sobrevenirle la afasia: "Sólo alguien habituado a ejercitar el dominio de sí puede aceptar de este modo un estado tan doloroso"»¹¹.

Y de nuevo: «El ascetismo de su persona, la manera de andar, la compostura y reserva, el delicado trato, el control de cada gesto, la mansedumbre del mando, el habla tranquila y la voz moderada» revelaban en él al «siervo inútil, que siempre temía adelantarse y causar ofensa. La humildad fue el principal distintivo en la vida de Don Luigi, y el gran ideal a cuya posesión tendían todos sus esfuerzos, hasta contar como nulos sacrificios y humillaciones que le permitían avanzar más y más hacia la codiciada meta. *Marcire* (descomponerse en la germinación la semilla) era su voz de orden, pero un *marchitamiento* intenso, en su significado más veraz, como el grano de trigo que prende en la buena tierra, y luego crece hasta la granazón opulenta. Para las jóvenes que entraban en la obra nacida de

¹⁰ L. Mezzadri, *Don Luigi Monza*, en *La Rivista del Clero Italiano*, 73 (1992), pp. 134-140.

¹¹ Recuerdos de Pasquina Sormani, en APL.

su gran corazón, importaba poco aprender la Regla, pues era su expresión viviente el amado fundador. Si a todas nos inculcaba el *ama nesciri* (ama el ser ignorado), él era el primero que lo practicaba. El iniciador, animador e iniciador de tan diversas actividades, hallaba siempre el momento propicio para ocultarse y dejar a otros la alegría, el disfrute, la satisfacción de lo felizmente conseguido. A quien se congratulaba con él de la belleza y grandiosidad de *Nuestra Familia*, decía una y otra vez: "Yo no vengo al caso ... no he hecho nada. La obra no es mía, sino de Dios, y de Él es el mérito; se ha servido de un pobre ignorante para realizar sus designios"»¹².

María Teresa dell'Orto le recuerda sobre todo por su humildad: «Nos abandonaste por el cielo, porque estabas hecho para el cielo, pero nos dejaste el patrimonio de tus virtudes, en una aureola de humildad y amor. Ahora hurtas a nuestra mirada la visión paternal de tu digno aspecto, pero compensas a nuestro corazón, haciéndonos sentir y degustar hondamente lo que tu diaria práctica del *ama nesciri* nos pudo antes esconder o velar. A la luz de tu ocultamiento volvemos a andar las etapas del camino que recorriste entre nosotras, y te sentimos cada vez más grande, aun cuando querías ser el más pequeño entre tus *Piccole Apostole*, a las que tanto amaste. Grande en los consejos que nos dabas, en aquellos que no querías llamar sermones porque ... "el padre no puede predicar a las hijas" ... - decías -, o bien en las expresiones que sabías hallar para cada una de nosotras, según nuestra particular demanda. Hablabas a nuestro corazón con palabras tan exquisitamente sentidas y profundas, que escondías en sencillas exhortaciones, a veces hasta en giros dialectales y graciosos. Eras luego singularmente grande cuando, según sucedió a menudo, ante quien admiraba tu magnífica institución, no querías ser presentado como fundador, sino que te justificabas llamándote simple y mezquino instrumento. Fuiste el animador más vivaz de nuestras obras, a las cuales nos llamaste, pero siempre te apartabas a un lado, cuando temías que se te pudiera descubrir, mientras querías actuar bienhechoramente en silencio. Aun la enfermedad respetó este rasgo tuyo, para que tu sufrimiento pasara desapercibido. Los médicos, por exigencias del mal, tuvieron que prohibirte las visitas, y así a muy pocos pudiste demostrar la grandeza de tu callado padecimiento»¹³.

Era para todas ellas como un padre, y Dina Viscardi así lo ha señalado: «Entré en la comunidad al mismo tiempo que otra. Poco después vino Don Luigi un día a Vedano con objeto de saludarnos y darnos la bienvenida. Recuerdo cómo, apenas fuimos divisadas, nos embromó, por todo recibimiento, con la frase: "Ahí están mis brujas ..." (A la mesa) Qué bien! Parecía un buen padre con sus hijas, feliz porque su familia se iba haciendo más numerosa. Para todas nosotras era en verdad *el padre*; aprovechaba sus visitas, a menudo breves, para inculcarnos su espíritu, de suerte que, si había una diferencia, se desvanecía ante él. Enseñaba el amor a la pobreza, que él el primero ponía en práctica con escrúpulo. Quería se respetase con exactitud el silencio, en especial a la noche después de las oraciones, *silencio* que él llamaba *mayor*. Apenas llegado deseaba vernos a todas y, si alguna faltaba, él mismo iba en su busca; para todas tenía una palabra de estímulo, de acicate en el camino de la santidad. Antes de despedirse nos daba su bendición, dondequiera estuviéramos, aun en la cocina "entre los pucheros"¹⁴.

Y según Adele Vitali, «Don Luigi daba un trato caritativo a todos, pero en especial a los pobres, a los que sufrían, a cuantos eran probados de algún modo. Su caridad era exquisita, ni aun mínimamente embarazosa si la acompañaba una ayuda material. Todo lo hacía de una manera tan delicada y fina, que no se apercebía úno de recibir, si no era para agradecer. Lo atestiguó un tío mío, de ideas socialistas y adverso a los clérigos cuando, al

¹² Recuerdos de Luigia Pontiggia, en APL.

¹³ Recuerdos de M^aTeresa Dell'Orto, en APL.

¹⁴ Recuerdos de Dina Viscardi, en APL.

ser exhumados sus abuelos, coincidieron él y Don Luigi en el cementerio de San Giovanni. Dijo que habían estado juntos en la cárcel (en época fascista), y que le había edificado su conducta. "Así debieran ser los sacerdotes", y añadió cómo, ya en libertad, a veces se lo tropezaba estando en compañía de un compañero de infortunio, sin medios económicos. Vuelto a éste, entre el saludo y alguna palabra de ánimo, Don Luigi le colocaba siempre un billete de 500 liras, aunque ello vaciase su cartera, a menudo vacía, porque Don Luigi era muy sensible a la indigencia ajena»¹⁵.

Teresa Pitteri le definió como *peón de Dios*, pues «cuando Dios le invitó a poner en marcha la obra, él creyó y se mostró dócil y humilde, vigoroso e incansable; se consideró un *peón de albañil*, que obedece las órdenes del maestro en la construcción de la casa, transporta cargas y efectúa las labores más ingratas. Nunca pensó ser el artífice de su obra. Siempre decía que lo era el Señor, que se desarrollaba porque era del Señor. A este nuevo compromiso se entregó en cuerpo y alma. Su fe hizo que trasladase montañas, y su ardor hizo que las remontase. Fueron verdaderas montañas las dificultades de todo género: falta de financiación, inexperiencia y desproporción en las primeras personas que con él colaboraron, egoísmo y mezquindad en las que le abandonaron, críticas de las que le rodeaban, desconfianza inicial en quienes luego le apoyarían, la oposición de sus propias hijas. Cada pena, en esta dolorosa suma, le encontró *siempre en pie*, siempre apacible y dueño de sí, siempre seguro del desarrollo de la obra, de la victoria de Dios. Nos inculcó la verdad evangélica del grano de trigo, que ha de morir, si quiere dar fruto; y de ello fue él mismo ejemplo. Dispuso de sí en favor de su obra. Fue un verdadero fundador, más aún, un fundamento. En el solar de la abnegación, de las humillaciones, del dolor, se echó a sí propio como primera piedra, piedra preciosa: otras piedras, a todas las cuales aglutinaría la caridad, como él bien la predicó, estribarían sobre aquélla. El edificio ganó en altura y anchura, y sus ramas llegaron muy lejos»¹⁶.

Teresa misma puso de manifiesto otra faceta de Don Luigi: «Un rasgo, entre otros que dominaban su espíritu: era totalitario. Ni en sí mismo ni en otros admitía medias tintas. Comprensivo y longánime con quienes caían por debilidad, era exigente con aquellas almas que, favorecidas por buenas posibilidades, con peculiares luces y gracias, no invertían éstas totalmente a beneficio de Dios. Ante ciertas almas pías que habían recibido el don inestimable de la divina llamada y regateaban su donación a Dios, o bien contemporizaban, Don Luigi bramaba, se indignaba, y las juzgaba como "vocaciones que dan asco". Frase fuerte, a primera vista exagerada. Pero quien oyera la inflexión de su voz, quien notara la expresión de su rostro, claramente advertiría en ella la explosión incontenible del celo de Dios que le inflamaba. Un día que hablaba de seminaristas, y sobre ciertas corrientes educativas demasiado conciliadoras, las cuales presumían imponerse so pretexto de elevar el número de aspirantes al sacerdocio, dijo que él no compartía en absoluto esta opinión; que, según él, un único apóstol santo era preferible a un centenar de mediocres»¹⁷.

Los colores del arco iris.

Recojamos ahora un haz de centellas multicolores que dan ulterior relieve a la figura de Don Monza. Un testimonio capta su confianza en la divina ayuda del siguiente modo: «A él le venía de los largos coloquios con Jesús eucarístico, y lo infundía en nosotras de una manera tan suya y a tal punto persuasiva, que no admitía réplica. "Don Luigi, me pasa esto...

¹⁵ Recuerdos de Adele Viatli, en APL.

¹⁶ Recuerdos de Teresa Pitteri, en APL.

¹⁷ Recuerdos de Teresa Pitteri, en APL.

estoy de verdad cansada!" "Cómo es posible?" Y escuchaba atentamente, con el *toscano* entre los labios. Luego echaba el humo a lo alto con aire satisfecho: "Mira: has visto? Todo acabó! Ponlo todo en las manos de Dios y será como el humo de este *toscano!*". Pero su corazón ya había articulado una plegaria, o bien se había comprometido formalmente a añadir una *Salve* (su oración preferida) a no pocas otras que recitaba todos los días»¹⁸.

Otra testigo recuerda su penetrante mirada: «Don Luigi infundía algún temor por su mirada honda y penetrante, que parecía haber captado tus estados de ánimo aun antes de hablarle tú; superada la dificultad inicial, yo hallé en él alivio y una dirección segura, no menos que un confiado abandono a Dios en la oración»¹⁹.

Se ha descrito así su señorío: «El señorío constante era un rasgo distintivo de Don Luigi; aunque provenía de una familia muy modesta en todos los sentidos, su habla, su andar, sus movimientos eran de gran dignidad, sobre todo en los actos externos de culto, pero también en la vida diaria. Cuando caminaba, parecía deslizarse sobre el suelo; aun cuando tuviera prisa, nunca era precipitado; si se alegraba y reía, nunca perdía la compostura. Todo ello era natural en él, sin rebuscamiento alguno»²⁰.

Acerca de la responsabilidad se dijo ya bastante, mas podemos añadir un testimonio final: «Pude admirar en Don Luigi una solicitud muy particular por las almas a él encomendadas. Tenía en relación a ellas un gran sentido de la responsabilidad, y su progreso en el camino de la perfección le importaba más que cosa otra alguna. De ahí que se las arreglase para pagar con su persona, en su afán de ayudarlas a superar las dificultades que surgían»²¹.

No tenía Don Luigi el humor de un Pío X, ni le gustaba como a san Felipe Neri reirse de los defectos humanos. Pero era hombre profundamente sereno, y que alguna vez se permitía algunos golpes de humor. Entre ellos hay uno que transmitió cierta testigo: «"Don Luigi, busque cura!" "Sí, yo mismo lo soy!"»²².

Don Luigi: inseguros trazos de su poliédrica imagen

Llegado al final de la galería que expone aquella carretada de retratos, el visitante queda un poco perplejo: toma de cada representación, según la recuerda, los rasgos peculiares que le impresionaron más, con objeto de ordenarlos y acuñar su personal efigie, la cual los evoca todos, pero de todos se distingue. Don Luigi aparece como *curita provinciano*: de constitución frágil y baja estatura, ninguna muestra particular de prestancia física... Se conduce con reserva, es respetuoso, callado.

En el perfil que de él traza, dice el escritor Luigi Santucci: «Luigi Monza supo apropiarse el arte de engañar». Ciertamente: tal como aparecía, no ostentaba ninguna cualidad externa especial, como para atraer a la gente. Le distinguía con todo un cierto *señorío* en el modo de andar, en la dignidad y compostura de su persona, aun en medio de la diversión, en tiempos y lugares de carácter recreativo, y sobre todo en el tacto y la firmeza de sus relaciones con los demás. Una pizca de humor, dejada caer en toda su comicidad, coloreaba los momentos más cordiales.

Hombre de pocas palabras, sabía hablar con el silencio, el comportamiento, la

¹⁸ Recuerdos de Antonietta Baldini, en APL.

¹⁹ Recuerdos de Teodolinda Frigerio, en APL.

²⁰ Recuerdos de Rosetta Spreafico, en APL.

²¹ Recuerdos de María Mazzucchelli, en APL.

²² Recuerdos de Antonietta Baldini, en APL. *Don Luigi, si curi (cúrese). Sì, sì, son già curato* (estoy ya curado, o soy ya cura, equivalente de nuestro *un cura que no tiene cura, cura a todos los curas*).

mirada. Esta última tenía una fuerza sorprendente para penetrar hasta el fondo del alma del interlocutor y captar sus estados de ánimo más íntimos. De aquí que no haya sido fácil para ningún biógrafo agotar su personalidad: ésta ha seguido siendo un misterio, susceptible de ahondamiento, mas no de total desvelamiento.

Espontánea y justificadamente se pregunta uno, cómo pudo brotar, de la fisonomía que hemos pintado, la fuerza que atrajo e interpeló a tantas personas, entre ellas a los jóvenes, amados de manera tan especial. Pese a su reserva, Don Luigi sabía tender una red de relaciones muy personales, y éstas hacían sentirse a uno bien recibido, importante, objeto de atención particular. Así relacionado, Don Luigi se convertía en padre amoroso, responsable del aumento y progreso de la fe de sus hijos. Este semblante paternal que insinuaba su vida de relaciones, se manifestaba tanto más claramente en la dirección espiritual de sus *hijas*. Don Luigi era en efecto, cual lo definió una de sus *Piccole Apostole*, un *totalitario* que desconocía las medias tintas en «las cosas de Dios». Radical consigo mismo, exigente con los demás, apuntaba al alto ideal del heroísmo de la caridad. Pues era en nombre de la caridad como tal firmeza, fortaleza y decisión interior se vertían en posturas de misericordia, de compasión, de buena acogida y, sobre todo, de benevolencia.

El temple fuerte e impulsivo, que a veces estalló en la época del seminario, fue un tronco tosco que, con gran paciencia y sacrificio, Don Luigi hubo de labrear, pulir, hasta el logro de un sorprendente dominio de sí, aun en la enfermedad apaciblemente sufrida. Una impulsividad mantenida a raya adoptaría forma de fortaleza, llegado el momento de defender o reclamar «las cosas de Dios». Pero esa interior fortaleza, que le hacía confiar más y más en la speración aun de los más duros estorbos, no fluía de energías propias, sino de la fe en la Providencia de Dios. A ésta atribuyó él el mérito de todo éxito, así el de haber fundado la obra, y en ella buscó todos los medios para afianzar su acción. Ahora bien, hay que desaparecer, y que el sitio de uno sea llenado por el semblante de Dios, si se quiere que, a través de uno, brille esa *otra* presencia.

Es aquí donde se inserta el lema de Don Luigi: «Morir como el grano de trigo que, caído en la tierra, produce mucho fruto». *Marchitarse* ("marcire") fue morir a sí mismo, a los egoísmos propios, en nombre de aquella caridad que le impelió a gastarse sin ahorro por los más pobres y por su obra. Ese *morir* es renunciar al deseo de sobresalir y a tener éxito, pues Don Luigi vio en el apostolado, no un triunfo, sino «un dejarse llevar de Dios». Esencialmente, la oración fue su fuerza, lugar privilegiado de encuentro con el Señor, con quien alcanzó intensa intimidad. Una oración nunca dissociada de la vida, oración esencial, simple, que se hacía vida a través de su persona. Contemplación y acción: un binomio que halló un verdadero punto de sintetización en la sobriedad y concretez de su comportamiento. Su referencia a Dios y su fe le condujeron a una admirable libertad interior, en nombre de la cual estuvo atento y escuchó los signos de los tiempos, y osó crear, a despecho de los esquemas corrientes, nuevos estilos de vida y de seguimiento.

Capítulo IX

EL ESCULTOR DE DIOS

Para las *Piccole Apostole* Don Luigi no fue sólo un formador, sino además verdadero y propio *pedagogo* del alma. La formación que él propuso a sus *hijas* osciló entre los polos de la tradición y la novedad; su intuición de una forma innovadora de consagración llevaba asimismo la impronta religiosa, única modalidad que había de la pertenencia al Señor. No fue Don Luigi nítidamente consciente de lo que significaba establecer un instituto secular, pero sí tuvo una honda y certera sensación de que el mundo necesitaba apóstoles que, desde dentro, testimoniasen con su vida y anunciaran el amor de Dios al hombre contemporáneo, en todos los ambientes, aun los más *peligrosos* y en apariencia más paganos. Una misión *moderna* que, al mismo tiempo, debía plegarse a la tradición.

Don Luigi fue el manantial del que fluía un hilo de agua, el cual se convirtió en riachuelo, cobró la impetuosidad de un río, desbordó el angosto y rígido lecho de su origen, y corre vertiginoso allende el horizonte. A lo largo de un breve trecho, Don Luigi acompañó esta evolución, dejando que los sucesores completasen el logro. Ya en el estilo de vida de la pequeña comunidad, y en las premisas formativas, podía percibirse un hálito renovador. Don Luigi quería que las hermanas vivieran en el mundo sin distinguirse por el vestido o el estilo de vida; mientras que la vida de los institutos religiosos salvaguarda su estilo propio, una misma atmósfera vital era compartida con otros residentes de la casa: los niños o, todavía antes, los desplazados. Por exigencias de la caridad Don Luigi había previsto también destinos individuales, la posibilidad de miembros separados de la comunidad. Interiormente tan libre, Don Luigi habría querido a sus *hijas* no menos liberadas de regulaciones y restricciones, como los apóstoles, que no tenían breviario; por esto las urgía a rechazar todo asidero externo, llegando a afirmar, paradójicamente, que supieran prescindir de la santa misa y de la capilla.

La elección misma de la actividad apostólica que debía emprenderse, y del objetivo al cual sería preciso dirigirse, evidenciaron desde los comienzos una orientación extremadamente innovadora para un instituto de consagradas: retiros espirituales a obreras, a diversas categorías de trabajadores, hasta organizarse jornadas de espiritualidad para *modelos*, las que posaban para artistas y que entonces no pasaban precisamente por *buenas chicas*. Esta última actividad fue propuesta por la Prfr^a Eva Tea, crítica de arte, que tanto empeño puso en la animación cristiana de los ambientes culturales y artísticos. Sobre todo al comenzar y desarrollarse la actividad para con los niños, Don Luigi cifró mucho en la formación profesional de las *Piccole Apostole*, de nuevo según un binomio extremadamente *secular*: competencia al servicio del hombre.

La vida comunitaria de cuño *más bien religioso* era entendida por Don Luigi como modalidad privilegiada, como palestra en la que entrenarse para vivir y testimoniar la caridad. Toda la espiritualidad de Don Luigi se basó en la caridad, que debía ser el fin y el móvil de cualquiera acción o pensamiento. Las mismas obras emprendidas eran funcionales a la manifestación caritativa. La formación impartida por Don Luigi a las *Piccole Apostole*, reflejaba esos dos aspectos de la tradición y de la novedad. Al primero se avocan las amonestaciones sobre el comportamiento que debe adoptarse en público y entre las hermanas, regulado por normas precisas desde que se produce la expansión de la

comunidad. Se añade lo atañedero al vestido, *castigado* (sobrio) hasta el extremo. Respeto asimismo hacia algunos momentos *sagrados*, que jalonaban tradicionalmente la jornada de las religiosas, así por ejemplo el *gran silencio* de la noche, tan querido de Don Luigi. Pero esas observancias llegaron a ser demasiado rígidas y gravosas para una moderna actividad caritativa, vivida según la consigna de la flexibilidad, y se modificaron con el paso de los años.

Manifiesto formativo

Los grandes movimientos literarios, políticos, artísticos, suelen hacer pública en un *manifiesto* la declaración de sus intenciones, principios, fines y metas. Don Luigi declara sucintamente en una carta dirigida a Zaira Spreafico cuáles sean el quehacer y estilo del formador, y cuál el fin propio del proyecto formativo: «Gracias por la carta, las claras expresiones y férreos propósitos. Apruebo y animo, asegurando a usted victoria. Su *quiero*, quiero una y otra vez, quiero hacerme santa: lo será. Yo mismo la ayudaré. Ojo a los extremos: resista a lo muy alto, no menos que a lo muy bajo, *in medio stat virtus* ("la virtud está en el medio"). Tuve siempre confianza en usted, y ahora la siento con más fuerza. Sin embargo, seguirá siendo mi preciso deber el corregirla, enderezarla, animarla, como otra mano de Dios. La he tenido bajo el yugo tres años, y no quiere que la tenga hasta treinta? Esté segura de que, por su bien, por una mayor perfección de usted, no quedará medio alguno que yo no pruebe. Adelante, pues, con alegría».

Don Luigi mantenía relaciones *formativas* con las *Piccole Apostole* a través de coloquios personales, o bien por correspondencia, y mediante breves, sencillas intervenciones en la vida diaria de cada una. Su vida, que con el mero ser se comprobaba formativa, fue toda ella elocuente en extremo. Del *Manifiesto* fluye claramente la postura de paternal comprensión, de animación y estímulo, lo típico de un padre ansioso de ver cómo crecen y maduran sus hijos, retrato de sí mismo que él hace en una carta a Zaira (julio de 1952): «Por que la riño, por qué la apeno alguna vez? O no actué así siempre? Es que un buen padre no tiene el derecho de reñir a sus hijos, sólo por temor a que no obren bien? Pero ay, si alguien me las toca!»

La atención para con la persona individual hasta en cuanto a su salud, y la facultad de intuir los movimientos no expresados del corazón, hicieron de Don Luigi un verdadero pedagogo, que respondía a los deseos del semejante con gestos concretos de caridad, aunque fuesen pequeños:

Cada vez que venía a Ponte Lambro, veía a cada una en su puesto de trabajo, sin olvidar a ninguna, y para todas tenía una palabra, a veces grave y comprensiva, a veces jocosa, según las circunstancias, que advertía a una milla de distancia¹. También a mí me veía con frecuencia, venía a buscarme en mitad del trabajo que me ocupase, siempre estaba sola entre las escobas, los estropajos y los cepillos, y pensado que a la larga me resentiría de este aislamiento, me repetía mucho: Bien, bien! Hela ahí sola con "El Solo!"² Llegado un momento me miró con una expresión tan penetrante, como si quisiera leer en mi alma todo lo que yo no sabía expresar en palabras³. No quería al alma en tensión, por eso, cuando la sabía particularmente preocupada, intuía con caridad exquisita lo que le

¹ Recuerdos de Margherita Colombo, en APL.

² Recuerdos de Querubina Malberti, en APL.

³ Recuerdos de Redenta Baggio, en APL.

daría gusto y se lo ofrecía; no que lo ofreciera Don Luigi, él acertaba a desaparecer, sino que su bondad nos salía al paso⁴. Cuando intuía que fallaban las palabras, Don Luigi dejaba que la oración hablara al corazón de aquella persona. La oración por los que se le confiaban fue siempre foco de fuerza en su tarea de formador: todo lo ponía en las manos del Señor, y a Él solo atribuía los progresos del crecimiento espiritual. Sabía desdramatizar las situaciones avocándose a la relatividad y caducidad de de las preocupaciones. Si nos veía preocupadas decía, acompañando las palabras con expresiva mímica: Sus preocupaciones son como el humo del puro o de la pipa, una calada, algo de humo, luego desaparece todo sin dejar rastro⁵. (Y cuando alguna iba a verle para desahogarse) Don Luigi, me pasa esto, ¡estoy muy cansada! Pero cómo es posible? Él escuchaba atento, entre los labios su indefectible toscano: luego echaba el humo a lo alto y respondía con aire satisfecho: Has visto? Todo acabó! Ponlo todo en manos de Dios, y será todo como el humo de este toscano. Mas ya con el corazón había pronunciado una plegaria⁶.

Don Luigi sabía cómo pedir mucho, pedírselo todo a las *Piccole Apostole*. Bajo este aspecto nunca falló en cuanto a comprender y, sobre todo, animar y confirmar en sus propósitos a la persona, demostrando la necesaria confianza en sus dotes, e invitándola a fiarse de la ayuda del Señor: «Inútil reiterar la confianza que deposito en usted y las oraciones que siempre digo por sus progresos de amor en Dios. Alégrese de la solicitud que el Señor tiene para con usted y también para conmigo»⁷. Sus cartas iban a menudo enriquecidas con expresiones como: «Estoy archicontento de sus esfuerzos y de sus progresos», o bien «Dé las gracias por mí a todas las chicas, que hacen milagros de bien».

Como un buen padre, Don Luigi discernía cuál era el momento de comprender y animar, y cuándo había que regañar. Para cada una de ellas, cuyos caracteres y rasgos personales guardaba nítidos en el corazón, tenía la amonestación justa, por ejemplo: «Esté atenta a su carácter y a su nerviosismo». Sin embargo, no se conciliaban con la personalidad de Don Luigi el regaño y la reprensión: él cumplía con ese requisito formativo sólo por el bien del alma, como lo expresa por carta una vez: «Deje estar, que no me falta el valor de emplear la vara con quien lo merece, si es mi deber. Ciertamente, me cuesta mucho cumplir con esta segunda parte, y sufro más dando bastonazos que recibéndolos»⁸.

Esta doble postura, de firmeza o dulzura, queda recogida en el siguiente episodio: «Continuó unos 20 minutos en este tono, y aun alzando la voz, cuando de pronto le avisan que es hora de marchar. No lo esperaba tan pronto! Hubiera querido algún tiempo más, para que fuese más cordial el mutuo entendimiento, pero no era posible. Entonces mudó repentinamente la expresión, se puso manso manso, y encaminándose a la puerta dijo: "Ay, lo que siento despedirla así! Le dejo el perdón que sólo el afecto de un padre sabe dar. Luego, por escrito, comuníqueme esos buenos propósitos que ahora no me queda tiempo de escuchar. Como prueba de que no me guarda rencor por el tono que he empleado, debo recibir la carta mañana"»⁹.

Don Luigi rehuía lo intelectual y abstracto por amor de la diaria concreción, la misma que las *Piccole Apostole* eran invitadas a considerar. Este rasgo suyo le llevaba a ser también concreto en el campo formativo, valiéndose de ocasionales situaciones cotidianas y

⁴ Recuerdos de Marisa Mazzucchelli, en APL.

⁵ Recuerdos de Margherita Colombo, en APL.

⁶ Recuerdos de Antonietta Baldini, en APL.

⁷ Carta de Don Luigi Monza a Pasquina Sormani, 22 de julio, 1953, en APL.

⁸ Íd. de Don Luigi a Zaira Spreafico, en APL.

⁹ Recuerdos de Rosetta Spreafico, en APL.

de expresiones metafóricas, con objeto de llamar la atención sobre los principios básicos de la vida espiritual. He aquí un ejemplo en relación con la humildad: «El clavo se esconde detrás del cuadro, y sin embargo sostiene una obra maestra»¹⁰. Otro caso dice relación a la caridad: «Comentando el desplome de la capilla de Ponte Lambro en construcción, dijo que los técnicos, examinadas varias posibles causas, tuvieron que admitir como causa principal la insuficiencia de cemento. Así - decía - será nuestra comunidad, si falta el cemento de la verdadera caridad fraterna»¹¹.

Zanjas para los cimientos

Don Luigi, que echó los cimientos de *Nuestra Familia*, puso también en el campo formativo las bases para que construyera su personalidad y espiritualidad la *piccola apostola*. Éstas se erigieron sólidas sobre el esfuerzo de la voluntad, más que sobre el impetu del entusiasmo, en la convicción de que: «No necesita el alma de muchas cosas, sino más bien de pocas, que lleguen al fondo del corazón y se hagan vida»¹².

Con base en este primer solar formativo, que persistirá a través de los años como lugar de referencia para las *Piccole Apostole* de la Caridad, el referido instituto secular fue recorriendo el sendero de una incesante evolución, la cual, según ascendía, vio abrirse escenarios y horizontes más y más vastos y tersos, hasta los confines del mundo.

La formación que Don Luigi propuso a sus *Piccole Apostole* tuvo por resultado el que madurasen personalidades muy diversas entre sí y se potenciaran las dotes y los rasgos de cada individualidad. Humanamente, la *piccola apostola* debía encarnar a una mujer valerosa y madura con la que se pudiera contar, dar cuerpo a una presencia activa, positiva y moderna en el mundo y que, sin mengua de ello, fuese toda de Dios. Rehuyamos las homologaciones, en nombre de la heterogeneidad promocional que tiene por centro al individuo: el cincel de Don Luigi laboreó aquellos caracteres, gradual y pacientemente, con la constancia y la pasión de un artista, que persevera hasta configurar su criatura. Escribía: «Es cierto que cada alma tiene su personalidad, lo es también que, aun conservándola, debe lograrse que muchos corazones formen uno solo, muchos ideales uno solo, para cantar con alegría: "ecce quum bonum et quam jucundum"»¹³.

De hecho la comunidad resultó un coro a voces: diversas tonalidades para una misma partitura, cuya armonía se alimentaba de una variada riqueza. La originalidad de cada elemento es descrita por Don Luigi en algunas cartas, donde ingeniosa y sagazmente pergeña la personalidad de cada cual: «A la buena Pasquina, mi siempre renovada confianza; a la buena Armida, un *Gracias!* especial por todos sus atentos servicios y por la mucha paciencia con que me trató. De Rosetta recuerdo toda la solicitud y preocupación por prepararme sabrosos guisos y hacerme comer, aunque no me apeteciese. A Miriam recuerdo, con las manos juntas, la devoción para con su padre. Y Tranquilla? Le vuelvo a recordar la presteza en seguirme y la obediencia pronta y alegre»¹⁴. «A Teresa, con sus males físicos y sus bienes espirituales, el deseo de que, como el grano evangélico, se deshaga para que dé mucho fruto. A la buena Ángela, que "tira al monte", y habla día y noche, deseosa de ponerse tísica y parecerse a santa Teresita, y en fin a la buena Amanda, seguida y asistida por el Señor con cien operaciones al año, les digo a toda prisa que suban

¹⁰ Recuerdos de Ortensia Bernardi, en APL.

¹¹ Recuerdos de Teresa Pitteri, en APL.

¹² L. Monza, *Don Luigi ci parla*, Ponte Lambro 1973, p. 27.

¹³ Don Luigi a Armida Monti, en APL. *Ved cuán bueno y cuán grato...Salmo 132 (133)*.

¹⁴ Don Luigi a la comunidad, en APL.

hasta donde Él quiere, para disfrutar el paraíso en la tierra y, arriba en el cielo, lo seguro y perfecto»¹⁵.

Principal objetivo de la formación espiritual que Don Luigi impartía a sus *Piccole Apostole* era la santidad, el camino de la perfección, tal como él mismo escribía, antes de 1948, en carta a la comunidad: «Nada os tengo que comunicar más que mi constante esperanza de que progreséis en la santidad religiosa, que conlleva la entrega total y verdadera de vuestra vida al ideal para el que todas fuisteis llamadas»; y luego añade: «pero qué poco comprendéis su ansia absoluta de vuestro "*marcimento*" (disolución como la del grano evangélico)»; y de nuevo: «Como ve, es Dios quien la quiere santa a todo trance!»¹⁶.

Para Don Luigi la santidad fue objeto de reiteradas reflexiones, y de ellas dan testimonio algunos pasajes extraídos de sus escritos: «Nuestra santificación es lo que más debe importarnos. Hermoso pensamiento: "Dios basta a los santos y los santos bastan a Dios". Dios debe bastarnos también a nosotros. En realidad el bien es uno solo: poseer a Dios; todo el resto es nada»¹⁷.

En unos apuntes de sermones, conservados en cuadernillos y recogidos en la selecta de sus escritos, *Una propuesta de vida*, trataba los fines del Regla y exponía los elementos esenciales de su proyecto formativo: «Fin principal (de la Regla): la santificación de sus miembros. Es una contradicción querer santificar a los demás sin santificarse a sí mismos. Seremos menestrales. Nuestra santificación no tiene límites: "Sed perfectos como perfecto es vuestro Padre", "El que es santo que se santifique aún". Nosotros que amamos al Señor podremos estar en paz, viendo que otros le ofenden? Y he aquí el segundo fin de nuestra Regla: calar en la sociedad, que se hace más y más pagana, para que vuelva a Cristo, como en tiempos del primitivo cristianismo, con el espíritu de los apóstoles y con la caridad de los primeros cristianos... y sin embargo ha de ser Cristo quien viva en nosotros, debiéramos aplastar nuestro yo. Sentimos el deseo, claro, de ser eso, pero si..., pero como... Fuera todos los síes, los peros, los cuandos, y...: "a hacerlo"»¹⁸.

Don Luigi concebía el logro de la santidad como un acercamiento al infinito, a la meta, un divisar sin jamás llegar, un ya y todavía no. Al igual que todos los caminos de prolongado recorrido, también el que comprometía a la santidad conllevaba cansancio, lentitud, demoras y avances. *Conditio sine qua non* de progreso eran el anonadamiento y la concomitante humildad, precisamente los dos quicios de la formación de Don Luigi: «Anonadarse en la humildad como el evangélico grano de trigo que da mucho fruto. Así viene Jesús del cielo sin darse a conocer. El grano se echa en la tierra, y Jesús se humilla hasta la cruz: así nosotros... Para desarrollarse, el grano necesita descomponerse bajo la tierra. Así recibió muerte Jesús. Nuestro amor propio debe ser triturado. Lejos del mundo, adheridos a la tierra, y un bajo la tierra»¹⁹. «Y desde el momento en que has de germinar, permite que te proponga: "ama nesciri et pronihilo reputari", ama ser ignorado y tenido por nulo»²⁰. «El anonadamiento se define como "el más formidable ideal"»²¹; y se alcanza mediante la voluntad y con la ayuda del Señor.

Sobre el desprendimiento de sí propio recuerda una *piccola apostola*, Antonietta Baldini: «Desprendido él mismo, a todas nos enseñaba la práctica del desprendimiento, no sólo de las cosas materiales, sino especialmente de lo que más cuesta, o sea, el pequeño

¹⁵ Don Luigi a Zaira Spreafico, en APL.

¹⁶ Don Luigi a Armida Monti, en APL.

¹⁷ Monza, *Don Luigi ci parla*, p. 21.

¹⁸ L. Monza, *Una propuesta de vida*, Ponte Lambro 1976, p. 79. Cf. Mt 5:48 y Apc 22:11.

¹⁹ Apuntes para una homilía, *ibid.*, p. 41. "Sine qua non": imprescindible.

²⁰ *Ibid.*, p. 42. Kempis, n. 3 del c. ii, del lib. I.

²¹ Don Luigi a Pasquina Sormani, 22 de julio, 1953, en APL.

mundo de nuestro yo. Cierta día, violentándome, había yo aceptado una situación y superado una diferencia de miras. Había salido de la prueba con las alas *mochas* - según se dice -, pero con la dicha en el corazón, por la victoria sobre mí misma. Cuando me vio Don Luigi, apenas si había recobrado la calma, pero él estaba ya al corriente del caso. Me detuvo y me contempló con su mirada bondadosa y penetrante y, accionando expresivamente según hablaba, dijo: "Bonum mihi quod humiliasti me" (Salmo 118 {119: *Bueno para mí que me humillaras*}: 71), a lo que añadió: "Ha pedido disculpa?"²².

En cuanto a la humildad, Don Luigi fue muy exigente, y no perdía ocasión de remachar lo irrenunciable de su importancia: «De usted he oído que debe frecuentar nada menos que la Universidad Católica para necios. Bien. Si tiene alguna tentación de orgullo, la combatirá con éxito estimándose inútil instrumento e instrumento, además, para necios»²².

El *siervo inútil* del evangelio (Lc 17:10) fue uno de los pasajes preferidos de Don Luigi: ahí desaparecen la persona y toda su entrega, para dejar que triunfe sólo Dios. Frente a Él, el hombre no se arroga ningún mérito, sino que se reconce mero instrumento, y ofrece una y otra vez la propia disponibilidad, tal como hicieron los santos: «Procurad serviros del humilde language de los santos que, al cabo de muchas labores y fatigas, exclamaban: somos siervos inútiles»²³.

Y de nuevo: «Sierva inútil. Solamente Dios puede conocer a fondo el valor de estas palabras y Dios solamente puede entender lo que es necesario para nuestra Institución, la cual no es humana, sino hechura de Dios, cuyo inútil medio somos nosotros»²⁴. Don Luigi identificó el amor propio y sus múltiples manifestaciones como principal enemigo al que era preciso derrotar y, antes aún, reconocer, pues tiene habilidad para camuflarse y esconderse bajo las mejores intenciones; el repliegue sobre sí mismos y el desaliento fácilmente se truecan en ardid del taimado amor propio que se insinúa en ellos: «Trate de no dar importancia ni siquiera a sus penas interiores, pues el demasiado reflexionar sobre sí mismos es igual que el cultivarse a sí mismos, lo cual es cultivar el amor propio. Si luego me dice que no es perfecta, que no es una religiosa digna, eso ya lo sabía yo antes de ir usted a Vedano. No ha entrado perfecta en religión, sino para hacerse perfecta. Si un alma se concentra demasiado sobre sí misma, y lo raciona basándose únicamente en las propias facultades, se hace obstinada, egoísta y, sin apercibirse de ello, también soberbia. Eso nunca le acontecerá a usted, porque será obediente, desconfiada de sí misma: buscará ayuda en quien debe, y rogará llena de fe, con la seguridad de ser escuchada»²⁵. «Aun cuando alguna vez confiese haber cedido, repárelo luego sin desanimarse, como se hace con las brechas en estos tiempos de aluviones. Vaya despacio cuando hay niebla, por el peligro de chocar, lo que sucede cuando hay niebla de amor propio en las cabezas. Después viene el buen tiempo y, con él, un sol hermoso. Ojalá durase siempre»²⁶.

El tema del desapego de sí mismos y del anonadamiento puede resumirse así: «Llegar al desprendimiento total para al fin repetir con san Pablo (Glt 2:20), no vivo yo, sino que en mí vive Cristo» y «anonadarse en la humildad como el grano evangélico que da mucho fruto»²⁷.

La confianza sin límites en Dios no admite tampoco ni desalientos ni desvíos, pues es de Dios la obra, y la Providencia, que Don Luigi tanto ama, no deja de ayudar, si se la invoca. En este camino hacia la santidad, vio Don Luigi con realismo todas las dificultades

²² Don Luigi a Zaira Spreafico, en APL.

²³ Monza, *Don Luigi ci parla*, p. 28.

²⁴ Don Luigi a Armida Monti, en APL.

²⁵ Don Luigi a Tranquilla Airoidi, en APL.

²⁶ Don Luigi a Pasquina Sormani, en APL.

²⁷ Monza, *Una proposta di vita*, p. 27.

que surgirían ante sus *Piccole Apostole*, y en este sentido las amonestaba, animándolas a ser fuertes en Dios, sobre todo bajo los sufrimientos y contradicciones:

*Con frecuencia advertía que, para nosotras y para la obra, el distintivo sería la contradicción, pero que saldríamos siempre victoriosas de ella. Seguro de la función de estos elementos, nos alentaba a estar y permanecer siempre serenas, y a mantenernos sonrientes en pleno apostolado*²⁸. Y en la lucha contra las tenaciones y en las pruebas, sabía hacer que las almas divisaran las cimas de la perfección en el momento del sacrificio: "La aceptación de la prueba, la resistencia a la tentación se enclavan continuamente en nuestra vida de cada día, militia vita hominis super terram ("la vida del hombre en la tierra es servicio militar"). Pero eso constituye una ocasión magnífica para atestiguar nuestra fidelidad a Dios ... Un alma que, puesta entre Dios y las tentaciones, prefiere constantemente la divina voluntad, da a Dios inmensa gloria, porque proclama que Dios solo es su Señor... La fe que no actúa es una fe muerta y no tiene valor ... en lugar, pues de llorar en las tentaciones, alegrémonos, porque es el momento en que nuestra fe vive"²⁹.

Para un proyecto tan comprometedor eran necesarias personalidades vigorosas, determinadas, capaces de estar en pie sin puntales: «"No tengáis contrafuertes, desembarazaos de todo contrafuerte"! Los contrafuertes son obras de ingeniería que mantienen una fortaleza, una muralla sobre su base. Pero nosotras debíamos aprender a estar en pie sin apoyos. Nos quería almas sensibles, almas de fe, apoyadas sólo en Dios y en su gracia, que nunca puede faltar al que tiene buena voluntad y rectitud de intención»³⁰.

Almas que sobre todo estuvieran dispuestas a crecer y a formarse en la lógica evangélica de la caridad, aunque eso en apariencia pueda aparecer como *derrota* y *mengua* a la mirada de ojos humanos:

*Don Luigi nos animaba siempre a un constante esfuerzo para realizar con cualquier persona y a cualquier precio un ideal de caridad que, de muchos, hiciera un solo corazón y un ideal solo. Si se le objetaba que, en algunas circunstancias, eso podía conllevar una mengua de la personalidad propia, nos explicaba que el ejercicio de la caridad, mortificando el propio egoísmo y las miras propias que encierra, no empece en absoluto la afirmación y el desarrollo de la personalidad. Es más, una persona es verdadera y plenamente tal, cuando sabe dominarse y consigue entender y valorar todos los puntos de vista de los otros. Cada uno de nosotros es naturalmente impelido a afirmarse. He ahí uno de los instintos básicos. Pues bien, quien sabe renunciar a esa tendencia con el noble propósito de crear en la comunidad, en el grupo, un solo corazón y un alma sola, ése es verdaderamente grande y tiene una verdadera personalidad*³¹.

En ese mismo principio, el de la renuncia de sí y de las instintivas miras propias, fundamentó Don Luigi su concepto de obediencia, entendida como libre sumisión a la voluntad de Dios, que los superiores hacen concreta, y es etapa esencial en el camino hacia la santidad. Don Luigi se avocó siempre al concepto de la responsabilidad de cada una en cuanto a cooperar con la gracia del Señor: la misma responsabilidad del primer *sí* a la

²⁸ Recuerdos de Teresa Pitteri, en APL.

²⁹ Recuerdos de Ortensia Bernardi, en APL. Job 7:1.

³⁰ Recuerdos de Teresa Pitteri, en APL.

³¹ Recuerdos de Teresa Pitteri, en APL.

llamada del Señor debía continuar durante toda la vida. De esta premisa fluye una serie de exhortaciones sobre la prudencia, la vigilancia, la guarda del corazón, y el buen ejemplo: éste «es en todo el gran muelle que empuja, impele y obliga a seguirlo»³². Don Luigi insistía en que esta andadura formativa fuese vivida por cada *piccola apostola*, no sólo en la serenidad, sino con una *alegría* que nunca faltó en las conclusiones epistolares: «Estoy y quiero estar seguro de su santa alegría. Sepa que las melancolías no pueden demorarse en Vedano»³³.

Rosetta Spreafico recuerda que «cuando Don Luigi acudía para reunirse con sus hijas en comunidad, disfrutaba muchísimo los momentos de alegría, y daba las gracias a las que hacían versos o improvisaban escenas cómicas, alusivas a sucesos, gratos unas veces y otras no tanto, con el fin de afrontarlos y prestarles más serena atención. La alegría, decía Don Luigi, fomentata la caridad».

Alegría y serenidad que eran también testimonio del amor de Dios para el mundo: «Conservar la serenidad y la sonrisa como quien posee la verdadera felicidad de Dios, para que como san Agustín digan, *Si estos y esos, por qué no yo?*»³⁴.

Pero a esta formación, enderezada al logro de la santidad, cómo darle concretez, proveerle lugar, una palestra para su entrenamiento? Don Luigi fue muy claro: la cotidianidad. La *piccola apostola* fue educada para valorar al máximo el pequeño gesto cotidiano: «La santidad no consiste en hacer cosas extraordinarias, sino en hacer las cosas ordinarias extraordinariamente bien»³⁵.

La vida de Don Luigi rehuía, por su estilo, el aplauso, el gesto clamoroso, la generosidad espectacular de un momento, y lo hacía así en nombre de una perseverancia preciosa y constante para la vida: «Dé gracias, pues, con verdadero reconocimiento y ármese con todas las armas que pone a su disposición el buen Dios, en todos los sucesos y en todas las vicisitudes cotidianas, para obtener la resonante victoria final»³⁶. «He pedido en particular la gracia de que perseveréis en el bien, cual lo ejecutáis con elogio cada día, porque además de fe, demostráis siempre muy alto espíritu de sacrificio»³⁷.

Don Luigi dio mucha importancia al trabajo diario y a la profesionalidad, no como si estos fueran fines, sino como medios de santificación. La especie de trabajo requerida no era importante para él: todo trabajo, cualquiera fuese su naturaleza, debía ejecutarse por el Señor, con amor y en lo cotidiano:

*Me decía luego que valorase mi trabajo, aunque quedara escondido y por inútil que pareciera, pues los niños desharían pronto el orden que yo cababa apenas de poner. Me decía: Lo importante es trabajar por el Señor, con el Señor. No todos los santos son sabios; uno se hace santo también efectuando menesteres humildes, y aun cuando sólo maneje la escoba*³⁸. *Y de nuevo: En el trabajo continuo, el alma adquiere un esplendor y una pureza verdaderamente grandes; y cuando a la noche se sienta cansada y fatigada, olvídense de sí misma y no piense más que en haber trabajado con Jesús y por Jesús, y advertirá que, sin darse cuenta, ha dado muchos pasos hacia Él, y su buena alma estará segura de haber obtenido una limpia ganancia, y merece el reposo junto al corazón de Jesús. Y si durante gran parte de la jornada, obliga a usted la obediencia a estar entre las ollas, junto a los fogones y bajo la chimenea, piense que esa obligación la hará encontrar a Jesús sonriente,*

³² Don Luigi a Pasquina Sormani, en APL.

³³ Don Luigi a Tranquilla Airoidi, en APL.

³⁴ Monza, *Una proposta di vita*, p. 71. (Cf. *Libro VIII de las Confesiones, cap. xi, nm. 3*).

³⁵ Monza, *Don Luigi ci parla*, p. 17.

³⁶ Don Luigi a Pasquina Sormani, 22 de julio, 1953, en APL.

³⁷ Don Luigi desde Lourdes, 21 de mayo, 1952, en APL.

³⁸ Recuerdos de Querubina Malberti, en APL.

tal vez en silencio como usted, pero siempre atento a lo que hace, siempre infinitamente bueno hacia usted, que busca la conformidad con su voluntad divina por la obediencia más perfecta a los superiores. Consagre uno a uno los momentos de la jornada, que pasarán velozmente, a Dios, quien me parece quiere decir a usted en todo instante: "Nada te turbe, yo estoy contigo"³⁹.

La santidad no fue entendida por Don Luigi, sólo como camino privado del alma hacia Dios, llamada a un individuo para, entre Dios y él, realizar algo, sino como una incumbencia frente al mundo, que pide ser salvado, acento *secular* de la santidad en el que se formaron las *Piccole Apostole*: «Deseo a usted una pronta y grande santidad, como Dios la quiere y cual la pide el mundo actual»⁴⁰. «El mundo moderno requiere nuestra santidad, santidad edificada sobre el amor. Que con nuestra vida podamos decir al mundo moderno, moralmente sacudido: Observad lo estupendo de vivir en el amor»⁴¹. En todo lo creado está Dios, y su impronta es perceptible en el mundo, de ahí la exhortación de Don Luigi: «Aprenda a meditar notando cada cosa, sin libros, encuéntralo todo en Dios»⁴².

Pero el mundo tenía esencialmente necesidad de amor, de un amor que no se detiene a medio camino, de un amor que va más allá del principio humano de la solidaridad, para hacerse caridad a ejemplo de Cristo, quien dio la vida por nosotros, y según la caridad de los primeros cristianos. Una caridad puramente gratuita, que ama a cada cual más allá de sus méritos, que acoge a todos, aun a quien es consciente de hacer el mal: «Ejercitar la caridad con heroísmo y, en el privilegio de la persecución, decir al perseguidor: "También tú serás mi hermano en Cristo"»⁴³. Este heroísmo de la caridad, en el que Don Luigi educó a las *Piccole Apostole*, no fue un principio abstracto, sino vivido en primera persona, en las vicisitudes dramáticas de su vida. Baste pensar en los tiempos del colegio de Saronno, en la detención durante el fascismo, en las incomprendiones de la parroquia, en las nimiedades de la obra, en los obstáculos encontrados al querer realizar ésta. El gran ideal de la caridad que debía intimarse a cada hombre contemporáneo, y llevar hasta los remotos confines de la tierra, se encarnaba luego, factualmente, en la cotidianidad y en la vida comunitaria: aquí se ejercitaban las *Piccole Apostole* en el aprendizaje del amor. Comunidades, las que Don Luigi quería, abiertas a la menesterosidad del mundo y prestas a hacerse caridad en el interior de él. Algunas cartas suyas dicen:

*Precisa orar, hay que sacrificarse, debemos hacernos un solo corazón y un alma sola. Dios no podrá bendecirnos nunca, si estamos dislocados de la verdadera caridad. Ánimo, pues, y adelante con nuestro programa del espíritu de los apóstoles y de la caridad de los primeros cristianos*⁴⁴. *Y luego es del todo evidente que nuestra casa está muy necesitada de mutuo entendimiento, unión, verdadero amor, faltando el cual es imposible recibir la bendición de Dios, puesto que tenemos por ideal llegar a la caridad, la de los primeros cristianos*⁴⁵.

Una hermana recuerda: «Antes de marchar se le pedía la bendición, y él nos dejaba

³⁹ Don Luigi a Tranquilla Airoldi, 18 de noviembre, 1938, en APL. (*Al conocido verso teresiano parece añadirse un eco de Jeremías 43:11, o tal vez de Ageo 1:13 ó 2:4*).

⁴⁰ Don Luigi a la comunidad, antes de 1948, en APL.

⁴¹ Monza, *Don Luigi ci parla*, p. 24.

⁴² Recuerdos de Giuseppina dell'Orto, en APL.

⁴³ Monza, *Una proposta di vita*, p. 27.

⁴⁴ Don Luigi a Zaira Spreafico, en APL.

⁴⁵ *Id.*, en APL.

con las palabras de san Juan, "Amaos... éste es mi mandamiento antiguo y nuevo, os lo repito, amaos, viviré cien años y siempre será nuevo. Qué importa todo lo demás?"⁴⁶.

En el interior de la comunidad, tenían las *Piccole Apostole* el deber de «amarse entre sí como los miembros del cuerpo místico de Cristo, callando toda ofensa recibida, salvo que el callar diera escándalo a otros, o perjudicara a la institución»⁴⁷. Don Luigi ejerció el papel de formador comunitario, no sólo individual, mediante correspondencia que dirigía a la comunidad entera y a través de meditaciones, retiros, pláticas. Las *instrucciones* recogían los temas ya tratados, y los remachaban con exhortaciones a la caridad específicamente comunitaria: «Si además os digo que la caridad debe ser la de los primeros cristianos, es porque fue la misma que practicó Nuestro Señor con los apóstoles, y los apóstoles con los primeros cristianos. Si cada una de vosotras estuvieseis poseídas de este ideal y lo vivieseis en la práctica, no sería necesario contrafuerte alguno: os haría feliz todo desprendimiento, caminaríais con la sola unión de Dios, y andaríais entre vosotras con el solo espíritu»⁴⁸. «Y vosotras? Queredme tanto, tanto, tanto, como yo os quiero en Cristo?»⁴⁹.

⁴⁶ Recuerdos de Ortensia Bernardi, en APL. Jn 15:12.

⁴⁷ Monza, *Una proposta di vita*, p. 27.

⁴⁸ Don Luigi a la comunidad, 1945 ò 1946, en APL.

⁴⁹ *Id.*, junio de 1948, en APL.

Capítulo X

LA HISTORIA Y LA PROFECÍA

Verás, verás, pero verás

La muerte de Don Luigi Monza se dejó sentir doblemente. La parroquia experimentó aflicción y desconcierto por la desaparición de un párroco al que todos llamaban *santo*. Ahora bien, morir es ley de vida, y esa lesión no duraría mucho, pues estaba la fe en el *bello paraíso*, - así describía el propio Don Monza la vida eterna -. Y estaba además la posible elección de un sucesor.

Para las *Piccole Apostole* la pérdida era más grave. Se hallaban en mitad de un difícil paso. Las obras no se habían consolidado aún, y era bajo el número de hermanas. Además, la plantilla gobernante acababa de rebasar los treinta años, una circunstancia que daba lugar a comprensibles temores y perplejidades.

Un así, apenas sobrevenido el deceso, y estando en torno al cadáver de Don Luigi algunas *piccole Apostole*, exclama Zaira: *Y ahora qué hacemos!* Armida respondió por todas, y articuló el pensamiento de Don Luigi: que Zaira siguiera adelante. Así se hizo. El *pequeño resto* preparó un gran porvenir. Y en realidad, casi de inmediato, se tuvo la sensación de que las palabras "Verás, verás, pero verás", no sólo eran un buen deseo, sino la intimación de una profecía a las *Piccole Apostole* de la Caridad.

Para entender el sentido de esta profecía, hay algunas cosas que debemos precisar. Ciertas convicciones, manifestadas por Don Luigi en los últimos años de vida, se delataban incommovibles. Y la primera es que el mundo se estaba haciendo *pagano*.

Paganismo

Muchos otros guías espirituales de aquel tiempo comparten con Don Luigi Monza la impresión de un mundo que se hace *pagano*¹. Don Luigi Orione escribía: «Vivimos en un mundo que, en cuanto atañe a la fe², va volviendo a ser pagano». En idéntica longitud de onda se anunciaba Don Calabria: «Es mucha verdad, que el mundo se vuelve a hacer pagano»³. El padre Ricardo Lombardi (1908-1979), conocido como *el micrófono de Dios*,

¹ Para la espiritualidad de Don Luigi Monza remitimos a las actas de los cuatro congresos habidos hasta ahora. Ellos presentan el cuadro más completo del siervo de Dios en su perfil espiritual, aun siendo diversa la metodología que da acceso a él: Varios Autores, *Il cristiano di ieri, il cristiano di oggi, Il Cristo di sempre*, Ed. Ancora, Milán 1980; «Come gli Apostoli al servizio di un mondo nuovo». *La spiritualità di Don Luigi Monza nella vita delle Piccole Apostole della Carità*, Ed. La Nostra Famiglia, Lecco 1986; *Con don Luigi Monza verso l'uomo - servizio, carità, volontariato nell'impegno del laico oggi*, Ed. La Nostra Famiglia, Lecco 1991; *La Carità. Missione per la società*, Ed. La Nostra Famiglia, Ponte Lambro 1995. Tenemos una deuda particular con L. Serenthà, *Il ritorno alla comunità apostolica secondo il carisma di Don Luigi Monza*, en *Il cristiano di ieri... etc.*, pp. 83-131; *La spiritualità apostolica*, en «Come gli Apostoli... etc.», pp. 19-35; *Don Luigi Monza alle Piccole Apostole della Carità*, ibd., pp. 157-183.

² Carta de Don Orione, 21 de febrero de 1922, en *Don Luigi Orione. Lettere*, I, Roma 1969, p. 360.

³ Carta de Don Calabria en Cuaresma de 1946, en *Lettere del Padre Don Giovanni Calabria ai suoi religiosi*, Ferrara 1956, p. 224.

asentía también al diagnóstico de la historia contemporánea: «Estoy convencido de que con nuestra generación concluye un ciclo histórico multiseccular: ... el ciclo que empieza con el humanismo italiano del '400 Ese mundo se desmorona. Nos arrastra consigo, según lo arrasan nuestros bombarderos, más certeros que el rayo; según lo sacuden nuestras doctrinas sociales, más disgregadoras que pestes; mundo pulverizado por las bombas atómicas, más horribles que los peores cataclismos naturales. El hombre deificado, incapaz de gobernar su mundo, lo ha destruido»⁴.

El cardenal Ildefonso Schuster, arzobispo de Milán, identificaba más concretamente al enemigo en el comunismo, al que designaba *dragón apocalíptico*⁵, y en el *naturalismo*, capaz de infiltrarse aun en el *santuario*⁶. El cardenal arzobispo de París, Emmanuel Suhard (1874-1949) fue uno de los vigías más iluminados, en cuanto a señalar el giro epocal que se estaba produciendo: «Se manifiesta luego el aspecto más evidente de este nuevo humanismo: su carácter técnico. Nacido de los descubrimientos y de las máquinas, reproduce la conformación universal de éstas, se ase a ellas y en ellas estriba para ir hacia un orden nuevo. Día a día asistimos a la suplantación de la cultura clásica por el saber científico, y al desplazamiento de la investigación humana, que abandona el mundo de la idea pura en favor de la acción práctica, eficaz»⁷.

Don Luigi comparaba la situación actual a la del mundo de los contemporáneos de Cristo, y en un sermón suyo de Pentecostés desarrolla estos conceptos: «Pero la dificultad más grave era el paganismo, en el que todo estribaba: individuo, familia, sociedad. ... Mirad los prejuicios y las prácticas paganas: ocupan el lugar de los dogmas, la moral y el culto cristiano. Observad las mentes desviadas, ved los corazones corrompidos por el vicio, un imperio romano que domina, que protege toda religión salvo la de Cristo, y medid los enormes obstáculos que encuentran los apóstoles»⁸.

Y he aquí cómo se dirigía a sus feligreses en otra ocasión: «Vuestros hermanos se pierden Es que no tenemos esperanza alguna de remediar el mal que se expande por doquier? Las masas están estropeadas, el mundo corre hacia la ruina. Ése es el engaño. Tienen que salvar al mundo las multitudes? No, mirad: el mundo pagano estaba perdido. Quién lo salvó? Doce pobres pescadores. Los menos conquistan a los más, si a estos más los valen aquellos menos, y aun a todos. Lanzaos, pues, al medio de la sociedad, salid de casa y poned manos a la obra. Los pueblos se pierden, pero deben salvarse los individuos»⁹.

El paganismo, en la perspectiva de Don Monza, era esencialmente expresión de una desobediencia, y de ahí la vuelta a los ídolos, al politeísmo de una humanidad obcecada y rebelde, de ahí el enfriamiento de las relaciones, una negación de la *agape* (caridad). Mundo *pagano* era aquel en que se había refugiado la antigua religión politeísta. Era la religión de los labriegos, los que poblaban las *aldeas* (latín "pagi"). Según la acepción de Don Luigi, el mundo pagano se contrapone al mundo *comprometido* en el seguimiento de Cristo. El ateísmo, del cual deriva la falta de calor humano y familiar, es la causa. De la *muerte de Dios* se sigue la muerte del hombre.

La idea del paganismo es correlativa a la idea del mundo. Hombre impregnado de

⁴ R. Lombardi, *Squilli di mobilitazione*, Roma 1948, pp. 17s.

⁵ Carta del cardenal Schuster, 10 de julio, 1948, en *L'Epistolario card. Schuster - Don Calabria (1945-1954)*, preparado por A. Majo - L. Piovan, Milán 1989, p. 29.

⁶ Carta del cardenal Schuster, 20 de octubre, 1950, *ibid.*, p. 68.

⁷ E. Suhard, *Agonia della Chiesa. Lettera Pastorale dettata nella Quaresima 1947*, en *Cronache Sociali*, 1 (1948), p. 13.

⁸ L. Monza, *Una proposta di vita*, Ponte Lambro 1976, p. 101.

⁹ *Ibid.*, pp. 96s.

cultura cristiana y eclesiástica, Don Monza no podía concebir la realidad del mundo como autónoma, sino como creación, y por ello dependiente de Dios, esto es, mundo creado, salvado y aun protagonista en la aventura de la salvación, que comienza por la creación y llega a su cumbre en la redención. En cuanto creado, el mundo es bueno. Pero entró en él la realidad del pecado, que lo contaminó. Satanás fue el instigador del pecado, el culpable fue el hombre, y el mundo fue la víctima. El mundo es desde entonces un ser bifronte: *bueno* como creatura, y *malo* en cuanto capaz de dañar y seducir al hombre.

Soluciones

Frente a este *retorno* al paganismo en la ciudad terrena, fueron diversas las reacciones. Primera entre ellas, la de los *profetas de infortunio*, como los definió Juan XXIII. Segunda es la de la teología *negativa* o *radical*: ésta hizo una lectura positiva del derrumbe de lo sagrado, considerándolo una condición para hacer adulto al hombre¹⁰.

Don Monza no estuvo ni con unos ni con otros, ni siquiera con aquellos que vieron en el cataclismo y en los desplomes de su tiempo el signo de una época de transición, precursora de algo nuevo: «Algo que ya no resucitará ha muerto en la tierra. Ahí está la guerra en su verdadero significado de epílogo, más que de introducción. Ella señala el fin del mundo. Pero al mismo tiempo, la era que se abre tras ella no es más que el prólogo, la introducción al drama de un mundo en formación. ... Universalmente se conviene en considerar a la nuestra como una época de transición. ... O, puntualizando más todavía, puede decirse que el malestar presente no es una "enfermedad", ni un signo de envejecimiento del mundo, sino más bien una crisis de desarrollo»¹¹ - comentaba el arzobispo Suhard de París.

También el padre Lombardi emitía en esta frecuencia: «Pero Dios vuelve. Incumbe a nuestra generación el poner, timorata y gloriosamente, las primeras piedras ordenadas en un solar devastado, para que el edificio entero resurja con muy otra solidez»¹².

En Italia creían muchos que la iglesia italiana tenía encomendada una misión providencial. He aquí cómo se expresaba el padre Lombardi: «Italia somos nosotros los católicos: se esperará, pues, con razón de nosotros que en nuestro país sea la vida cristiana una flor muy particular. Los que, entre nosotros, no están con nosotros, tienen razones para esperarlo; y tienen razones para esperarlo los extranjeros, que legítimamente mirarán a Italia como a la tierra llamada a estar entre las más fieles a Jesús, por vocación y por profesión de sus hijos»¹³. El dominico Raimondo Spiazzi escribía a su vez: «Se diría que la obra cristiana de evangelización y de renovación del mundo toca en particular a Italia. Es una vocación divina, que halla realización en nuestra historia, y a la cual precisa hoy responder con entrega y fidelidad»¹⁴. El tema aflora también en Don Calabria¹⁵ y otros contemporáneos suyos: imaginaban que se había encomendado a nuestra patria una misión providencial, como la que en tiempos pasados se asignaba a Roma, la de ser una vanguardia de la civilización y del evangelio.

¹⁰ Recordemos, entre estos teólogos, a los llamados "de la muerte de Dios", P. Van Buren, W. Hamilton, T. Altizer, J. A. T. Robinson, H. G. Cox.

¹¹ O. c., p. 15.

¹² O. c., p. 20.

¹³ *Ibd.*, p. 91.

¹⁴ R. Spiazzi, *La civiltà cerca Cristo*, Milán 1949, p. 369.

¹⁵ *Lettere del Padre Don Giovanni Calabria...* etc., p. 285.

El proyecto esperanza

Nada de todo esto en Don Monza. Como antídoto y respuesta a tal situación, creía él que la única cosa urgente era inflamar de nuevo al mundo en el amor fraterno, el cual nace del amor de Dios y de él se alimenta, como hizo la primitiva comunidad. Esta era la vida "como los apóstoles": las *Piccole Apostole* debían proponerla de nuevo al mundo en una obra que, precisamente por empaparla la cálida y cordial relación de la caridad, se iba a llamar *Nuestra Familia*.

El origen de esta obra estaba en Dios: sólo Él la había querido, y por ello nadie podía designarse *fundador* o *fundadora*. Don Luigi se consideraba un albacea. No es la obra, en el fondo, una realización del Nuevo Testamento, la cual justamente constituye la herencia suprema dejada por Cristo, o sea, su amor?

Clara Cucchi escribió con exactitud que «todo estaba aún en la nebulosa». Al comienzo Don Monza no contemplaba proyecto alguno: era consciente de que Dios quería de él «algo», de lo cual nada más sabía, y aun ignoraba «cómo» lo quería Dios. Su estado era de *indiferencia*, que en el léxico espiritual significa disponibilidad a la acción de Dios.

En una confidencia recogida por su amigo Dajelli, Don Luigi aludió a cierto sueño que tuvo quizá en la cárcel. Dada la reticencia de Don Luigi sobre el origen de la inspiración, nada más podemos añadir. Sin embargo no es lo más importante el origen de la intuición, sino las características de la obra, sobre la cual nos da Don Luigi información abundante.

Ante todo, la obra es distinta de la parroquia, aun cuando en parte coincida con ella. Podemos pensar en una cerca. El área interior, más pequeña, es la de la parroquia. Es el espacio de las organizaciones católicas, de la pastoral común, consolidada, de cuño tridentino y ambrosiano, y es el lugar de los que creen y practican, de los *cercanos*. El área exterior, más amplia, es la de la obra. Es un espacio en expansión, y es el lugar de los *alejados*, el de aquellos hermanos en humanidad que se definen por una negación, aun cuando su presencia nunca sea negativa. Son los no creyentes, los indiferentes, los ateos, los agnósticos.

Con miras al primer espacio se deben organizar la pastoral, la catequesis, el asociacionismo, la liturgia, la mutua y fraterna ayuda. La tradición ha conservado en relación con él indicaciones muy recomendadas. Más que espacio de inventiva, es espacio de memoria.

En cambio, el ámbito de la obra es como una frontera siempre en expansión, en la cual debe ejercitarse la caridad misionera de la *piccola apostola*. Esa caridad no se hace a base de memoria, sino de profecía. La memoria es la respuesta a los retos del presente con las soluciones del pasado. La profecía es la réplica a los llamados del hoy con los recursos de Dios, que son siempre futuro.

A este propósito habla Don Luigi sobre «apostolado de penetración». Presupone un ambiente cerrado, refractario, hostil, en el que es necesario irrumpir con nuevas y poderosas herramientas. Como en la perforación de ciertas superficies, no basta la punta de metal o el diamante, sino que precisa una fuerte concentración calórica; así también para el mundo alejado, ausente, insensible a toda llamada espiritual, ya no basta la praxis eclesial que se configuró del medievo en adelante. Se necesita algo que descuaje las resistencias.

Él había escrito, con destino a las primeras constituciones: «Las *Piccole Apostole* de la Caridad son almas voluntarias que, viendo al mundo actual alejarse de Dios y volver al paganismo, se proponen penetrar en la sociedad moderna con el espíritu de los apóstoles y con la caridad práctica de los primeros cristianos, para hacer saborear la espiritualidad del

evangelio y disfrutar el gozo de vivir como hermanos en Cristo»¹⁶. En consecuencia: «El espíritu de los apóstoles debe ser para la *piccola apostola* el primer moviente, como fuego que arde siempre y nunca consume, como sed abrasadora que ansía el agua saltarina de la fuente, y como el exiliado que anhela la vuelta a su patria»¹⁷.

Inculturación

San Francisco Javier, que al evangelizar India se condujo de modo muy convencional, cuando desembarcó en Japón el año 1549, topó con una civilización evolucionada. Entonces comprendió que el misionero no podía ir descalzo ni vestir pobremente, sino que importaba demostrar la relevancia de aquel evangelio, cuyos heraldos tienen cosas nuevas y decisivas que comunicar. Así pues, se vistió de seda, visitó a los altos dignatarios escoltado por un séquito de personas muy distinguidas, e hizo presentes de objetos occidentales muy codiciados, como relojes, mapas, instrumental científico, arcabuces.

No era renegar de la humildad ignaciana, sino empezar un discurso nuevo en un ambiente con nuevos criterios valorativos. Quien primero debía cambiar era el misionero. Ha de convertirse a sí mismo quien anuncia un evangelio de conversión, y la humildad no consiste en andar uno descalzo, sino en "hacerse uno niño", aprender un nuevo lenguaje, valorar una cultura nueva, para así llegar al corazón de los oyentes. Con otras palabras, estamos ante el proceso de la inculturación.

En la visión de Don Luigi, la obra requería una capacidad de *inculturación* fuera de lo común, exigía el abandono de patrones tradicionales (así el hábito religioso, pero también las estructuras y la mentalidad a él anejas), en favor de una presencia "inventiva hasta el infinito", en expresión de san Vicente de Paúl.

Así pues, qué fisonomía presentaba la obra? Aquella *obra*, advirtámoslo, no era lo mismo que *Nuestra Familia*, y ni siquiera ahora coincide con ella, aun siendo ésta una cristalización o materialización suya. Equivale a decir que el ideal de Don Luigi es más amplio, que su *obra* es algo más que obras particulares.

En efecto, la obra quiere establecer en el mundo algo grande, inmenso: la caridad olvidada. En cuanto sensible al dolor y al amor, el mundo está necesitado de ella. Pues bien, en esa realidad es llamada la *piccola apostola* a penetrar, y a llegar, enarbolando el signo del amor, hasta donde el dolor se agrava más, hasta el interior del dolor inocente.

Los cinco puntos

Caracterizan a la obra cinco puntos, que son como las cinco llagas del Crucificado, las señales rojas el amor, los cinco distintivos de la profecía misionera de la *piccola apostola* de la Caridad. Helos aquí:

1. *Alcanzar el total desprendimiento para, al fin, repetir con san Pablo, Ya no vivo yo, sino que en mí vive Cristo.*
2. *Anonadarse en la humildad, como el grano evangélico que produce mucho fruto.*
3. *Ejercitar la caridad con heroísmo y, en el privilegio de la persecución, decir al perseguidor, También tú serás para mí un hermano en Cristo.*
4. *Conservar la serenidad y la sonrisa como quien posee la verdadera felicidad en*

¹⁶ Monza, o. c., p. 9.

¹⁷ *Ibd.*, p. 12.

Dios, para decir con san Agustín, Lo que hicieron éstos y éstas, por qué no he de hacerlo yo?

5. *Amarse entre sí como las partes del cuerpo místico de Cristo, callando los sufrimientos, salvo que el callar dé a otros escándalo, o bien dañe a la institución.*

No son realidades estáticas, *virtudes pasivas*, residuos de un devocionismo arcaico, sino que forman la dotación de quien es llamado a la profecía de la caridad. El primero de los cinco puntos es el *desapego*, y atañe a todos aquellos lazos afectivos, aquellas defensas que erige el propio orgullo e impiden la vivencia de Cristo. Pues es con Cristo, como se realiza la verdadera *secularidad*. Segundo punto: el anonadamiento (*marcemento*). Don Luigi valoró en particular el homenaje de los paganos, como la refiere el evangelio de san Juan:

Entre los que habían subido para adorar en la fiesta, estaban algunos griegos. Éstos, pues, se acercaron a Felipe, oriundo de Betsaida de Galilea, y le suplicaron diciendo: señor, queremos ver a Jesús. Felipe fue y se lo dijo a Andrés; Andrés y Felipe llegaron y se lo dijeron a Jesús. Jesús les contestó diciendo: advino la hora en que el Hijo del Hombre va a ser glorificado. En verdad, en verdad os digo que, si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, quedará solo; pero si muere, dará mucho fruto. Quien ama su propia vida, la pierde, y quien en este mundo aborrece su ser, lo guardará para la vida eterna. Si alguno me sirve, que me siga, y donde yo esté, allí estará también mi servidor; si uno me sirve, mi Padre le honrará¹⁸.

Este episodio da cuerpo a la epifanía de Occidente, mientras que la epifanía de los Magos estaba dirigida al Oriente. A la cultura occidental (o griega), tentada por los ídolos del saber y el hacer, se opone la experiencia pascual del trigo que debe morir: morir lento, deshacerse (*marcire*), quedar úno escondido en la tierra, abandonado en el surco de la materia; la materia, que participa en la gloria de una muerte, buscada y ofrecida por la salvación. Anonadamiento es sobre todo la solidaridad de los apóstoles con la *santa materia*, - por decirlo con las palabras de Teilhard de Chardin -; una toma de postura en favor del hombre, la cual implica renuncia a la proyectualidad propia, para vivir en la unidad de la caridad.

El tercer punto tiene como meta el heroísmo de la caridad. La definición misma de la caridad lo fundamenta. La caridad es Dios. Es Dios-*agape*, Dios-caridad, que se vierte al exterior, que se siente compelida a dar, que arde en deseos de oblatividad. Su ejemplo es Cristo en el Calvario: Él se ofrece al Padre y, en dos de las siete *palabras*, da la vida por el mundo: "Padre, perdónalos, pues no saben lo que hacen", y "En tus manos encomiendo mi espíritu"¹⁹.

La *piccola Apostola* no tiene por modelo un amor cualquiera: no al amor filial, ni al amor de la amistad, ni al amor carnal, ni al materno, sino al absoluto de la Cruz, el cual lo pide todo y todo la da: lo pide todo, la salvación; lo da todo, el perdón.

El cuarto punto puede aparecer como débil. De hecho, no se sabe de sobra que una franca sonrisa es la mejor tarjeta de presentación? Sonreír es comunicar. Pero la sonrisa que Don Luigi quiere es distinta. No es un máscara, un disfraz, ni menos un arte de seducción. Don Luigi habla de la *verdadera dicha*. Dicha que tiene el sentido de las bienaventuranzas. Son dichosos los pobres de espíritu, los mansos, los puros de corazón, los pacificadores, los perseguidos, los que lloran. La posesión de esas cosas, he ahí lo que

¹⁸ Jn 12:20-26.

¹⁹ Lc 23:34, 46.

da verdadera dicha.

No es fácil hallar el sentido del quinto punto. Su contenido es doble: el amor recíproco y el callar. Ahora bien, es la comparación, *como partes del cuerpo místico*, donde tiene lugar la síntesis, he ahí el baricentro. Don Luigi quiere que las *Piccole Apostole* vivan en la Iglesia, por la Iglesia y con la Iglesia. Ellas son la Iglesia que ama, que sufre, que calla, que habla, que cura, que perdona. El mutuo amor nace, no de los mecanismos de la reciprocidad, sino de la eclesialidad. Es como si toda la fuerza explosiva de la gracia de los sacramentos, de la oración y del amor hacia los pobres, todo lo que es y hace la Iglesia, formase su carga. La *piccola apostola* es, pues, *hija de la Iglesia*, como santa Teresa y, con con la Iglesia, presencia en el mundo.

Espíritu misionero

El cardenal Schuster atribuía en su carta la responsabilidad por los daños del mundo moderno a Satanás, y pensaba que sólo un retorno al espíritu del santo evangelio sería una táctica eficaz de apostolado. Y concluía: «Es necesario hacer que los fieles vivan la gracia de Dios, sobre todo por medio de las asociaciones católicas, de las que hay para todos los deseos y gustos. Pero hace falta *organizar*»²⁰.

El cardenal estimaba válidas las estructuras existentes. La ineficacia no venía de ellas, sino de la humana cortedad²¹. Por esto, durante la visita pastoral, los días 7-8 de julio, 1952, al arzobispo de Milán había puesto al párroco Don Monza frente al grave deber de «darse todo a la parroquia, o si no, entregarse por entero a la dirección de sus religiosas. El estar partido en dos no puede dar resultado. Hace sufrir a una y otra institución»²².

Otros guías espirituales de la primera mitad del siglo habían tenido la sensación de que no bastaba con *organizar*. Don Orione escribía: «Sólo con la caridad de Cristo se salvará el mundo! Debemos llenar de caridad las zanjas, llenas de odio y egoísmo, que dividen a los hombres»²³. Su pensamiento se expresaba así en otra ocasión: «Crezca en nosotros y en nuestras humildes casas una nueva humanidad! No cesemos de dar muerte al egoísmo, y crezcamos en el amor de Dios y de los hermanos: crezca Dios en nosotros tanto, que no vivamos ya nosotros, sino Él; y llenemos la tierra de un nuevo ejército... El ejército de la caridad llevará a las reseca masas humanas una vida y luz de Dios tan fuertes y suaves, que reconfortarán al mundo entero, y todo será restaurado en Cristo»²⁴. Luego dirigía a sus hijos la invitación a hacerse «"mozos de cuerda" de la caridad. Sólo con la caridad de Cristo Jesús se salvará el mundo»²⁵.

Don Calabria tenía a su vez estos sentidos acentos: «Doce apóstoles llenos del soplo del Espíritu Santo cambiaron la faz del mundo y renovaron la tierra; a los paganos, a los infieles, bastábales ver la vida, el ejemplo, el espíritu de los primeros cristianos, para detestar sus torpezas y convertirse: decían, "Mirad cómo se aman entre sí, cómo se ayudan, cómo comparten las penalidades! Un amor, una caridad, no sólo para consigo mismos, sino también para con nosotros; vienen a nuestro encuentro, nos hacen el bien", y ante su ejemplo

²⁰ Carta del card. Schuster, 7 de julio, 1951, en *L'Epistolario card. Schuster - Don Calabria*, p. 91.

²¹ «Ante todo es preciso que vuelva al espíritu evangélico el clero, luego la parroquia, la diócesis, y la Iglesia en cuanto *masa*. Hay necesidad de *santos*. Sólo ellos comprenden y sienten tales problemas»: carta del card. Schuster, 30 de septiembre, 1950, *ibd.*, p. 64.

²² Cf. los registros de las visitas pastorales de la parroquia de San Giovanni alla Castagna, de Lecco, en el archivo de la parroquia de San Giovanni, de Lecco.

²³ Carta del 3 de agosto, 1921, en *Don Luigi Orione, Lettere*, I, p. 282.

²⁴ *Id.* del 16 de diciembre, 1921, *ibd.*, p. 312.

²⁵ *Id.* del 4 de noviembre, 1934, *ibd.*, p. 125.

se convertían»²⁶.

Don Luigi Monza tenía ante sí cuatro estrategias para una acción en el mundo²⁷. La primera era la del rechazo (o *del arca*, según se decía), porque preveía un rechazo del mundo contemporáneo, considerado fruto de un adulterio, y esperaba sólo en la acción de Dios.

La segunda estrategia, designada *de la cristiandad*, era la que esperaba restaurar un régimen cristiano, en el cual serían creyentes los que estuviesen a la cabeza de los estados, de suerte que sus criterios legislativos y una eficaz previsión les permitieran instaurar un régimen cristiano.

Tercera estrategia era la de las *instituciones cristianas*. Preveía el compromiso de una parte de los creyentes en cuanto a hacer reales instituciones alternativas que estuviesen animadas de espíritu cristiano (periódicos, partidos, sindicatos, bancas, cooperativas).

Y el cuarto modelo era el de la *conquista de la sociedad*. En lugar de erigir estructuras alternativas, los cristianos debieran conquistar las estructuras de la sociedad, una por una y desde el interior, convirtiéndolas en avanzadillas de la penetración cristiana.

Don Monza fue inducido por Dios a abogar por una quinta estrategia. Escribía Don Serenthà: «Vio cómo las formas tradicionales de estar presente la Iglesia ya no bastaban para una sociedad tan obtusa y resabiada. Eran precisas intervenciones proféticas en cuanto al contenido, y capilares en su ramificación. De aquí la intuición de constituir grupos de cristianos capaces de vivir relaciones inmediatas y profundas, como en una familia, y testimoniar una total consagración a Cristo, una caridad heroica y creadora, lanzada como un desafío, una provocación, una sorpresa, ante el torpor del mundo de hoy. Pero también de aquí la idea de colocar a estas personas consagradas, no en el marco de la vida religiosa, sino en el tejido viviente de la sociedad, con miras a un testimonio más capilar, más dúctil, mejor dispuesto a entender los problemas humanos en su mismo nacimiento y configuración, dentro de diversos ámbitos de la vida social. Y una vez más, de aquí el plan pastoral de poner en el centro de la vida parroquial la caridad, sea como constante relación del pastor con sus fieles, o ya como postura de comprensión, colaboración, apoyo mutuo, estima, fineza entre los miembros de la comunidad cristiana ..., o bien como acción que atiende a los hermanos, menesterosos todos ellos en grados diversos. En fin, de aquí el ardiente espíritu misionero pedido a todos los cristianos, y en particular a las personas consagradas, según perspectivas que, aunque no excluyen una misión fuera de la tierra natal, miran aun así hacia el *misionerismo* en cuanto correlato del *paganismo*, y por ello se enderezan hacia sectores de la sociedad que, allende las formas cristianas tradicionales, están separados de Dios»²⁸.

La cita es larga, pero en ella creemos se trazan las coordenadas de la obra monziana, del modelo de una intervención misionera en la sociedad a través de la caridad.

Conclusión

La mañana de Pentecostés andaba perdida la comunidad apostólica, formaba un grupo desarticulado. Entonces faltaban a los apóstoles el carisma, el valor, la autoridad, la sabiduría. Habían vuelto al lago para pescar, eran los hombres de siempre. Pero con el descenso del Espíritu se les abrió un horizonte: «La fiesta de Pentecostés encierra dos hechos: el descenso del Espíritu Santo sobre los apóstoles y el comienzo de la Iglesia

²⁶ Carta de 1945, en *Lettere del Padre Don Giovanni Calabria ai suoi religiosi*, p 188.

²⁷ Cf. L. Mezzadri, *Carità missionaria nella società di don Luigi Monza*, en *La Carità. Missione per la società* (Varios Autores), Ponte Lambro 1995, pp. 240s.

²⁸ L. Serenthà, *Il ritorno alla comunità apostolica secondo il carisma di Don Luigi Monza*, pp. 101s.

universal. Los apóstoles salen del cenáculo con un grandioso ideal en su mente, el de derribar el paganismo. Se alzan ante ellos tremendos obstáculos, pero ellos lo han previsto y decidido todo. Jesucristo les ha dicho que deben conquistarle el mundo. Ahora bien, qué medios tienen para esa conquista? En la conquista de los pueblos se consideran medios el oro, la fuerza, la ciencia. Los apóstoles no poseen oro ni plata; viven de limosna. Tienen, o esperan tener quizá ejércitos? No, y aun elevan la protesta de no tener otras armas que la oración, la palabra, el crucifijo. Tienen ciencia? No, son iletrados, su habla es inculta. Pero poseen el mandato de Cristo: "Id, predicad, y enseñad a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo". A quién hemos de predicar? A todos. Dónde? Por doquier. Quién les sostendrá en la ardua empresa? Jesucristo que ha dicho: "Yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos"»²⁹.

Se ve, pues, cómo para Don Luigi la obra es algo grande, que no se detiene en su avance, como no se cierran ante la luz los confines del universo. Entre la obra y las obras existe una relación pareja a la del pensamiento y la palabra. El primero siempre es más rico, más complejo, y no se puede articular en la palabra con adecuación. Mientras el pensamiento mantiene su avance, las palabras cambian, deben hacerse más precisas y, llegado un momento, pierden la aptitud para contener el concepto, y es necesario acuñar otras nuevas. La obra es este *algo de más*. Es algo que se proyecta hacia el futuro.

Por este motivo ha de decirse que no todo en la obra de Don Luigi ha sido expuesto, ni se ha realizado. Mucho está aún escodido y lo seguirá estando. Cambiarán bastantes cosas, otras perecerán. Pero lo que nazca o permanezca, ésa será la profecía de la Caridad.

²⁹ DL, pp.63s.

APÉNDICE

LA FECUNDIDAD DE LA SEMILLA QUE MUERE

La muerte de Don Luigi dejó a las *Piccole Apostole* extraviadas y perplejas: el joven pelotón se sintió desorientado, por la propia pequeñez y por la magnitud del bien cuyos horizontes era preciso alcanzar. Debían proseguir solas y covertir en una realidad las enseñanzas del fundador. El futuro les reservaba sorpresas prodigiosas entonces no esperadas.

Del 29 de septiembre de 1954 en adelante ambos, el Instituto Secular, no menos que *Nuestra Familia*, experimentaron un gran desarrollo, que todavía hoy no ha perdido en dinamismo. A la muerte del fundador estaban en actividad los establecimientos de Vedano Olona (VA), Ponte Lambro (CO), Varazze (SV). En 1957 se abrió la sede de Ostuni (BR), en 1960 la de San Vito al Tagliamento (PN); en 1961, Olda di Taleggio (BG); en 1962, Bosisio Parini (LC); en 1965, Roma; entre 1966 y 1967, hubo ampliaciones en Vedano, Ponte Lambro, Ostuni; en 1967, se abrió en Milán una casa con destino a la colaboración parroquial; en 1968, Conegliano (TV), Alberobello (BA), Candriani (TN); en 1969, Lecco; en 1970, Caorle (VE) y Carovigno (BR), en 1971, Brindis (sede provisional) y ampliación de Caorle y Bosisio Parini; en 1972, Údine y el Centro de Oftalmología en Bosisio Parini; en 1973, Treviso y Castiglione Olona (VA); en 1974, Padua, Cárate Brianza (MI), Vicenza; en 1975, Cava dei Tirreni (SA), San Donà di Piave (VE); en 1976, Como - Centro de Trabajo Guiado -, Brindis (sede definitiva), Capiago Intimiano (CO); en 1979, ampliaciones en San Vito al Tagliamento y Caorle - casa de madres -; en 1980, Éndine Gaiano (BG); y en años sucesivos, ulteriores ampliaciones de numerosos establecimientos; en 1983, Sesto San Giovanni (MI) y Barzanò (LC); en 1984, Pasion di Prato (UD) y Mandello del Lario (LC). Desde 1984 hasta hoy, establecimiento de dos centros de acogida, uno en Lecce (1990) y otro en Cislago (VA) (1994), más la transformación, ampliación e instalación de importantes infraestructuras en establecimientos ya existentes (auditorios; escuelas de formación en Bosisio Parini, Conegliano, Ostuni; gimnasios; traslado de actividades a sitios más amplios y adecuados).

Nuestra Familia, entidad de derecho, reconocida en Italia por decreto del Presidente de la República, está hoy establecida en Sudán (árabe *Usratuna*), en Brasil (Associação «A Nossa Família»), en Ecuador (Asociación «Nuestra Familia»), en la Confederación Helvética (Fundazione la Nostra Famiglia). Actualmente son 300 las *Piccole Apostole*, y muchas las jóvenes que todos los años piden vivir la espiritualidad de Don Luigi en secularidad consagrada. La intuición de Don Luigi de dar vida a un grupo de *Piccole Apostole* que compartiesen la espiritualidad y fines de la obra, aunque permanecieran en el ambiente propio y continuaran haciendo vida individual, se realizó en 1959, cuando tomó forma concreta el experimento de 1943, las *Colombinas*. Además, en 1976, bajo la guía de Don Luigi Serenthà, nació el grupo de los *Pequeños Apóstoles* de la Caridad, erigido en «pía unión» por decreto del arzobispo de Milán en 1982.

En la actualidad, las *Piccole Apostole* actúan, ya individualmente, ya como grupo, en el ámbito eclesial, participando activamente en la vida de la Iglesia: inscritas en las parroquias, los arziprestazgos, Cáritas, agrupaciones misioneras, voluntariado. Muchas son miembros de centros vocacionales diocesanos y nacionales. Entre ellas hay también

miembros de las Comisiones de la CEI (Comisión Episcopal Italiana) para la sanidad y la catequesis. Algunas se comprometen en el campo sociopolítico, o bien en el cultural de la enseñanza.

La *obra*, cuya razón de ser es transformar la sociedad por la caridad práctica de los primeros cristianos, se ha ido expresando y manifestando, a lo largo del tiempo, en múltiples actividades que condensan fielmente su carisma para la época actual. Qué las aúna a todas? No actividades *selectas*, según una estrategia de penetración apostólica, sino respuestas sencillas y generosas, fruto de atento discernimiento, y de gran concretez; respuestas intimadas por la Providencia; respuestas a aquellas instancias cuyas notas dejan entrever una llamada al compromiso de la comunidad. Tales fueron las directivas de Don Luigi en la elección de actividades.

Nos da otra característica suya el nombre que Don Luigi pensó y acarició en su corazón, como expresión de aquel espíritu que las debería empapar a todas, para que la *obra* de Jesús tome cuerpo en las *obras* particulares: «Nuestra Familia». Cuando Don Luigi dictaba a las *Piccole Apostole* las líneas de su conducta y las motivaciones de fondo de su actuación - *como los apóstoles y con la caridad de los primeros cristianos* - nunca empleaba la expresión «en nuestro Instituto», sino que decía «en nuestra familia»¹. Esta expresión era para él más que nombre, etiqueta, simple *logo* que distingue a una actividad particular, o aun alguna de las actividades posibles, así la que atiende a minusválidos (o personas afectadas de *handicaps*). *Nuestra Familia* era para él la designación sintética que evocaba a las *Piccole Apostole* y a cuantos accedían a éstas, la obra a la cual llama el Señor cada día, cada momento: no me es lícito desatenderte, negarte la hospitalidad, la ayuda, el saber, la vida, pues eres hermano mío; somos de la misma familia, y quiero ser para ti la suma de lo que contiene el afecto de un hermano, una hermana, una madre.

En cuanto síntesis, pues, de toda su espiritualidad, *Nuestra Familia* evoca la filiación divina y la solicitud hacia el prójimo, la acogida fraterna, la caridad práctica, la fuerza de los lazos familiares, la disponibilidad para el sacrificio en una madre que, lejos de discriminar a los hijos, les da a todos su amor sin reservas, totalmente olvidada de sí misma, de sus fatigas y trabajos. Don Luigi había anunciado a sus feligreses el nacimiento de una nueva *obra* con la frase, «os aseguro que, esta tarde, San Giovanni {la iglesia parroquial de San Giovanni alla Castagna} está en mitad del mundo, en el corazón del mundo, pues nace en medio de nosotros una obra de amor, de cristiana caridad, en favor del mundo». Ésta, como alguna otra expresión de Don Luigi, dejaba entender que él percibía de algún modo el ulterior desarrollo de su obra, la cual consistiría en una caridad hecha profecía, en anuncio de salvación para gentes de diferentes lugares y tiempos.

Ya en vida de Don Luigi, según él mismo manifestó al inaugurar la casa de Varazze, la acción caritativa, y el compromiso social en favor de niños fisio- o psicodéficientes, habían llamado la atención de no pocos, por el estilo de su tratamiento, que luego sería una característica extensiva a todas las obras del Instituto: el bien, bien hecho, en las múltiples formas de acogida, en los ambientes luminosos, hospitalarios, como sólo la sensibilidad de la

¹ Cf. además el decreto de erección, extendido por el cardenal arzobispo de Milán, Alfredo Ildefonso Schuster (18 de enero, 1950): «Una de estas asociaciones surgió hace diez años en la diócesis de san Ambrosio y san Carlos, por obra del sacerdote Reverendo Don Luigi Monza, que reunió, inspiró y dirigió espiritualmente la obra denominada *Nuestra Familia*». Asimismo el decreto de aprobación de las Constituciones (25 de noviembre, 1960), que reza: «... el Instituto Secular denominado de las *Piccole Apostole della Carità*, o popularmente *Nuestra Familia*, antes aprobado por esta Sagrada Congregación el 18-I-1950...»

Merece atención el documento de 1950, concebido en base a la documentación presentada por el propio Don Luigi: es el más próximo a las fuentes de la *obra*, y por ende el que mejor se atiene a su pensamiento, cosa que puede todavía comprobarse, interrogando a competentes testigos que viven aún.

mujer los sabe deparar, atenta al bienestar de cada persona, con un empleo exhaustivo del saber y de las técnicas disponibles, en orden a su curación o rehabilitación.

Don Luigi había dicho: «Salvarán al mundo las masas? No, mirad: el mundo pagano estaba perdido. Quién lo salvó? Doce pobres hombres. Y como los apóstoles, ricos sólo en fe y amor, también nosotros decimos al que sufre por razón de su pobreza: ves, carecemos de oro o plata, pero damos todo lo que tenemos: toma nuestra vida, y ahora levántate y anda». La actividad desplegada por los centros de rehabilitación, surgidos en Italia hasta interesar a 16 provincias y seis regiones, estriba en esta consideración: hay quienes, así los padres de aquellos niños y jóvenes que asisten los centros, pide respuesta a su necesidad; éstos tienen derecho a una alta competencia científica y profesional, y lo tienen además a una buena acogida, a la comprensión, a un hondo humanitarismo.

Ahí oye un mensaje cada niño, según va adquiriendo conciencia de sí y mejora sus aptitudes, a medida que un instrumental más y más refinado comprueba sus progresos físicos y psíquicos; mensaje que va más allá de la ciencia y la técnica, que cuaja en gestos concretos, que expresa el reconocimiento, la contestación a una pregunta no articulada: si existe él en cuanto persona, si importa a alguien, si le aman por lo que es, si ese amor le hará ser algo más. He aquí cómo concluía una carta de Don Luigi: «sientan todos al vivo, ante Dios y ante los hombres, la responsabilidad por estos niños, y sostengan con amor y sacrificio el compromiso que asumen». Ninguna concesión al sentimentalismo; más bien una entrega en actos caritativos concretos, alimentados de constancia, amor y abnegación.

En unos pocos años, unas pocas personas, unas pocas jóvenes que siguieron la valerosa, fuerte invitación de Don Luigi y las señales nunca escatimadas de la Providencia, con la ayuda de muchos otros, superaron trances de dificultad y fatiga no comunes, y dieron vida a una red de servicios que hoy cuenta en Italia con la acción de 34 unidades, las que, por territorios, ofrecen servicios rehabilitadores: centros e institutos de recuperación, centros profesionales para la formación laboral de los minusválidos, centros de trabajo guiado, casas-familia, y centros de acogida para menores con desarreglos familiares y sociales. Actualmente son unos 13.000 los niños, jóvenes y adultos asistidos cada año.

Para hacer bien el bien, los agentes del bien tenían que estar bien formados, he ahí lo primero en que debía uno empeñarse. La asociación cuida, pues, sumamente la profesionalidad y ha establecido, en los últimos años, un servicio apropiado, que atiende a la instrucción y puesta al día, de los propios agentes y de los usuarios externos; también organiza cursos, reuniones, seminarios, encuentros, y promueve otras iniciativas, aun en el campo de la investigación y la didáctica del Instituto Científico. Este sector activa además, mediante escuelas regionales para terapeutas de la rehabilitación y educadores profesionales, la formación y actualización de agentes sociosanitarios; el curso de diploma universitario para asistentes sociales se atiende a un acuerdo con la Universidad de Milán.

Es particular exponente del espíritu que sigue animando esta actividad el documento emitido por la Asamblea General del Instituto Secular de las *Piccole Apostole* de la Caridad en 1993, y dirigido a cuantos colaboran, profesionalmente o de otro modo, en las obras apostólicas del Instituto. Leemos:

En todas sus múltiples expresiones *{Nuestra Familia}* responde todavía hoy a indigencias reales y urgentes de nuestra sociedad, aunque han cambiado con el tiempo las modalidades de respuesta, distintas de las del momento en que nació. *{Nuestra Familia}* intenta realizar el ideal de Don Luigi Monza, quien aspiraba a que el anuncio cristiano llegara a las más diversas realidades necesitadas de ayuda en la sociedad actual, para promoverlas desde dentro y llevarlas a la finalidad querida de quien las creó. Las notas más afines a su carisma, y que por ello deben buscarse, valorarse, potenciarse, se podrían enumerar como sigue:

- ser signo del amor de Dios, que nunca abandona a sus criaturas y que, si tiene alguna predilección, es por los más pobres;
- poner en concreto «ciencia y técnica al servicio de la caridad» (Don Luigi);
- compartir el anuncio cristiano de la fe y de la esperanza en el acercamiento a personas particularmente probadas, como padres y jóvenes minusválidos;
- activar entre agentes y voluntarios la colaboración y la reciprocidad, con un servicio a la persona característico del espíritu cristiano, aun disintiendo de la creencia que lo motiva;
- búsqueda incesante de modelos adoptables con los que intervenir en favor de los más pobres, modelos que otros puedan también reproducir y emplear;
- ofrecer el testimonio de una gestión correcta (incluidas administración y organización) y de unas intervenciones eficaces, tal la valoración y el respeto de los recursos invertidos en el bien común, previniendo que se impongan intereses personalistas que perjudiquen a la solidaridad.

Las obras deben proyectar la imagen de una realidad en la que se ostenten vivos dos factores básicos: el de la buena acogida, y el de la valoración de la vida en todas sus expresiones. Por lo que atañe a la acogida, corresponde al preciso deseo y compromiso de hacer se sienta en casa quienquiera vive en los centros de *Nuestra Familia*, o por algún motivo acude a ellos. Acogida y competencia técnica no rivalizan entre sí: lo técnico de esa competencia está en la autenticidad de la relación, la cual ha de comprometer a cuantos la activan; y se verifica en la interior disponibilidad para con el otro y como gesto de benevolencia y de escucha. La valoración de la vida en todas sus manifestaciones obliga a descubrir aquello que verdaderamente cuenta para quien se nos acerca: ante todo los niños, y en especial los más exigentes y graves, luego el personal activo y los padres. Ello contribuye a que cunda en cada persona la conciencia el propio valer, por ser objeto de particular y personal amor de Dios. ...

Nuestra Familia se propone:

«... ser lugar donde se realice la solicitud para con la persona minusválida, o afectada de un desarreglo familiar, solicitud por la cual uno se hace prójimo.

Atender a esas personas significa:

- conocer: no la sola necesidad del necesitado, sino también su persona (y estimularla a conocerse ella misma), con el fin de posibilitar la acogida;
- curar: es mitigar el sufrimiento de algo, no importa qué (dolencia física, psíquica, espiritual), aconsejar, asistir, acompañar;
- rehabilitar: es valorar las dotes, desarrollarlas, despertar la voluntad de ayuda, evitar o retardar los empeoramientos y las regresiones, restablecer la funcionalidad o reducir los riesgos de invalidez, aceptar lo irremediable, mejorar en lo posible la calidad de vida en el individuo o el grupo;
- promover: ayudar al descubrimiento y cultivo de la dimensión social y del propio destino trascendente (valor de la persona en cuanto sujeto y objeto de realizaciones con los demás; asimismo como ser único e irrepetible, portador de una dignidad objetiva, y en fin destinada a completarse y a vivir, en perfecta realización de sí, la vida misma de Dios);
- compartir: es ser uno de los que sostienen y llevan el peso de las situaciones, hacerse cargo de los problemas más allá de la necesidad declarada. Tiene aún otra dimensión, la de compartir el compromiso que incumbe a la sociedad de atender a las necesidades de

los más pobres.

En lo específico de la actividad científica y rehabilitadora, todo lo referido implica:

- la aproximación global a la persona: tenga en cuenta su situación existencial, y no sólo las funciones que deben reactivarse, o las indigencias particulares que deben atenderse;
- esfuerzo por evitar que la intervención se reduzca a los solos aspectos sanitarios o de interés científico;
- empeño por contribuir constructivamente a un trabajo en equipo en el cual haya auténtica colaboración: fomentando la integración del aporte individual en un proyecto común compartido, y respetando lo específicamente profesional de cada integrante;
- convencimiento de que es posible hacer algo, si uno acepta estar próximo a la persona que busca el significado de lo acontecido;
- necesidad de asegurar información amplia, precisa y objetiva sobre el *handicap* (deficiencia) y sus implicaciones, así como los tratamientos existentes;
- sostener al minusválido y/o a su familia, con miras a habilitarles para *ir más allá* del problema (dejarlo atrás);
- esfuerzo por crear en derredor una comunidad, cuya solidaridad no excluye, sino que valora y respeta, sostiene y comparte².

A la invitación de Don Luigi: «Sed levadura, no os contentéis con ser harina; sed levadura que haga fermentar la masa», las *Piccole Apostole*, consecuentes con su vocación secular, han respondido implicando en su actividad a más y más agentes seculares, con miras a «trasformar el mundo desde dentro, por la fuerza de los consejos evangélicos y de la caridad»³. Esta invitación motivó muy pronto, y aun a poco de su fallecimiento, el que se constituyera en asociación un voluntariado, designado *Grupo de Amigos de Don Luigi Monza*; asociación que tiene por meta el apoyo a, y colaboración con, tantas y tantas personas de buena voluntad como comparten la espiritualidad del fundador, en las diversas obras y actividades apostólicas del Instituto.

Seglares, profesionales o no, que a lo largo de estos años han hecho disponible su acción, a veces su patrimonio, parcial o aun totalmente, para el mantenimiento y despliegue de *Nuestra Familia*: a ellos se debe el nacimiento de la organización de las peregrinaciones a Lourdes, las cuales llevan anualmente a la santa gruta más de un millar de peregrinos, huéspedes de los Centros, sobre todo niños y jóvenes disminuidos (*handicapped*) con sus padres; son momentos particulares de comprobación y reanudación del propio camino de fe, en un clima comunitario de excepcional espesor humano y espiritual, buscado ahora por tantos sacerdotes, amigos, jóvenes, padres y madres, en demanda de formación.

A ellos es debida asimismo la publicación del *Notiziario di Informazioni*, periódico que sale desde 1960, y el cual recoge las noticias más importantes de la vida de la Asociación. El *Gruppo Amici* ha sido además promotor de la causa de canonización del fundador, y desde 1982 publica una hoja, *Il Granello*, que permite a los Amigos seguir la evolución de la causa, recoger testimonios sobre la vida del siervo de Dios, registrar favores suyos, y hacer más y más conocida su espiritualidad.

² Extraído de la Asamblea General del Instituto Secular de las *Piccole Apostole* de la Caridad: se dirige a cuantos colaboran profesionalmente a las obras apostólicas del Instituto; a los padres de niños usuarios de los servicios de rehabilitación de la asociación *Nuestra Familia*; a los amigos que rodean y sostienen la actividad animadora, el voluntariado, la participación y el compromiso social y caritativo.

³ Artículo 3 de las Constituciones de las *Piccole Apostole* de la Caridad.

A los Amigos se debe luego el nacimiento y sostenimiento de las *casas-familia*, creadas para proveer continuidad de asistencia a las personas disminuidas carentes de un núcleo familiar o que se alejaron de él; así también, con reciente data, la constitución de la *fundación FONOS* (Fondazione Orizzonti Sereni), nacida para el mismo fin, pero de una organización más amplia y capilar, y con un ensanchamiento de las iniciativas de apoyo a las familias de los disminuidos.

El Grupo-Amigos ha estado también entre los promotores del Organismo de Voluntariado para la Cooperación Internacional (OVCI, *Nuestra Familia*, que trataremos de inmediato). La Asociación cuenta ya 6000 miembros, personas que conocen y comparten la espiritualidad de la *obra* y asumen compromisos concretos en el ámbito caritativo y social del propio ambiente.

En las diferentes actividades de la obra colaboran, como auxiliares bajo alguna condición obligada, consultores médicos o jurídicos, o bien personal estatal libre, en número de unos 2.200 participantes, altamente cualificados en el orden profesional, sobre todo para los campos sanitario, social y educativo-formativo. Es otro ámbito en el que las *Piccole Apostole* se sienten «como levadura en la masa», a tal punto es exiguo su número y limitada su capacidad.

Sin embargo pueden contar con la alta motivación de sus auxiliares, quienes en general comparten la misión y el compromiso de la obra, y saben y quieren mantener el estilo propio de ella. Hará tres años que se constituyó un *grupo de animación* entre los auxiliares con este fin, y desde hace algún tiempo se están poniendo en práctica formas de colaboración tendentes a hacer que los auxiliares mismos asuman responsabilidades directas en la gestión de organismos y servicios particulares. Ello cae dentro del compromiso que asumen las *Piccole Apostole*, de favorecer la extensión de su carisma a cuantos, por diversos títulos, están comprometidos con sus obras, de manera que la caridad se difunda por virtud de un creciente número de personas dispuestas a vivir los valores del evangelio en su profesión y en su vida.

El año 1974 nacen los primeros *Comités de Padres y Madres*, que desembocan en la *Asociación Nacional de Padres y Madres* «Nuestra Familia», el año 1977. Ya entonces había cundido la preocupación de hacer de las familias de personas minusválidas o en dificultades, no meros beneficiarios de los servicios que se ofertaban, sino protagonistas del propio proyecto de rehabilitación y reinserción social.

Mediante la intervención en actividades asociativas, padres y madres aprenden a salir de su aislamiento y a ir tomando sobre sí responsabilidades políticas y sociales; se hacen cargo, no sólo de los problemas propios, sino también de aquellos que afectan a otros padres y madres; y comienzan a probar diferentes formas de solidaridad, participación y *self-help* (ser uno su propio servidor). Hoy suman unos 10.000 los asociados.

Hoy día, muchos padres y madres a los que el sufrimiento había enclaustrado y sustraído toda motivación, se hallan dirigiendo iniciativas de importancia y no poco exigentes, como las cooperativas sociales, y los centros de trabajo guiado y de buena acogida.

La Asociación de Padres y Madres está además entre las entidades que fundaron y sostienen FONOS (*Fundación Horizontes Serenos*).

Entre 1982 y 1985 se registran dos acontecimientos sin relación mutua aparente, pero que de hecho comparten idéntica matriz: la valerosa elección del apóstol, que

abandona la seguridad apenas conseguida, para llevar el anuncio adonde no llegó aún, y donde el mudo ruego de tantos hermanos pide un testimonio de caridad y de participación.

De esta época es la creación del Organismo de Voluntariado para la Cooperación Internacional. Se lo quiso, a efectos jurídicos, independiente de la entidad *Nuestra Familia*. Promueven este nuevo instrumento apostólico de bien el ya aludido *Grupo-Amigos* (i. e. *De Don Luigi Monza*) y «Nuestra Familia». Sus metas son:

realizar iniciativas que, según el espíritu evangélico, desarrollen la promoción humana, social, técnica y sanitaria, fomentando la formación y la autonomía del ciudadano de los países en vías de desarrollo; asimismo llevar a efecto planes de carácter sanitario-educativo-formativo, orientando particularmente la intervención hacia personas disminuidas; sostener una interpelación socialmente sensibilizadora, y urgir, con iniciativas apropiadas, en la opinión pública - en las agrupaciones juveniles, en los organismos de base y en las instituciones docentes - la toma de conciencia y la responsabilización frente a los problemas del hombre, en particular los del hombre de los países en vías de desarrollo.

Presencia actual del organismo:

En Sudán: El 23 de octubre de 1984 se inauguró en Juba el Centro «Usratuna» (*Nuestra Familia* en árabe). Surgido para recoger y, mediante la intervención quirúrgica u ortopédica, o aun con tratamiento fisioterapéutico, curar a niños sudaneses afectados de distintas deficiencias, el Centro vivió una constante transformación, por efecto de la guerra civil que sacudía el territorio. De 1992 a 1994, el Centro mantuvo abiertas, con personal local, ante todo las actividades de urgencia (dispensario, programas de nutrición) y escolarización. Desde noviembre de 1994, con la presencia de voluntarios, se pudieron reanudar las actividades de rehabilitación y de formación del personal local.

Está presente una comunidad de *Piccole Apostole*, que aun no pudiendo desplegar una acción directamente evangelizadora, es un signo tangible y reconocido del amor de Dios hacia su criatura, motivo de unión entre etnias y religiones diversas, y señal de esperanza en una situación de cruel guerra civil que no tiene visos de acabar.

En Brasil: En Santana, ciudad portuaria a orillas del río Amazonas y próxima al océano, la OVCI trabajó ya antes en dos proyectos destinados a la rehabilitación de los deficientes de la *Casa de Hospitalidad* (1985-1991) y de los muchachos registrados en los programas escolares y formativos de la *Pastoral del Menor* (1992-1993). En 1993 concluyó además una experiencia del voluntariado de la OCVI en la ciudad de Marituba, surgida junto a lo que fue un leproario.

Desde 1993 está presente en Santana una comunidad de *Piccole Apostole* con objeto de dar comienzo a un nuevo programa sanitario y social en el barrio “Fonte Nova”, de reciente construcción, que no dispone de servicio alguno, pese al constante aumento de la población. Se ha edificado un centro pediátrico de salud, cuya inauguración tuvo lugar el 27 de julio de 1996.

En Ecuador: En la ciudad costera de Esmeraldas, junto a la escuela «Juan Pablo II», - para la enseñanza de niños sordos y psicodeficientes en edad escolar, y registrados en cursos de formación profesional - trabajan los voluntarios desde abril de 1994. Desde febrero de 1996 está encomendada la gestión de la escuela a una comunidad de *Piccole Apostole*; éstas atienden también a problemas de salud infantil y, en particular a los de rehabilitación. La OVCI contribuye a la organización y gestión de cursos especializados en enseñanza especial de la Facultad de Pedagogía de la Universidad Católica de Esmeraldas.

Otros proyectos: La OVCI da su apoyo a otras realizaciones, así la diócesis de Asmara en

Eritrea recibe regularmente de ella subsidios y medicamentos; en Italia, forma a personal (italiano o no) especializado en rehabilitación para países en vías de desarrollo; colabora con otros organismos en el envío de socorros a Albania y a la que fue Yugoslavia, y prepara a personal especializado en Bosnia y en China

En Italia, la OVCI-*Nuestra Familia* ha auspiciado la presencia de numerosos grupos de animación, que despliegan una importante acción capilar de sensibilización. La OVCI está dotada además de un sector formativo propio y de tres secretarías interregionales. Las iniciativas de animación del organismo son vivaces y numerosas, especialmente entre los jóvenes, y actúan en colaboración con otras realidades similares. La OVCI secunda a la Federación de Organismos Cristianos de Servicio Internacional Voluntario (FOCSIV), y todo los años moviliza a centenares de personas, con miras a la cooperación entre los pueblos y al desarrollo. Hasta el momento presente, sus programas han aprovechado las prestaciones de más de ochenta voluntarios.

El segundo acontecimiento de aquella época es el nacimiento de un Instituto de internamiento y cuidados con carácter Científico, llamado por el nombre de Eugenio Medea, el ilustre hombre de ciencia que fue también bienhechor insigne de las obras del Instituto.

Lo que hay de común entre este proyecto y la creación del Organismo de Voluntariado Internacional es la valentía de afrontar un ambiente desconocido, con una cultura diferente de la propia, necesitada de evangelización y de humanización, a fin de que la persona, en su menesterosidad, pueda situarse en el centro y ser primera y única preocupación, sustraída al dominio e instrumentalización de la ciencia, de la economía y del desarrollo.

Es un desafío que sigue vivo. El Instituto Científico, como el resto de la OVCI, contempla la entrega de muchos auxiliares y colaboradores seculares, ya con destino a las competencias específicas requeridas, que las solas *Piccole Apostole* no pueden desempeñar, o si se atiende a la vastedad del compromiso y a la complejidad de las actividades por él desplegadas.

A todos cuantos usufructúan los servicios del Instituto, o colaboran en él, puede, pues, alcanzar el mensaje consolador de la paternidad de Dios, que rodea de cuidados a sus hijos y, por el testimonio de gestos concretos, reafirmar en ellos la sacralidad de la persona, su valor, su irrepetibilidad, la dignidad de su adopción divina. A todos se imparte la responsabilidad de dar y recibir acogida, atención, ayuda, participación, que son los signos del Reino.

El Instituto Científico, con sus actuales 14 titulares, y 13 unidades, para acometer temáticas específicas de la investigación que se asocia con la neuropsiquiatría infantil y la rehabilitación funcional, está en rápida y vertiginosa evolución. Los próximos desafíos, que dan razón todavía mayor de la invitación de la Providencia a actuar en este sector, son los que están vinculados a la genética, con toda la problemática ética que los desarrollos en la misma dejan ya ampliamente entrever. Un ámbito que necesita cada vez más de un anclaje y de una afirmación de valores éticos, tan fáciles de poner entre paréntesis para el mundo de la investigación científica: ámbito, pues, que nos incita, como Don Luigi lo expresó, a poner «ciencia y técnica al servicio de la caridad».

Don Luigi dijo: «Pasaréis los mares, y la obra cundirá hasta los límites extremos de la tierra». Eso ha acontecido ya en parte, y seguirá aconteciendo, bajo los aspectos geográfico, étnico y científico.

Ser levadura obliga luego a calmar las tensiones del corazón: su origen divino, al que

ansía volver, es un reclamo potente e irreprimible; significa que debe recibir sentido una vida vivida para el gozo y el amor, vida que, en la sociedad, sólo halla respuestas confusas.

No pocos jóvenes se sienten atraídos por la espiritualidad de Don Luigi, por la perspectiva de ser en este mundo, no meros espectadores, sino protagonistas en un plan que lo haga más justo, más humano, más fraterno. Muchas han sido durante estos años las iniciativas lanzadas por jóvenes para jóvenes. El Instituto ha captado la invitación de la Iglesia, particularmente sentida cuando miramos a «esta tierra de misión».

Y así, en las numerosas agrupaciones (*Riksha y Amigos del Riksha, Arcoiris, Caná, Jóvenes Parejas, Deseo, Éxodo, Espiritualidad-Padres/Madres*), surgidas bajo el cono luminoso de la espiritualidad de Don Luigi, los jóvenes comprenden que el amor es gozo, que está puesto en cosas pequeñas, que es hermoso y alegre reunirse en Su Nombre, que cuando se tiene a Cristo no se le puede retener, sino que precisa llevarle a otros; que se patentizan actos divinos en quien sufre: lo misterioso de su persona se hace alabanza a la gloria del Creador; que en el servicio y la entrega conscientes nos prestamos a Dios dando manos, voz, luz a quien carece de éstas. «En cuanto al amor de Dios, no hay palabra alguna adecuada; sólo repetir amad, amad. Si de verdad amáis al Señor, apenas le busquéis, le hallaréis por doquier...» (Don Luigi). Por doquier... en la oración, pero además en gestos caritativos concretos, en quien ha menester de nuestro tiempo, nuestras manos, nuestro auxilio, nuestra sonrisa: todos ellos, más que recibir de nosotros, nos dan.

Y cuando el Señor pide que «se venda la juventud, el cuerpo, la voluntad, la libertad, y luego vaya uno y le siga» (Don Luigi), son cada vez más numerosas las jóvenes que responden: Toma nuestra vida! Así responden también, desde hace algunos años, jóvenes esposos que ven el valor de hacerse familia más grande, abierta a quien no la tiene; que decidieron acompañar en su viaje a quien lleva la carga, más dolorosa, de un hijo problemático; que, por la gestión de cajas familiares, centros de trabajo guiado, cooperativas sociales, se comprometen al seguimiento de nuestros jóvenes minusválidos, según se reinsertan en la vida social, en el trabajo.

Todos estos son, apenas y aún, pequeños signos de esperanza. El granito de trigo que echó en la tierra Don Luigi, cuando ofreció a Dios su vida por la *obra*, es ahora una espiga, pero este mundo es un campo que requiere la siembra y la consumación (*marcemento*) de tantos y tantos otros, granitos sin cuento, hasta que la humanidad sea una única mies ondulante. Pero cómo hacer frente a la tarea inmensa que impone el bien, si somos tan débiles y pobres como en los comienzos, o tal vez más? Todavía hoy, como en otro tiempo, parece decir Don Luigi: «pero fíaos un poco de la Providencia, para las cosas de aquí abajo, y no se turbe vuestro corazón».

Lo que se nos pide es poca cosa, y nunca superior a nuestras fuerzas. «Cada cual se preguntará, al término de la jornada, qué gloria ha dado a Dios y qué bien ha hecho a las almas». Y cada cual, en el puesto que le señaló la Providencia, dirá: «haría un apóstol lo que yo?, de suerte que en la familia, en la parroquia, en la escuela, en la oficina, en el laboratorio, en el campo, no importa en qué otro lugar, se responda: éstas que me rodean son almas a mí encomendadas por Dios, con el fin de que las devuelva a la caridad de los primeros cristianos. Para nosotros es buena toda obra, pues la que cuenta no es ella, sino el espíritu que la acompañe, cuando el Señor nos la quiera indicar» (Don Luigi).

Por virtud de estas directivas, fuertes y claras, del fundador, prosigue el Instituto de las *Piccole Apostole* de la Caridad su camino, abierto a los desafíos de la sociedad en que vive, inclinándose amorosamente sobre las dolorosas llagas de sus contemporáneos, de manera individual o comunitaria, y dócil a las invitaciones del espíritu, que sensible y perennemente lo guía hacia la realización del propio carisma en y a través de la Iglesia.

La atención que la Iglesia presta a la *obra* está particularmente clara en el discurso a

las *Piccole Apostole* de la Caridad, improvisado por el Santo Padre con motivo de su visita al Centro de San Vito al Tagliamento (UD), el 1 de mayo de 1992; suena como una arenga, pero es también compromiso y amonestación, para que nada de lo sembrado por Don Luigi llegue a perderse:

Recorriendo este Instituto se ve la gran solicitud por los pequeños disminuidos. Se advierte luego la metodología ahondada y en extremo exacta, en el tratamiento de estos pequeños enfermos y su devolución a la normalidad. Es todo ello una labor estupenda, muy profunda si se toma como punto de partida el conocimiento de la persona humana, la antropología en sus diversos aspectos, incluidos el psicológico, somático, sociológico y ambiental. Pero esto todo, que es admirable como técnica, quedaría vacío, si dentro faltase el espíritu, el alma. Vosotras, hermanas carísimas, visiblemente ponéis esa alma en la técnica moderna, en las metodologías, que tantos servicios prestan si dentro se encuentra a la persona que ama, que ama y que sabe manifestar el amor. No es cuestión de manifestaciones externas, sino de una expresión proveniente del amor. Si el amor falta, esa expresión no está; no es una expresión que se pueda obtener artificialmente ni, mucho menos, que pueda suplirse con profesionalidad, aunque la profesionalidad importe para expresar el amor y el gozo. Os hablo por lo que acabo de ver en los diversos recintos, donde me encontré con muchas de vosotras, auxiliares, hermanas, además de niños disminuidos y sus madres. Es perceptible la entrega que impele a esta casa. Hacer el bien humano y cristiano: Cómo está presente Cristo, a través de ese humano y cristiano bien! Cómo está presente Dios! Os doy las gracias, me congratulo con vosotras por todo esto, pues es un gran logro. Dice vuestra responsable que aquí, el programa de esta escuela consiste todo él en educar a través de la alegría. Alegría para recuperar: pero donde hay sufrimiento, la alegría no puede recuperarse si no es por el amor. Pues el amor puede dar alegría aun allí donde se sufre⁴.

⁴ Discurso improvisado, transcrito todo él de la grabación magnetofónica.

ÍNDICE

PREFACIO (C. M ^a . Card. Martini)	pág. 3
INTRODUCCIÓN (L. Mezzadri)	pág. 6
Capítulo I. LA FATIGA DE NACER (1898-1925)	pág. 8
<i>Milán 1898</i>	
<i>Cislago: un pequeño mundo que vive</i>	
<i>La familia Monza</i>	
<i>Luigi: una niñez feliz</i>	
<i>Adiós a la niñez</i>	
<i>En el umbral del futuro</i>	
<i>El mundo conmocionado por la guerra</i>	
<i>El oro se depura en el crisol</i>	
<i>Yo estoy contigo, soy tú mismo</i>	
Capítulo II. VEDANO OLONA: LA TORMENTA (1925-1928)	pág. 21
<i>La primera misión</i>	
<i>El incipiente totalitarismo</i>	
<i>Don Luigi en Vedano</i>	
<i>La cárcel</i>	
<i>La noche oscura</i>	
Capítulo III. SARONNO: UN RETAZO DE CIELO (1928-1936)	pág. 32
<i>La llegada al santuario</i>	
<i>La actividad como coadjutor</i>	
<i>El pentagrama de un educador</i>	
<i>El santuario se convierte en parroquia</i>	
<i>El primer germen de la Obra</i>	
<i>La casa de Vedano</i>	
<i>Los caminos de la Providencia son largos</i>	
<i>y tortuosos</i>	
Capítulo IV. LECCO: EL BUEN PASTOR (1936-1940)	pág. 46
La nueva parroquia	
En el centro la eucaristía	
La palabra de Dios	
Cristo en las calles	
Protagonistas los seglares	
Un guía iluminado	
Los pobres, amos y señores nuestros	
Colaboración y enfrentamiento	
Primera comunidad de	
Piccole Apostole de la Caridad	

Capítulo V.	LA GUERRA (1940-1945)	pág. 66
	<i>El país en guerra</i>	
	<i>La vida de la parroquia</i>	
	<i>Valentía de un sacerdote</i>	
	<i>Contra guerra caridad</i>	
	<i>El primer amigo</i>	
	<i>La Providencia en tus manos</i>	
	<i>Damas de Primavera</i>	
	<i>Las Colombinas</i>	
Capítulo VI.	AÑOS DE NOVEDADES (1945-1950)	pág. 76
	<i>Un país en crisis</i>	
	<i>El peligro rojo</i>	
	<i>Un futuro que explorar</i>	
	<i>Una luz en el horizonte</i>	
	<i>La valentía de una elección</i>	
	<i>Vera y Umberto: el ideal se hace concreto</i>	
	<i>El horizonte más lejano</i>	
	<i>El grano que cae en la tierra</i>	
	<i>Amor en el dolor</i>	
	<i>Lo esencial es invisible a los ojos</i>	
	<i>Instituto secular</i>	
Capítulo VII.	EDIFICAR SOBRE ROCA (1950-1954)	pág. 97
	<i>Nuestra familia ya es realidad</i>	
	<i>La palabra de Roma</i>	
	<i>Llamadas por el nombre</i>	
	<i>Las lancetas de la caridad</i>	
	<i>Duelo entre vida y muerte</i>	
	<i>El cardenal Schuster y Don Luigi</i>	
	<i>Enfermedad y muerte</i>	
Capítulo VIII.	EL HOMBRE DE DIOS	pág.120
	<i>Así le veían</i>	
	<i>Los colores del arcoiris</i>	
	<i>Don Luigi: inseguros trazos de su poliédrica imagen</i>	
Capítulo IX.	EL ESCULTOR DE DIOS	pág.129
	<i>Manifiesto formativo</i>	
	<i>Zanjas para los cimientos</i>	
Capítulo X.	LA HISTORIA Y LA PROFECÍA	pág.139
	<i>Verás, verás, pero verás</i>	
	<i>Paganismo</i>	
	<i>Soluciones</i>	
	<i>El proyecto esperanza</i>	
	<i>Inculturación</i>	

Los cinco puntos
Espíritu misionero
Conclusión

APÉNDICEpág.148

E PARA EL RETRATO DE DON MONZA EN CUBIERTA

En cubierta:

Don Luigi Monza presidiendo una celebración litúrgica en la iglesia parroquial de San Giovanni alla Castagna (Lecco).

TEXTO DE LA SOLAPA

MICHELLA BOFFI, graduada en Letras Modernas por la Universidad del Sagrado Corazón, de Milán, ha adquirido un conocimiento riguroso de las fuentes documentales atañedoras a Don Luigi Monza. Trabaja en el ámbito del sector formativo de la asociación Nuestra Familia.

LUIGI MEZZADRI, Padre de la Congregación de la Misión, enseña Historia Eclesiástica en la Pontificia Universidad Gregoriana, de Roma. Ha publicado un centenar, entre libros y artículos, todo ello de carácter histórico-religioso, y es postulador de la causa de canonización del siervo de Dios Don Luigi Monza.

FRANCESCA ONNIS, estudiosa graduada en la Universidad La Sapienza, de Roma, se ha señalado con varias investigaciones sobre temas de historia religiosa. Tiene un conocimiento muy documentado del siervo de Dios Don Luigi Monza.

LA COLECCIÓN TEMPI E FIGURE, de la Editorial San Paolo, presenta a figuras que dan un testimonio de proyecto humano y cristiano. En nuestros días recobra su vigor el interés por la biografía, lazo entre el presente y el pasado, entre el individuo y la sociedad.

Luigi Monza nació en Cislago (Varese), el año 1898, en una familia de pobres campesinos. Hecho sacerdote, estuvo destinado primeramente en la parroquia de Vedano Olona, donde le distinguió el celo apostólico y la santidad de vida. Chocó, empero, con las autoridades fascistas, que le acusaron injustamente y le metieron en la cárcel. Tras esta dura prueba, fue coadjutor en el santuario de Saronno, y a continuación párroco de San Giovanni di Lecco hasta su muerte, sobrevenida en 1954.

Bienquisto de la parroquia, por su disponibilidad sin reservas y por la virtud de leer en los corazones, guió las almas, y encendió en muchos el deseo de la santidad. Constantemente movido por el ansia de llevar a la sociedad el fuego del amor de Dios, reunió en torno a sí un grupo de hijas espirituales. Con éstas puso en marcha *Nuestra Familia*, la cual pervive como el mayor legado que dejó. Transcurrido un período inicial de búsqueda, la fundación se dedica a rehabilitar niños minusválidos y asistir a sus familias. Conforme a los deseos del iniciador, la obra se ha convertido en signo concreto y eficaz del amor de Dios en medio del mundo. En estos años *Nuestra familia* ha crecido de modo sorprendente e inesperado. Ha adquirido una apreciable competencia científica y pedagógica, y despliega su actividad en numerosos establecimientos, tanto dentro como fuera de Italia.

Hombre de oración, guía espiritual y profeta de caridad, Don Luigi Monza supo actualizar el mensaje del evangelio, y se ha convertido en signo de esperanza para la Iglesia y la humanidad dolorida.